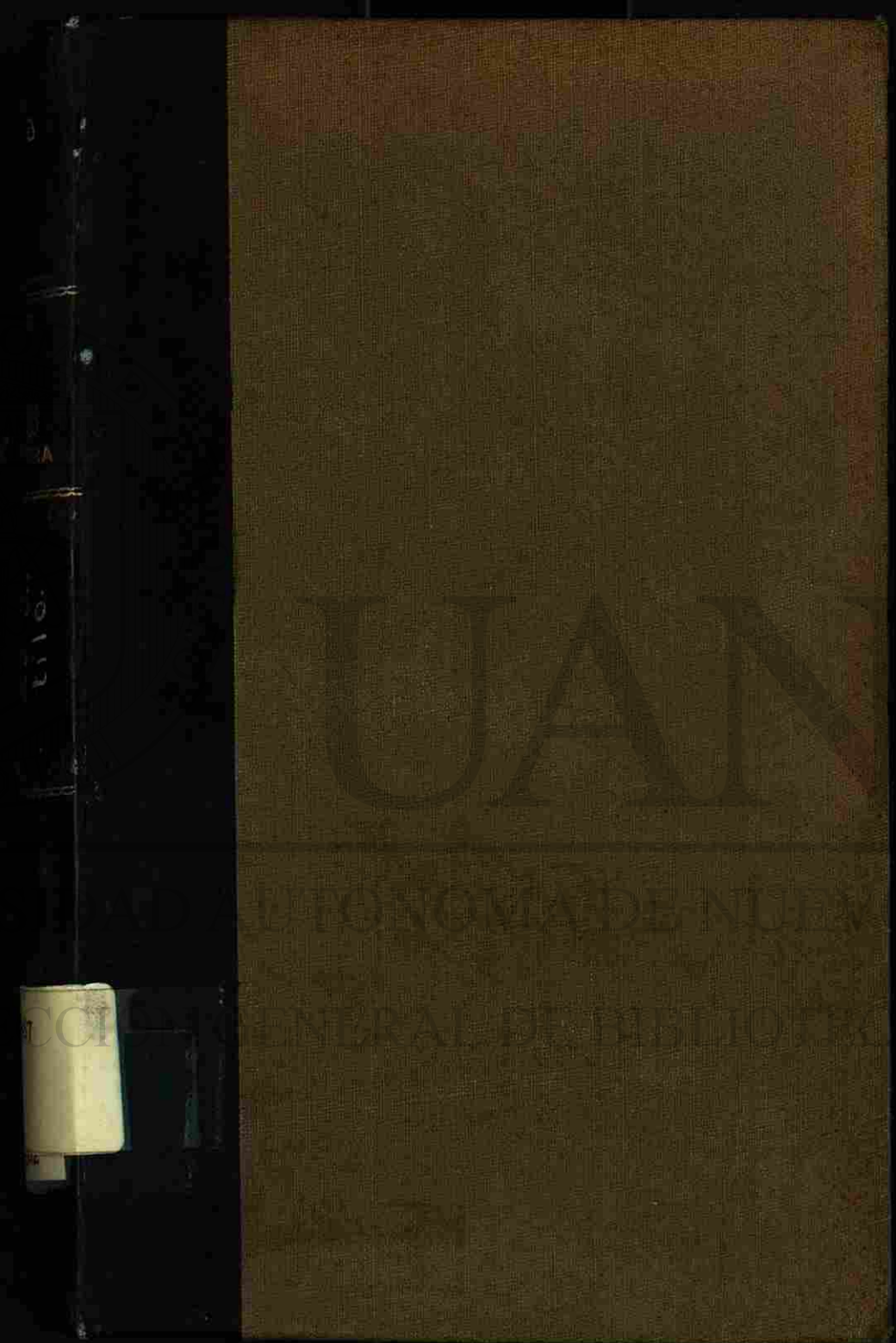




Sofía

SINUÉS



LOS
ANGELES
DE LA TIERRA

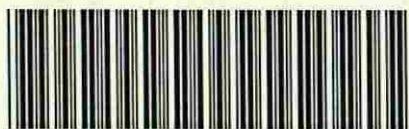
A la
sombra
de un
tillo.

PQ6567

.S5

A53

20001



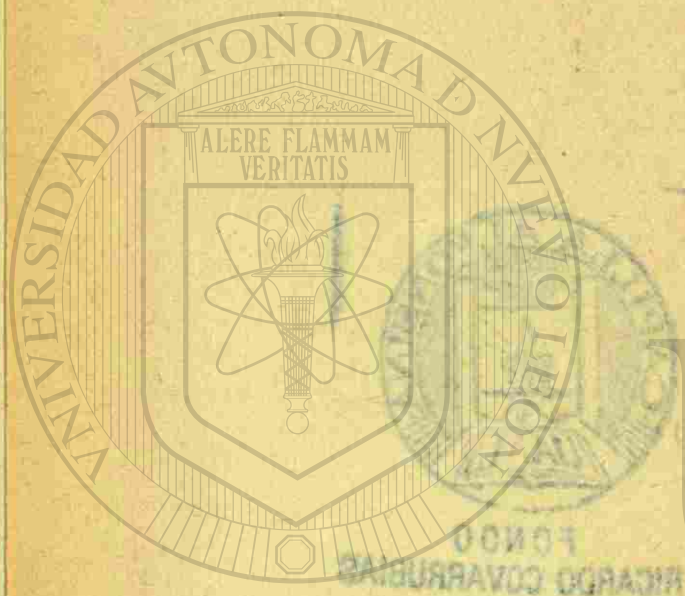
1020027401



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LOS ÁNGELES DE LA TIERRA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor S6181a
Núm. Adg. 33872
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó cy
Catalogó _____

VICTORIANO SUÁREZ
PRECIADOS, 48, MADRID.

OBRAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

	Pecas
La vida íntima, un tomo.....	4
Hija, esposa y madre, dos tomos.....	8
El ángel del hogar, dos tomos.....	7
El alma enferma, dos tomos.....	7
Una herencia trágica, un tomo.....	4
La dama elegante, un tomo.....	4
Narraciones del hogar, dos tomos.....	7
Dramas de familia, dos tomos.....	7'50
Verdades dulces y amargas, un tomo.....	3'50
Un libro para las jóvenes, un tomo.....	4
Combates de la vida, un tomo.....	4
Isabel, un tomo.....	3'50
La vida real, un tomo.....	4
Mujeres ilustres, tres tomos.....	9
Cómo aman las mujeres, un tomo.....	3'50
Morir sola, con el retrato de la autora.....	6

DE TEXTO

La Ley de Dios, un tomo.....	1'50
A la luz de una lámpara, un tomo.....	1

En breve se pondrán á la venta nuevas, elegantes y económicas ediciones de las obras de la misma autora LA ABUELA y LA SENDA DE LA GLORIA.

Se venden en la Librería de Victoriano Suárez, calle de Preciados, 48, Madrid.

OBRAS COMPLETAS DE MARÍA DEL PILAR SINUÉS

LOS ÁNGELES DE LA TIERRA

Las madres pueden permitir
esta lectura á sus hijas.

La Autora.

MADRID

IMPRESA DE LOS HIJOS DE J. A. GARCÍA

Calle de Campomanes, núm. 6.

1891

100502

33872



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Esta obra es propiedad de
la autora; queda hecho el de-
pósito que ordena la ley.

Todos los ejemplares lle-
van su contraseña reservada.

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"**

FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRÓLOGO

I

Era el domingo de Carnaval de 1837, y hela-
ba en París de una manera que no conocemos
bajo el cielo azul y alegre de nuestra España.

A las nueve de la noche, el pavimento de las
calles parecía cristalizado; el firmamento estaba
resplandeciente de estrellas, que brillaban con
tanta mayor fuerza, cuanto era más grande la he-
lada que caía.

Sin embargo, las carrozas llenas de máscaras,
las comparsas con sus músicas á la cabeza, se cru-
zaban por las calles; todo era bullicio, alegría,
ruido y luz; las fondas de lujo y las que no lo eran,
los grandes hoteles, los figones y hasta las taber-
nas, estaban tan llenos de gente, que la arrojaban
hacia los balcones y ventanas, en los cuales se
veía una multitud de cabezas, ya adornadas con
plumas y flores, ya cubiertas con las capuchas de
los dominós.

Vagaban además por las calles muchas parejas,

ostentando los trajes más extraños, y formando el contraste más ridículo: aquí pasaba una gruesa y rolliza pastora, apoyada en el brazo de un mandarín chino; allá un Pierrot daba el suyo á una dama antigua; algo más lejos caminaban juntos una beata y un turco; y un monstruoso pavo, que tenía cuatro piés, presentaba uno de los delanteros á una maja española, que había creído no poder dispensarse, para representar á nuestra nación con la propiedad debida, de llevar metido en la cintura un enorme cuchillo.

Oíanse, ya lejos, ya cerca, mil canciones diversas; la *marsellesa* alternaba con trozos de ópera y con canciones populares, ó con arietas de salón, escritas para sus discípulas por los maestros más en boga; en fin, había por todas partes, en los paseos, en las calles, en las plazas, un alboroto infernal é insoportable.

Uno de los sitios en que se había reunido mayor aglomeración de gente y de máscaras, era la plaza de la Concordia: ocupaba uno de sus ángulos una brillante y casi colosal carroza de latón dorado, guarnecida de flores y gasas y llena de personajes enmascarados.

Eran cuatro mujeres y cuatro hombres: ellas vestidas pomposa y coquetamente con toneletes

cortos de grana bordados de lentejuelas, corpiños descaradamente escotados y suspendidos de los hombros con tirantes de galón de oro y cascós á lo Minerva, de cartón, forrados de papel de plata.

Los hombres iban vestidos de arlequines, de tela de cuadros azul y blanca, de la más ordinaria; bajo sus gorros puntiagudos llevaban enormes pelucas rojas, ridículamente dispuestas en bucles.

Aquellos hombres no tenían caretas; sólo una capa de blanquete y bermellón muy espesa cubría sus facciones, á la manera de las que usan los payasos de los circos ecuestres.

Pero ¡cosa extraña! sus manos eran finas y nerviosas, y sus maneras, aunque afectadas, no tenían la libertad brutal de las gentes ordinarias; había en ellos, sobre todo en los dos más altos, algo de digno y distinguido que hubiera llamado mucho la atención de cualquier observador inteligente.

Las que gritaban, las que cantaban canciones obscenas, eran ellas: cuatro mozas robustas y fornidas pueden alborotar mucho, y aquéllas se conocía que eran inteligentes en el papel que les habían encomendado.

De vez en cuando, las de los dos extremos

sacaban de un rincón de la carroza un gran jarro de aguardiente y lo aplicaban á los labios, bebiendo con supremo placer durante algunos minutos y pasándolo después á sus compañeras.

Seguían á estas libaciones canciones que entonaban á grito herido, acompañándolas con unos grandes chinescos sujetos á los dos costados del carruaje, y que ellas sacudían con un entusiasmo indescriptible.

II

La carroza, rodeada de gente durante mucho rato, pudo por fin moverse y caminar hacia el centro de la gran plaza.

Entonces se vió que estaba tirada por seis caballos blancos, cada uno de los cuales sustentaba sobre su ancho lomo otro individuo vestido de máscara, aunque con muy pocos primores en su traje.

Reducíanse los seis á dominós de percalina color de rosa con cintas azules y grandes capuchas, y á mascarillas de cartón.

Doce máscaras más, vestidas también con dominós, rodeaban el carruaje montadas á caballo y le alumbraban con hachas de viento.

Estas gritaban y tocaban grandes vocinas alternativamente: respondían á los dicharachos de la multitud, se reían y bebían de algunas botellas que llevaban colgadas al cuello por medio de largos cordones de seda.

Conocíase á primera vista que había gran diferencia entre los cuatro arlequines que ocupaban,

en compañía de las mujeres, el interior del carruaje, y las máscaras que vestían los dominós: aquéllos dejaban escapar á veces—siempre cuando la gritería llegaba á su apogeo—señales de irritación y disgusto; otras veces—y éstas eran las más—parecían buscar algo entre la multitud; algo que indudablemente no hallaban.

Uno de ellos, cuya figura era muy notable por su esbeltez y distinción, aparentaba ser el que se hallaba más cansado, porque después de dos ó tres violentos ademanes de disgusto, dijole á su compañero de la derecha:

—Vámonos.

—¿Qué dices? preguntó éste dando muestras visibles de admiración.

—Digo, repuso el otro, que quiero salir de aquí.

—Pero...

—Vamos, dijo; me canso; ayúdame á sacar la carroza de este atolladero: estoy aturdido, fatigado... esas malditas mujeres me dan un dolor de cabeza insoportable.

—Pero si no has visto todavía á ninguno de ellos...

—Es verdad... y casi sería mejor que no los viésemos... ¡para cometer un crimen, tanto esperar!

—¡Un crimen! exclamó el que persistía en quedarse, soltando una burlona carcajada; ¿te habrás vuelto de repente virtuoso? ¿ó es que han brotado algunas canas en tu frente? Si es lo primero, te arrojarémos de nuestra sociedad con escándalo... con ignominia: si lo segundo... te aconsejo que te las tiñas, y paciencia; no han venido por la edad seguramente, porque aun eres muy joven.

—¡Treinta y cuatro años! murmuró el arlequín á quien se motejaba de virtuoso, como hablando consigo mismo: ¡treinta y cuatro años, y hace muchos que el hastío, el desaliento y el odio al género humano se han posesionado de mí!

Su compañero iba sin duda á contestar, pero se abstuvo de hacerlo, porque observó que alguna cosa, que él no podía ver aún, embargaba completamente la atención del quejumbroso.

Sus ojos, abatidos poco antes, brillaron con un resplandor inusitado; su boca se contrajo con una sonrisa amarga; alargó sus manos, delgadas y finas, con un movimiento de crispatura, como si fuese á asir con ansia alguna cosa, y dijo á media voz:

—¡Allí está!

—¿Quién? preguntó el otro arlequín volviéndose; ¿quién está allí?

—¡Él! ¡Su marido!

—¡Ah, ya! ¡El marido de Wilna!... ¿Y qué vas á hacer ahora?

—Irme tras él.

—¿Para darle el golpe de gracia?

—¡Para qué ha de ser, pues, imbécil!

—¡Cuidado! ya sabes que es valiente y osado, y que ahora debe estar enfurecido con tantos y tan duros golpes como la suerte va descargando sobre él.

—Aun le falta el último... el mayor...

—Es decir, el que tú vas á darle.

—Eso es... el que yo voy á darle... Hasta luego; esperadme aquí media hora, que os será fácil, porque á cada instante llega más gente y vosotros no tenéis objeto fijo; si tardase más de ese tiempo, os podéis marchar.

—¡Manuel, dijo el arlequín que se quedaba, cuidado!...

—¡Ah! ¿ahora eres tú el virtuoso, el mirado, el comedido? exclamó el que se iba, en cuya fisonomía y voz se había verificado una mudanza extraordinaria.

—¡No, no! no soy virtuoso ni comedido... pero me asustan las consecuencias de lo que vas á hacer... Esa mujer es inocente, pura, irrepreensible...

y expones su vida... Manuel, piénsalo bien!

El interpelado con el nombre de Manuel no respondió una palabra; saltó de la alta carroza, y fué con paso presuroso hacia un ángulo de la plaza poco alumbrado por la luz de los reverberos, y que, á pesar de la oscuridad, parecía querer penetrar con su ardorosa mirada.

III

La persona que tan violentamente había excitado la atención de Manuel, era un hombre de unos treinta y seis años que bajaba pausadamente por la acera.

Su estatura, alta y robusta sin ser gruesa, estaba llena de majestad; no se veía de su traje más que la tercera parte de su pantalón, de un medio color y tela de abrigo, y un calzado de exquisita forma, aunque algo usado. Lo demás estaba cubierto con una capa negra á la española.

El embozo de la misma quedaba en el nacimiento de su cuello, alrededor del cual, y bajo el de una camisola de batista, blanca, pero ajada, se anudaba una corbata de seda negra.

Un sombrero de copa, de moda un poco atrasada, permitía ver una parte de sus cabellos, negros, brillantes, copiosos y finos como la seda, y daba alguna sombra á su semblante, que, aun á tan escasa luz, parecía ser muy hermoso.

Descubriase el corte noble y agraciado de su rostro, algo prolongado sin ser largo, y delgado

sin demacración: sus grandes ojos, pardos con pestañas negras, brillaban como dos estrellas; el dibujo redondo de sus mejillas recordaba las más puras líneas de la estatuaria; tenía la barba partida, con un hoyo grande y lleno de una gracia triste á un tiempo y varonil; después se desplegaba una boca suave y firme á la par, sobre cuyo labio superior se rizaba un bigote castaño, más bien fino que poblado.

Su nariz, un poco larga, decía bien con su tez morena y algo pálida, y contribuía á dar á su semblante una notable expresión de firmeza.

Su actitud era triste y grave; bajaba con lento paso por la acera, y preocupado sin duda por sus reflexiones, ni aun reparó en la grotesca máscara que pasó rozando su hombro y se puso á seguirle.

Uno en pos de otro salieron de la gran plaza de la Concordia. El desconocido se detuvo en una esquina, y el máscara al verlo se detuvo también.

A pocos pasos había un café; y el incógnito, después de breves instantes de reflexión ó de duda, entró en él, siguiéndole el arlequín.

Había mucha gente allí: las mesas se hallaban todas ocupadas, y además muchas personas, algunas de ellas en traje de máscara, se paseaban y cruzaban entre aquéllas.

El esposo de Wilna tendió en su derredor una mirada en la que se reflejaban á un tiempo su arrepentimiento por haber entrado allí, su deseo de salir, y la indecisión más dolorosa; conociase que había penetrado en aquel sitio por huir de sí mismo, y que, ya en él, no podía soportar el ruido infernal y el excesivo calor de aquel paraje.

En su indecisión había algo de angustia amarga é impaciente; miró en torno suyo, para ver dónde podía colocarse; pero en vano; todo se hallaba ocupado.

Ya iba á salir de allí, cuando sintió que le tocaban suavemente en un hombro.

Volvióse rápidamente, y su semblante tomó una formidable expresión de ira: en la situación de ánimo en que se hallaba, sus nervios irritados parecían querer estallar.

Pero al hallarse frente á frente con la grotesca figura del arlequín y con su cara embadurnada, el furor de sus ojos se apagó, substituyéndole una expresión de hastío.

—¿Qué me quieres? preguntó á media voz.

—Decirte que allá, en aquel rincón de la derecha, hay desocupada una pequeña mesa, repuso el arlequín con acento chillón.

—Gracias, respondió friamente el desconocido.

Y echó á andar en la dirección que acababan de indicarle.

El arlequín le siguió.

—¡Cómo gracias! gritó con grotesco enojo; ¿crees que así se paga el servicio que te he hecho? Un gran servicio, porque estás aburrido, desesperado; no hallabas un sitio para estar aquí, y no querías marcharte; ¿crees pagarme con una sola palabra el haberte proporcionado un asiento desocupado donde poder entregarte á tus cavilaciones?

El esposo de Wilna se estremeció.

—¿Qué es lo que quieres, pues? preguntó al arlequín tras de un momento de silencio, durante el cual trató de adquirir alguna serenidad para su voz y alguna calma para su semblante; ¿qué es lo que quieres? ¿dinero?

—¡Mira! respondió el máscara; y al mismo tiempo sacó del bolsillo de su ridículo pantalón una bolsa de seda azul, enteramente llena de monedas de oro.

Sostúvola un instante delante de los ojos del incógnito, y luego la volvió lentamente á su sitio.

—¿Qué es, pues, lo que deseas? preguntó aquél, quien á vista de tanto dinero había vuelto á estremecerse.

—Si quieres disfrutar de aquel sitio que tratas de pagarme, apresúrate á llegar á él, dijo el máscara, porque si no, le van á ocupar y tendrás que salir á la calle de nuevo, y no sabrás á dónde ir, porque desees huir de tu casa y de tí mismo.

El desconocido le miró iracundo é iba á responderle; pero el máscara no le dió tiempo, porque le dijo no sin algún imperio:

—Anda, anda, que ya te sigo.

En efecto, ambos se dirigieron hacia un lado en el cual estaba, según había dicho el máscara, una pequeña mesa redonda desocupada.

Los dos hombres se sentaron á ella uno enfrente del otro; pero el desconocido echó una mirada de enojo sobre aquel convidado que se el imponía tan en contra de su voluntad.

—No quiero más recompensa por haberte proporcionado tan buen asilo, que hablar un rato contigo, dijo el máscara, que parecía leer en su pensamiento; luego me iré.

—¿De qué hemos de hablar? Yo no te conozco, repuso con altivez el esposo de Wilna.

—Es cierto, dijo el arlequín: tú no me conoces; pero yo te conozco muy bien.

—¿Tú? ¿á mí?

—Sí.

—¿Quién soy?

—Voy á decirtelo: eres un pintor español y resides en París hace tres años; ¿es esto verdad?

—Sí.

—Te casaste en Barcelona con una joven pobre poco antes de venir aquí; es decir, ocho días antes; ¿es cierto?

—Sí.

—Tu esposa se llama Wilna; era hija de un platero arruinado por falsas especulaciones, oriundo de Alemania, y que murió muy pobre poco antes de tu matrimonio. ¿Me engaño?

—Es la verdad.

—Tú te llamas Luciano Vargas: tu mujer es muy hermosa; tiene ojos azules, grandes y rasgados, cabellos rubios como la seda floja, tez blanca y rosada; es muy joven, pues aun no ha cumplido veintiún años.

El pintor permaneció callado, y sólo una mirada ansiosa que clavó en el rostro del máscara dió á entender hasta qué punto le interesaba conocerle.

El arlequín llamó, y dijo al camarero que acudió:

—Un ponche caliente y bien cargado de ron.

Luego que hubo desaparecido aquél, continuó:

—Has tenido tres hijos que han muerto: la última era niña, y ayer mismo la acostaron en un sepulcro pequeño de mármol blanco, en el cual gastaste el último dinero que te quedaba: en ocho días has perdido á tu madre que te adoraba, y á tu hija, á la que adorabas tú.

Sin duda el máscara decía la verdad, porque su compañero bajó la cabeza, y dos lágrimas anchas y abrasadoras rodaron por sus mejillas.

Siguieron algunos instantes de silencio, que fueron interrumpidos por la llegada del ponche que humeaba, difundiendo un agradable aroma por donde pasaba.

—¡Bebamos! dijo el arlequín; y llenando una de las dos anchas copas de cristal que habían traído con el servicio, la puso delante de su compañero y añadió:

—Bebe, Luciano, y olvidarás.

—¡Oh, sí! ¡necesito olvidar! murmuró el pintor con voz sorda; necesito olvidar á mi madre, á mi hija, á la miseria, que llama á las puertas de mi casa!

—Y... ¿nada más? preguntó el arlequín clavando una mirada profunda en el semblante del pintor.

—Nada más, respondió éste bajando la voz y como haciendo un penoso esfuerzo.

—Algo más tienes que olvidar, Lucirno, repuso el máscara, en tanto que el pintor llevaba á sus labios con mano convulsiva la humeante copa y la bebía apresurado; sí, algo más tienes que dar al olvido.

Luciano dejó sobre la mesa su copa vacía y apoyó la frente entre sus manos; pero el arlequín se la hizo levantar y continuó hablando así:

—Tienes algo más que olvidar, Luciano, mucho más; porque pasas en silencio lo que más te martiriza, lo que más preocupa tu pensamiento.

—¿Yo...? repuso con acento trémulo el esposo de Wilna, cuyas mejillas se habían animado con un débil carmín, efecto de la bebida que había entrado en su estómago vacío.

—Tú, sí: lo que más deseas es olvidar que tu mujer no te ama, que no te ha amado jamás.

Escapóse un rugido del pecho de Luciano; levantóse rígido, terrible, y apretó los puños amenazando al máscara, que se levantó también.

—¿Quién eres? gritó con voz enronquecida; ¿quién eres tú, que sabes todos los secretos de mi vida? ¡Oh! ¡quien quiera que seas, morirás!

—Soy un amigo, respondió el arlequín: soy un amigo tuyo, acaso el último que te queda, acaso el último que puede decirte:—¡valor!—acaso el

único que puede enviar un rayo de luz al caos de dolor y oscuridad que te rodea por todas partes: óyeme aún, que pronto acabo.

El máscara llenó de nuevo el vaso de Luciano, que lo bebió de un golpe, y luego continuó:

—Wilna no te ama, ni te ha amado jamás: su corazón era ya de otro cuando casó contigo, y todos sus latidos pertenecen á aquel sér afortunado. A pesar de tu hermosura, á pesar de tu talento, á pesar de tu bondad, Wilna no te ama, no ha podido amarte jamás.

—¡Ah! ¿dónde está, dónde está ese hombre? exclamó Luciano, hiriendo la mesa con su puño y ébrio de furor; ¿quién es? ¿cómo se llama? nunca he podido verle... nunca he sabido su nombre ni su condición.

—¿Para qué necesitas saberlo? preguntó el arlequín con una risa sardónica; otra cosa hay que te importa más averiguar.

Luciano no dió muestras de haber comprendido bien estas palabras; la bebida caliente que estaba apurando desde hacía rato, se había subido á su cerebro, exaltándole y poniéndole en un estado de extraño sonambulismo.

Tenía la mirada fija en el vacío, como si mirase á un punto invisible para todos los demás,

y allí creía ver moverse sombras amadas para él y que le habían rodeado en otro tiempo.

—¡Ah, mi madre! exclamó con voz sorda y temblorosa: ¡mi pobre madre! ¡qué buena era para mí! ¡con qué mansedumbre, con qué abnegación compartía nuestra pobreza! ¡cómo nos amaba á mis hijos y á mí!

—¿Amaba también á Wilna? preguntó el máscara con acento sardónico.

—¡Ah, no! respondió el pintor; ¡no la amaba, y eso que Wilna era buena para ella! ¡la respetaba, la cuidaba... y á pesar de eso, no la quería mi madre!

—Es que preveía que Wilna, la alemana, había de deshonorar á su hijo, el honrado catalán, murmuró el máscara sin dejar su risa sardónica y su acento burlón.

Estas palabras cayeron como plomo derretido sobre el corazón de Luciano: su embriaguez se disipó como un sueño; pasó la mano por la frente y se levantó con la mirada chispeante y preñada de amenazas.

—¡Miserable! gritó, lanzándose al máscara con los puños crispados y con tan terrible acento, que todos los espectadores se volvieron hácia él y la persona que le acompañaba.

Luego, y con un movimiento más rápido que el pensamiento, levantó su brazo, é iba á descargar un golpe sobre la mejilla del arlequín; uno de esos golpes cuya señal sólo con sangre se puede lavar.

Pero el máscara se volvió instantáneamente y detuvo aquel brazo con una fuerza hercúlea que no hubiera podido esperarse de su aspecto débil y casi enfermizo.

IV

Gran número de curiosos se había ido reuniendo en torno del máscara y del pintor: cada uno de sus vecinos había abandonado su sitio y su mesa y había acudido al lugar de la contienda.

Luciano, trémulo y descompuesto, permanecía aún sujeto por la fuerte mano del arlequín; sus ojos lanzaban rayos, chocaban sus dientes de furor, y hubiera querido confundir con su ardiente mirada á toda aquella gente que había presenciado su derrota.

—Luciano, dijo el arlequín á media voz y con acento tranquilo; no he querido insultarte, sino demostrarte una herida que hay en tu honra, para que la cures, si es posible: el que acusa debe probar; ven conmigo.

—¡Sí, sí: vamos! repuso Vargas con voz ahogada; necesito que me pruebes lo que has dicho, y luego matarte, para que se entierre contigo este secreto de vergüenza y deshonor.

—Vamos, repitió el máscara soltando el brazo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1525 MONTERREY, MEXICO

de Luciano, pues estaba seguro de que no se le escaparía ya.

Los dos salieron del café, y los concurrentes les siguieron con la vista, diciéndose unos á otros:

—Van á matarse.

En efecto: se conocía, al ver á aquellos dos hombres, que eran dos enemigos mortales, y que era preciso que uno de ellos saliera del mundo dentro de breve tiempo.

Uno al lado del otro, cruzaron varias calles de las más populosas de París, llegando por último á la de Hannover, que anduvieron también hasta su fin: el arlequín sabía demasiado bien dónde estaba situada la habitación de Luciano.

Detuviéronse en una de las últimas casas de la calle; era de apariencia decente, aunque no grande ni suntuosa: á la puerta, y extendido en una silla, dormitaba un viejo portero, que levantó la cabeza al oír ruido cerca de él.

—¿Qué se ofrece? preguntó sin conocer á Luciano por su inquilino.

—Voy á mi casa, respondió Vargas ásperamente.

—Está bien, está bien, repuso el portero con ese tono de mal humor que las gentes de su calaña usan siempre con los inquilinos pobres.

Luciano y el máscara subieron la escalera.

—Despacio, despacio, dijo el arlequín asiendo el brazo de su compañero: es necesario que nadie se aperciba de nuestra llegada: toma.

—¿Qué es esto? preguntó Luciano, al sentir que el máscara colocaba en su mano un objeto frío.

—Una llave: toma otra cosa.

Y otro objeto frío y mucho más voluminoso que el primero volvió á colocarse en la mano del pintor: era una pistola.

Éste la tomó maquinalmente: su cabeza vacilaba; sus ojos estaban extraviados; no sabía dónde se hallaba, y de sus sienes brotaba un sudor frío.

Así subieron hasta el piso cuarto: allí había una puerta pequeña, y el descansillo de la escalera, donde estaba situada, se hallaba débilmente alumbrado por el farol que ardía en el cuarto segundo.

El arlequín aplicó el oído á la cerradura: ningún rumor se oía: sólo una luz lejana enviaba un tenue resplandor al recibimiento.

—¡Abre! dijo con voz baja é imperiosa á Luciano.

El infeliz, presa de un vértigo inexplicable, in-

troujo en la cerradura la llave que tenía en la mano, y la puerta se abrió sin el más leve ruido.

Entonces ya no fué necesario que le impulsase á entrar su compañero; el dolor, los celos reanimaron su imaginación, velada por el desaliento poco antes, y ofuscada además por la bebida espirituosa que contenía su estómago: lanzóse hacia adentro, y el máscara le siguió.

Pero, contra lo que el arlequín esperaba, Luciano, en vez de dejar la puerta abierta y lanzarse con ciego furor en el interior de la habitación, cerró con cuidado, y en seguida sujetó con brazo fuerte á su compañero.

Después, con la mano que había cerrado, y que ya tenía libre, abrió una puerta situada á su derecha, y que daba paso á un cuarto bastante espacioso.

—¡Entra ahí! dijo al máscara en voz baja, pero con acento terrible; ¡entra ahí, y espera á que venga á matarte!

Dichas estas palabras, cerró la puerta con llave, guardó ésta en el bolsillo, y empezó á internarse con paso cauteloso en las demás habitaciones de la casa.

V

Era tal el silencio con que Luciano se adelantaba, que nadie, ni aunque estuviera dotado del oído más perspicaz, hubiera podido oírle.

Cruzó un largo pasillo, y al fin de él se halló á la puerta de una salita, en la cual ardía una lamparilla.

Extraño era el contraste que presentaba el silencio de aquella humilde habitación, con el loco bullicio que reinaba en las calles: á pesar de la elevación de aquel piso—que parecía excesivamente modesto,—á pesar de su elevación, se oían en él las músicas y la algazara de las máscaras que discurrían por la calle.

Acá y allá se escuchaban canciones, gritos y carcajadas alegres, cuyos ecos sonoros subían á estrellarse en los cristales de las pobres ventanas de aquella habitación.

Luciano se detuvo tembloroso á la puerta de la estancia, que abarcaba con una mirada llena

troujo en la cerradura la llave que tenía en la mano, y la puerta se abrió sin el más leve ruido.

Entonces ya no fué necesario que le impulsase á entrar su compañero; el dolor, los celos reanimaron su imaginación, velada por el desaliento poco antes, y ofuscada además por la bebida espirituosa que contenía su estómago: lanzóse hacia adentro, y el máscara le siguió.

Pero, contra lo que el arlequín esperaba, Luciano, en vez de dejar la puerta abierta y lanzarse con ciego furor en el interior de la habitación, cerró con cuidado, y en seguida sujetó con brazo fuerte á su compañero.

Después, con la mano que había cerrado, y que ya tenía libre, abrió una puerta situada á su derecha, y que daba paso á un cuarto bastante espacioso.

—¡Entra ahí! dijo al máscara en voz baja, pero con acento terrible; ¡entra ahí, y espera á que venga á matarte!

Dichas estas palabras, cerró la puerta con llave, guardó ésta en el bolsillo, y empezó á internarse con paso cauteloso en las demás habitaciones de la casa.

V

Era tal el silencio con que Luciano se adelantaba, que nadie, ni aunque estuviera dotado del oído más perspicaz, hubiera podido oírle.

Cruzó un largo pasillo, y al fin de él se halló á la puerta de una salita, en la cual ardía una lamparilla.

Extraño era el contraste que presentaba el silencio de aquella humilde habitación, con el loco bullicio que reinaba en las calles: á pesar de la elevación de aquel piso—que parecía excesivamente modesto,—á pesar de su elevación, se oían en él las músicas y la algazara de las máscaras que discurrían por la calle.

Acá y allá se escuchaban canciones, gritos y carcajadas alegres, cuyos ecos sonoros subían á estrellarse en los cristales de las pobres ventanas de aquella habitación.

Luciano se detuvo tembloroso á la puerta de la estancia, que abarcaba con una mirada llena

de angustia: sólo la alcoba, que era grande y estaba cubierta con una cortina de lana, se escapaba á su vista.

A través de la cortina brillaba otra luz, pero nada se oía... nada, ni aun el más leve rumor. Luciano sintió sus sienes próximas á estallar: dudaba... temblaba, y ansiaba, por otra parte, saber la verdad, por horrible que fuese.

Lanzóse por fin á la cortina, y la descorrió con mano fuerte; pero aquel esfuerzo agotó su fortaleza, y hubo de apoyarse en el marco de la puerta para no caer.

Allí, con el cabello erizado sobre las sienes, con la frente bañada de frío sudor, tendió por el dormitorio una mirada de angustia, y en el mismo instante respiró, y sus facciones se dilataron, á la vez que de su pecho se exhalaba un largo suspiro de paz y de descanso.

Una mujer estaba tendida en el gran lecho matrimonial, esculpido, única alhaja que Luciano no había querido vender en medio de su pobreza: aquella mujer era Wilna, y dormía inmóvil, sola, llena de paz.

Luciano la contempló con un afán henchido de ternura y de gratitud, desde el sitio donde estaba, porque sus emociones habían sido tan fuertes

desde hacía algunas horas, que no le dejaban fuerzas para moverse.

Wilna era hermosa como un sueño de amor; una masa de cabellos rubios como el oro, suaves y flexibles como la seda, se derramaba sobre su frente y sus hombros; sus grandes ojos, entornados, estaban guarnecidos de largas pestañas rubias, de esas que dan al semblante de una joven tanta pureza y suavidad: á través de su pequeña boca entreabierta brillaban sus dientes, semejantes á una sarta de diminutas perlas.

Aquel semblante tan bello, tan puro, tan plácido, estaba descolorido y marchito por el dolor y por la miseria: grandes ojeras oscuras contrastaban tristemente con la blancura de jazmín de sus mejillas; sus sienes se habían hundido ligeramente bajo los rizos de su rica cabellera, y la parte inferior de su rostro estaba también adelgazada. Sin embargo á pesar de estos signos inequívocos del pesar, la mansedumbre más adorable, la más exquisita bondad, se reflejaban en su semblante.

Tenía puesta una bata de tela de algodón, descolorida ya á fuerza de estar usada; uno de sus brazos sostenía su cabeza; el otro colgaba fuera del lecho.

Luciano se acercó por fin, después de haber vencido la emoción que le dominaba: por sus mejillas corrían dos lágrimas, arrancadas por el aspecto de su mujer, porque aquel aspecto plácido y resignado era más elocuente que las más dolorosas quejas.

Arrodillóse junto al lecho y tomó la mano de Wilna para llevarla á sus labios; pero casi en el mismo momento la soltó estremecido.

Aquella mano estaba helada.

Luciano se puso en pié de un salto; su cabello volvió á erizarse; sus dientes chocaban con una horrible convulsion.

Acercóse á su mujer, y tocó su frente: estaba fría también. Tocó su corazón: estaba inmóvil; Wilna había muerto.

Un grito terrible se escapó del pecho de Luciano; el mundo le pareció que se desplomaba sobre su cabeza: revolvió sus ojos, ciegos de furor, por el dormitorio, ansiando hallar algo á que echar la culpa de su desgracia, y sus ojos se fijaron en un papel doblado y colocado sobre la mesita de tocador de Wilna.

Lanzóse sobre él como sobre un inesperado consuelo; lo abrió con mano trémula, y leyó lo que sigue:

«Adiós, Luciano; voy á morir: mi corazón no puede amarte, y he perdido mis hijos, que era lo único que me ligaba á la vida: voy á buscarlos, y á buscar también á mis padres, á los que tanto amaba: quisiera tener esa fe ciega en el cielo que tienes tú; pero mi educación no ha sido como la tuya, y mi padre, escéptico, por sabio y por desgraciado, no me dió ningún escudo fuerte para tanto dolor como rodea mi alma.

»En esta hora suprema quiero confiarte, Luciano, un doloroso secreto... Yo no te amaba á tí, porque amaba á otro desde antes de casarme contigo, y no tiene poca parte en mi muerte el convencimiento que abrigo de no poder ahogar este fatal amor.

»Adiós, Luciano, y perdóname, porque te aseguro que he sido buena y pura y que tu apellido baja conmigo á la tumba sin que le empañe ninguna mancha.

WILNA.»

—¡Socorro! gritó Luciano, cuya cabeza se extraviaba ante aquella horrible desgracia, y olvidando que estaba solo, porque el máscara permanecía encerrado; ¡socorro!

—¡Abre, Luciano! gritó el arlequín desde su encierro; ¡abre!

Pero Luciano ya no oyó estas palabras; oprimido su corazón de dolor, había caído con la cara contra el suelo.

El máscara golpeó entonces la puerta, y con tanta fuerza, que los vecinos del cuarto segundo lo oyeron y subieron, logrando que acudiese un cerrajero para abrir la de la escalera.

En seguida se abrió también la del cuarto donde estaba encerrado el máscara, que se presentó en el umbral.

Aun conservaba su traje de arlequin; pero su gran gorro había servido para despojar su semblante de la espesa capa de blanquete y bermellón que le cubría.

Había arrojado también su peluca rubia, y espesos cabellos negros y rizados guarnecían su frente morena y altiva y sus mejillas adelgazadas.

—Soy el Marqués de Chatereau, dijo con altivez; no sé qué desgracia ha ocurrido aquí; pero voy a buscar a un juez, porque quiero constituirme en prisión.

Y el Marqués, seguido de todos los presentes, entró en la habitación donde yacían Luciano y Wilna, muerta ésta y aquel privado de sentido.

El mismo, ayudado de otro vecino, levantó a

Luciano, y le depositaron en un viejo sillón colocado junto al lecho, siendo reconocido por todos como el esposo de la joven difunta que yacía allí.

Poco después llegó el juez; extendió el sumario, y uno de los vecinos se encargó del desventurado Luciano, que aun no había recobrado los sentidos, y que fué trasladado al cuarto principal.

Otros vecinos quedaron velando el cadáver de Wilna; el juez se hizo cargo de la carta de ésta, como único cuerpo del delito, y rogó al Marqués de Chatereau que se dejase conducir preso, a lo que éste accedió, diciendo que estaba a disposición de la autoridad.

FIN DEL PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

Un filósofo por fuerza.

Hacia el año de 1854, vivía en un pequeño pueblo de Castilla, y muy cerca de Madrid, una familia bastante numerosa y bastante pobre.

El jefe de ella, hombre de cuarenta y cinco años, honrado militar, con algunas heridas y algunas cruces, se había retirado allí, á causa de la baratura y belleza de aquella aldea, situada del modo más pintoresco.

Era un hombre recto y probo, pero rudo; el antiguo y severo honor español parecía haberse refugiado en él, cansado de buscar en el resto del mundo pechos donde albergarse, y hubiérase dicho que allí se hallaba tan bien como si hubiera sido su propia casa, y que mirándola ya como á tal, no pensaba dejarla nunca.

Don Fernando de Villena, que así se llamaba, había llegado á capitán por toda recompensa de sus largos servicios á la patria, y hacía unos cinco años que á causa de un padecimiento del estómago le habían puesto en la mano su retiro.

Ya hacía tiempo que se hallaba entonces con su esposa y seis hijos á quienes dar pan; y calculando que podría comprar muy poco con los escasos recursos que el Estado le señalaba, pensó en retirarse á Villanueva del Pardillo, pequeña villa de la provincia de Madrid y situada á cuatro leguas de la corte.

—¿Qué hará nuestra pobre Carolina en el pueblo, contando ya catorce años? preguntaba á su marido la esposa de D. Fernando con las lágrimas en los ojos.

—¿Qué hará? respondía el antiguo militar; ¿qué ha de hacer? lo que hagas tú: coser, rezar, pasearse.

—Eso basta para mí, que ya no soy joven ni bonita, querido Fernando; pero ¿no es un dolor encerrar en un rincón del mundo los hermosos ojos azules y los cabellos castaños de Carolina?

—Los hijos deben seguir la suerte de sus padres.

La pobre madre callaba, porque el carácter áspero é intolerante de su marido no permitía mayores objeciones; y además, ¿qué hubiera adelantado con ellas? Demasiado conocía la pobre mujer su absoluta carencia de recursos, y ella misma convenía en que no podían vivir en ninguna capital; pero, esto no obstante, lloraba á sus solas y murmuraba con acento desconsolado:

—¡Los otros cinco aun son pequeños! ¡pero mi

pobre Carolina! ¡encerrada allí, y para siempre tal vez!

A pesar de todo, la familia se puso en marcha para la aldea en un hermoso día de primavera: el padre iba satisfecho, como una persona que cumple con su deber; la madre, llorosa y afligida; los niños corrían y jugaban; y Carolina, causa inocente de la tristeza de su buena y amorosa madre, corría y jugaba con ellos, con toda la alegría de sus catorce años.

Cuando digo que los hijos de D. Fernando corrían y jugaban, no debo suponer que piensen mis lectores hacían á pié el trayecto de cuatro leguas que separan á Villanueva de Madrid; nada de eso; toda la familia iba en un carrito cubierto, propio del ordinario del pueblo, el cual sólo les contaba á peseta los asientos del padre, de la madre y de Carolina, y á dos reales los de los cinco niños; total, veintidós reales el viaje de toda la familia.

Pero los diez reales de los asientos de los niños, y aun los cuatro que importaba el de Carolina, era casi inútil el haberlos gastado; porque, apenas salieron al campo los muchachos, saltaron del carrito y echaron á correr por el camino como una bandada de palomas.

Poco después, D. Fernando, mecido por el movimiento, aunque ingrato, del carruaje, se durmió profundamente.

Su esposa aprovechó aquella inesperada sole-

dad para llorar á sus anchas, lo que casi nunca se atrevía á hacer en presencia de su marido.

Era, á la sazón, una mujer de treinta y cinco años, que aun conservaba restos de una gran belleza, aunque marchita por los pesares y las privaciones: su estatura era regular y esbelta, y sobre su cuello, un poco largo y enhiesto, se levantaba su cabeza pequeña, fina é inteligente, cubierta de cabellos negros, entre los cuales se destacaban algunas hebras de plata: sus ojos eran negros y rasgados, aunque se notaba en ellos una expresión muy triste: su boca, fresca, á pesar de la palidez de sus labios, conservaba una admirable dentadura: tenía la nariz aguileña y noble, la frente despejada, y un aire de dulzura y de bondad que embellecía aún todas las gracias que le había concedido la naturaleza, y que sin duda habían brillado mucho en mejores días.

Llamábase Berta, y no pocas veces este altivo nombre había sido objeto de las burlas de su marido, que nada entendía de poesía, ni en la forma ni en el fondo.

Pocas mujeres podían compararse, sin embargo, en belleza, gracia y distinción, á la joven Berta cuando casó con Fernando, teniente entonces de uno de los regimientos que se hallaban de guarnición en Barcelona.

Tenían entonces, él veinticuatro años, y ella diez y nueve: él era gallardo, elegante, hablador, petulante y jugador con mediana suerte: vió á

Berta una noche en el teatro, y á pesar de estar formalmente comprometido con otra joven que le amaba mucho, resolvió emprender la conquista de Berta, que hacía un papel muy brillante en la ciudad por su belleza y su talento.

Otro motivo había además que le impulsaba á desearla por esposa. Berta tenía unos doce mil pesos de dote, que su padre, honrado comerciante que murió muy joven, había podido dejarle: Berta había perdido también á su madre cuando apenas contaba diez y seis años, y había quedado encomendada á un tutor, amigo de su padre, hombre excelente, que adoraba á su pupila y la acompañaba á todas partes.

El flamante y vanidoso teniente tuvo poco que hacer para captarse la voluntad del tutor y de la pupila; la pobre Berta cayó en aquel lazo de oro-pel que bien pronto debía oprimir su garganta; se enamoró perdidamente del joven militar, que montaba muy bien á caballo, que chapurraba el francés y el inglés, que cada día estrenaba botas y guantes; parecióle muy preferible á algunos honrados negociantes catalanes que la hubieran hecho su esposa llenos de gratitud, y que le ofrecían una adoración sin límites, si bien con formas algo rudas é ingenuas. En fin, Berta dió su mano á Fernando, que bien pronto dilapidó en el juego y en su lujo personal el modesto dote de aquélla, ganado por su padre á costa de tantas privaciones y de tan ímprobo trabajo.

33872

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1000. 1025 MONTERREY, MEXICO

Más adelante tendremos ocasión de hablar, lectores míos, del martirio del corazón que durante muchos años sufrió la pobre Berta, tan distinguida, tan delicada y pura, al lado de aquel hombre grosero y materialista, que había dejado su dorado barniz detrás de la puerta de la iglesia el día que se casó, del mismo modo que se deja en un baile de máscaras un antifaz que incomoda; ahora nos contentaremos sólo con hablar de su instalación en la aldea.

Cerca de la caída de la tarde llegaron a Villanueva: los niños, que habían corrido la mayor parte del tiempo, iban cansados: eran tres varones y dos hembras, y contaban, la mayor, que era la que seguía á Carolina, doce años; once el siguiente, y nueve el menor; los otros dos eran una niña de siete y un niño de seis.

Hortensia, que era la que seguía en edad á Carolina, era una bella criatura que se parecía á su madre: tenía la tez trigueña, y negros los ojos y cabellos: su hermana era más suave, más débil, por decirlo así.

Imagináos una niña de catorce años, alta, blanca y sonrosada, con hermosos ojos azules y cabellos castaños, que, mirados á una buena luz, presentan reflejos dorados y brillantes, y tendréis un retrato aproximado de Carolina.

Su boca, fina y rosada, era melancólica; su frente despejada, sin ostentar esa anchura que raya en la deformidad; su nariz pequeña y gra-

ciosa; sus cejas de seda parecían trazadas, según su delicadeza, con un pincel; sus largas pestañas rubias daban á su rostro virginal y puro un aspecto de sensibilidad y de pasión, del cual era muy difícil defenderse: era vivaz sin ser alegre; afectuosa con reserva; melancólica con dulzura y mansedumbre sin igual: á un tiempo delicada y snfrida, valerosa y débil, enérgica y suave, casta y apasionada; y todas estas dotes, tan diferentes entre sí, estaban repartidas por la mano divina del Eterno con tal acierto, que unas servían para realzar las otras.

Tal era Carolina: su alegría durante el camino era sincera: vivía en Madrid hacía ya mucho tiempo, y la vida de Madrid, en la escasez, es insoportable, sobre todo para los niños.

Su padre, cuyo regimiento había estado de guarnición en la corte durante los últimos años de su servicio activo, se había vuelto regañón é insoportable, mucho más de lo que antes lo había sido: cuando le dieron el retiro á causa de la dolencia que él había adquirido con su vida desordenada, su mal humor subió hasta un punto increíble: y no sólo su esposa, sino hasta el más pequeño de sus hijos, miró casi como una felicidad la marcha á la aldea, calculando que tal vez así se calmaría su irascible humor.

Sin embargo, la pena torturaba cruelmente el corazón de Berta al pensar en la suerte futura de sus hijas, sobre todo de Carolina, cuyas gracias

adquirían mayor mérito ante sus ojos de madre.

Cuando llegaron al lugar, el carricoche se detuvo á la entrada de la primera calle: allí estaba situada la casa que debía habitar aquella pobre familia.

El que duerme en un carruaje se despierta cuando éste pára, y esto sucedió á D. Fernando no bien hubo cesado el movimiento del suyo.

Frotóse los ojos con ademán grosero, y dijo con la voz entorpecida por el sueño:

—¡Hola! ¡ya hemos llegado! Bueno: vamos, niños, abajo todos.

La prole, que hacía un rato había subido, saltó al suelo muy alegre, y entraron todos en la casa.

Era ésta grande, destartalada, fría: á pesar de ser aquél un hermoso día de Mayo, se advertía en ella un ambiente helado y húmedo: las inmensas chimeneas estaban llenas de polvorosas cenizas: grandes sillones de vaqueta negra, muy viejos, estaban diseminados aquí y allá: aquel antiguo caserón pertenecía á un título joven, rico y elegante, que no queriendo vivir en la aldea, había mandado á su administrador que lo alquilase, por un módico precio, á quien quisiera habitarle: aquel año le había tocado al retirado y á su familia, por haber muerto el anterior una vieja devota y regañona que le ocupaba hacía lo menos diez y ocho.

Así, pues, los viejos muebles, con los que se alquilaba, y hasta las paredes de la casa participaban de la incuria sórdida y triste que siempre

ha sido compañera inseparable de la beatería: las mesas estaban llenas de gotas de aceite y sebo; los sillones desclavados y raídos; los vidrios de los antiquísimos balcones, llenos de polvo; las molduras doradas de las chimeneas y los marcos de algunos cuadros de remoto origen, del todo negros.

Berta sintió que su corazón se oprimía mucho más de lo que lo estaba, ante el aspecto ruinoso de aquella triste vivienda: preguntó con voz ahogada si había jardín, y una anciana, que era la encargada de guardar las llaves, y por consiguiente la persona que los instalaba, le dijo que lo había, y muy hermoso.

Berta se informó del camino: estaba al fin del gran patio, y se bajaba á él por una escalera de piedra negra y tan húmeda, que entre sus grietas habían brotado muchas yerbecillas.

Carolina y Hortensia siguieron á su madre brincando como dos cervatillos: el jardín era hermoso, en efecto, á pesar de extenderse también á él el sórdido abandono que dominaba en las habitaciones: componíase de dos grandes calles que formaban tres separaciones: de éstas, una estaba llena de flores, y las otras dos sembradas de verduras: grandes árboles frutales se elevaban en todo el jardín, prometiendo á los niños rica cosecha de meriendas y almuerzos.

Dos fuentes caudalosas y cristalinas ocupaban el medio de las dos calles: y alrededor de los pilones de piedra, una mano previsora y deseosa de

obsequiar á los nuevos huéspedes había colocado algunas macetas de albahaca, de geranio y de claveles.

Las dos calles iban á parar á otra transversal que cruzaba el jardín, y que estaba plantada de alisos y álamos jóvenes y lozanos.

A lo último de esta calle, y formando ya ángulo con la tapia, había un enorme tilo que elevaba su pomposo ramaje de brillantes hojas como un plumero de esmeraldas.

Sobre el jardín se elevaba un cielo azul, radioso y puro, alumbrado por el espléndido sol de Mayo.

Berta, consolada, casi alegre, extendió sus miradas por tan hermoso panorama, y vió á su marido que entraba en el jardín: entonces, dominada por su emoción, corrió hacia él y le dijo echándole los brazos al cuello:

—¡Oh amigo mío! ¡qué hermoso, qué hermoso es esto!

—¡Sí, sí, está bien! ¡es muy hermoso! respondió brutalmente Villena; ¡muy bueno! pero te anuncio que todo se va á variar! ¡Pues estábamos frescos con tener sólo una huerta de recreo para la señora y las señoritas! ¡Vaya, vaya! ¡por mi nombre, que no faltaba más!

Como se ve, el Sr. D. Fernando de Villena, hijo tercero de un Marqués muy pobre, juraba también, cuando tenía gana de hacerlo: su infeliz esposa bajó la frente, y ya se retiraba confusa y afligi-

da, cuando vió venir sonriendo á sus dos hijas.

—¿Qué tienes, mamá? preguntó Carolina, que más perspicaz ó más cariñosa que su hermana, fué la primera que vió lágrimas en los ojos de Berta.

—Nada, nada, hija mía, repuso ésta abrazando á las niñas; soy muy feliz, á pesar de todo, al veros tan contentas.

Madre é hijas siguieron su paseo por las grandes calles del jardín, en tanto que Villena recorría solo el extremo opuesto, meditabundo, adusto y silencioso, pensando en que allí no debía pasarse mal la vida, y en que, mala ó buena, debía contentarse con ella, porque todo tiene sus contras en este mundo.

Como se ve, la pobreza y la enfermedad habían hecho del militar calavera un filósofo profundo y verdadero.

¡Cuántos filósofos hay como Villena en el mundo!

Su conformidad es hija de su desgracia; pero en el fondo de su alma culpan de aquélla á su destino, sin pensar, ni por un instante, que si hubieran sido filósofos cuando tenían, no hubieran llegado á la pobreza que abominan.

CAPÍTULO II

Carolina.

Cinco años han pasado: la familia de Villena, durante este largo periodo, ha variado de aspecto, porque en el carácter de todos ha habido un gran cambio.

Como realmente ahora es cuando empieza la acción de esta historia, bueno será que digamos en qué consiste esta mudanza, para la mejor inteligencia de nuestros lectores.

Villena se había vuelto mucho más intolerante, grosero y regañón. Berta era mucho más desgraciada, y en aquellos cinco años parecía haber vivido quince. Hortensia era una hermosa joven de diez y siete años, muy brusca y muy ordinaria.

De los cuatro hermanos que la seguían, los dos más pequeños habían muerto, y los otros dos eran dos muchachos de catorce y diez y seis años, que el uno aprendía á boticario y el otro ayudaba á sus quehaceres al fiel de fechos.

En cuanto á Carolina, ¡oh! en ésta si que se había efectuado una gran mudanza; contaba ya

diez y nueve años, y hacía dos que estaba casada.

Esta era la causa principal de la tristeza de su madre. Carolina estaba casada... ya no era suya... no le pertenecía, y era desgraciada también á su vez.

El esposo de Carolina no era ni feo ni hermoso; tenía veintinueve años y una fortuna regular; se llamaba Bernardo, y jamás había tenido ambición.

Sus habilidades se reducían á saber leer de corrido y escribir no muy bien; á saber cuidar los peones que trabajaban en sus heredades; á llevar las cuentas del molino harinero del lugar, que era suyo, y á querer mucho á su mujer, á la que creía muy superior á él por todos conceptos.

Por lo demás, tenía el aspecto honrado y bonachón, pero bastante encogido; casi nunca había salido de su aldea, en la que era conocido y estimado de todos.

Su traje consistía en un pantalón y una chaqueta de paño pardo para todos los días, un pantalón azul y una levita del mismo color para los festivos; pero aquella levita, aunque nueva y flamante, era mucho más anticuada que las que de los desechos de sus amos gastan los ayudas de cámara de la corte.

Esto consistía en que Bernardo se la ponía muy pocas veces, y en éstas la cuidaba con el mayor esmero.

Ambos esposos vivían enfrente de la casa que

ocupaba el retirado con su familia, en otra casa muy vieja, propia de la familia de Bernardo Pérez, y en la cual vivían también los padres de éste.

Eran dos buenos ancianos; el padre ya no trabajaba, porque tenía cerca de sesenta años y estaba achacoso á causa de una excesiva laboriosidad durante toda su vida; se llamaba Casiano Pérez, pero se le llamaba sencillamente el tío Casiano.

La madre tenía, poco más ó menos, la misma edad que su marido; veneraba á éste, adoraba á su hijo y trataba con una especie de cariño humilde á un tiempo y protector á Carolina.

En medio de estos tres seres toscos y honrados se levantaba como un ángel de belleza la hechicera figura de Carolina, siempre vestida de blanco en verano, siempre vestida de seda en invierno.

Los años pasados de su adolescencia á su juventud habían hecho de su naciente belleza una hermosura adorable; cada gracia se había convertido en un encanto, cada encanto en una perfección; nada podía buscarse más hermoso.

Era de esa talla un poco baja para llamarse alta, un poco elevada para llamarse pequeña: de esa talla que es el justo medio para la belleza de formas en la mujer: un estatuero hubiérase vuelto loco de alegría al ver sus formas correctas y puras, pero esbeltas y delicadas, como correspondía á su corta edad y su exquisita organización; su talle se cimbreaba como un junco; sus hom-

bro, redondos y finos, estaban hendidos por dos hoyos muy pronunciados; parecía imposible que pudieran sustentarla sus piés de niña, y más imposible que su delgado cuello, un poco largo, sostuviese el peso de su espléndida cabellera.

Aquellas espesas y brillantes trenzas de color castaño subido conservaban sus reflejos dorados y esplendentes, y servían de un magnífico marco á su semblante oval, blanco como el nácar y alumbrado por dos rasgados ojos azules con largas pestañas de seda oscura.

Tanta era la blancura de Carolina, que apenas daba lugar á un suave sonrosado que se extendía por sus mejillas; por esto mismo su frente y el resto de su semblante ostentaban la satinada nitidez de la azucena.

Su suegra, la honrada y recta señora Prisca, la llamaba comedidamente la *figurita de marfil*, y á veces se reía tristemente de las aristocráticas maneras de Carolina, que ella calificaba de *melindres*.

Carolina hacía siempre como que no la oía; á las pullas medidas de su suegra, á las cariñosas reconvenções de su suegro, á los apasionados y sencillos ruegos de su marido para que depusiera su frialdad y su melancolia habituales, sólo contestaba con el silencio.

No cuidaba de la despensa, ni del lavado, ni del repaso de la ropa; no miraba por el aseo y la comodidad de su marido; se ocupaba en hacerse

sus vestidos con más gracia y coquetería que la mejor modista, en bordar sus cuellos y sus gorros de dormir, y en tocar el piano.

—¿Quién había enseñado á tocar el piano á Carolina? dirá admirado el lector.

Su madre; había hallado en uno de los desiertos salones del palacio un clave muy antiguo y muy viejo, y en él había dado lecciones á su hija, recordando que ella había brillado por su sorprendente talento musical.

Carolina aprendió lo bastante en aquel vetusto instrumento, para ser lo que había sido su madre; una buena profesora.

Cuando se casó, uno de los regalos de boda de Bernardo había sido un hermoso piano inglés.

—¿Para qué quiere tu mujer ese mueble tan caro? preguntó la previsora señora Prisca á su hijo el día que llegó el piano de Madrid.

—Para distraerse, madre mía, respondió Bernardo.

—Yo jamás he tenido esas distracciones, objetó muy admirada la labradora.

—Ya lo sé, repuso Bernardo, cuya candidez se hallaba en un gran apuro para contestar á aquel contundente argumento; pero Carolina, además de distraerse ella, nos distraerá á nosotros durante las noches de invierno; ¡canta como un ángel!

—¡Con tal que no nos impida á tu padre y á mi rezar el rosario! dijo á media voz la señora Prisca, saliendo de la estancia.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1525 MONTERREY, MEXICO

Bernardo, sin poder darse cuenta del por qué, sintió que se oprimía su corazón, pero no supo qué decir, porque no era una de sus dotes la afluencia: el pobre mozo era honrado, amante, veraz, pero no sabía hablar más que lo más preciso, y eso algo duramente: era un corazón de oro bajo una cubierta de barro tosco.

Inútil creemos decir al lector que Carolina no amaba á su marido: educada por una madre delicada y tierna, á la que adoraba, detestaba en Bernardo algunos de los defectos que habian convertido á su padre en el tirano de toda su familia; y obcecada por su vanidad y humillada por la rústica sencillez de Bernardo, no echaba de ver que estaba dotado de mil bellas cualidades que jamás se habían abrigado en el alma mezquina y vulgar del ex-teniente.

El casamiento de la joven se había verificado de un modo casi independiente de su voluntad.

Desde su llegada á Villanueva, había visto siempre cerca de ella á Bernardo.

Cuando paseaba, se lo encontraba: un día que cayó en un riachuelo, Bernardo la sacó de él; otro día que deseaba un nido, Bernardo se lo alcanzó: cuando paseaba por alguna huerta, á la salida de ella estaba Bernardo que le daba un ramo de flores: cuando oía misa, Bernardo estaba tras ella: algunas noches la despertaba el ruido de una guitarra bajo la ventana de su cuarto, y ella decía maquinalmente:

—Ese es Bernardo.

Poco después volvía á dormirse.

Así pasaron tres años: durante ellos, Bernardo siguió siendo la sombra de Carolina: el mozo tenía veinticuatro años, y aunque todas las muchachas de Villanueva se lo disputaban, porque tenía muy hermosos ojos negros y era el joven más rico del lugar, él sólo veía á Carolina; era su primero, su único y quizá su último amor, porque á través de su humildad de niño se descubría el temple fuerte del hombre reflexivo.

Un día fué el señor Casiano á ver al señor Villena, y pidió hablar á solas á éste y á su esposa.

Cuando estuvieron sin testigos, habló así, con voz muy conmovida:

—Señor D. Fernando, mi hijo está enfermo de tristeza; se ha enamorado de la hija mayor de usted, y la rubilla le ha trastornado el seso, de modo que su vida peligra: ¿quiere V. dármele por esposa de mi Bernardo?

Villena hinchó los carrillos, tomó un aire de orgullo alarmado, y respondió:

—A la verdad, señor Pérez... tal proposición... estoy admirado... mi hija tiene una educación muy distinguida y un nombre ilustre... es una señorita... y ya comprende V. que...

—Mi hijo es un hombre honrado, respondió con altivez el anciano: la ama más que nadie la puede amar en este mundo... la ama más que á su madre y más que á mí...

Ahogóse aquí la voz del señor Casiano, y enjugó una gruesa lágrima con el dorso de su mano, arrugada y ennegrecida por el trabajo.

Luego prosiguió, en tanto que Villena continuaba paseándose por el cuarto con una grosería que á él le parecía dignidad:

—Sé que su hija de V. no tiene un cuarto; pero no importa: sé que nos mira con desprecio á mi mujer y á mí, porque jamás nos da los buenos días; pero tampoco importa: lo que mi esposa y yo anhelamos ante todo es la dicha de Bernardo.

—Lo pensaré, respondió con rudo laconismo Villena.

—Lo consultaremos con nuestra hija, añadió Berta con su dulce voz; pero una mirada de su marido apagó el acento de sus labios.

Cuando el Sr. Casiano hubo salido, Villena llamó á su hija y le dijo con su grosería habitual:

—Chiquilla, vas á casarte con Bernardo Pérez. Carolina se encogió de hombros.

—Es el mejor mozo y el más rico del lugar, añadió su padre: te quiere mucho, y como te cree superior y es bastante necio é imbecil, tú serás la que mande en casa: por otra parte, lo pasarás mejor que aquí, en donde no puedes comprarte lo que quieres, porque somos pobres, y donde tienes que cuidar á tus hermanos. Conque lo dicho: no podemos despreciar semejante partido en nuestra mala posición: dentro de un mes se hará la boda.

Así fué en efecto: la boda se efectuó cinco semanas después, y aquel día fué el más dichoso de la vida de Carolina, porque advirtió que todas las jóvenes del lugar la miraban con envidia.

Bernardo parecía trasportado al sétimo cielo: sus grandes ojos, absortos, no podían separarse de Carolina, que estaba bella como el sueño del primer amor, con su traje blanco de muselina y su corona de azahar: cuando su marido le ofreció la mano para bailar un rigodón, aquella mano parecía de corcho al lado de la alabastrina de su novia.

Bernardo apenas se atrevía á tocar aquella diestra que ya era suya: temblaba cuando el viento llevaba hasta él el perfume de los rizos de Carolina: le parecía que no sólo era él indigno de tanta dicha, sino que el sol no merecía alumbrar á su mujer: mirándola, sentía llenarse sus ojos de lágrimas, sentía deshecho su corazón en una ternura infinita.

Por la noche, los padres de la desposada acompañaron á los novios á su casa, y Berta, que era la ternura y la delicadeza mismas, quedó admirada del aspecto encantador que presentaba el cuarto de su hija; jamás había ella esperado encontrar tanta sencillez y buen gusto reunidos en aquella pobre aldea.

Un lecho de acero y bronce, rodeado de cortinas blancas bordadas, con transparentes de gro azul celeste y sábanas de batista orladas de an-

tigos encajes; el hermoso piano que Bernardo le regalaba; una mesa de tocador con cortinas de gasa, y cargada de lindos frascos de porcelana, de cajas de laca y concha y de esas mil chucherías que tanto amamos las mujeres; algunas sillas ligeras de limonero y un elegante costurero de palo de rosa, constituían el mueblaje: había además grandes macetas de flores y de plantas odoríficas, que exhalaban un delicioso aroma.

—Hija mía, dijo á Carolina la señora de Villena, tu marido te ama mucho: sólo un corazón lleno de cariño puede acertar con algunos detalles que veo aquí: ámale tú también.

La señora Prisca cortó las palabras de Berta, acercándose á ésta y á su hija.

—Hija mía, dijo á su vez á Carolina, este cuartito—el mejor de la casa—se ha arreglado así por el gusto de mi hijo; pero él y nosotros somos unos ignorantes: si algo falta, dispensa.

—¡Oh señora! exclamó Carolina, encarnada de confusión y gratitud.

—En cuanto á mí, prosiguió la señora Prisca, cuyas cejas se fruncieron al oír la palabra *señora*, cuando ella esperaba la de *madre*; en cuanto á mí, te regalo la cosa de más valor que hasta hoy he tenido: esos encajes que guarnecen las ropas de tu lecho, los heredé de mi madre, y son de bastante precio: úsalos tú.

—Gracias, señora, dijo Carolina con su dulce voz, pero con su acento frío: muchísimas gracias.

La anciana se alejó, lastimada á un tiempo en su corazón y en su amor propio: ella hubiera deseado un abrazo y una sola palabra salida del corazón de Carolina.

Desde el día siguiente, los padres de Bernardo siguieron su acostumbrado método de vida: la señora Prisca no imaginó ni por un instante que su nuera pudiera descansar en algo: por el contrario, se persuadió de que así ella como la tía Bautista, su única criada, tenían en casa una persona más á quien servir y de quien cuidar.

Carolina empezó una vida más cómoda, más á su gusto, más elegante, por decirlo así, de lo que jamás la había llevado: se levantaba tarde; se peinaba y vestía, y bajaba á dar un paseo por la huerta: cuando subía, la tía Bautista le servía un frugal almuerzo en su cuarto, compuesto de leche, huevos frescos y un poco de dulce: luego se ponía á bordar ó á leer junto á la ventana de su cuarto, que por estar ya situada la casa al fin de la calle, y por ocupar aquella uno de sus ángulos, daba al campo.

Poco más ó menos á aquella hora volvía Bernardo con los peones, y almorzaba en la cocina un plato de carne con patatas, con gran apetito, mas sin poder conseguir que su mujer le hiciese compañía.

Carolina comía á las cuatro algunos manjares delicados: su marido y los padres de éste cenaban un poco más tarde en la cocina.

Por la noche Carolina y Bernardo iban *al palacio*, como se llamaba al caserón habitado por los padres de la joven, y á las diez volvían á su casa.

Tal era la vida que Carolina llevaba hacia dos años, durante los cuales su corazón se había enfriado, y la existencia le parecía vacía y monótona, no obstante el apasionado, ardiente y generoso amor de su marido.

CAPÍTULO III

Comentarios.

Era un domingo de Junio, y las siete de la tarde, cuando la campana de la parroquia de Villanueva llamaba á los vecinos al rosario.

En el palacio, y en el cuarto matrimonial de Villena y de Berta, se hallaban sentadas esta última y su hija mayor.

Villena no había querido jamás que su mujer tuviese aposento propio, porque decía que esas eran gollerías y que había que amueblar dos habitaciones, cuando los dos podían pasarse con una sola.

Sus hábitos soldadescos, lejos de irse modificando, se habían vuelto más rudos y groseros desde que se había hecho aldeano y filósofo contra su gusto y convicción.

Su pobre esposa, víctima de sus extravíos, no le había merecido la más leve consideración desde que acabó de gastar su modesto lote; dote que con tantos afanes y economías le había ido reuniendo su padre, y que él dilapidó tan pronto y fácilmente.

Por la noche Carolina y Bernardo iban *al palacio*, como se llamaba al caserón habitado por los padres de la joven, y á las diez volvían á su casa.

Tal era la vida que Carolina llevaba hacia dos años, durante los cuales su corazón se había enfriado, y la existencia le parecía vacía y monótona, no obstante el apasionado, ardiente y generoso amor de su marido.

CAPÍTULO III

Comentarios.

Era un domingo de Junio, y las siete de la tarde, cuando la campana de la parroquia de Villanueva llamaba á los vecinos al rosario.

En el palacio, y en el cuarto matrimonial de Villena y de Berta, se hallaban sentadas esta última y su hija mayor.

Villena no había querido jamás que su mujer tuviese aposento propio, porque decía que esas eran gollerías y que había que amueblar dos habitaciones, cuando los dos podían pasarse con una sola.

Sus hábitos soldadescos, lejos de irse modificando, se habían vuelto más rudos y groseros desde que se había hecho aldeano y filósofo contra su gusto y convicción.

Su pobre esposa, víctima de sus extravíos, no le había merecido la más leve consideración desde que acabó de gastar su modesto lote; dote que con tantos afanes y economías le había ido reuniendo su padre, y que él dilapidó tan pronto y fácilmente.

Berta se había resignado á todo; pero el dolor había impreso su desolada huella en el semblante y en el alma de aquella infeliz mujer.

En la tarde de que voy hablando, parecía más triste aún que de costumbre: á sus disgustos habituales se había agregado otro no pequeño que le había dado Hortensia, cuyo carácter brusco y turbulento se parecía bastante al de su padre.

A la sazón, Hortensia se hallaba asomada á la ventana: era una muchachona alta, morena, bastante gruesa y ordinaria: jamás había sabido hacer más que correr, decir insolencias á todos y regañar con sus hermanos, tan bruscos y groseros como ella.

Carolina y su madre guardaban silencio; la joven llevaba un vestido blanco y una rama de jazmín entre sus sedosos cabellos castaños, y nada puede imaginarse más encantador que su dulce belleza adornada así.

De repente Hortensia dió un paso hacia atrás y exclamó palmoteando:

—¡Forasteros! ¡forasteros! ¡cuántos vienen! ¡en coche y á caballo!

Carolina corrió á la ventana: en cuanto á su madre, sumergida en tristes meditaciones, ni siquiera había oído las palabras de su hija.

Venían en efecto por la calle muchas gentes, evidentemente de Madrid, según la elegante sencillez de sus trajes.

Abrían la marcha cuatro jóvenes vestidos de

caza, pero con gran esmero: seguían luego cuatro Amazonas que montaban con mucha soltura; dos eran casi niñas y muy lindas; las otras dos habían ya cumplido los veinticinco años, y al verlas, nadie hubiese dudado de que aun rendían un culto entusiasta á las diversiones y los placeres: eran de esas mujeres que adoran al mundo y que no lo abandonan hasta que él les cierra sus puertas, cuando ya han desaparecido sus encantos.

Detrás de las damas seguían otros ocho ó diez jinetes más, de todas edades, aunque ninguno pasaba de los treinta años.

Por último, una carretela fuerte y elegante cerraba la marcha: á causa de lo caluroso de la tarde y de lo corto del camino, los lacayos la habían dejado abierta, y podían divisarse cuatro personas sentadas en su fondo, y que, á pesar de ir cubiertas del polvo del camino, venían muy alegres.

Eran una señora de edad avanzada, cuyos plateados rizos se escapaban de una capota de raso aplomado, y tres caballeros.

De éstos, uno tenía los cabellos grises y el semblante sellado por una amarga melancolía, aunque en él se advertían restos muy notables de belleza.

Los otros dos eran dos hombres de cuarenta á cuarenta y ocho años, de aire altivo y modales tan naturalmente distinguidos, que no podía dudarse que pertenecían á la más elevada aristocracia.

Uno de los jóvenes jinetes que se veían delante, iba mirando á todas las casas de la calle; cuando llegaron enfrente del *palacio*, detuvo su caballo y dijo volviéndose al resto de la cabalgata:

—Aquí es.

Toda la comitiva se detuvo á su vez: los caballeros echaron pié á tierra con presteza, y unos fueron presurosos á ayudar á desmontar á las jóvenes, mientras otros acudían solícitos á dar la mano á la anciana señora que venía en la carretela.

Un instante después, Carolina, atónita, vió entrar aquella brillante comitiva en casa de sus padres.

La joven, trémula de sorpresa, corrió á su madre y le dijo lo que pasaba. Pero Berta no se inmutó en lo más leve, á pesar de que ya se oían en la antesala que precedía á la habitación en que se hallaban, los pasos de los viajeros: abrió la puerta y se presentó en su umbral.

A la vista de aquella mujer pálida y digna, se detuvieron todos, y los hombres descubrieron su cabeza.

—Señores, dijo Berta con serena dulzura, me parece lo más necesario ofrecer á las damas un poco de descanso, y les ruego sigan á mi hija á otra habitación más cómoda, por la única razón de ser más espaciosa: yo, si me lo permiten, iré al instante á reunirme con Vds.

Inclináronse todos con respeto y siguieron á Carolina, que, encarnada como una amapola, pasó delante para servir de guía.

La joven temblaba como el tierno arbolillo que sacude el vendaval: y era que entre todos aquellos hermosos y brillantes jóvenes había uno cuyos negros ojos se habían clavado en los suyos con una afanosa sorpresa.

Aquella mirada atrevida, elocuente, había turbado á la joven: sentía arder su cabeza y que sus piernas trémulas no podían sostenerla.

Durante el corto trayecto del cuarto de Berta á lo que su marido llamaba la *sala de recibo*, bajemos la escalera del palacio y nos hallaremos con todo el pueblo reunido á su puerta.

El auditorio se componía en su mayor parte de mujeres que habían ido siguiendo la cabalgata; pero también habían acudido algunos hombres que por lo avanzado de la hora habían ya regresado de su paseo, ó del juego de bolos, que todos los domingos tenía lugar en la plaza de la iglesia.

—Mujer, ¿á qué vendrán? decía una gruesa laboradora á otra mujer que tenía á su lado.

—¿Quién sabe? se cansarán de la hermosa vida de Madrid, porque dicen que hasta lo bueno cansa en este mundo.

—Bien; pero aunque se cansen, ¿á qué vendrán?

—¡Toma! á pasearse.

—¿Aquí?

—Pues ¿quién lo duda?

—¡Cá! ¡á falta de buenos paseos que hay en Madrid!

—Pues será alguna boda: dicen que á veces esas gentes gordas salen de Madrid por huir del bullicio.

—Pues yo, dijo un anciano labrador, creo que no vienen á nada de eso, sino á otra cosa muy distinta.

—¿A qué?

—Yo me lo sé.

—¿Qué manía de hacer misterios tiene siempre este tío Mateo!

—Vamos, pues lo diré: creo que vienen á hacer alguna función de iglesia.

—¡Bien puede ser!

—¿Qué ha de ser? Pues qué, ¿no hay en Madrid mejores predicadores que el señor cura?

—¿Mejores? lo dudo.

—¡Bah, bah! á lo que vienen es á cazar: ¿no habeis reparado que los hombres traen escopetas?

—Es verdad: ¿pero y las mujeres?

—Aprovecharán el tiempo para pasearse.

—¿Y habeis visto á la señora que llegó hace tres días? preguntó una anciana de aspecto honrado.

—¡Ah! ¿á la de la casita blanca? Yo no.

—Ni yo.

—Ni yo tampoco.

—Ni aun á la iglesia ha ido hoy, siendo domingo.

—¿Ha venido sola?

—No: trae una criada, joven aún y casi tan bien vestida como ella: ella tampoco es vieja, pero tiene cara de haber padecido mucho.

—Entonces, no hay que discurrir á lo que viene.

—Claro está: á curarse.

—Yo no le ví bien la cara, porque llevaba un gorro así como los que llevan las señoras en Madrid, con un velo que se la tapaba; pero el aire movió su cabello y sacó un rizo fuera del sombrero, con lo que pude ver que era rubia... rubia como el oro.

—Ya lo veremos.

—Ciertamente: y ahora vámonos; porque los forasteros no llevan traza de salir, y se hace tarde para mis chicos, que en ponerse el sol tienen sueño.

Toda aquella honrada y curiosa gente se dispersó, y pocos minutos después, cada uno se hallaba en su casa y entre su familia, cenando con ese apetito envidiable, propio de las aldeas, y que rara vez nos visita en las grandes ciudades.

CAPÍTULO IV

En el que el lector hallará á un antiguo conocido.

Entretanto que esto tenía lugar en la calle, los cazadores se habían reunido, siguiendo á Carolina, en el salón del palacio, ó á lo menos, en lo que lo había sido en otro tiempo, pues lo escaso de los muebles no permitía darle entonces tan pomposo nombre.

Los poseedores del palacio, no pensando sin duda en habitarlo nunca, se habían llevado á Madrid cuanto había en él de valor: por esta causa no se veían en la gran sala más que algunos sillones viejos y resquebrajados, una mesa de juego que había perdido el barniz, y un reloj de bronce, ennegrecido por el tiempo y la incuria, sobre la chimenea: el señor Villena no había podido ni aun había pensado en mejorar el mueblaje de la casa.

En medio de aquella vetusta estancia se destacaba la angelical figura de Carolina, esparciendo en torno suyo como un rayo de plácida luz: turbada por la audaz mirada de aquel hombre, y tur-

bada también por aquella reunión numerosa, que fijaba en ella toda su atención, un vivo sonrosado había cubierto sus mejillas, ordinariamente blancas como la flor del jazmín.

Dichosamente para ella, su madre vino en su auxilio; Berta apareció en el umbral, y las miradas fijas en la hija se volvieron á la madre con no menor curiosidad.

Ya iba siendo reemplazada la claridad de la tarde por las sombras de la noche, y á poco de haber entrado la señora de Villena entró también la única criada que servía á la familia, con dos velas encendidas y colocadas en dos candeleros de plqué que brillaban de limpieza.

—Señores, dijo Berta después de haber saludado con un cortés pero frío movimiento de cabeza, y de haber ofrecido asientos á las damas; ahora ruego á Vds. me manifiesten á qué debo el honor de esta visita.

—Es justo, señora, respondió el elegante joven que no cesaba de mirar á Carolina, y que para dar esta respuesta había separado de ella los ojos con visible trabajo; es justo, y yo suplico á V. me perdone el no haberle avisado antes, como debía, de nuestra llegada; soy el dueño de esta casa, y estas señoras, mis amigos y yo, venimos á pasar en ella ocho ó diez días, que emplearemos en cazar.

Berta se inclinó, pero la palidez invadió su rostro, que era muy hermoso todavía.

Entonces la dama anciana que ocupaba la curretela tomó la palabra, comprendiendo, sin duda, lo angustioso de su situación.

—Mi querida señora, dijo con dulce y penetrante cortesía; yo, en nombre de mis hijas y de mis sobrinas, y en el mío también, pido á usted perdón, á mi vez, de haber accedido á los deseos de mi sobrino viniendo á molestarla sin previo aviso; pero ya que el mal está hecho, debo decirle que es fácil hacerlo menor de lo que podía ser: dos aposentos nos bastan á nosotras, y estos señores se acomodarán en otro, pues todo el día lo pasarán recorriendo los campos; este ha sido el objeto de su venida; en cuanto á nuestro servicio, no tiene que dar á V. pena alguna; dentro de muy poco debe llegar un furgón lleno de cuanto podemos necesitar, y que conduce además dos criados y dos camareras; quisiera asimismo, señora, poder evitar á Vds. la molestia de cambiar de aposentos, y nos contentaremos con los que haya desocupados.

—Señora, respondió Berta, conmovida con la delicada dulzura de aquel lenguaje, V. y estas señoritas son demasiado buenas contentándose con tan poco, y les agradezco su bondad más de lo que pueden figurarse.

Berta se levantó en seguida é hizo una señal á Carolina para que hiciese lo mismo; luego añadió:

—Ruego á Vds. que dispensen á mi marido si no cumple como debiera; disfruta de muy poca salud.

Berta dijo estas palabras con acento cortado y doloroso, y la anciana señora fijó en ella una mirada tierna y compasiva, adivinando sin duda los sinsabores domésticos de aquella mujer tan bella y delicada.

Otra mirada se fijó también en la abatida frente de Berta: la del caballero de cabellos grises que ocupaba la izquierda de la dama en el carruaje.

Era éste hombre de aspecto singular; su frente, que se había despoblado de cabellos, era ancha, majestuosa y elevada; los que le quedaban estaban casi plateados y se rizaban en las sienes, conociéndose que, más que la edad, el estudio y la fuerza del pensamiento los habían hecho huir de la parte superior de la cabeza.

En sus ojos pardos, rasgados y llenos de dulzura, había una luz extraña que atraía y á veces deslumbraba; su traje, completamente negro, era de una hechura en extremo elegante; un bigote largo y sedoso cubría su labio superior y se enroscaba con nobleza en sus morenas mejillas, de una palidez suave y dorada.

Aquel hombre debía ser, sin duda, un perfecto conocedor del corazón humano, á juzgar por la mirada de conmiseración que fijó en Berta: en aquella mirada había también una gran ternura, como si aquella alma triste y abatida hubiera simpatizado profundamente con la suya.

Berta, como queda dicho, se dispuso á salir, haciendo á su hija una señal para que la siguiera;

pero esta señal fué notada por el joven propietario del palacio, que dijo con una galantería mezclada de sentimiento:

—¡Cómo, señora! ¿ya quiere V. privarnos de su amable compañía y de la de esta señorita?

—Me esperan, caballero, contestó Berta reprimiendo un suspiro, pues aquella sociedad, que en otro tiempo había sido la suya, tenía para ella infinitos atractivos: además, añadió, á mi hija la espera también su esposo.

El joven abrió los ojos con estupor y los fijó en la plácida y encantadora cara de la joven.

—¡Cómo! exclamó: ¿esta señorita?...

—Está casada hace ya dos años, caballero.

Berta pronunció estas palabras con notable firmeza, porque había advertido muy bien las atrevidas miradas que el huésped fijaba en su hija, y la turbación de ésta.

—Debo manifestar á V., señora, que participo de la admiración de mi sobrino, dijo la anciana, que se había puesto en pié para despedir á Berta y á su hija: ¿es posible que esta señorita se halle casada á su edad?

—Tiene ya diez y nueve años, señora.

—¿Y su marido será, supongo, de Madrid?

—No, señora: es de este pueblo.

—¡Ah, qué lástima! exclamó aturdidamente una de las jóvenes amazonas; ¡tan bella, y casada con un labriego!

Berta miró con profunda pena las mejillas de

su hija, cubiertas del carmín de la vergüenza: los ojos de Carolina, fijos en el suelo, contenían con trabajo algunas lágrimas.

—Señorita, dijo la valerosa madre con acento reposado y firme, mi hija ha logrado un esposo honrado y que la ama: no podía ni debía aspirar á más.

Dichas estas palabras, se inclinó con modestia en señal de despedida; pero la anciana dama se adelantó dos pasos y le tendió la mano.

—Soy la Marquesa de Alhama, dijo al mismo tiempo con una sencillez y nobleza admirables: y para siempre, señora, su servidora y su amiga: hijas mías, salud á estas damas.

Las cuatro jóvenes se inclinaron graciosamente, como un ramo de espigas mecido por el viento.

—Soy el Conde de Montilla, dijo á su vez el joven propietario, adelantándose y presentando su blanca y perfumada mano á Berta: disponga usted de mí, señora, con la franqueza de la verdadera amistad que le ofrezco.

—Gracias, señora, respondió Berta con la mayor naturalidad, y como persona acostumbrada al trato del mundo: gracias, caballero. Berta Meléndez de Villena, y su hija Carolina Villena de Pérez, son también sus seguras servidoras.

Madre é hija se inclinaron por última vez, y cruzaron el gran salón, dirigiéndose á la puerta.

Los huéspedes las siguieron con una mirada

de admiración y simpatía; y no pocos notaron que el paso de la madre era grave y tranquilo, en tanto que el de Carolina era trémulo y vacilante.

—¡Pérez! ¡vaya un apellido! exclamó con una carcajada una de las jóvenes.

—Ese será el del marido, añadió otra.

—Claro está, dijo la tercera.

—Y parece muda la pobre muchacha, objetó la cuarta: ni siquiera ha despegado los labios.

De las cuatro jóvenes, dos, según dijo la Marquesa, eran hijas suyas: éstas se llamaban Corina y Lucrecia; las otras dos eran huérfanas sobrinas suyas y encomendadas á su cuidado: sus nombres eran Luisa y Victoria.

El Conde de Montilla, hermano de las dos últimas, debía casarse en breve con Lucrecia, que era la más hermosa de las cuatro.

Las otras tres eran lindas, pero ninguna podía disputarle la palma de la belleza á la futura Condesa.

Figuráos una joven de diez y ocho años, alta, con ojos azules oscuros, cejas, pestañas y cabellos negros adornando el óvalo prolongado y admirable de un rostro blanco y rosado; poned á este rostro una boca diminuta, una nariz griega, una barba pequeña, un labio superior hendido por la mano de las gracias y de la castidad; colocad tan hermosa cabeza sobre un cuello esbelto, sobre unos hombros anchos, un talle delgado y una estatura de Diana cazadora, y tendréis, lec-

tores míos, una idea de Lucrecia de Pimentel y Alhama, rica, por otra parte, con unos veinte mil duros de renta anual.

—Vamos, niñas, no empezar las burlas, dijo la Marquesa entre severa y risueña; esa pobre joven es muy interesante; ¿no es cierto, Vargas?

Esta pregunta fué dirigida al caballero de los cabellos grises y grandes ojos, que permanecía sentado en uno de los viejos sillones, silencioso é inmóvil.

—Es, en efecto, interesante, respondió él como embargado por una distracción profunda.

—¡Vamos! ya está V. sumergido en sus sueños, dijo sonriendo la Marquesa; ¿es posible que esa niña, dotada de tantos atractivos, no ha de decir nada á su imaginación de pintor?

Vargas sonrió con melancolía.

—Ese cargo, tía mía, es justo, pero inútil, dijo á su vez el Conde acercándose á los dos interlocutores; ¿tan pocos atractivos reúnen mis primas y mis hermanas, para no poder conmover ese corazón de roca? A fe que nuestro querido Luciano bien merece todas sus iras; su pincel apenas reproduce otra cosa que cinco figuras: una joven rubia, de adorable belleza, eso sí, una anciana y tres niños: ¿qué significa eso?

—Mi querido Francisco, tengo que oponer el silencio á lo que V. me pregunta, dijo con melancolía el pintor.

—Como siempre.

—Eso es, como siempre, y lo siento; no obstante, quiero ser esta vez un poco más explícito; esas cinco personas son los seres á quienes más he amada en la tierra, ó mejor dicho, á los que únicamente he amado.

—Esa anciana, esa joven rubia, ¿estaban ligadas á V. por los lazos de la amistad?

—¡No! ¡formaban mi familia!

—¿Y esos niños?

—¡Eran mis hijos!

Dos anchas lágrimas se desprendieron de los ojos del pintor al pronunciar estas palabras; la Marquesa y su sobrino, contristados con aquel dolor profundo y elocuente, arrepentidos de su indiscreta curiosidad, se acercaron á él con afecto; cada uno de ellos tomó una de las manos de Vargas, y los dos murmuraron á la vez esta palabra:

—¡Perdón!

El pintor pasó por sus ojos su pañuelo de batista, é hizo un penoso esfuerzo para llamar á sus labios una sonrisa tranquila.

En aquel momento se oyó el rumor de un carruaje, y una de las jóvenes, que estaba asomada á la ventana, exclamó con alegría:

—¡Ah! ¡gracias á Dios! ¡ya han llegado nuestros criados y nuestros equipajes! ¡Y además el Marqués y el Vizcondel! ¡Han cumplido su palabra esta vez!

Y las jóvenes saludaron con sus pañuelos á

dos jinetes que habían llegado á la puerta del palacio al mismo tiempo que el furgón.

Eran un caballero de edad madura y un joven. Aquél, después de haber correspondido á los afectuosos saludos que les hacían desde la ventana, envió á decir por medio de un lacayo que se retiraba hasta el siguiente día, porque llegaba un poco indispuerto; el joven se reunió con los del salón.

Poco tiempo había pasado, cuando todos los huéspedes del palacio, sentados ante una larga mesa que alumbraban dos candelabros sacados del furgón, saboreaban con gran apetito una comida improvisada por la sabia mano del cocinero llegado de Madrid, y que se componía en su mayor parte de fiambres y de una excelente sopa.

Para sentarse á la mesa, las jóvenes habían cambiado sus trajes de montar por otros de muselina blanca con lazos de color de rosa, de una frescura adorable.

Después del café, las cuatro, acompañadas de algunos de los jóvenes, bajaron al jardín.

Carolina, reclinada melancólicamente en una de las ventanas, las vió pasar como cuatro hadas vaporosas, apoyada cada una en el brazo de su caballero.

Lucrecia se apoyaba con un abandono encantador en el de Francisco.

La noche estaba hermosa, plateada, cargada de perfumes; el ruiseñor trinaba entre los tilos; las fuentes de las calles de árboles murmuraban

dulcemente. Carolina sintió estremecerse su alma y abrirse á una sensación desconocida que participaba del placer más íntimo y del más punzante dolor... las carcajadas de aquellas alegres parejas le hacían daño, y entre ellas creía distinguir las del Conde de Montilla y las de Lucrecia, á quien odiaba sin saber por qué.

De repente su excitación nerviosa tomó otro carácter y rompió á llorar; esto la alivió, porque se ahogaba.

—¿Qué tienes, querida mía? preguntó á su espalda la voz cariñosa de su marido.

La joven se estremeció como si hubiera recibido una profunda herida; un amargo desaliento invadió su alma, como la niebla húmeda de la mañana cubre la luz del sol, y dejó caer los brazos con amargura.

—Vamos á casa, Carolina, añadió Bernardo; son ya cerca de las once, y ya sabes que nuestros padres nos esperan.

La joven no respondió nada; sin ver que su marido le ofrecía el brazo, echó á andar delante de él, sin acordarse ni aun de abrazar á su madre y á sus hermanos.

Ya en la calle, y á través de las altas tapias del jardín, aun oyó las alegres carcajadas de las dichosas parejas que vagaban entre las enramadas, fraguando sueños de amor y de dicha para el porvenir, que sin duda se les abría brillante y risueño.

CAPÍTULO V

Escenas de la vida íntima.

Carolina no pudo conciliar el sueño en toda la noche.

Cuando á la aurora saltó de su lecho, tenía los ojos hundidos y las mejillas pálidas.

Se envolvió en un peinador y se sentó junto á la ventana; su cabeza ardía; doquiera que volvía los ojos, veía la negra y ardorosa mirada del Conde de Montilla, su dulce y melancólica sonrisa y la perfección aristocrática de su figura.

La pobre joven nada había visto del mundo, ó el mundo que ella había visto en nada se asemejaba al que columbraba ahora: contaba sólo catorce años cuando había ido á encerrarse con sus padres en aquella aldea, y se había casado con Bernardo porque éste era el joven más rico, mejor mozo y más codiciado de todo el contorno; pero ¡ay, Dios! ¡qué era ahora el pobre Bernardo Perez, comparado con todos aquellos brillantes caballeros que acababan de llegar de Madrid!

Ella era hermosa; lo sabía, lo sentía así; se

había comparado con aquellas cuatro jóvenes, y la misma Lucrecia de Alhama, tan elogiada, tan bella, no poseía encantos que bastasen á competir con los de Carolina.

Así lo había comprendido también el Conde; ¿por qué, si no, le había enviado aquellas miradas de fuego? ¡y su destino estaba unido, encadenado para siempre, al de un hombre tosco y que no hubiera valido ni para lacayo de aquel brillante y hermoso caballero!

No podré yo asegurar que estos fuesen los pensamientos de Carolina durante aquella eterna noche de insomnio y las primeras horas de la mañana; pero si en efecto eran otros, no dejaban de asemejarse bastante á lo expresado.

Un ruido que oyó bajo su ventana la sacó de su distracción: eran las caballerías de labor, que salían con los criados para emprender las labores del campo.

Carolina levantó maquinalmente la cabeza y miró á la calle: ya marchaban los criados, y en el umbral estaba en pié su marido, que se disponía á seguirles.

Este alzó la cabeza y vió á la joven: le hizo una señal cariñosa con la mano, y luego entró adentro y empezó á subir la escalera con celeridad.

Un instante después llamaba á la puerta de su mujer, que se levantó para abrir, haciendo un gesto de disgusto, triste y lleno de desaliento y amargura.

Bernardo era afable, cariñoso, pero recto, probo y algo severo: ofendióse algún tanto de no hallar la puerta abierta y en ella á Carolina, según él se había figurado.

—¿Estás mala? preguntó á su mujer entrando y mirándola atentamente al rostro.

—Sí, respondió la joven con laconismo.

—¿Qué tienes?

—Me duele la cabeza.

—Anoche llamé á esa puerta, dijo Bernardo con una gravedad algún tanto severa, y no me respondiste. Y al pronunciar estas palabras, señaló una puerta pequeña situada en un ángulo de la habitación de su mujer, y que comunicaba con la suya propia.

—No oí nada, respondió secamente Carolina.

El acento de la joven era tan helado y tan duro, que su marido fijó en ella una mirada de doloroso asombro.

Carolina había sido siempre fría y reservada con él; no obstante, jamás le había ocurrido á Bernardo la idea de dudar de su cariño: lo atribuía á su carácter, á su educación, pero no podía persuadirse de que no pagase con su afecto el inmenso amor que él le profesaba.

Bernardo bajó la cabeza, y dos anchas lágrimas brotaron de sus ojos.

Su mujer no las vió, porque seguía absorta en una preocupación profunda.

—Carolina, ¿no me quieres ya? preguntó el hon-

rado joven, cuyo anterior enojo había dado lugar á un dolor profundo y amargo.

Carolina levantó la cabeza y le miró con asombro, pintándose en sus ojos la gratitud; realmente su alma era buena y elevada, y sólo su imaginación era la culpable, ayudada por los acontecimientos.

—¿Que si no te quiero ya, Bernardo? preguntó, levantándose y tomando con cariño las manos de su esposo: ¿puedes dudar de mi amor? ¿te he dado algún motivo para eso?

—No, respondió Bernardo, cuyo enojo y cuyo dolor se disiparon con aquella caricia, como la niebla con los rayos del sol. No, Carolina mía; pero como te veo triste y displicente...

—Bien sabes que jamás he sido alegre.

—Oye, querida mía, dijo Bernardo estrechando las blancas y pequeñas manos que tenía entre las suyas; me parece que la vida que llevas no es buena ni para la salud del cuerpo ni para la alegría del alma; es preciso que tengas más movimiento... Aquí, en este aposento donde permaneces encerrada siempre, sólo trabaja tu imaginación. Pasea, trátate con algunas honradas personas del pueblo que te admiran y tendrían gran alegría con tu amistad; ¿por qué haces esta vida de clausura y de aislamiento?

—¡Me hallo así tan bien, Bernardo!

—Sin embargo, ya te he dicho que esto te perjudica; yo quisiera que te pasearas con mi ma-

dre... que la acompañaras cuando va á ver á sus antiguas amigas, y que tú también, por tí sola, tuvieras algún trato. ¿Por qué no vas hoy á visitar á esa señora que ha llegado hace algunos días? Dicen que está enferma, y es una atención que agradecerá sin duda.

—Iré con mi madre.

—¿Por qué no vas con la mía?

—¡Qué sé yo! ¿No sabes tú que sólo gusta de visitar á dos ó tres viejas labradoras del pueblo?

—Te acompañaré, sin embargo, por complacerte.

—¡Oh, no! yo no quiero violentarla.

—Carolina, dijo Bernardo, volviendo á recobrar su gravedad; quisiera que amases un poco más á mi buena madre; ella lo merece, y tú eres ingrata para con el cariño que te profesa.

—¿Cariño á mí?

—Sí, cariño; te ama como ama todo lo que amo yo, todo lo que me pertenece; si algunas veces está seria contigo, es porque le da enojos tu ociosidad y tu orgulloso aislamiento; no es como tú, una mujer distinguida y delicada; pero bajo esa ruda corteza hay un corazón que sabe sentir.

El silencio fué la única respuesta que obtuvieron las vehementes palabras del joven; algún tiempo esperó á que su mujer contestara; pero viendo que no lo hacía, pasó la mano por su frente y se levantó, haciendo un esfuerzo para sonreír y serenarse.

—Vamos, dijo, me voy á trabajar; querida mía, sal á pasearte un poco; eso te hará bien, porque la mañana está hermosa y agradable.

Besó á su mujer en la frente y salió de su cuarto; pero no bien había empezado á bajar la escalera, volvieron á pintarse en su semblante el sobresalto y el desaliento.

Carolina le vió acabar de cruzar el breve espacio que quedaba de calle y salir al campo; vió la cabeza inclinada de su marido, y sintió un movimiento de piedad; ella hacía desgraciado á aquel hombre que tanto la amaba, que le dedicaba todos sus pensamientos, todos los latidos de su corazón.

Contra su costumbre, Bernardo no volvió la cabeza para mirar la ventana de su mujer; continuó su camino absorto en sus dolorosas reflexiones, y Carolina se ofendió de aquel olvido.

—Voy á dar un paseo, se dijo, deseando distraerse de su mal humor y echando sobre su blanco vestido de muselina una manteleta de seda. Después se miró al espejo y alisó con la palma de la mano las hermosas madejas de cabellos que guarnecían su frente.

Al verse tan bella, la alegría volvió á reír en sus ojos, y se puso á tararear una canción.

Luego bajó la escalera sin dejar de cantar; pero al fin de ella se detuvo, porque le pareció que habían pronunciado su nombre.

No se engañaba; la señora Prisca, madre de

su marido, y la tía Bautista, la anciana criada, hablaban en la cocina, situada en la planta baja.

Carolina, cediendo á una mala tentación, se detuvo y escuchó.

—Sí, decía su suegra, sí, Bautista; mi hijo está hoy triste, muy triste, por más que él me diga que no tiene nada y que nada le sucede; algo le aflige.

—¡Ya lo creo! ¡y tan algo! respondió la tía Bautista, que era áspera y gruñona; ¿no tiene de sobra con lo que hace su mujer? ¡Lo mismo le quiere ella que á mí!

—Bautista, si no le quisiera, ¿quién la obligaba á casarse con él?

—¡Dale! ¡señora, algunas veces me parece que se ha vuelto V. tonta de repente, cuando antes sentía la yerba nacer y la luna menguar! ¿Qué la había de obligar? El que estaba más pobre que las ratas; el que tenía que coser y apluchar y arreglar á cinco chicos como cinco leones; el que nuestro Bernardo era muy rico y ella sabía lo buenazo que es y lo muchísimo que la quiere!

—¡Es verdad! murmuró con un suspiro la buena madre, cuya natural penetración era á veces eclipsada por su mucha bondad; ¡es cierto! ¡todo eso es cierto!

—¿Pues no ha de serlo? ¡Sí, que me la pegan á mí con sus monadas la niña y su madre!

Carolina tomó su canción de donde la había dejado, acabó de bajar la escalera, y pasó por

delante de la puerta de la cocina con aire despreciativo y siempre cantando.

—¡Bien podía V. dar los buenos días! dijo ásperamente la tía Bautista.

La joven no respondió y siguió andando hacia la puerta de la calle.

—Buenos días, hija mía, dijo entonces la señora Prisca, que, con su delantal blanco, ayudaba á confeccionar el almuerzo de su marido y de su hijo.

—Buenos días, señora, respondió Carolina, que ya no pudo menos de volverse.

—Te advierto que he comprado unos pañuelos para Bernardo, y que hay que marcarlos, añadió la anciana con acritud, pues la palabra *señora* en boca de su nuera la sublevaba siempre.

—¿Para qué se han de marcar? respondió fríamente Carolina; no lavando la tía Bautista, como no lava, más que la ropa de casa, no los podrá perder ó confundir con otros.

—Es que además hay que orillarlos, y yo ya no veo á hacerlo.

—Y además, Bernardo ha llevado siempre marcados los pañuelos, añadió la tía Bautista; ¡no faltaba más que ahora que tiene mujer con obligación de cuidarle, sucediese lo contrario!

Carolina no se dignó siquiera volver la cabeza hacia la vieja sirvienta; pero se volvió á su suegra y le dijo con frialdad extrema, aunque sin descomponer en lo más mínimo su acento suave y sus elegantes maneras:

—Hoy estoy algo enferma, señora; pero uno de estos días trataré de complacer á V.

Dichas estas palabras, saludó levemente con la cabeza, empezó de nuevo su canción, y salió á la calle; pero al pisar el umbral, oyó decir á la tía Bautista:

—¡Enferma, enferma! ¡los enfermos no tienen ganas de cantar ni de componerse!

Carolina se detuvo; pensó un momento de qué modo mortificaría á la anciana; luego volvió atrás, se asomó á la puerta de la cocina y le dijo:

—Se me olvidó el sombrero, y hace fresco: suba usted á buscármelo á mi cuarto.

La tía Bautista hizo oídos de mercader y continuó batiendo unos huevos que tenía en un plato.

—Corre á buscar el sombrero, dijo severamente la señora Prisca.

La vieja criada obedeció, y un momento después bajaba con un encantador sombrerito redondo de paja, orlado de una pluma blanca, y que era uno de los infinitos regalos de Bernardo á su esposa.

Carolina se lo puso, y nunca un semblante más precioso se ha visto adornado más graciosamente.

Bajo la sombra del ala brillaban sus rasgados ojos, y sus cabellos se deslizaban en doradas y copiosas ondas alrededor de su cuello, blanco y torneado como el de un cisne.

Carolina salió por fin á la calle; el aire fresco

y penetrante de la mañana disipó las nieblas de su cabeza; veíase libre, sola, bella, y la juventud rebosaba en su alma; parecióle que una vida nueva se abría ante sus ojos, y precipitó el paso, volviendo á entonar su canción.

De repente oyó el trote rápido de algunos caballos, y poco después llegaron cerca de ella Lucrecia y Victoria, acompañadas de uno de los ancianos caballeros de la comitiva, de dos jóvenes de la misma y de dos lacayos.

Las dos primas lanzaron una mirada desdeñosa á Carolina y pasaron sin saludarla.

En cambio los caballeros se inclinaron ante ella con exquisita cortesía.

La cólera y el rubor á un tiempo vistieron de carmín las facciones de Carolina, embelleciéndola mucho más; miró á los jóvenes con una atención mezclada de reconocimiento: por nada del mundo hubiera ella querido que el Conde de Montilla hubiese sido testigo del desaire que le habían hecho las dos damas; pero el Conde no iba entre ellos.

Los paseantes pusieron al galope á sus caballos y se alejaron, seguidos de sus lacayos.

Carolina, después de permanecer algunos instantes inmóvil y absorta en sus reflexiones, se alejó lentamente para continuar su paseo.

CAPÍTULO VI

La incógnita.

La joven, llevada de su ordinaria costumbre, dirigió sus pasos naturalmente á casa de sus padres. Berta era, á los ojos de su hija, lo más sublime y elevado que conocía.

La joven, que tenía un claro talento, había comprendido desde muy temprano, cuál era el mal que aquejaba á su madre, y la pena que había agostado en flor su encantadora belleza. Sabía que el grosero materialismo de su padre, que su carácter brusco y sus soeces costumbres eran las que habían amargado, después de haberla reducido á la pobreza, la existencia de aquella noble y hermosa mujer que llevaba el nombre de Berta.

Más de una vez los había contemplado con una expresión dolorosa, durante las largas veladas del invierno; más de una vez había visto á su padre dormitando en la postura más fea é indecorosa, en tanto que su madre bordaba cerca de una misera luz una delicada flor.

Entonces en el alma de la joven se alzaba

y penetrante de la mañana disipó las nieblas de su cabeza; veíase libre, sola, bella, y la juventud rebosaba en su alma; parecióle que una vida nueva se abría ante sus ojos, y precipitó el paso, volviendo á entonar su canción.

De repente oyó el trote rápido de algunos caballos, y poco después llegaron cerca de ella Lucrecia y Victoria, acompañadas de uno de los ancianos caballeros de la comitiva, de dos jóvenes de la misma y de dos lacayos.

Las dos primas lanzaron una mirada desdeñosa á Carolina y pasaron sin saludarla.

En cambio los caballeros se inclinaron ante ella con exquisita cortesía.

La cólera y el rubor á un tiempo vistieron de carmín las facciones de Carolina, embelleciéndola mucho más; miró á los jóvenes con una atención mezclada de reconocimiento: por nada del mundo hubiera ella querido que el Conde de Montilla hubiese sido testigo del desaire que le habían hecho las dos damas; pero el Conde no iba entre ellos.

Los paseantes pusieron al galope á sus caballos y se alejaron, seguidos de sus lacayos.

Carolina, después de permanecer algunos instantes inmóvil y absorta en sus reflexiones, se alejó lentamente para continuar su paseo.

CAPÍTULO VI

La incógnita.

La joven, llevada de su ordinaria costumbre, dirigió sus pasos naturalmente á casa de sus padres. Berta era, á los ojos de su hija, lo más sublime y elevado que conocía.

La joven, que tenía un claro talento, había comprendido desde muy temprano, cuál era el mal que aquejaba á su madre, y la pena que había agostado en flor su encantadora belleza. Sabía que el grosero materialismo de su padre, que su carácter brusco y sus soeces costumbres eran las que habían amargado, después de haberla reducido á la pobreza, la existencia de aquella noble y hermosa mujer que llevaba el nombre de Berta.

Más de una vez los había contemplado con una expresión dolorosa, durante las largas veladas del invierno; más de una vez había visto á su padre dormitando en la postura más fea é indecorosa, en tanto que su madre bordaba cerca de una mísera luz una delicada flor.

Entonces en el alma de la joven se alzaba

una conmiseración profunda por su madre; se levantaba y se arrojaba en sus brazos, sin poder pronunciar más que estas palabras entrecortadas por el llanto:

— ¡Oh, madre mía!

Berta dejaba su aguja, estrechaba á su hija contra su pecho, y luego le señalaba el cielo, diciéndole con una elocuente y triste mirada:

— Allí se acaban todos los sufrimientos.

A la sazón, Carolina conocía mejor que nunca el valor de su madre; desde que como un meteoro brillante había aparecido la cabalgata de Madrid, todo había palidecido en torno de la joven: sus suegros, su marido, le parecían groseros hasta lo insoportable; su hermana, que en lo insolente y vulgar era un retrato de su padre, la molestaba dolorosamente con sus palabras descompuestas y sus ruidosas carcajadas.

La parecía que el sol tenía menos brillo, y las campiñas menos hermosura, ante aquellos personajes deslumbradores con su lujo y con su exquisita elegancia: sólo su madre no palidecía ante aquellas mágicas figuras; sólo su madre era bella como ellas, elegante como ellas, distinguida como ellas: delante de aquellas mujeres la frente de su madre no se había inclinado; las había tratado de igual á igual, y ellas le habían manifestado una consideración, una deferencia ilimitada, al ofrecerle su amistad.

Carolina no podía ir, pues, á otra parte que

al lado de su madre; porque cuando una cosa nos impresiona fuertemente, nuestro deseo mayor es acercarnos á lo que aquella cosa se aproxima.

Carolina, en vez de cruzar la calle para ir á casa de su madre, había salido por la puerta falsa que daba al campo: tenía que dar vuelta á unos olivares y viñedos, y luego al cercado en el cual se abría la puertecita que comunicaba con la gran calle de álamos y alisos del jardín de su padre.

Quizá no era sólo el deseo de ver á su madre, lo que llevaba á Carolina á aquel sitio; quizá el pensar que bajo los muros del palacio reposaban los huéspedes de Madrid, entraba por mucho en la dirección de sus pasos: como quiera que sea, ella pasó de un extenso olivar á un viñedo, y siguió el cercado paralelo al palacio con intención de llamar á la puertecilla.

Pero, con alguna sorpresa suya, la vió abierta así que llegó á la distancia que su vista podía alcanzar; y aunque sabía que se quedaba siempre con un simple pestillo interior, no por esto dejó de preguntarse quién podría haber salido tan temprano.

— Habrá sido alguno de mis hermanos, se dijo á sí misma; habrá salido esta madrugada á correr por el campo, y quizá se habrá olvidado de cerrar.

Entró, sin inquietarse más, en el jardín, cerró la puerta tras sí, y se internó en la larga calle de álamos y alisos que, como ya dije al principio de

esta historia, se extendía en toda la longitud del jardín.

La mañana estaba hermosísima: cantaban los pájaros en las ramas de los árboles, y las fuentes del jardín murmuraban tranquilamente, oyéndose su susurro entre la cadenciosa armonía de los jilgueros.

Embalsamaba el ambiente un penetrante aroma exhalado de las flores que, aunque no en gran número, había dejado en el jardín el espíritu utilitario de Villena; pero nada de esto agradaba ó distraía á Carolina: su oído avizor anhelaba escuchar la voz de alguno de los huéspedes del palacio, y sobre todo, la del Conde de Montilla.

Como se ve, Carolina era ya culpable, aunque sin saberlo ella misma y sin que se diera cuenta de ello: su imaginación era la delincuente, y aunque su corazón permanecía puro, es bien cierto que, dando rienda suelta á aquélla, tardaría muy poco en participar de la misma falta.

Por dicha para su tranquilidad, ningún rumor sonaba en el palacio: era evidente que todos dormían, y que sólo habían sido madrugadores los paseantes que habían pasado por delante de la casa de Carolina; y sin embargo, la joven sentía un ansia, un vacío indescribibles: deseaba algo que no se atrevía á confesarle á sí misma; deseaba oír un acento, ver una sombra, y volverse otra vez á á su casa.

Sin duda en busca de esa sombra y de ese

acento, dirigía sus pasos al palacio, á lo largo de la calle: allí alzó la cabeza; se hallaba al lado del gran tilo que terminaba la alameda, y bajo su pomposa copa, y sentada al pié del tronco, había una mujer.

Carolina se detuvo casi sobrecogida: creyó al pronto que era una de las huéspedes del palacio, pero no tardó en conocer su error.

Aunque la incógnita se hallaba sentada de espaldas al sitio por donde iba paseándose Carolina, se adivinaba fácilmente que no contaba tantos inviernos como la Marquesa de Alhama, ni tan pocas primaveras como sus hijas y sobrinas: vestía de negro: su traje se doblaba en grandes pliegues, llenos de majestad y de gracia; una manteleta, también de seda, cubría sus hombros, y sobre ella volvía un cuello de una blancura deslumbradora.

Carolina pudo ver muy bien sus cabellos rubios y abundantes, á través de una gorra de tul, de sencilla pero elegantísima hechura, que cubría su cabeza, inclinada sobre un libro que tenía abierto sobre sus rodillas.

La joven avanzó un poco la cabeza, impulsada por la curiosidad, y vió el perfil de la desconocida; mas apenas le hubo divisado, se pintó en sus facciones la más grande sorpresa, pues era muy difícil imaginarse un semblante más puro y encantador.

Era una mujer como de treinta y cinco á treinta y siete años, de tez diáfana como el nácar, de

rasgados ojos color de cielo, delicada nariz y boca encantadora: sus cabellos rubios y espesos bajaban en dos bandos por sus sienes, y salían después por debajo de su gorrito de tul en numerosos rizos: una de sus manos, delgada, pequeña y blanca, sostenía el libro; la otra caía con abandono sobre su vestido, cuyo negro lustroso y brillante hacía parecer más bella su exquisita forma.

A un movimiento que hizo Carolina, volvió la cabeza, y después se levantó con dignidad y cortesía.

—Señorita, dijo con dulce acento, pero en el cual se reconocía desde luego su origen extranjero, he entrado por la puerta que hay al principio de esta calle; es, sin duda, un atrevimiento de mi parte el haberlo hecho; pero me pareció tan hermoso el sitio, que no pude resistir á la tentación.

—Mi madre, señora, respondió Carolina, á quien había impresionado de un modo agradable la armoniosa voz de la dama, mi madre se tendrá por muy honrada con que V. frecuente este sitio, si le agrada.

—¿Vive V. aquí, señorita? preguntó la incógnita; porque esto sería para mí un encanto nuevo.

Carolina se inclinó, ruborizándose un poco, pues la lisonja era para ella desconocida, y la confundía algún tanto con las demostraciones de la simpatía: luego respondió con tristeza:

—Yo no vivo aquí, señora.

—¿Pues no está V. con su madre?

—No, señora. Y Carolina reprimió un suspiro al dar esta contestación. Luego, mirando enfrente de ella, añadió:

—Creo que viene mi madre, y ella repetirá á usted su satisfacción de que haya honrado su casa.

En efecto, un instante después se divisó entre los árboles un humilde traje negro de lana, y bien pronto la noble y modesta figura de Berta apareció á los ojos de la incógnita y de Carolina.

—Mamá, dijo ésta, señalando á aquélla, esta señora ha entrado en casa por casualidad, y dice que le agrada este sitio: en este instante le aseguraba, en tu nombre, que puede disfrutar de él siempre que guste.

—Mi hija ha dicho la verdad, señora, respondió Berta con graciosa cortesía: mi jardín y yo serémos muy honrados con la presencia de V.

Luego, volviéndose á Carolina, la abrazó, la besó en la frente, y después, apoyando las manos en sus hombros, dijo con un acento indescribible de ternura y de temor:

—Estás pálida y ojerosa, hija mía: ¿has dormido mal esta noche?

—¡Oh, muy mal, mamá! respondió la joven, mecendo tristemente la cabeza.

—¿Por qué has madrugado tanto entonces?

—No sé: me ahogaba en casa.

—¿Y Bernardo?

Carolina, antes de responder á esta pregunta, miró á la desconocida: al mismo tiempo se puso

muy colorada; y luego, como si la avergonzase lo que iba á responder, dijo en voz muy baja:

—Ya se fué al campo.

La dulce mirada de Berta tomó, al ver la confusión de su hija, una expresión de triste reproche: luego se volvió á la dama y le dijo con voz firme:

—Mi hija, señora, está casada con un joven, labrador de este pueblo, y por su esposo le preguntaba.

—¡Cómo! exclamó la desconocida, en cuyas facciones se pintó la sorpresa que sentían todos al saber quién era el esposo de Carolina; ¡cómo! ¿esta joven esta casada con un labrador?

—Sí, señora, respondió Berta, cada vez más contristada de la culpable confusión de su hija; está casada con un labrador; con un excelente joven que la ama, que tiene un noble y hermoso corazón, que es un hombre honrado.

—De ese modo, hija mía, puede V. llamarse dichosa, dijo con tristeza la incógnita: el hombre que nos ama, que es bueno y honrado, es el mejor para marido: esto se lo asegura á V., por mi boca, la experiencia.

Dijo la dama estas palabras con una expresión tan triste, que madre é hija guardaron silencio: se advertía en su acento una convicción tan melancólica, mezclada á una especie de remordimiento tan amargo, que ambas conocieron guardaba en el fondo de su alma una dolorosa historia, la historia de su vida.

—Yo he tenido un esposo bueno, noble, que me amaba mucho, y á quien no supe estimar, prosiguió la desconocida, cuyos ojos se cubrieron de lágrimas: ¡no sé qué ha sido de él! y hoy, después de diez y siete años que he dejado de verle, que por mi voluntad me separé de él, hoy daría la mitad de lo que me queda que vivir, por pasar el resto á su lado!

Al oír decir á la incógnita que se había separado por su voluntad de su marido, Berta dió un paso atrás: aquella virtuosa mujer, que había sido martir del carácter de Villena, no podía comprender que ninguna mujer del mundo se separase del suyo: Berta creía mucho más fácil y sencillo morir que faltar á su deber.

La dama incógnita vió aquel movimiento de repulsión y comprendió su pensamiento; un súbito carmín vistió sus facciones, y dijo con voz entera y grave:

—He sido imprudente, ó mejor dicho, infeliz, señora, pero jamás culpable; algún día contaré mi historia á su hija de V., y le servirá de ejemplo para no dejarse llevar de ilusiones ni de los sueños de la imaginación; entretanto, puedo alargar á V. mi mano sin rubor y decirle que soy digna de ser su amiga.

—Lo creo así, señora, repuso Berta, tomando la mano que le presentaba la desconocida, conmovida y avergonzada á un tiempo de su anterior ademán de repulsión; lo creo así, y para pro-

bárselo, iré á visitarla mañana con mis hijas.

En aquel momento, y cuando la dama iba á contestar, se oyó una voz chillona que cantaba una de esas mil canciones que se oyen por las calles y que llevan el sello de la grosería, y poco después se vió venir corriendo por uno de los senderos del jardín una muchacha alta, desgredada, mal vestida, y que traía los zapatos en chancleta.

Era Hortensia, que á la sazón tenía ya diez y siete años, y que obraba con el mismo desahogo que si sólo contase diez.

Era poco más baja de estatura que Carolina; tenía la tez morena, los ojos negros, y negros también los cabellos, que se cortaba á cada instante, porque no quería peinarse ni que la peinase su madre; por lo demás, sus facciones eran bastante agradables; tenía la boca grande, pero fresca y adornada de una bonita dentadura; la nariz corta y levantada, pero muy graciosa.

Su frente era la parte más desagradable de su rostro, porque demostraba su escasa ó ninguna inteligencia; era estrecha y deprimida y estaba cargada de cabellos.

El traje de aquella joven era tan descuidado, tan sucio, taa feo como el de cualquiera de las muchachas labriegas del lugar; llevaba un vestido de percal oscuro, roto lastimosamente y muy sucio; sus manos estaban negras; sus uñas largas; por encima del cuerpo del vestido, descosido en

mil partes, llevaba atado un pañuelo de percal descolorido: en fin, el aspecto de aquella joven era á un mismo tiempo sórdido, lastimoso y grosero; había en ella un aire extraño de ¿qué se me da á mí? que hace daño á todos los seres delicados cuando lo ostenta una joven que se halla en la primavera de la vida.

—¿Qué quieres, hija mía? preguntó Berta á Hortensia antes de que llegase.

—¡Canario! ¡no parece sino que le incomoda á usted al lado! respondió la muchacha, mirando á su madre con insolente grosería; ¡aguárdese á que llegue y lo diré!

La dama miró con extrañeza á Hortensia, y luego volvió los ojos á Carolina, como dudando que pudiesen ser hermanas; pero la misma Berta la sacó de esta duda, señalando á Hortensia y diciéndole:

—Mi hija menor.

—Y por cierto que nadie pensará que soy tal cosa, dijo Hortensia; al ver tan majas y emperijiladas á mi madre y á mi hermana, y á mí de estas trazas, de fijo se habrá pensado esta señora que soy la criada.

—No, señorita, respondió la dama; es V. demasiado linda y agradable para eso.

—¡Bah, bah, señora! á mí no me gustan remilgos ni floreos, contestó bruscamente la muchacha; soy como mi padre: el pan pan y el vino vino: yo sé que soy fea y sucia y dejada; pero también sé

que no hacen de mí el caso que debían; mi madre, con excusa de llevar hábito, gasta vestidos de lana; mi hermana, como hace cera y pábilo del bonachón de su marido, lleva seda y blondas como las señoras de Madrid; y el resultado es que yo voy vestida de percal.

—¿Es posible, niña, que hayas de ser tan imprudente? preguntó Berta con severidad; ¿no sabes que he ofrecido hábito para toda mi vida?

—¡Bah, bah! pamplinas, como dice muy bien mi padre: ¡aquél sí que es corriente y neto! ¡como yo! Su pantalón de paño gordo y su chaquetón: ¡buena tajada de magra y buen trago de vino! y al que le *paizca* mal, se *golverá* de espaldas, ¡y *alante* con los faroles!

—¿Se podrá saber lo que te trae aquí? preguntó Carolina, encarnada como una cereza y deseando poner término á las groseras sandeces de su hermana.

—¡Vaya! ¡la mogigata! ¡la *esquesita*! ¡la madama! ¿te incomodo aquí, *verdá*? pues me da la gana de estar! ¿lo oyes? me puedo estar como tú y mejor que tú; porque tú debías estar en casa de tu marido, ayudando á tu suegra, ¿estamos? que la pobre vieja está más harta de tus chandrerías!...

—¡Qué criatura, Dios mío, qué criatura! exclamó á media voz Berta, dolorosamente afectada por aquella escena.

—Yo soy como mi padre; ¡qué remedio! dijo Hortensia; clara como el agua y poco amiga de

cumplimientos: por eso no se me dá á mí un bleo de que no me hagan ropa: yo no hago más que correr por las viñas y los campos... así es que vi venir á V. en aquel coche con su criada, y lo seguí hasta donde paró: de modo que sé su casa de usted, y *cualquiá* día que pase por allá subiré á verla.

—Yo, señorita, tendré en ello mucho gusto.

—Señora, si me lo *quié* dar á mí, dígame Hortensia á secas; y la *verdá* que no sé *pa* qué me han puesto ese nombre *enrevesado*: más quisiera llamarme Pepa, Juana ó Manuela.

La voz de Hortensia fué aquí dominada por un acento duro y regañón que se oyó hacia el fin del jardín:

—¡Berta! gritó la voz; ¿acabarás de venir, con mil diablos? ¿no he dicho ya que quiero almorzar?

Al oír aquellas palabras, dichas con no poco enojo por su padre, Carolina, llena de confusión, miró á la incógnita; pero, con mucha sorpresa de su parte, vió su semblante cubierto de una palidez mortal.

Parecía sorprendida, fascinada y aterrorizada á un tiempo de oír aquel acento sonoro, pero imperioso y duro.

—Señora, dijo Berta, me llama mi marido, y es forzoso que vaya á ver lo que desea.

—¡Toma, toma! repuso Hortensia: ¿qué ha de querer? Almorzar: á decirlo venía yo, pero hablando, hablando, se me olvidó.

Berta alzó al cielo una triste mirada: había en aquella mujer tal dignidad, que parecía no tener lugar en su alma para aposentar la cólera: acercóse á la dama, le dió la mano, y le dijo con acento afectuoso y lleno de deferencia:

—Hasta dentro de poco, que iré á ver á V. con mis hijas.

—La menor sabe dónde vivo, y servirá á ustedes de guía: mi nombre es Aurelia... permítame usted, señora, que por ahora no le diga más.

Berta se alejó, seguida de sus hijas.

En cuanto á la dama, á quien desde ahora llamaremos con el nombre de Aurelia que ella misma se ha dado, volvió á sentarse á la sombra del gran tilo, y abriendo su libro, trató de entregarse de nuevo á la lectura.

Imposible le fué, sin embargo, conseguirlo: su imaginación vagaba por regiones muy apartadas, porque sus labios se abrían de vez en cuando para murmurar frases incoherentes.

Cerró, por fin, el volumen, alzó al cielo su bello semblante, y uniendo las manos, se puso á orar con fervor religioso y sincero, pues por sus blancas mejillas se deslizaron algunas lágrimas silenciosas y tristes, que brotaban, sin duda, de amargas memorias ó de pasados dolores encerrados en el fondo de su alma.

CAPITULO VII

La cacería.

Carolina, al separarse de la incógnita con su madre y su hermana, entró con ellas en el interior de la casa: allí cada una tomó diferente camino.

Berta acudió á la voz desapacible de su marido; Hortensia entró en la cocina para devorar una enorme cantidad de patatas con tocino—su almuerzo cotidiano,—y Carolina subió la escalera para dirigirse al cuarto de su madre y al que ella de soltera había ocupado.

Ambos se hallaban situados en el mismo corredor: era un pasillo angosto, alumbrado por un balconcillo de madera que caía sobre el corral.

Allí se abría la puerta del pequeño aposento donde la joven vivía tan dichosa antes de ser la esposa de Bernardo. Carolina entró, sentóse en una vieja silla, única compañera de otra en mejor estado, y tendió una triste mirada por el aposento.

Su camita blanca, cerrada por cortinas de

Berta alzó al cielo una triste mirada: había en aquella mujer tal dignidad, que parecía no tener lugar en su alma para aposentar la cólera: acercóse á la dama, le dió la mano, y le dijo con acento afectuoso y lleno de deferencia:

—Hasta dentro de poco, que iré á ver á V. con mis hijas.

—La menor sabe dónde vivo, y servirá á ustedes de guía: mi nombre es Aurelia... permítame usted, señora, que por ahora no le diga más.

Berta se alejó, seguida de sus hijas.

En cuanto á la dama, á quien desde ahora llamaremos con el nombre de Aurelia que ella misma se ha dado, volvió á sentarse á la sombra del gran tilo, y abriendo su libro, trató de entregarse de nuevo á la lectura.

Imposible le fué, sin embargo, conseguirlo: su imaginación vagaba por regiones muy apartadas, porque sus labios se abrían de vez en cuando para murmurar frases incoherentes.

Cerró, por fin, el volumen, alzó al cielo su bello semblante, y uniendo las manos, se puso á orar con fervor religioso y sincero, pues por sus blancas mejillas se deslizaron algunas lágrimas silenciosas y tristes, que brotaban, sin duda, de amargas memorias ó de pasados dolores encerrados en el fondo de su alma.

CAPITULO VII

La cacería.

Carolina, al separarse de la incógnita con su madre y su hermana, entró con ellas en el interior de la casa: allí cada una tomó diferente camino.

Berta acudió á la voz desapacible de su marido; Hortensia entró en la cocina para devorar una enorme cantidad de patatas con tocino—su almuerzo cotidiano,—y Carolina subió la escalera para dirigirse al cuarto de su madre y al que ella de soltera había ocupado.

Ambos se hallaban situados en el mismo corredor: era un pasillo angosto, alumbrado por un balconcillo de madera que caía sobre el corral.

Allí se abría la puerta del pequeño aposento donde la joven vivía tan dichosa antes de ser la esposa de Bernardo. Carolina entró, sentóse en una vieja silla, única compañera de otra en mejor estado, y tendió una triste mirada por el aposento.

Su camita blanca, cerrada por cortinas de

percal, se hallaba arreglada como si ella hubiese de acostarse: la mesita de madera negra, con el pequeño tocador encima, brillaba de limpieza; una imagen de la Virgen, encerrada en un pobre marco de madera, sonreía á la cabecera del lecho: todo, en fin, estaba como ella lo había dejado.

Su madre había sido quien, á la llegada á la aldea, le había arreglado aquel cuartito lo mejor que le había sido posible.

Su madre, quien por uno de esos milagros del amor que le profesaba, le había dedicado aquel nido, desde el cual no pudiese oír el lenguaje obsceno y vergonzoso de su padre, y en el cual durmiese como un cisne joven en el lecho de musgo que su madre le prepara á la orilla de un cenagoso lago.

Carolina respiró allí: estaba, desde el día anterior, como embriagada con la multitud de sensaciones que sin interrupción se iban sucediendo en su alma: aquellos viajeros elegantes, aquel hermoso joven que venía entre ellos, y cuyos ojos la hacían tantas dulces promesas de amor; aquella dama desconocida, tan triste, tan bondadosa, que se le había aparecido bajo el gran tilo del jardín; y en medio de todo esto, la desconsolada figura de su madre y la austera de Bernardo, todo esto había reducido su cerebro á un estado inexplicable de agitación y casi de terror.

Sumergida se hallaba en sus reflexiones, cuan-

do oyó la voz de su madre que la llamaba. Carolina abrió la puerta al instante, y se dió prisa á secar algunas lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¿Qué es eso, hija mía? dijo Berta tomándole una mano; ¿estás triste? ¿te aflige algún pesar?

—Ninguno, madre mía, respondió la joven; ya sabes que lloro siempre que entro en este cuartito, pues él me recuerda el tiempo más dichoso de mi vida.

—A Dios gracias, hija mía, no eres ahora tampoco infeliz: tu suerte ha sido bien diferente de la mía, y por esto doy á todas horas gracias al cielo; pero ya es hora de que te dé cuenta de mi comisión: la Marquesa me ha encargado que venga á invitarte para tomar parte en la cacería de hoy.

—¡En la cacería de hoy! repitió Carolina, cuyo corazón saltó de gozo y cuyas mejillas se cubrieron de carmín.

—Sí, en la cacería de hoy, ó mejor dicho, en la que ya se está organizando: son las ocho, y á las nueve hay que salir del pueblo: esta noche han llegado los monteros y la trailla, y desde la aurora se está preparando todo: tú tienes una elegante amazona, y sólo hallo una dificultad para que aceptes.

—¿Cuál, mamá? preguntó Carolina, cuyo semblante se cubrió de tristeza.

—Que se debería avisar á tu marido.

—¿Para qué? A la noche, cuando vuelva, ya estaré yo en casa y se lo contaré todo.

—Sin embargo, creo que sin su permiso...

—¿A qué pedirle un permiso que estoy segura de que me ha de dar? exclamó Carolina. Vamos, mamá, que vaya Hortensia con el criado de casa, y yo le daré la llave de mi ropero, á fin de que saque y me traiga mi vestido de montar: si yo voy, mi suegra empezará á preguntarme, y tal vez me pondrá inconvenientes para que no vaya: es mucho más regañona y curiosa que Bernardo.

—¡Oh! eso es bien cierto, porque Bernardo no lo es nada! repuso Berta. Esto me hace consentir en que vayas á divertirte un rato, mi pobre Carolina; y además, creo que, yendo con tu padre, nada podrá decir tampoco tu marido.

—¡Qué! ¡viene papá también! exclamó sorprendida Carolina.

—Sí: al oír hablar de caza, se ha animado y ha dicho que él también quería ser de la partida: por eso pedía de almorzar con tanta prisa: nada sabía de eso, ni había visto á ninguno de los huéspedes; pero esta mañana bajó al amanecer al jardín y se halló con ese caballero de cabellos grises á quien llaman Vargas, que le convidó y le enteró del plan de la cacería: creo que vais á un soto dos leguas de aquí y propiedad del Conde, donde hay un venado.

—¡Oh! ¡pronto, pronto, mamá! interrumpió Carolina con el pecho palpitante y las mejillas animadas: ¡pronto, que vayan á buscar mi vestido

de montar! ¡Un venado! ¡una cacería! ¡Yo convidada á una cacería, á despecho de esas orgullosas jóvenes que hace poco han pasado por mi lado sin saludarme!

—¡Cómo! ¿has visto á alguna de las señoritas que hay en casa?

—He visto á dos de ellas, mamá; á dos, y ni una ni otra se han dignado saludarme ni aun con la cabeza! Pero hoy estoy vengada por la cortesía de la Marquesa, que me hace su igual!

—¡Qué exaltación, querida mía! ¡cálmate, por Dios!

—¡Bien, bien, mamá! me calmaré; pero que vayan al instante por mi vestido de montar.

Carolina parecía no poder dar cabida en su cabeza más que á esta idea: su madre, creyendo su afán hijo de un deseo natural de diversión y de gozar de un espectáculo tan nuevo para ella, salió para enviar á buscar su traje.

Media hora después, Carolina, hermosa como Diana cazadora, bajaba al gran patio del palacio, donde ya estaba reunida toda la comitiva.

Llevaba un traje de amazona de merino verde, que dibujaba su talle de ninfa de una finura y esbeltez maravillosas: un chaleco de satén color de paja, un poco abierto, dejaba ver una camiseta plegada de batista, cerrada en el pecho por dos botones de oro; y por debajo del cuello liso y doblado pasaba una corbata de seda color de cereza.

Sobre las ajustadas mangas del traje volvían unos puños de batista lisa, bastante anchos: llevaba guantes de ante, finos como la seda y de color gris oscuro, y en la mano derecha un latiguillo con puño de oro.

La premura con que se había vestido no le había permitido hacer su peinado sólido y firme; pero este abandono le prestaba un encanto seductor, muy distinto del que ofrecían las pretensiones de las otras jóvenes que llevaban el peinado en apretadas trenzas.

Los cabellos de Carolina bajaban en espesos y numerosos rizos casi deshechos alrededor de su cuello, y le daban un aspecto lleno de gracia encantadora y caprichosa, sujetos por un sombrerillo negro con velo verde.

Corina y Luisa, hija aquélla y ésta sobrina de la Marquesa, se hallaban ya sobre dos jacas negras, gallardas y fogosas, que piafaban de impaciencia: los criados tenían los caballos de sus amos del freno, pues todos esperaban para montar á que llegase Carolina.

En medio de ellos se veía al viejo Villena, ataviado con una levita raída y sucia de retirado, con un sombrero redondo y con unas botas altas que usaba cuando iba á cazar solo, puestas por encima del pantalón.

Al ver bajar á su hija, exclamó con acento regañón, pero que procuraba suavizar por respeto á los que le rodeaban:

—¡Vamos, vamos, niña! ¿te parece justo hacer esperar á todos estos señores?

Carolina no respondió nada; estaba encarnada como una amapola, y sólo acertaba á saludar con la cabeza á toda aquella brillante reunión.

Al mismo tiempo se le acercó el Conde y le presentó la mano para ayudarla á subir sobre un hermoso caballo blanco que relinchaba y sacudía sus crines.

—Ese potro me parece demasiado fogoso para esta niña, dijo la Marquesa; tengo miedo por ella.

—¡Qué miedo ni qué demonio! exclamó Villena, ¡mi hija monta bien, señora!

—Tanto mejor, repuso la anciana, aturdida con aquella grosería, y mientras que Corina y Luisa se tocaban con el codo.

Entretanto, Carolina, apoyada en la mano del Conde, saltó con una ligereza llena de gracia sobre el potro. Francisco no dejó escapar la ocasión de oprimir suavemente aquella mano deliciosa y tan pequeña como la de una niña.

—En marcha, dijo la Marquesa, subiendo al carruaje que esperaba á la puerta con los dos ancianos: vosotros, amigos míos, obrad como os acomode: el señor Villena y Vargas van con vosotros; sólo os encargo mucho cuidado con estas niñas: ya sabéis que en la avenida debemos hallar á los paseantes: nosotros seguiremos la cacería.

Al acabar la anciana de pronunciar estas pa-

labras, soltaron los monteros la jauría, que salió dando aullidos de alegría, corrieron detrás los ojeadores y siguió la cabalgata al trote largo de sus briosos corceles.

Villena, siguiendo sus brutales instintos, se mezcló á los picadores y monteros y partió delante: Corina y Luisa, huyendo de la compañía de la joven lugareña, que había sido invitada por la Marquesa muy contra su voluntad, partieron también delante, seguidas de algunos jóvenes, y Carolina quedó algo más detrás, escoltada por Vargas, por el Conde y por dos amigos suyos.

La esposa de Bernardo se había transfigurado: brillaban sus ojos, que parecían mayores que de ordinario; palpitaba su pecho, y se reía á carcajadas de las corbetas de su caballo.

Poco á poco, llevada del encanto de la situación, ó deseando hacer ver que sabía manejar su potro, se fué adelantando, y el joven Conde hizo lo mismo.

Ambos, sin que Carolina se apercibiese de ello, pasaron delante de Corina y de Luisa, y bien pronto el galope de sus caballos los dejó en la más completa soledad.

—¡La lugareña parece que se explica! dijo Luisa maliciosamente: pronto se ha hecho amiga de mi hermano.

—En cuanto encontremos á Lucrecia, se lo digo, repuso Corina, cuyo amor propio estaba ofendido por la infidelidad del novio de su hermana.

—¡Anda, tonta! ¿crees tú que esto puede traer consecuencias? dijo Luisa, que, como era natural, defendía á su hermano: ¿crees tú que Lucrecia puede ofenderse de semejante cosa?

—¡Quién sabe! lo cierto es que esa mujer es bastante linda.

—Las mujeres de esa clase nunca son, para los hombres de la nuestra, ni bonitas ni feas: son un pasatiempo nada más: si lo hallan al paso, hay pocos que no lo aprovechen: cuando lo pierden de vista, se olvidan de que ha existido.

—Sin embargo, querida Luisa, á mi hermana no puede agradarle semejante pasatiempo, como no me agradaría á mí, ni á tí tampoco: esa es la verdad.

—Pues yo creo á Lucrecia con demasiado talento y con demasiado orgullo para que haga caso de semejantes miserias.

Uno de los jóvenes, que se mezcló en la conversación de las dos primas, la hizo general: poco después llegaron á un recodo del camino, y en una avenida de árboles hallaron á Lucrecia, á Victoria y á los amigos que las acompañaban en su paseo matutino.

Corina se acercó á su hermana rápidamente y le dijo á media voz estas palabras:

—La labriega del palacio viene también.

—¡Cómo! exclamó la soberbia Lucrecia en el oolmo del asombro: ¿viene de veras?

—¡Como te lo digo!

—¿Quién la ha convidado?

—Nuestra madre.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con Francisco por un camino de travesía.

—¿Solos?

—Sí, solos: ten cuidado, porque, aunque rústica, no es fea, y tu novio le ha sorbido completamente el seso.

Lucrecia, al oír estas palabras, sonrió desdenosamente; pero en aquella sonrisa había un tinte de dolor que decía muy claro que había quedado clavado en su alma el dardo emponzoñado de los celos.

En efecto, aquella joven tan noble, tan rica, tan hermosa, tan soberbia, amaba á su primo con una pasión ardorosa, exclusiva y fuerte: aunque había coqueteado con muchos jóvenes de la grandeza, el Conde de Montilla era su primero y único amor, y nada conocía que pudiese reemplazarle en su corazón.

Con el pretexto de acercarse al coche en que venían su madre y sus ancianos amigos, hizo volver su caballo; pero un observador inteligente hubiera visto que era para ocultar una lágrima.

Luego dió un brioso latigazo en las ancas de su jaca, y partió al galope por el camino que conducía al soto, y que era el único que, á su parecer, podían haber tomado Francisco y Carolina.

CAPÍTULO VIII

Seducción.

Era una de las más bellas mañanas del mes de Junio: la tierra abría su seno á las emanaciones de la primavera, y la naturaleza entera sonreía y hablaba de amor.

Brillaba el sol espléndido por detrás de un alto monte que se levantaba frente á los viajeros, y los pájaros entonaban himnos de gratitud á la estación de las flores y de los perfumes.

El Conde y la esposa de Bernardo seguían al paso un ancho sendero: la joven guardaba silencio; tenía el pecho oprimido, temblaba, y sus mejillas estaban encendidas como las amapolas que bordaban los campos de trigo que se extendían á orillas del sendero.

El Conde iba muy sereno: gozabase, como sucede comúnmente á todos los hombres colocados en igualdad de circunstancias, en el dominio que ejercía sobre aquella hermosa joven que tenía el poderoso aliciente de pertenecer á otro, y creía buenamente que aquel pecadillo era venial y no

—¿Quién la ha convidado?

—Nuestra madre.

—¿Y dónde está?

—Se ha ido con Francisco por un camino de travesía.

—¿Solos?

—Sí, solos: ten cuidado, porque, aunque rústica, no es fea, y tu novio le ha sorbido completamente el seso.

Lucrecia, al oír estas palabras, sonrió desdenosamente; pero en aquella sonrisa había un tinte de dolor que decía muy claro que había quedado clavado en su alma el dardo emponzoñado de los celos.

En efecto, aquella joven tan noble, tan rica, tan hermosa, tan soberbia, amaba á su primo con una pasión ardorosa, exclusiva y fuerte: aunque había coqueteado con muchos jóvenes de la grandeza, el Conde de Montilla era su primero y único amor, y nada conocía que pudiese reemplazarle en su corazón.

Con el pretexto de acercarse al coche en que venían su madre y sus ancianos amigos, hizo volver su caballo; pero un observador inteligente hubiera visto que era para ocultar una lágrima.

Luego dió un brioso latigazo en las ancas de su jaca, y partió al galope por el camino que conducía al soto, y que era el único que, á su parecer, podían haber tomado Francisco y Carolina.

CAPÍTULO VIII

Sedución.

Era una de las más bellas mañanas del mes de Junio: la tierra abría su seno á las emanaciones de la primavera, y la naturaleza entera sonreía y hablaba de amor.

Brillaba el sol espléndido por detrás de un alto monte que se levantaba frente á los viajeros, y los pájaros entonaban himnos de gratitud á la estación de las flores y de los perfumes.

El Conde y la esposa de Bernardo seguían al paso un ancho sendero: la joven guardaba silencio; tenía el pecho oprimido, temblaba, y sus mejillas estaban encendidas como las amapolas que bordaban los campos de trigo que se extendían á orillas del sendero.

El Conde iba muy sereno: gozabase, como sucede comúnmente á todos los hombres colocados en igualdad de circunstancias, en el dominio que ejercía sobre aquella hermosa joven que tenía el poderoso aliciente de pertenecer á otro, y creía buenamente que aquel pecadillo era venial y no

podía ofender á Lucrecia, á quien amaba por la convicción de que era para él un excelente partido y una mujer que todos le envidiarían por su hermosura y su opulencia.

Francisco fué el primero que rompió el silencio, cuando le pareció que la distancia que los separaba de los demás convidados era ya bastante para empezar á divertirse con aquella niña romántica y exaltada.

—¡Cuán dichoso soy esta mañana, amiga mía! murmuró á media voz, aproximando cuanto pudo su caballo al potro de Carolina.

Esta levantó sus bellos ojos hasta el semblante del Conde: el acento de éste había sido dulce, vibrante, sumiso, y había llegado hasta su corazón.

Una coqueta hubiera respondido con una carcajada: Carolina se estremeció, y sólo pudo repetir, volviendo á bajar sus largos párpados, guarnecidos de luengas pestañas:

—¿Feliz?...

—Sí, muy feliz, Carolina, respondió el Conde; hay en torno de V. yo no sé qué atracción magnética que me confunde y me embriaga: es usted una de esas criaturas privilegiadas, mitad mujeres, mitad ángeles, que embellecen cuanto las rodea y cuanto tocan... ¡jamás he sentido lo que siento hoy al lado de V.!

Francisco no salía, al decir estas palabras, de los límites de la seducción más vulgar: lo mismo

exactamente había dicho á más de cien mujeres, rubias y morenas, delgadas y gruesas, hermosas y feas; pero Carolina se persuadió al instante de que había inspirado una pasión única y volcánica al Conde: la inocente vió pasar ante los ojos de su imaginación, y sólo en el espacio de algunos segundos, la imagen de todos los dolores que había devorado el Conde durante las horas que llevaba de estar en la aldea: le miró, y creyó verle pálido, demacrado, ojeroso, con los ojos humedecidos y los labios temblorosos: en una palabra, como sucede siempre en tales ocasiones y en esas luchas homicidas del cinismo del hombre con el corazón de la mujer, atribuyó al Conde todos los dolores que ella misma sentía.

Así es que no supo qué responder: sólo alzó una triste mirada sobre el semblante de Francisco, que le pareció más interesante que nunca; éste prosiguió:

—Desde que he visto á V., Carolina, soy otro hombre: yo no me conozco: yo, que he visto con indiferencia las más hermosas mujeres del mundo, no puedo separar la imagen de V. de mi pensamiento: me duermo y la veo; despierto y la busco por todas partes... ¡Ah! ¡por qué no es V. libre!... ¡o por qué la he hallado en mi camino!

—Señor Conde, observó la joven, deseando decir algo, pues temía aparecer ridícula con su obstinado silencio; señor Conde, yo agradezco en el alma la deferencia que V. me manifiesta... pero,

como ha dicho bien, yo no soy libre... faltó á mi marido con escuchar á V., y...

—¿Y qué importa ese nudo odioso? exclamó el Conde con ímpetu; ¿acaso el matrimonio mata al corazón? ¿acaso quita al alma sus aspiraciones? No apele V., Carolina, á tan vulgares frases, usted que no es una mujer vulgar; V., cuya alma es tan hermosa y tan elevada, no se refugie tras esa moral ridícula de las feas é insignificantes mujeres de las que nadie hace caso.

El Conde dijo todo esto de un tirón, sin descansar ni tomar aliento: es lo que dicen todos los hombres cuando se encuentran en una situación como la suya; y sin embargo, la pobre Carolina creyó aquellas frases de una elocuencia, de una fuerza de persuasión irresistibles.

Iba á responder sin duda; pero al levantar la vista sobre el Conde, vió á la izquierda del camino la grave y austera figura de su marido.

La joven, aun convencida de que nada había podido oír de lo que le había dicho el Conde, palideció como si fuera á morir, porque su conciencia gritaba acusándola de su infidelidad á Bernardo.

Este esperó tranquilamente á que su mujer y el Conde llegaran á salvar los pocos pasos que los separaban de la margen del campo donde se hallaba en pie y con los brazos cruzados: cuando llegaron junto á él, contuvo por el freno el caballo de su mujer y le dijo esta sola palabra:

—Baja.

—Viene ahí detrás mi padre, murmuró Carolina con voz ahogada y temblorosa.

—¿Y eso qué importa? repuso Bernardo con acento perfectamente tranquilo: baja y me harás compañía: verás qué hermosos están estos campos que son nuestros.

Carolina tuvo que apearse del caballo, sirviéndole de apoyo la ancha y callosa mano de su marido, en la cual ella fijó apenas su diminuto pié.

—Señor, dijo Bernardo mirando al Conde sin fiereza, pero con grave serenidad, no sé quién es usted, ni cómo se llama: tampoco deseo saberlo; pero le advierto que no permitiré á mi mujer otros amigos que los míos: así, y aunque le agradezco que la haya acompañado cuando ella ha querido adelantarse á la demás comitiva, que sin duda está cercana, le suplico que no lo vuelva á hacer: yo, por mi parte, cuidaré de que ella pasee solamente con su marido.

El Conde iba á contestar con gran altivez quizá; pero el fuerte galopar de algunos caballos, que se oyó á su espalda, le hizo volver la cabeza.

Casi al mismo tiempo llegó á su lado Lucrecia, seguida de cerca por el resto de la cabalgata, y apareció por el otro lado del camino Villena, seguido de dos ó tres monteros.

Lucrecia, comprendiendo la situación, fijó una mirada de burla en su primo, y se echó á reír tan

sin miramientos, que la frente de Carolina se encendió de un doloroso rubor. En cuanto al ex-militar, gritó:

—Vamos, niña; después de hacer esperar á estos señores en el palacio, no les hagas también aguardar ahora por hablar con el patán de tu marido.

—El patán de su marido no le permite pasar de aquí; respondió Bernardo sin cambiar de color ni irritarse en lo más mínimo, sin que su voz demostrase alteración ó despecho.

—¡Cómo! exclamó Villena estupefacto; ¡qué estás diciendo! ¿No la dejas que continúe en la carcería?

—No señor, respondió Bernardo.

—¡Pues, amigo, podías darte por muy satisfecho y contento viendo que han contado con ella unas señoras como estas! gritó enfurecido el retirado.

—Mi mujer es sólo la mujer de Bernardo Pérez, que no puede alternar con personas de tanta distinción, y yo le prohíbo que éntre en un círculo que ya no es el suyo.

Esto diciendo, tomó Bernardo la helada mano de su esposa y se internó con ella en el campo que sus peones y criados trabajaban cantando con esa alegría que da, en medio de las más penosas ocupaciones, la serenidad de la conciencia.

Francisco, sin dirigir ni siquiera una mirada á la desdichada cuya paz doméstica acababa de comprometer tal vez para siempre, pasó su ca-

ballo al lado del de su prima y dijo en alta voz:

—Eso no vale nada, señores: ¡á la caza! ¡á la batida!

Tomó la mano de su prima, la besó y partió como una flecha, seguido de Lucrecia y de todo el resto de la partida.

Apenas hubieron desaparecido, Bernardo mandó á uno de sus criados que fuese en seguida á casa y trajese enjaezado con silla inglesa el eaballito de paseo de Carolina: y no bien llegó, la ayudó á montar en él y le dijo con grave ternura:

—Vamos á casa: yo iré á pié á tu lado, y así irás más honrada, aunque tu marido parezca tu criado, que al lado de esos caballeros cortesanos y de esas mujeres burlonas que se tienen por tan superiores á tí y que en realidad valen mucho menos.

CAPÍTULO IX

Veneno entre flores.

Carolina llegó muy abatida á casa de su esposo.

El remordimiento de ofender á aquel hombre tan noble y tan bueno; el conocimiento que tenía de su rectitud y severidad, y sobre todo, la angustia, el ansia y el dolor que habían sembrado en su alma las palabras amorosas del Conde, habían levantado en ella una sorda tempestad.

Quería sinceramente á Bernardo, pero Francisco la deslumbraba: no era que aun sintiese por el brillante y opulento señor una de esas fatales pasiones que llevan en pos de sí toda la santidad y la dicha de una vida irreprochable, pero podía asegurarse que estaba muy cerca de sentirla.

La vergüenza y la alegría, la esperanza y el desaliento, se disputaban su corazón: sentía un rubor doloroso de ofender á su marido, porque su alma era pura y delicada; pero sentía también una loca y casi delirante alegría al creerse amada por el Conde de Montilla.

Tantas emociones y tan acerba lucha debían rendir y postrar aquella débil naturaleza: una fiebre voraz, efecto de la excitación de sus nervios, se encendió en sus venas, y cuando llegó á su casa, estaba tan débil, tan rendida, tan fatigada, que le fué imposible apearse por sí sola de su manso caballito, y tuvo que bajarla Bernardo en sus robustos brazos.

Asustado éste, la condujo á su cuarto y llamó á voces á su madre; y la buena señora Prisca, olvidando en aquella ocasión todas las pequeñas quejas que tenía de su nuera, corrió afanosa á desnudarla y aliviarla en cuanto pudiese.

Al meterla en su lecho, Carolina fué acometida de una gran convulsión nerviosa: sus dientes se chocaban amenazando romperse, y su hermosa cabeza, pálida y desmelenada, permanecía inerte y pesadamente apoyada en el pecho de su marido.

Pronto acudió el señor Casiano, y propuso ir á buscar al médico; pero el ataque, cediendo un poco, permitió á Carolina hacer una seña que manifestaba su oposición.

La joven no quería estar enferma, porque la sujeción en su lecho significaba no volver á ver al Conde, que debía permanecer en el pueblo muy pocos días.

—¡Pobre hijita mía! exclamó el señor Casiano, tomando una de las manos de la joven; lo que tiene es que hoy ha salido muy temprano y la

ha constipado el relente de la mañana, que aun es frío.

—Eso debe ser... repuso la joven; pero ello pasará... tal vez á la tarde estaré ya buena.

Bernardo, inclinado sobre la cama de su mujer y más pálido que ésta, nada decía; pero en sus enérgicas y tostadas facciones se retrataba una pena inmensa.

La señora Prisca preguntó á Carolina si había tomado algún alimento; y habiéndole dicho que no, corrió á la cocina en busca de una taza de caldo.

Carolina, fatigada por aquellas demostraciones de interés, cerró los ojos no bien hubo sorbido el caldo: la desdichada hubiera deseado completa oscuridad y absoluto silencio para oír á su placer la voz de Francisco que resonaba en su alma, para ver con los ojos de su imaginación los elocuentes y atrevidos ojos del Conde, que se fijaban en los suyos con tan amorosa y lánguida expresión.

A pesar de su deseo de quedarse sola, su marido permaneció á su cabecera toda la mañana y una parte de la tarde: no separaba sus ojos del semblante de Carolina, y de vez en cuando se inclinaba y dejaba un tímido beso en aquella frente abrasada por pensamientos culpables.

Cerca de las cuatro de la tarde se levantó Bernardo, creyendo dormida á la joven con un sueño benéfico y reparador: nada había comido en

todo el día, pues acostumbraba á desayunarse á las doce, y mucho antes de esta hora era cuando se había vuelto acompañando á Carolina: la necesidad de algún alimento se hizo sentir en su desfallecido estómago, y al mismo tiempo la de satisfacer á los peones el jornal de la semana, pues era sábado, día en que, por lo regular, cobran los trabajadores, y dentro del cual pagaba siempre Bernardo á los suyos.

Cruzó el aposento con cuidado sumo; abrió la puerta y salió, dejándola entornada.

Apenas oyó el ligero ruido que hizo su esposo al salir, Carolina, que no dormía, abrió los ojos y se incorporó sobre un brazo, quedando bien pronto sumergida en una amarga y dolorosa meditación.

De repente se estremeció; le pareció oír algún ruido en la ventana, que se hallaba muy poco elevada del suelo.

Un impulso irresistible la hizo levantarse y abrirla, si bien con mucha precaución; asomó la cabeza, y sólo vió la calle desierta, pues á la apacible mañana había sucedido una tarde tempestuosa.

Fijó después sus ojos en el antepecho de la ventana, y vió en él un pequeño ramilléte, en cuyo centro asomaba el extremo de una perfumada carta.

Carolina recogió con un ansia indescribible ambas cosas y escondió las flores en un cajón de

su mesa de tocador, después de sacar la carta, que contenía muy pocos renglones y decía así:

«Carolina: No es sólo una afición pasajera la que siento por V.: mi dicha ó mi desgracia eterna dependen de conservar su afecto. No pido amor; me contentaré sólo con el título de su amigo, ya que otro mortal más dichoso tiene derechos sagrados sobre V.; pero, al menos, espero de usted que me concederá una entrevista: mañana, al rayar el día, estaré en el jardín del palacio: nadie puede vernos á esa hora, y yo sabré de su boca mi destino.

EL CONDE DE MONTILLA.»

Cuando la joven acabó de leer este billete, sus ojos brillaban y sus labios sonreían: parecía que su pecho se había aliviado de un peso enorme desde que sabía que el Conde se contentaba con su amistad: la pobre niña ignoraba de cuántos ardides se vale el libertinaje, y cuántas máscaras saben tomar los seductores de profesión.

—¡Iré! se dijo: ¡sí, debo ir, y quizás mis palabras le fortifiquen en su buena resolución! Él tiene un corazón noble... él es fuerte, y yo le rogaré que lo sea aún más por los dos... le contaré mi aislamiento; le diré que nadie me comprende aquí, que á nadie más que á mi marido podría pedir consejo y abrir mi corazón, y que á mi madre no me atrevo: ¡oh, sí, sí! debo ir para romper esta red fatal que me va envolviendo...

para formar lazos dulces y consoladores de amistad con ese hombre que tal imperio ejerce sobre mí!

Carolina guardó con las flores el billete, y volviendo á recostarse en las almohadas de su lecho, dejó vagar á su imaginación entre sueños de rosas.

Su marido volvió á sentarse á su lado; y Carolina, muy contrariada con su presencia, quiso probar á dormir, pero en vano: la conciencia gritaba en su oído; y por más que ella tratase de engañarla con sofismas, la conciencia es un juez que no se vende ni se deja engañar por apariencias.

Sin embargo, ya que no dormía, lo fingió tan bien, que cerca de las dos de la mañana, Bernardo, cediendo á las instancias de sus padres, se retiró á su cuarto.

Los dos ancianos se marcharon al suyo, y sólo quedó la tía Bautista de guardia junto al lecho de la joven enferma.

La vieja sirvienta la miró con cierto rencor y murmuró entre dientes:

—¡Vaya con los males! Lo que ella quiere es hacer la gran señora y sacudir de su lado á su pobre marido! ¡Cuarto aparte para cada uno! eso no es lo que Dios manda: al menos, Ambrosio y yo, en veinte años que estuvimos casados, siempre tuvimos el mismo cuarto; pero eso consiste en que yo le quería, y esta melindrosa no quiere á Bernardo, ni se casó con él por otra cosa que por sus pesetas y porque ella estaba muerta de hambre.

Y la vieja Bautista, después de este soliloquio, se recostó en la silla y se durmió profundamente, sin dársele un ardite por el cuidado de la enferma, á la que tan escasas simpatías profesaba, y de quien era tan severa detractora.

CAPITULO X

El café.

Poco después de haber recogido Carolina de su ventana las flores y la carta del Conde, se hallaba éste sentado á la mesa con todos sus convidados y comiendo tan alegremente como el hombre más dichoso.

¿Se acordaba entonces de Carolina, de aquella Carolina adúltera ya de pensamiento, culpable por él de ingratitude para con el mejor de los esposos, y al mismo tiempo tan desgraciada por su causa?

Casi pudiera yo asegurar que no.

Tal vez mis lectores juzgarán que la que así escribe es escéptica en materia de amor; y sin embargo, en nada reconoce más la bondad de Dios, en nada la adora tanto como en la existencia del amor; cree que del amor emanan y nacen todas las dichas de la vida, y que sólo el amor compensa todas las penas de este valle de dolores.

En lo que cree pocas veces es en los amores repentinos: piensa que el amor es una flor purísi-

ma y delicada que necesita de cuidados para crecer y dar su perfume; cree que le alimentan, tanto como la belleza física, las bellas cualidades del alma, del carácter y de la educación, y que el amor verdadero jamás se fija en un objeto que no conoce bien.

Francisco no conocía á Carolina ni bien ni mal: había visto en aquel caserón viejo, donde pensaba habitar por cinco ó seis días, á una joven linda y delicada, y como profesaba el principio aquel de que en esta vida sólo se consigue de ganancia lo que cada uno se divierte, había querido sacar el mejor partido posible de su estancia en la aldea.

Poco le importaba á él que la joven fuese un prodigio de sensibilidad y de talento, ó que fuese helada, egoísta y ruda: ni sabía cuál era su carácter, ni había pensado por un instante en detenerse á examinarlo: ¿para qué? era una flor que hallaba en su camino, que la arrancaba para recrearse con su perfume y que pensaba arrojar cuando se alejase de aquellos sitios.

Quizá la dejase para siempre yerta y marchita; pero si los hombres pensasen en esto, sería muy tonta su vida, y se privarían de mil pequeños placeres que les entretienen bastante agradablemente.

Francisco comía, bebía, hacía finezas á sus primas y á sus hermanas, reía y hablaba, sin pensar ni por incidente en la esposa de Bernardo,

quien, después de leído su billete, y unida á su agitación nerviosa la que le producían la esperanza y el temor de verle, sentía cada vez más activa en sus venas una fiebre lenta y dolorosa.

En la mesa se hallaba ya el huésped que había llegado indispuerto y que se había retirado á su cuarto: era un hombre de cerca de cincuenta años, aunque su salud, arruinada por la disipación y los desórdenes de su juventud, le hacía aparecer de algunos más: su aspecto, como el de todas las personas que han vivido demasiado apriisa, era cansado y algo triste: parecía vivir en una completa distracción y olvido del pasado y del porvenir, inquietándose también muy poco por el presente.

Largos y hermosos cabellos, que debían haber sido muy negros, pero que á la sazón estaban casi blancos, se rizaban en sus sienes, y sin duda por deferencia á su elevada clase, se le había dejado uno de los asientos preferentes de la mesa.

—Amigos míos, dijo la Marquesa al terminar la comida, Vds. tomarán el café aquí mismo, porque en el gabinete único que hay un poco confortable lo han servido para nosotras: en el campo hay que dispensar ciertas fórmulas.

—¡Cómo! exclamó Francisco: tía mía, ¿nos abandonas? ¿huyes de nosotros?

—No, por cierto: sólo quiero dejar á Vds. un rato de libertad, y al mismo tiempo tener alguna atención con esa pobre señora que vive en casa:

la he invitado, y también á su hija menor, á tomar café con nosotras.

—¡Oh, mi tía! ¿hay algo comparable á mi tía? exclamó Francisco, que era verdaderamente entusiasta del talento y distinción de la anciana Marquesa; ¿habéis visto mayor previsión, más delicadeza y gracia reunidas?

—Vamos, vamos, lisonjero, interrumpió la anciana; ¿hay algo más natural que el tener esta atención con esa señora y con su hija? Tú por tu parte debías invitar á su marido á tomar el café y pasar la velada con vosotros.

—Es cierto, tía mía, y voy á hacerlo.

Francisco se volvió á un criado que estaba detrás de su silla y le dijo:

—Vé á decir al señor de Villena que le suplico se sirva acompañarnos á tomar una taza de café.

—Ahora quedad con Dios, dijo la Marquesa. Si queréis, después de las diez nos reuniremos en mi cuarto hasta las doce, todos los que no tengan sueño ó no estén cansados de la cacería. Vamos, niñas.

La Marquesa salió, acompañada de las jóvenes, y casi al mismo tiempo entró por otra puerta el esposo de Berta, que saludó con humildad á la reunión.

Los criados sirvieron el café y se retiraron.

—Se pide, dijo uno de los jóvenes amigos del Conde, que cuente una historia el Marqués.

—Sí, sí, que la cuente.

—El que ha sido hombre de tantas aventuras, sabrá muchas.

—Algunas sé, en efecto, respondió el interpeado, que era el huésped que había llegado enfermo, y que por esta razón hasta entonces no había salido de su cuarto.

—Pues venga una.

—Señores, vamos despacio, replicó el Marqués. ¿Quieren ustedes una historia en la que yo haya sido actor? ¿un suceso?

—¡Eso, eso! ¿un suceso?

—Pues escuchad.

El Marqués sorbió la mitad de su taza de café, encendió un cigarro habano, y apoyando la mejilla izquierda en la palma de su blanca y aristocrática mano, empezó así:

—En el año de 1837, vivía yo en París...

El Marqués fué interrumpido por un movimiento convulsivo que hizo el caballero que tenía á su derecha: era Vargas, el pintor melancólico á quien hemos oído lamentar con la Marquesa la pérdida de su familia, y que sólo pintaba en sus cuadros una mujer rubia y muy bella, una anciana y tres niños hermosos como querubines.

El Marqués se volvió asombrado y miró á Luciano; pero en nada le recordó aquel semblante triste y marchito al hermoso esposo de Wilna: por otra parte, Vargas dijo con voz dulce:

—¡Perdón, caballero: en aquella época me ha-

llaba yo también en París, y experimenté muy crueles desgracias!

El Marqués prosiguió así:

—Como todos Vds. saben, señores, soy francés é hijo de París, pero no he vivido siempre en la capital, pues la mayor parte de mi vida se ha pasado en viajes.

En el año de 1837, me hallaba en ella hacía algunos meses, de vuelta de una larga excursión á Inglaterra y Alemania: tenía yo treinta y cuatro años, y estaba fatigado de la vida, porque aun no había encontrado el amor verdadero, y las conquistas son más fáciles y numerosas en Francia que en España.

Una tarde que pasaba por el boulevard Saint-Honoré, ví una aparición celeste: la más hermosa mujer que haya podido imaginar un poeta ó un pintor: entró en una tienda de juguetes y compró una de esas ruedecitas de marfil que sirven para que los niños no sientan tanto los dolores de la dentición: yo la miraba por entre los cristales de la tienda, y la oí hablar en alemán y bastante familiarmente con el comerciante, que era alemán también: así que hubo salido ella, entré yo y pregunté al vendedor de juguetes si la conocía.

—Sí, caballero, me respondió: es Mme. Wilna, casada con un pintor español que reside aquí hace tres años.

—¿Es alemana?

—Sí, señor.

—¿Dónde vive?

El comerciante me dió las señas, y desde aquel instante no dejé un momento de asediar á la esposa del pintor.

No me faltaban, á la verdad, medios para ello: pertenecía yo á la sociedad llamada entonces de los *desagravios*, cuyos estatutos eran en extremo originales, pues nos permitían á los jóvenes de la más alta aristocracia reunirnos con las personas más calaveras, y aun con las más degradadas.

Nos dedicábamos á perseguir mujeres, y la que desairaba nuestras pretensiones quedaba castigada de una manera bien cruel: para estas mujeres desdeñosas nos erigíamos en censores despiadados: buscábamos todos los antecedentes de su vida pasada, todos los accidentes de su presente, y lanzábamos sobre ella una acusación formidable en un anónimo dirigido á su padre, á su marido, á su hermano ó á su amante, cosa que podíamos hacer las más veces, porque la calumnia es mucho más fácil de lo que algunos creen.

Todos los presentes soltaron una carcajada, celebrando las represalias de los *desagravios*: sólo una persona permanecía grave, pálida, severa: era Luciano de Vargas; pero en su frente se retrataba una perfecta serenidad y la firmeza de una resolución inmutable.

—Pedimos la continuación de la historia, gritaron muchas voces.

—¡Sí, sí! ¡la historia, Marqués, la historia!

El Marqués prosiguió de este modo:

Durante muchos días agoté todos los medios de vencer la resistencia de la bella alemana, pero en vano: no contestaba á ninguna de mis cartas, y acabó por encerrarse en su casa como en un castillo inexpugnable y del cual jamás salía.

Algunas desgracias de familia la obligaron aun más á un retiro absoluto: murió la madre de su esposo y murieron dos de sus hijos; y supe además, á fuerza de indagaciones, y por medio de una antigua criada de la casa de su padre, que alimentaba desde su primera juventud una pasión desgraciada.

Aquí fué interrumpido de nuevo el narrador, pero no por su vecino, sino por una ruidosa y grosera carcajada del señor Villena: el Marqués, ofendido, le miró fijamente, y todos los presentes se volvieron hacia él.

—Señores, no hay de qué extrañarse, dijo el ex-teniente sin dejar de reír: estoy bien enterado de esa historia, y por eso me río al escucharla.

—¡Cómo! exclamaron dos ó tres voces: ¿usted está enterado?...

—¡Claro está! como que el objeto de la pasión desgraciada de Wilna era yo!

—¡Será posible!

—Casi no lo parece al verme ahora de esta fecha y de esta facha, ¿no es cierto? pero yo no he sido siempre así... hace veinte años era Fer-

nando de Villena un gallardo oficial, calavera, elegante y adorado de las muchachas: ví á Wilna un día que fui á casa de su padre á comprar un dije para regalar á otra joven que me amaba... me gustó, porque era muy bella; se lo dije, y le ofrecí casarme lo antes posible; la pobrecilla se lo creyó... era yo su primer amor, ya se ve, no había cosa más fácil; pero luego conocí á mi mujer, que era tan bonita como Wilna, y además regularmente rica, le gusté y me casé con ella.

La alemana era una de esas mujeres románticas y exaltadas, que por su gusto se hubiera pasado la vida llorando su primer desengaño... pero su padre pensó de otra manera... era viejo y estaba arruinado; y á fuerza de ruegos y de lágrimas la obligó á casarse... con el señor.

Y Villena, con imprudente ademán, señaló al caballero sentado á la izquierda del Marqués, y que no era otro que Luciano de Vargas, el pintor de los cabellos grises y de los grandes ojos.

Éste se levantó tranquilo, severo, imponente; y por un movimiento maquinal, todos se levantaron al mismo tiempo.

El Marqués de Chatereau, pues ya le habrá conocido el lector, se acercó pálido y conmovido á Luciano, y después de saludarle, le dijo con voz baja y que en vano procuraba hacer tranquila:

—No había conocido á V., caballero, porque no le había oído nombrar por su nombre y por-

que ha cambiado V. mucho: suspendo mi historia, que ahora veo tiene mucho de terrible... mi ofensa está en pié, pues aquella noche fatal dudé...

—¡Basta! interrumpió Luciano con voz sorda; yo acabaré de referir á estos señores la historia.

—Este hombre, prosiguió, tendiendo en torno suyo una mirada altiva, este hombre, para vengarse de mi mujer, se disfrazó de arlequín en la noche del domingo de Carnaval de 1837 y me dijo que Wilna no me amaba, y que, si quería seguirle, la hallaría con el hombre que me robaba su cariño... Poseído de un vértigo le seguí... Luego supe que había encargado á uno de sus infames amigos que se escondiera en mi casa para dar más visos de verdad á su calumnia y más seguridad á su venganza; pero sin duda á su amigo le repugnó semejanse infamia, y no fué: le encerré en un cuarto y llegué hasta el dormitorio de mi mujer, á la que hallé sola... pero muerta!...

Todos retrocedieron horrorizados: Luciano continuó así:

—No fué este hombre quien mató á Wilna. Dios, quizás, en sus sabios juicios, dispuso de su vida... pero este hombre quiso perderla... y la calumnió por la más baja y cobarde de las venganzas... entonces su buena suerte le arrancó de mis manos; ¡pero hoy vuelvo á encontrarle, y le mataré!

Nadie respondió una palabra.

—Marqués, prosiguió Vargas, es inútil emplear rodeos: mañana, á las primeras horas del día, nos batiremos á pistola y á muerte: estos señores no se opondrán á nuestro intento, porque los considero á todos hombres de honor; saldremos por la puertecilla del jardín que da al campo.

Todos los presentes se contentaron con saludar, y Luciano, saludando á su vez, salió con paso lento y majestuoso.

Nadie osó romper el silencio que siguió á su salida; el Marqués, con una nobleza que hablaba mucho en su favor, se retiró también sin decir nada, y todos los convidados hicieron lo mismo, quedándose bien pronto el salón desierto.

Cada uno de aquellos hombres, todos valientes y esforzados, sentía temblar su corazón en el pecho al pensar en aquella venganza que venía á cumplirse diez y siete años después de recibida la ofensa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1000. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO XI

La cita.

Carolina no pudo conciliar el sueño en toda la noche: la fiebre había traído el insomnio, y no cerraba los ojos sino para ver ante sus ojos la imagen amorosa del Conde ó la amenazadora de Bernardo.

Este tampoco se había acostado: aunque las exigencias de Carolina, ó más bien el dominio que ejercía sobre su marido, habían dado á los dos habitaciones distintas, éstas se hallaban divididas por un solo tabique y tenían entre sí una puerta de comunicación.

Por aquella puerta entraba y salía sin cesar Bernardo en el cuarto de su mujer, y muchas veces se la halló con los ojos abiertos como dos estrellas.

Ya cerca del alba, le rindió la fatiga, porque el trabajo corporal y la tranquilidad del alma y de la conciencia son dos cosas que exigen reposo: recostóse en su lecho, sin desnudarse, y entornó la puerta para que su respiración, demasiado fuerte,

no molestase á Carolina, que al parecer reposaba también.

Extraño contraste presentabau los aposentos de ambos esposos: en el de Carolina se advertía lujo y elegancia; en cambio, nada había más pobremente sencillo que el que ocupaba Bernardo, y el cual podemos examinar mientras éste duerme.

Un catre de tijera, un gran armario de pino para la ropa, y una mesilla de la misma madera, componían todo el mueblaje, destacándose sobre las blanqueadas paredes del aposento: sobre la mesa había un peine y un cepillo de ropa: en un rincón una aljofaina de cobre, brillante como el oro, y sostenida por un pie en todo igual á la mesa, y un colgador, del cual pendían una chaqueta y un pantalón de trabajo.

Tal era el aposento de Bernardo; el mismo que había ocupado desde niño, y en el cual había soñado tantas veces con la bella y graciosa imagen de Carolina: aquella era quizás la primera noche intranquila que pasaba en él, porque aun en el tiempo en que estaba enamorado, aquel hombre, tan rudo y tan tímido en la apariencia, tenía la conciencia de su valer y la esperanza de alcanzar el amor de aquella joven á quien amaba con tan ciega y exclusiva idolatría.

En la noche de que voy hablando, la tranquilidad había huido de su alma, porque empezaba á penetrar en ella la duda: la soledad en que había hallado á su mujer con el Conde, no era lo

que le inquietaba: aquella soledad podía haber sido casual, y además, tenía en un concepto demasiado elevado á su mujer, para suponer, ni por un instante, que ella hubiese buscado ó admitido aquel aislamiento: lo que le hacía un daño horrible era la confusión en que había hallado á su mujer, su abatimiento después, su fiebre y su desvelo; porque, según las convicciones de Bernardo, el adulterio del pensamiento y del corazón significaba más, mucho más, y era más irreparable que el adulterio positivo y material.

Pero por un efecto natural de su carácter activo y generoso, encerró todo su dolor en el fondo de su pecho, sin dejar asomar á su semblante más que la inquietud que le poseía por el estado de Carolina; y solo, en la soledad de su pobre cuarto, se paseaba agitado, golpeándose la frente con su mano callosa y endurecida por el trabajo.

Sin embargo, el cansancio y el sueño le rindieron por fin con un letargo profundo: eran las únicas horas de reposo que disfrutaba desde las primeras horas de la mañana.

Cuando empezó el Oriente á mostrar la estrecha cinta blanca que anuncia la venida del alba, Carolina, que había estado espionando el instante de la primera claridad, se levantó, y envuelta aún en su bata de noche, se acercó hasta el lecho de su marido.

Este dormía profundamente.

Luego se acercó al sillón de la tía Bautista,

que dormía también con la mayor tranquilidad.

Estos movimientos de observación fueron ejecutados por Carolina con el semblante trastornado por una violenta emoción: á la pálida claridad de la mañana, se la hubiera podido tomar por un alma desterrada del cielo, que venía á contemplar la vejez y los dolores de la tierra.

Vistióse apresurada con su traje blanco; echó sobre sus hombros una manteleta blanca también, y recogió sus cabellos con un gorrito de encajes.

Luego bajó la escalera con mucho silencio, abrió el pestillo de la puertecilla que daba al campo, y salió sin que nadie la oyese.

El frío de la fiebre hacía chocar sus dientes; su paso era incierto y vacilante, pero ella nada sentía.

Cruzó el pequeño espacio que la separaba del cercado donde se abría la puertecilla del jardín del palacio, y llegó á ella.

Según se había imaginado, ya la había abierto el Conde, que se hallaba allí puntual á la cita, y que casi recibió á la joven en sus brazos al entrar en el jardín.

Carolina retrocedió asustada: no estaba dispuesta á aquel abrazo atrevido, y le pareció que una nube negra cubría el cielo de sus ilusiones.

—Caballero, dijo apoyándose trémula en la tapia, he venido para oír de su boca de V. que sólo desea ser mi amigo: sí; sólo esa confianza es la que me hace venir aquí, faltando á mi deber y estando además enferma...

—¡Enferma! interrumpió el Conde con vehemencia, porque su corazón se interesaba, quizá sin saberlo, por aquella bella joven, pálida y dolorida, que venía á pedirle piedad como una víctima á su verdugo; ¡enferma! repitió mirándola con más cuidado: ¡es verdad! esa palidez... la alteración de sus facciones... ¡Carolina, no me oculte V. sus dolores... sus pesares... quiero partírlas con V... guarde sus alegrías para su marido... pero sus penas las reclamo yo, que las sabré comprender mejor que él!

Calló Francisco; volvió á mirar á la joven, y su fisonomía se entristeció profundamente: era evidente lo que aquella mujer sufría; y era cierto también que jamás había visto una mujer más bella.

En efecto: nada puede imaginarse de más sublime, en lo hermoso, que la figura de Carolina, envuelta en su largo ropaje blanco: sus facciones, de una pureza y regularidad encantadoras, estaban pálidas y abatidas; parecían mayores sus grandes ojos azules, pues la violenta lucha de las últimas horas había robado la fresca redondez de sus mejillas.

—Señor Conde, dijo con voz baja y débil, pues se sentía desfallecer de terror, de angustia y de debilidad; he hecho mal en venir... muy mal... ahora lo conozco... pero yo... nada sé del mundo... temo amar á V... y le ruego que se aleje de aquí!

—¡Dios mío! ¡será verdad lo que oigo! exclamó Francisco, tomando con pasión las manos de Carolina.

Pero ésta las desprendió de las del Conde, y uniéndolas en actitud suplicante, respondió:

—¡Sí! es demasiado cierto que yo empiezo á amar á V., señor Conde... su imagen no se aparta de mi pensamiento, ni puedo huir de ella á pesar de mis esfuerzos... Vengo, pues, á suplicar á V. que sea sólo el amigo queme promete, y que me dé la primera prueba de su amistad huyendo de mí...!

—¡Imposible! respondió con ímpetu Francisco: huir yo de tí, Carolina, cuando sé que piensas en mí, que por mí padeces... cuando veo lágrimas en tus ojos, y sé que son por mí... yo que no huiría aunque supiera que me odiabas, ¿quieres que huya sabiendo que me amas? ¡No! ¡viviré aquí, á tu vista, cerca de tí, hasta que consientas en seguirme!

—¡Oh Dios mío! murmuró Carolina, que, pasado su terror, escuchaba con una especie de fascinación la voz apasionada de Francisco; ¿olvida V. que yo soy casada? ¿que pertenezco á mi esposo?

—¿Y qué me importa ese lazo odioso que los hombres han formado? exclamó Francisco; ¿qué significa el matrimonio, cuando las almas no se comprenden, cuando el corazón de uno de los dos se lanza á otro objeto? ¡El esposo se convierte entonces en tirano, y la esposa en víctima!

Hablando así, el Conde había tomado bajo el suyo el brazo de la joven; la había separado de la puertecilla del jardín, y se la llevaba por la gran calle de álamos y alisos, queriendo evitar así que le distinguiesen desde las ventanas del palacio.

Carolina no opuso la menor resistencia: su malestar físico, su debilidad, su angustia, todo había desaparecido: apoyada en el brazo de aquel hombre, hubiera ido hasta el fin de la tierra.

Y sin embargo, aun no era su corazón culpable: pobre alma que no comprendía ninguna de las miserias de la sociedad, que creía á todos los hombres nobles, fuertes y verídicos como su marido, no era extraño que se dejase alucinar por la expresión de aquel amor, que parecía tan vehemente y tan tierno.

Siguió los pasos del Conde hasta el final de la calle, y allí éste se detuvo: iba á protestar de nuevo su pasión á Carolina, cuando de improviso se oyó muy cerca y detrás de unos árboles vecinos, una voz fresca, suave y encantadora, que cantaba un aire de Mozart.

Al escucharla, el Conde dió un paso atrás; soltó con precipitación, casi con grosería, el brazo que poco antes había tomado bajo el suyo con tanta pasión y delicadeza, y desapareció rápidamente en la dirección que se había oído el canto.

Carolina quedó yerta é inmóvil; el canto había sido emitido por una voz de mujer: ella conocía aquel eco: era la voz de Lucrecia, de aquella Lu-

crecía tan hermosa y que la miraba con tan supremo desdén.

Una nube pasó por los ojos de la desgraciada, y al mismo tiempo su memoria fué iluminada por un rayo de luz: recordó algunas miradas, algunas palabras de Francisco, y se dijo con una verdad, con una fuerza de persuasión aterradora:

—¡Mental! ¡me engañaba!... ¡a quien ama es á esa mujer...!

Tendió entonces una tristísima mirada en torno suyo: le pareció que estaba sola en toda la tierra: su cabeza se desvanecía, é iba á caer presa de un desmayo mortal, cuando sintió que unos brazos la sostenían.

Volvióse con pena y ¡vió á Aurelia, la dama rubia recién llegada á la aldea, y que, según afirmaban todos, hacía tan solitaria vida.

La bella desconocida apoyó en su seno la pálida y dolorida cabeza de Carolina, que derramó un torrente de lágrimas.

—Llora, hija mía, dijo Aurelia: las lágrimas que no se derraman, caen sobre el corazón y le queman; llora, pero vén conmigo.

Y esto diciendo, llevó á la joven bajo el gran tilo, que ya empezaba á recibir en su copa los primeros rayos de la blanca luz de la mañana.

—Siéntate aquí y escucha, prosiguió; el engaño será cruel, pero provechoso, pues te curará para siempre.

Carolina guardó silencio: aun se oía el canto

de Lucrecia, fresco, sonoro, brillante; aquel canto que desgarraba á un tiempo el corazón y los oídos de la esposa de Bernardo,

De súbito cesó, y en el mismo instante el estallido de un beso llegó á estremecer á Carolina, que palideció y se puso roja secasivamente.

—Es prueba de que me has ofendido, cuando me besas la mano, dijo la voz sonora y vibrante de Lucrecia, entre risueña y quejosa.

—¿Ofenderte yo? respondió el Conde volviendo á dar otro beso en la mano de su prima; si lo he hecho, habrá sido sin duda sin quererlo y sin pensarlo.

—¿Luego, aunque sin pensarlo, me has ofendido? Sepamos en qué. ¿Tenías cita aquí con esa tontuela aldeana?

—¿Yo? No por cierto: acabo de verla, pero por casualidad, ó más bien, porque ella me persigue.

—¡Ah! ¡ella te persigue á tí! exclamó Lucrecia con una carcajada: esto es lo que todos decís, primo mío; pero yo creo, á pesar de las pretensiones de esa señora, que eres tú quien la persigue á ella!

—Pues estás equivocada, repuso Francisco con acento ofendido: para serte infiel, lo sería con una persona de más valer: creí que me suponías de mejor gusto, prima mía.

—¡Oh! ¡es que es lindísima!

—No hay tal; es grosera, vulgar; no hay ex-

presión en sus miradas: y sobre todo, es la esposa de Bernardo Pérez, lo cual basta y sobra para quitar ilusiones á la persona más despreocupada.

—Vamos, fuerza será creerte; pero sé que eres ligero y vanidoso, además de impresionable, y para darte mi perdón, he de imponerte antes una penitencia.

—¿Una penitencia?

—Sí: dividida en dos partes.

—¿Y estarás contenta entonces?

—Sí.

—¿Y accederás á que nos casemos en el mes que viene?

—Sí.

—Espero, pues, esa penitencia, que ya me supongo ha de ser muy cruel,

—Héla aquí: en primer lugar, harás el amor á la zafia de Hortensia la primera vez que la veas en presencia de su hermana, la ridícula y presumida Carolina.

—¿Con qué objeto?

—Con el de vengarme de sus coqueterías para contigo. ¿No dices que te persigue? Pues ó haces lo que te digo, ó no te creo.

—¡Está bien! respondió el Conde dando un suspiro.

—¡Hola! ¿lo sientes?

—No; me resigno; ¿qué más?

—Que en seguida nos vayamos de aquí.

—¿Cómo en seguida? preguntó Francisco, á quien realmente dolía dejar la conquista de Carolina.

—Es decir, mañana ó pasado: así que hagas ver á esa sentimental señora que lo que querías era divertirte con ella.

—¿Conque quieres que así que haga el tonto un poco con su hermana, emprendamos la marcha?

—Justamente.

—Pero ¿y tu madre?

—Mi madre hará lo que tú quieras: además, ¿no eres aquí el señor soberano?

—Nadie es aquí soberano más que tú, respondió el Conde con galante ternura; y un nuevo beso resonó en las espesuras del jardín.

Luego se oyeron unos pasos que se alejaban y el rumor de una dulce conversación que se perdía entre el susurro de las flores que mecía la brisa de la mañana.

CAPÍTULO XII

A la sombra del tilo.

Carolina escuchó este diálogo, pálida, inmóvil y como privada de sentido y de voz: de cuando en cuando una convulsión recorría todo su cuerpo, y esto era únicamente lo que daba á conocer que sentía y escuchaba.

Luego, y cuando aquellos ecos de maldición se fueron alejando de ella, quiso levantarse y huir; pero una mano suave la detuvo, y otro acento dulce y consolador resonó en su oído.

Era la dama rubia, que le empezó á hablar de esta manera:

—Niña desgraciada, oye una historia que te hará conocer que hay desventuras mayores que la tuya: es la historia de mi vida: óyela, que mis palabras caerán como un rocío bienhechor sobre tu corazón herido.

Carolina volvió á sentarse y cruzó sus blancas manos con ademán de doloroso abatimiento; la dama rubia apoyó en su seno la pálida cabeza de la joven, y empezó así:

—Yo fui casada; pero antes de unirme para siempre al hombre que fué mi esposo, amaba á otro; á otro joven hermoso, brillante, que decía de continuo á mi oído dulces palabras de amor: yo le amaba como se ama una sola vez en la vida: con un cariño ardiente, exclusivo, lleno de ilusiones; vivía por él, y por él me parecía hermosa la existencia.

Aquel hombre halló otra mujer más rica que yo, y se casó con ella; yo, cediendo á los ruegos de mi padre, pobre anciano casi arruinado por las injusticias de la fortuna, tomé un esposo: se parecía al tuyo: era grave, austero, honrado, laborioso, pero no brillante, lisonjero y superficial: fuí madre por tres veces; pero ni mi esposo ni mis hijos pudieron separar de mi alma el recuerdo de mi primer amor: durmiendo, veía aquella imagen ante mis ojos: despierta, la veía con los ojos del alma: mi marido palidecía ante aquellos recuerdos luminosos y homicidas; su amor, su honradez, todo me era enojoso, cuando le comparaba con aquel hombre poético y apasionado, que había hecho vibrar en mis oídos las primeras notas de esa música misteriosa que se llama amor.

Otros muchos hombres me ofrecieron su corazón; pero yo á ninguno quería escuchar, porque vivía de mis recuerdos.

Supe un día dónde estaba aquel hombre á quien yo amaba tanto, á pesar de su ingratitud, y un deseo insensato de volar á su lado se apode-

ró de mí: durante mucho tiempo, la inocente presencia de mis hijos hizo huir aquellos pensamientos culpables; pero murieron aquéllos, y yo quedé desamparada y entregada á mí misma.

Una voz pérfida gritaba en mi corazón:—Ya eres libre: la mujer debe martirizar su corazón cuando tiene hijos que pueden pedirle cuenta de su honor: si no, es libre.

Era una noche helada de invierno: yo estaba en París: el Carnaval venía á estrellar sus gritos en las pobres ventanas de mi casa; y aquella alegría, aquel goce universal hacían más horrible la lucha de mi deber y de mi corazón: tres años llevaba de padecer, y me parecía que aquellas eran las horas más amargas de mi vida.

Mi marido había salido de casa: su silencio, su tristeza, eran otras tantas mudas recriminaciones que no podía soportar: salí yo también, compré un tósigo y volví al instante: todavía no había vuelto él... eché el arsénico en un vaso de agua y me senté á escribir algunas líneas al hombre que había unido su suerte á la mía, y que me amaba más que nadie en el mundo.

Debo decirte, hija mía, que en tanto escribí, mi mano no tembló ni por un instante, ni en mi corazón sentí el más leve remordimiento: era que nadie me había hablado jamás ni de Dios ni del cielo; era que me había criado sin madre, y que mi padre, perteneciente á una secta alemana, más filosófica que verdaderamente religiosa, no había

pensado jamás en hacerme comprender las verdades eternas, que él tampoco comprendía ni admiraba.

Luego me he convencido, hija mía, de que la religión es la luz divina y consoladora que ilumina siempre las tinieblas del dolor y nos muestra un más allá detrás de las penas de la vida; después he creído y he esperado en Dios; pero yo no he tenido como tú, hija mía, una madre tierna y cristiana que me mostrase el cielo, y hace diez y siete años que perdí á un esposo honrado á quien veía orar, á quien veía pedir á Dios por mi dicha y por la suya propia; sólo la desgracia ha puesto ante mis ojos las santas verdades y la buena senda; pero ¡cuánto, cuánto he sufrido hasta encontrarla! ¡cuán duro, cuán amargo, es ir con los ojos del alma vendados por las ásperas sendas de la vida! ¡Ah Carolina! tú debes rendir mil gracias á ese Dios todo misericordia y bondad, que te ha dado por guía y por apoyo un buen esposo, único mentor de la mujer cristiana!

Detúvose aquí la bella incógnita: sus ojos, humedecidos de lágrimas, pintaban un hondo dolor: uno de esos dolores silenciosos arrancados del alma, y que se exhalan, fundidos en llanto, cuando la mano invisible de los recuerdos los agita y remueve en el sitio en que se han ocultado durante mucho tiempo.

Carolina la escuchaba, y la calma iba volviendo á su corazón, reanimado con el calor y la

verdad de la palabra que lenta y dulce se escapaba de los labios de aquella mujer.

Esta continuó de esta manera:

—En la carta que escribí á mi marido, le decía que estaba cerca de la deshonor; que á pesar de todos mis esfuerzos, de todos los argumentos de mi razón, no había podido amarle; y que para no faltarle y faltarme á mí misma, había resuelto poner fin á mi triste vida.

Sólo la absoluta carencia de fe religiosa podía hacer comprender aquella carta cruel: después de escrita, bebí el tósigo, y me acosté para morir.

Sin embargo, Dios conservó mi vida, acaso para que, viviendo, pudiera abrir mis ojos á la luz: ya era de día cuando recobré los sentidos, y me hallé en una casa misera y triste: era la de una pobre joven vecina mía y bordadora de profesión: á mi lado había un médico que, así que abrí los ojos, me hizo beber el contenido de un vaso, diciéndome palabras dulces y llenas de esperaza: yo obedecí maquinalmente: mis sienes latían, mi cabeza estaba desvanecida, y había perdido el recuerdo de lo pasado.

Por espacio de muchos días permanecí en un estado completo de idiotismo: casi pasaron dos meses hasta el día en que volvió á despuntar en mi cerebro la luz de la razón: entonces supe que aquella caritativa muchacha, tan pobre que vivía del trabajo, había reclamado como un favor que le permitieran cuidarme, y que sólo con

el producto de su labor y algunos ahorrillos que tenía, había atendido á todos los gastos que yo había ocasionado.

—¿Quién ha podido inducirte á tan sublime obra de misericordia, mi querida Evelina? le pregunté yo un día estrechando sus manos y llorando sobre ellas.

—Dios, me respondió sencillamente: Dios, que nos manda consolar y ayudar á nuestros hermanos.

—¡Pero tú eres muy pobre!

—Es verdad, señora; pero V. lo era mucho más que yo: esto no importa, sin embargo, porque Dios no deja nunca perecer á los que le aman.

Aquellas sencillas frases me dejaron muy pensativa. ¡Dios! ¡palabra grande, dulce, consoladora, que encierra tanto bien! Mi corazón se abría para recibir el rocío bendito de la primera palabra religiosa que sonaba en mi oído, como se abre la árida tierra para recibir la lluvia bienhechora que le envía el cielo.

Poco, muy poco tardó mi pensamiento en volverse hacia mi marido, y pregunté por él á mi angelical huéspeda.

—¡Ay, señora! me respondió; ha salido de París.

—¿Y á dónde ha ido? ¡Dios mío! ¡yo quiero verle! ¡quiero pedirle perdón de mi ingratitud!

—¡Es imposible, señora; nadie sabe adónde

está! Dios querrá castigar á V. durante algún tiempo por el delito de haberse querido dar la muerte.

—¡El delito! ¿es acaso delito querer morir, siendo tan infeliz como yo la era?

—¿Pues quién lo duda, señora? Dios nos da la vida, y Dios solo tiene el derecho de volver á tomarla.

—¡Pero yo era tan desdichada!...

—Hay muchos infelices, señora; pero nadie tiene el derecho de matarse. Dios ha dicho: *los que lloran serán consolados*.

—¿Dónde?

—Allá en el cielo: si no fuera por la esperanza del cielo, ¿qué sería de los que sufrimos acá abajo?

—¿Tú has sufrido?

—Mucho, señora: tenía un novio á quien quería con toda mi alma, y se murió... yo estuve también para morir de pena; pero Dios no quiso, y espero verle allá arriba.

Las palabras de aquella muchacha me hicieron pensar en el dolor que yo había causado á mi marido; porque sola en el mundo como me hallaba entonces, aislada y sin familia, ansiaba una afección que me uniese á la vida, y me parecía que empezaba á amar con toda mi alma al que Dios me había dado por compañero.

No bien pude salir, corrí todo París en su busca: pregunté, indagué; todo fué en vano: lo

más que pude saber, era que había dejado la capital de Francia, pero nadie sabía dónde había ido.

Ansiando, por una parte, encontrarle, y por otra, huir de la vista de los hombres que, validos de nuestra pobreza y desgracia, nos habían perseguido, quise yo también salir de Francia: mi marido era español, y pensé que habría vuelto á su patria. Evelina, al saber mi resolución, quiso seguirme: pero ¿cómo vivir? yo era muy pobre y ella también: el generoso médico que me había asistido, me facilitó la cantidad necesaria para llegar á Madrid, y, ya allí, me anuncié como maestra de música: hallé con qué vivir y con qué pagar á mi compañera sus desvelos y cuidados; pero en vano busqué á mi esposo: todo lo que pude alcanzar fué que me dijese que la persona cuyas señas daba había salido para América.

Ya no titubeé un instante: lejos de mi marido, y pudiéndole comparar con los demás hombres que sin cesar me asediaban, comprendía cuánto debiera haber valido Luciano para mí; Luciano, artista de elevado talento, de alma noble y maneras distinguidas; Luciano, que tanto me amaba y á quien yo no había sabido amar en tanto que había sido honrada con el nombre de compañera suya.

¡Oh Carolinal! cuánto se sufre con el recuerdo del bien perdido por la propia culpa! ese es uno de los males que no tienen consuelo en la tierra.

Llegué á América, y la recorrí con incansable afán, pero también inútilmente: ninguna noticia pude hallar de mi esposo.

¿Qué más podré decir? He recorrido en vano la Inglaterra, la Alemania, y la España dos veces: en ninguna parte he podido encontrar á Luciano: he llegado á persuadirme de que ha muerto, y quebrantada mi salud, devorada por la pena, he venido á habitar esta aldea, que está muy cerca de Madrid. Hay días en que aun conservo una vaga esperanza de hallar á Luciano; á Luciano, á quien tanto ofendí y que tanto me quería! En uno de esos días fué cuando pensé fijarme aquí, porque, cerca de Madrid, quizá podré tener noticia suya, si es que existe!

La narración de aquella mujer fué interrumpida por el rumor de algunos pasos: el sol se filtraba por entre los árboles, y bien pronto dibujó dos largas sombras en las enarenadas calles del jardín.

A poco las sombras dieron lugar á dos figuras: dos hombres desembocaron á un tiempo en la calle de alisos.

Al rumor de sus pisadas, la dama que se había nombrado Aurelia levantó la cabeza; palideció, y luego se puso de pié de un salto, y gritó con voz ahogada por la emoción:

—¡Luciano!

Los dos hombres volvieron la cabeza; estre-meciéronse á su vez, y los dos exclamaron:

—¡Wilna!

Pero de los dos, uno solo corrió hacia aquella mujer: era el pintor, que viéndola próxima á desmayarse, la sostuvo entre sus brazos.

El otro se dejó caer de rodillas y murmuró con voz baja y confundida:

—¡Perdón!

—¡Soy tan dichoso hoy, que no puedo persistir en la idea de matar á V., Marqués! respondió Luciano; Wilna vive... y yo bendigo la mano de Dios que me la devuelve y conserva la mía limpia de toda culpa!

Chatereau se inclinó estrechando la mano de Luciano, y tomó silenciosamente una de las calles que conducían al palacio.

Carolina tomó también en silencio el camino del cercado y volvió á la casa conyugal.

Iba pálida, y se hallaba tan débil, que apenas podía dar un paso; pero iba curada de la fiebre que durante algunas horas había devorado su corazón.

Los dos esposos quedaron abrazados bajo la sombra protectora del gran tilo.

¿Qué se dirían?

No pretendamos descifrar esos enigmas del corazón, que sólo es dado penetrar á la mirada augusta de Dios: dos horas después, aun permanecían sentados bajo el árbol, con las manos enlazadas y los ojos brillantes de felicidad.

CAPÍTULO XIII

El despertar.

Carolina llegó á su casa y entró en el cuarto de su marido.

Aun dormía Bernardo: la joven esperó pacientemente á que se despertara, contemplando su noble fisonomía.

Aquellos grandes ojos cerrados, aquella elevada y espaciosa frente, respiraban una paz profunda, si bien llevaban el sello de un terrible padecimiento moral.

Carolina le contemplaba con una especie de conmiseración profunda y de tierna gratitud: se sentía dichosa al pensar en que tenía el poder de hacer feliz á su marido, y el deber de conseguirlo.

Durante el tiempo que permaneció allí, Carolina repasó en su memoria todos los beneficios, todas las pruebas de amor que debía á Bernardo, y á las cuales había siempre correspondido con la ingratitud y la indiferencia.

Comparó su amor, tan noble, tan generoso,

—¡Wilna!

Pero de los dos, uno solo corrió hacia aquella mujer: era el pintor, que viéndola próxima á desmayarse, la sostuvo entre sus brazos.

El otro se dejó caer de rodillas y murmuró con voz baja y confundida:

—¡Perdón!

—¡Soy tan dichoso hoy, que no puedo persistir en la idea de matar á V., Marqués! respondió Luciano; Wilna vive... y yo bendigo la mano de Dios que me la devuelve y conserva la mía limpia de toda culpa!

Chatereau se inclinó estrechando la mano de Luciano, y tomó silenciosamente una de las calles que conducían al palacio.

Carolina tomó también en silencio el camino del cercado y volvió á la casa conyugal.

Iba pálida, y se hallaba tan débil, que apenas podía dar un paso; pero iba curada de la fiebre que durante algunas horas había devorado su corazón.

Los dos esposos quedaron abrazados bajo la sombra protectora del gran tilo.

¿Qué se dirían?

No pretendamos descifrar esos enigmas del corazón, que sólo es dado penetrar á la mirada augusta de Dios: dos horas después, aun permanecían sentados bajo el árbol, con las manos enlazadas y los ojos brillantes de felicidad.

CAPÍTULO XIII

El despertar.

Carolina llegó á su casa y entró en el cuarto de su marido.

Aun dormía Bernardo: la joven esperó pacientemente á que se despertara, contemplando su noble fisonomía.

Aquellos grandes ojos cerrados, aquella elevada y espaciosa frente, respiraban una paz profunda, si bien llevaban el sello de un terrible padecimiento moral.

Carolina le contemplaba con una especie de conmiseración profunda y de tierna gratitud: se sentía dichosa al pensar en que tenía el poder de hacer feliz á su marido, y el deber de conseguirlo.

Durante el tiempo que permaneció allí, Carolina repasó en su memoria todos los beneficios, todas las pruebas de amor que debía á Bernardo, y á las cuales había siempre correspondido con la ingratitud y la indiferencia.

Comparó su amor, tan noble, tan generoso,

tan fuerte, tan sufrido, por decirlo así, con las osadas galanterías del Conde; y al acordarse de su cita en el jardín, á la que había ella acudido pálida, temblorosa y llena de remordimientos, y en la que él la había abandonado por acudir á la voz de su prima, el rubor subía á la frente de la joven, y se preguntaba si no era mucho más digno para ella ser la esposa del honrado Bernardo que la dama del altivo y orgulloso Conde de Montilla.

Ocupada estaba en estas reflexiones, cuando abrió los ojos Bernardo: casi al mismo tiempo se abrieron también sus labios, dejando escapar el nombre de Carolina; y aun entre las nieblas de su sueño quiso arrojarle de su lecho para correr junto al de su esposa.

Una mano suave le detuvo: volvióse y vió á su querida enferma al lado suyo.

—¡Tú aquí! exclamó, después de pasar la mano por sus ojos para convencerse de que no soñaba.

—Sí, yo soy, respondió Carolina: me hallaba mejor, y he querido que me encontraras junto á tí al despertar: desde hoy, Bernardo mío, viviremos más unidos, porque la casada joven que se aparta por su voluntad de la intimidad con su marido, la que deja la dulce confianza del matrimonio por un romántico apartamiento, es como la débil caña que crece á orillas del lago, sola y sin apoyo: los vientos la agitan en todas direcciones, se doblega á sus caprichos y acaba por ser destrozada por su furia.

Mientras que así hablaba Carolina, brillaban sus ojos como dos estrellas, y sus mejillas se hallaban cubiertas de un vivo sonrosado; pero ya no era el de la fiebre, sino el producido por el entusiasmo generoso de la virtud: cuando tenemos la conciencia de nuestro deber, todos los males del cuerpo se purifican en el crisol del sacrificio y de la propia dignidad.

Bernardo escuchó por algunos instantes, como arrobado, á su mujer; pero luego una densa sombra vistió su noble frente; contrajéronse sus cejas y preguntó:

—¡Qué! ¿te habrá insultado con una declaración atrevida alguno de esos señores? ¿acaso ese joven que se adelantó contigo esta mañana?...

—No, respondió Carolina, alzando los ojos al cielo como para pedirle perdón de aquella prudente mentira: nadie se ha atrevido á tu esposa, Bernardo: ¿no crees valer bastante para que ella te ame, para que salgas victorioso de las comparaciones que estos días haya podido hacer su vanidad?

—Carolina, repuso el joven gravemente; yo sé que no puedo competir en galantería ni en elegancia con todos esos jóvenes y hermosos señores que sin duda admiran tus gracias: mi educación ha sido honrada, cristiana y laboriosa, pero ruda: nada sé, más que amarte y trabajar: ellos saben decir palabras dulces que yo no he oído jamás; pero créeme: el amante más rendido

y más consecuente no vale tanto como un marido honrado: es un lazo que Dios forma y que Dios conserva: es la protección legítima, santa, que la Iglesia ordena y santifica; en tanto que el amor que esos señores ofrecen es el oprobio, la vergüenza, y degenera en el desprecio para la que lo inspiró.

Carolina bajó los ojos confundida; pero la puerta que se abrió le evitó responder; volvió la cabeza, y vió en el umbral la venerable figura de la madre de su esposo.

La señora Damiana no se atrevía á entrar: era tanto lo que la sobrecogía la superioridad de Carolina y su desdeñoso gesto; era tanto lo que respetaba el amor ciego, exclusivo, que su hijo le profesaba, que hubiera dado un mes de vida por no haber llegado á interrumpirlos.

Empero, en aquella ocasión, fué Carolina quien se adelantó hacia ella.

—He venido, hija mía, á decirte, balbuceó la anciana, que tienes aquí una carta, así, de convite, para ir hoy á comer con los señores del palacio.

—Gracias, madre mía, gracias, respondió la joven tomando la esquila: irémos allá Bernardo y yo.

—¡Cómo! exclamó éste atónito; ¡si á mí no me convidan!...

—En ese caso, no irémos ninguno de los dos: á donde no se cuenta con mi esposo, no debo yo asistir.

Y echando los brazos al cuello de la buena anciana, que la miraba atónita, añadió:

—Desde hoy, madre mía, viviremos en familia; te ayudaré, y también á la tía Bautista, á todas las haciendas de la casa; sólo saldré con Bernardo, y procuraré merecer que me perdonéis todo lo que os he hecho sufrir.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que oigo? exclamó la anciana, cuyas mejillas se bañaron súbitamente de lágrimas: ¿será verdad lo que dices, hija mía? ¿me llamarás siempre tu madre? ¿nos amarás un poco á tu padre y á mí? ¿estarás contenta siempre con Bernardo?

—Siempre, siempre: ¿no es él el mejor de los hombres?

—¿Comerás con nosotros?

—Todos los días.

—¿Pasarás la velada con nosotros?

—Sin falta ninguna.

—¡Ah! ¡Casiano! ¡Casiano! exclamó la señora Damiana corriendo hacia la puerta: ¡vén, vén; mira lo que dice Carolina, nuestra hija, nuestra Carolina!

—¿Qué ocurre, mujer? preguntó el padre de Bernardo apareciendo en la puerta.

—¡Que Carolina nos quiere ya, que comerá á nuestra mesa, que vivirá á nuestro lado!

—Dios se lo premiará en el cielo, porque nos hará muy felices, dijo el anciano con grave y dulce acento.

—¡Ah padre mío! exclamó la joven abrazándole á su vez: tú que eres tan bueno, ruega al cielo que no me castigue por haber sido durante tanto tiempo bastante ingrata para desconocer á vosotros tres, que me queréis tanto!



CAPÍTULO XIV

Felicidad.

La comida preparada en el palacio para que diera principio á las cuatro de la tarde, y como de despedida, era magnífica; el Conde de Montilla, en cumplimiento de los deseos de su prima Lucrecia, había persuadido á su tía, y á todos los convidados, de que debían salir para Madrid al día siguiente.

Lucrecia, con su aire de reina, con su magnífica belleza, con su alta cuna, y sobre todo con su opulenta dote, ejercía en el ánimo de su primo una influencia irresistible: los devaneos de Francisco eran sólo ilusiones de sus sentidos: su corazón y su cabeza se hallaban acordes para no desperdiciar tan rico enlace y en el que tan halagada se veía su vanidad.

En aquella comida había además otro oculto fin: el de satisfacer el celoso despecho de Lucrecia y su venganza sobre Carolina: por lo tanto, se había invitado á aquella comida á los esposos Villena y á sus hijos; pero sólo Hortensia debía

—¡Ah padre mío! exclamó la joven abrazándole á su vez: tú que eres tan bueno, ruega al cielo que no me castigue por haber sido durante tanto tiempo bastante ingrata para desconocer á vosotros tres, que me queréis tanto!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

CAPÍTULO XIV

Felicidad.

La comida preparada en el palacio para que diera principio á las cuatro de la tarde, y como de despedida, era magnífica; el Conde de Montilla, en cumplimiento de los deseos de su prima Lucrecia, había persuadido á su tía, y á todos los convidados, de que debían salir para Madrid al día siguiente.

Lucrecia, con su aire de reina, con su magnífica belleza, con su alta cuna, y sobre todo con su opulenta dote, ejercía en el ánimo de su primo una influencia irresistible: los devaneos de Francisco eran sólo ilusiones de sus sentidos: su corazón y su cabeza se hallaban acordes para no desperdiciar tan rico enlace y en el que tan halagada se veía su vanidad.

En aquella comida había además otro oculto fin: el de satisfacer el celoso despecho de Lucrecia y su venganza sobre Carolina: por lo tanto, se había invitado á aquella comida á los esposos Villena y á sus hijos; pero sólo Hortensia debía

asistir con sus padres, pues los dos muchachos eran hasta tal punto montaraces, que no se podía contar con ellos.

Pero, con gran sorpresa de los dos primos y prometidos esposos, y á eso de la una de la tarde, se recibió un billete de Carolina excusándose de asistir al convite, y casi al mismo tiempo llegó otro del pintor Vargas, en el cual decía que un acontecimiento inesperado, y para él muy dichoso, le obligaba á salir aquel mismo día del palacio, aunque llevaba la grata esperanza de verles en Madrid dentro de muy breve tiempo.

Estos dos billetes alteraron un poco el buen humor del Conde y de su prima: sobre todo Lucrecia se hallaba inconsolable, porque sin saber cómo ni por qué, se le escapaba su venganza, aquella venganza que tanto había deseado.

Dejémosla consolarse con los preparativos de marcha, á los cuales debían seguir los de su próximo enlace, y bajemos al jardín, en el cual, y esperando la hora de comer, estaba Villena divirtiéndose con sus groserías de cuartel á algunos de los huéspedes.

Bajo el gran tilo, y á la fresca sombra que su anchurosa copa proyectaba, se hallaban sentadas cuatro personas. Vargas, esposa, Carolina y su marido, que aquel día, accediendo á los ruegos de su mujer, no había ido al trabajo.

—A Dios gracias, mi querida niña, ya eres dichosa, dijo Wilna, tomando la mano de la jo-

ven: yo también lo soy, pues he hallado á mi Luciano, á este Luciano á quien con tanto afán he buscado por espacio de diez y siete años, y el cual á su vez me ha buscado también por todas partes.

—¡Es posible! exclamó Carolina.

—¡Sí, hija mía! Dios quería castigarme haciéndome pasar tan largo espacio de soledad y abandono, para que comprendiese cuánto había perdido por mi culpa: los mismos países hemos recorrido; las mismas pesquisas hemos practicado, y sin embargo, hasta hoy no hemos podido hallarnos.

La voz bronca de Villena interrumpió el dulce acento de la alemana, apostrofando duramente á su mujer.

Berta pasaba silenciosa y triste, según su costumbre, por el sitio en que se hallaba Villena haciendo reír á sus oyentes.

—¿Qué haces aquí? gritó aquél con aspereza; ¿no te mandé que fueras á ver por qué no quería venir Carolina?

—Amigo mío, perdona, repuso Berta con dulzura: está enferma.

—¡Enferma, enferma! ¡tendrá las enfermedades tuyas! ¡Está bueno que se haya atrevido á negarse, cuando estos señores le han hecho el favor de invitarla!

Sin duda alguna que Berta no respondió, porque su marido siguió hablando con sus com-

pañeros de paseo, y se le oyó decir con tono brusco é irritado:

—¡Yo debiera haberme ahorcado antes de casarme con esta mujer!

—Es V. muy descontentadizo, caballero, dijo uno; la señora me parece muy distinguida, y habrá sido muy bella.

—¡Distinguida! repitió con amargura el ex-teniente; ¿y para qué me sirve á mí la distinción? ¡Uf! ¡lo que me sucede es que se me indigesta!

Desde las primeras palabras que había articulado Villena, la esposa de Luciano se había estremecido: levantóse ansiosa y miró á través del ramaje de los árboles durante algunos instantes.

Luego se volvió y tomó á Carolina de la mano; una sonrisa tristísima entreabría sus labios: hizo acercar á la joven al sitio por donde ella había estado mirando y le dijo:

—¡Mira! ¡ese es el hombre de quien te hablé, y por quien yo fui ingrata y cruel con Luciano!

—¡Cielos! ¡qué veo! exclamó Carolina; ¡mi padre!

—¡Sí! ¡tu padre! ¡tu padre era el hombre con quien yo soñé tanto tiempo! ¡el hombre por quien olvidé á mi marido, á mis hijos, al mundo entero! ¡tu padre es el hombre con quien yo me hubiera casado, á no ser porque la mano de Dios me apartó del precipicio! Pero es tu padre, y no soy yo quien debe repetirte los odiosos defectos de un hombre á quien debes respetar: sólo debo acon-

sejarte que digas cada noche mirando á tu marido:

—¡Bendito sea Dios! ¡bendito mil veces por la dicha que me ha dado!

Carolina contempló á Bernardo; unió sus manos y elevó los ojos al cielo, murmurando una oración.

—Adiós, Carolina, prosiguió Wilna, besando á la joven en la frente: vuelvo á la humilde casita que alquilé en este pueblo; pero vuelvo á ella con mi marido; con el único apoyo que Dios concede y permite á la mujer honrada: vén tú á verme á ella en tanto que llega el día que debo volverme á Madrid con Luciano: yo te enseñaré que de toda la gloria, de todos los renombres que puede conseguir la mujer, es el más bello y verdadero el que le alcanzan las modestas virtudes que derraman en el hogar doméstico el santo perfume de la paz, de la alegría y de la felicidad. No olvides que á la sombra de ese tilo recibiste una dura y provechosa lección; y cuando tu hermosura, tu talento, tus gracias, en fin, te conquisten esos pérfidos homenajes que sólo sirven para alterar la paz del alma y para despertar en ella culpables ambiciones, vénte aquí bajo esta sombra protectora, recuerda el desengaño sufrido, y adquirirás fortaleza para combatir, oyendo la augusta voz de tu razón, la voz desapacible de tu padre y los tristes suspiros de tu madre, que, para desgracia suya, me fué preferida.

Wilna, así que hubo pronunciado estas pa-

labras, tomó el brazo de su esposo y salió del jardín al campo, perdiéndose ambos bien pronto á lo largo del cercado que llevaba á las calles de la aldea.

—¿Quieres excusarte con esa anciana señora que te ha convidado? preguntó Bernardo á su esposa; no me parece justo; vé, que yo te esperaré aquí.

—No, respondió Carolina; nada tengo que ver con esas gentes: vamos á casa, á nuestra casa, Bernardo; cenaremos en familia, y luego yo bordaré y tú leerás la vida del santo en voz alta, en tanto que nuestro padre fuma su tabaco negro y nuestra madre trabaja en su calceta: yo necesito reposo y felicidad para nuestro hijo.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que estoy escuchando? exclamó Bernardo abriendo los brazos á su mujer; ¿será posible?...

—Soy madre, respondió Carolina: hoy he adquirido la certidumbre de esa felicidad: vamos á nuestra casa á ser dichosos y á prepararnos para educar en la virtud al hijo que Dios nos envía!

FIN DE LA NOVELA.

ÍNDICE

de las materias que contiene este tomo.

	Páginas.
PRÓLOGO.....	7
CAPÍTULO I. Un filósofo por fuerza.....	37
II. Carolina.....	49
III. Comentarios.....	61
IV. Donde el lector hallará á un antiguo conocido.....	69
V. Escenas de la vida íntima.....	81
VI. La incógnita.....	91
VII. La cacería.....	105
VIII. Seducción.....	115
IX. Veneno entre flores.....	123
X. El café.....	131
XI. La cita.....	143
XII. A la sombra de un tilo.....	155
XIII. El despertar.....	165
XIV. Felicidad.....	171

FIN DEL ÍNDICE.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY

SOFIA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1825 MONTERREY, MEXICO



SOFÍA

No se puede huir cobardemente del dolor, cuando éste llama á nuestra puerta; cuando nos rebelamos ante la voluntad divina, nuestra cruz se hace mucho más pesada; suframos en la ocasión, para no sufrir después doblemente, y digamos con humildad de corazón:—¡Padre mío, hágase siempre y en todo vuestra voluntad!

LA CONDESA DE VALFLORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

I

En una de las calles más solitarias de Burdeos, situada no lejos de su magnífico muelle, había, hacia el año de 1785, una casa de elegante apariencia: se conocía desde luego que tenía grandes condiciones de comodidad, y se componía de tres pisos.

Era la primera de la calle de San Nicolás, que hacía entonces esquina al Jardín de Plantas: esta calle, solitaria como ya queda dicho, no se hallaba extraviada, y la ocupaban casi en su totalidad comerciantes y armadores de la rica é industrial ciudad de Burdeos, tan alegre, tan laboriosa y tan bella.

Yo he pasado algunos días en aquella feliz población, y ninguna he visto que haya encantado más mis ojos y mi imaginación. Paris es ciertamente más brillante y más bullicioso: Londres, más grandioso y más soberbio; pero el mar azul de Burdeos, su cielo rico de luz, su radioso sol, su campiña fresca, perfumada, exuberante de verdor y de flores, sus parques llenos de niños, no tienen comparación con nada en el mundo.

Pasando de la naturaleza al arte y á la industria, y de lo que encanta los ojos y el alma á lo

que maravilla á la razón, no es posible ver sin admirarlos los milagros de la inteligencia, que allí habita como en su propia morada.

Aquel muelle, en el que se balancean sobre su lago azul un ejército de buques que ostentan á los dorados rayos del sol las enseñas de todas las naciones; aquella actividad con que se cargan y descargan los buques mercantes; el sonido del cañón, que señala en el puerto la entrada y salida de las embarcaciones; los armadores con sus familias esperando sus buques; los adioses, las despedidas, las bienllegadas, y mezclado con todos estos gritos del alma el vivificante rumor de la actividad humana; la mecánica obediencia de los marineros y cargadores, las voces de mando de los capitanes del puerto, las preguntas de los curiosos y los cantos de las niñeras que pasean los niños, hacen de aquel lugar un espectáculo que acaso no tenga igual en ninguna otra parte.

Enfrente del puerto se extiende el inmenso parque, plantado de árboles seculares, donde las jóvenes madres se sientan con su libro ó su bordado; de vez en cuando alzan los ojos y contemplan á sus hijos, que ríen en los brazos de sus niñeras y nodrizas, sin cuidarse de aquel inmenso hormiguero humano, en el que acaso también se mezclarán algún día.

En la parte interior de la ciudad, los edificios son admirables, y el comercio tan floreciente, brillante y animado como en París.

La casa que antes he nombrado no tenía un aspecto espléndido, pero sí agradable y decente: comprenliase á primera vista que dentro de ella moraban dos cosas muy difíciles de unir: la inteligencia y la felicidad.

Todo anunciaba allí un bienestar tranquilo, decoroso y exento de fatigas: en el piso bajo se veía á través de las muchas ventanas abiertas, un salón espacioso y cómodo, amueblado con damasco violeta y madera de encina, un *budoir* vestido de raso verde y muselina blanca, y un comedor grande y guarnecido de muebles cómodos y sencillos.

En el piso principal se veía la actividad ordenada é igual de un despacho de comercio en una escala elevada.

El piso segundo y último estaba indudablemente dedicado á las habitaciones de los criados y á las faenas domésticas.

Algún extranjero había preguntado al pasar por aquella casa:

—¿Quién vive aquí?

Y siempre la respuesta había sido la misma:

—Una familia muy dichosa.

¿Qué individuos componían esta familia? Vamos á verlo, mis amadas lectoras.

Una dulce y embalsamada tarde de primavera del año á que ya me he referido, es decir, del año de 1784, los elegantes paseantes que se dirigían al Jardín de Plantas podrían ver á todos los habitantes de la casa sentados á la mesa, á poco que

hubieran mirado por la ventana del extremo de la izquierda, la más inmediata á aquel paseo.

Ocupaba el sitio principal un hombre de aspecto noble, y vestido con esmero: su rostro, un tanto flaco, tenía esa palidez, fruto de los graves cuidados de la vida, de cálculos penosos y de trabajos intelectuales apenas interrumpidos por cortas horas de descanso.

Sin embargo, la ancha frente de aquel hombre revelaba, á pesar de su palidez, una serenidad profunda: una dicha tranquila moraba en el fondo de sus ojos oscuros, cuya mirada algún tanto altanera, acaso contraída en la costumbre del mando, estaba templada por una bella sonrisa que enseñaba una blanca y perfecta dentadura.

Su nariz, larga y un tanto arqueada, daba á la fisonomía de aquel personaje un gran carácter de nobleza y de severidad.

Su traje era exactamente el que convenia á una persona de su edad, elegante sin pretensiones, y rico pero con sencillez; se componia de un pantalón de un color medio, completamente ajustado á la moda de la época; de una levita á la inglesa, negra, y de un chaleco blanco que con su exquisita camisa de batista, sin chorrera ni joyas, constituían la principal elegancia de su equipo.

Una corbata negra, pasando por debajo del alto cuello de la camisa, anudaba sus pliegues de raso bajo la presión de una sola perla de un tamaño y una pureza admirables.

A su derecha se hallaba sentada una mujer encantadora: nunca el alma inmortal se ha revelado mejor bajo un cuerpo ligero y elegante, ni se ha asomado á unos ojos más puros y más hermosos que á los de aquella maravillosa criatura.

Conocíase, á pesar de estar sentada, que su estatura llegaba apenas á esa graciosa medianía, término entre las tallas elevadas y las muy pequeñas; era delgada sin flacura, esbelta y torneada con exquisita perfección; su cara, blanca y pura como un camafeo antiguo, estaba dulcemente iluminada por dos ojos que participaban del gris y del azul; una frente noble y abovedada respondía de su superior inteligencia; su boca, un poco triste, era movible, dulce, y quizá la facción más hechicera de su cara; gruesas trenzas de cabellos de un castaño claro se agrupaban en su cabeza, y su frente estaba gurnecida de bucles ligeros que le formaban una especie de aureola de poesía y de belleza.

Llevaba un vestido de seda verde, hecho de talle muy corto y mangas muy huecas, y una pañoleta blanca, resaltando en todos los detalles de su equipo una elegancia exquisita y una gracia natural.

Era la esposa del caballero que ocupaba el sitio principal de la mesa, y su edad no pasaba de los treinta años: aun éstos se le concedían al mirar á una niña sentada enfrente de ella, que se le

asemejaba como el capullo á la rosa, y que ya debía contar doce.

Vista sola aquella dama, apenas se le hubieran concedido veintiseis años.

La niña ocupaba la izquierda de su padre: estaba vestida de blanco; no era tan bella como su madre, aunque no se la podía negar el dictado de bonita; se la veía la primera vez sin que apenas se reparase en ella; pero si se la miraba la segunda, ya ejercía una atracción poderosa; y á la tercera, era imposible separar de ella los ojos y el pensamiento.

Sobre una frente graciosa, y más bien pequeña que ancha, como la de las estatuas griegas, se enortijaba un bosque de cabellos rubios, sedosos y dorados; sus ojos, de un azul oscuro, se abrían bajo dos cejas de seda de un color castaño, lo mismo que sus largas pestañas; cuando se reía, su pequeña boca dejaba ver dos filas de dientecitos pequeños iguales como perlas; tenía la nariz pequeña y ligeramente levantada, y las mejillas redondas y rosadas ostentaban la encantadora lozanía de la infancia.

Conociase bien que aquella niña no sería jamás ni una mujer muy bella ni muy robusta; pero la gracia delicada y pudorosa, la inocencia, la sensibilidad, la dulzura de su bello y noble carácter, parecía residir en ella como una segunda y exquisita naturaleza.

Aquellas tres personas de aspecto tan distinto,

pero tan digno de llamar la atención, eran Mr. Restaud, negociante de Burdeos; Mme. Adela de Blaye, su esposa, y Sofía Restaud, su hija única, amada con pasión por ambos.

Otras dos personas ocupaban la mesa: la señorita Teresa Restand, hermana del jefe de la familia, y Gustavo Blaye, hijo de un hermano de Mme. Restaud.

La Srta. Teresa se hallaba muy próxima á cumplir los cuarenta años de su edad, aunque ella sólo confesaba treinta y dos: los que aseguraban que en aquella casa vivía una familia feliz, debían haber hecho una deplorable excepción en favor de la Srta. Teresa: la vida de esta persona era desdichada, pues la pasaba quejándose de todo y de todos.

Una solterona en una familia feliz, bien unida, y en la que hay individuos que poseen juventud y hermosura, es una mancha negra y una repro-bación viviente de toda expansión y de toda alegría.

Mlle. Restaud, constantemente taciturna y descontenta, rehusaba siempre que podía la ternura y las atenciones de su hermano, de la esposa de éste, y hasta de la niña Sofía, que la amaba con todo su corazón.

La pobre señorita estaba flaca y casi amarilla; la bilis se mezclaba en gran cantidad á la sangre que circulaba por sus venas; dos ojos azules, casi siempre apagados, y que sólo se animaban por la

indignación, no alcanzaban á dar ninguna luz á su rostro seco y apergaminado; sus cabellos negros estaban peinados con pomada y pegados á las sienes; asemejábase su nariz al pico de un papagayo, y sus manos á dos manojos de nervios cubiertos con una superficie de delgada cera.

Empaquetada en su vestido negro de seda con su cuello blanco de muselina y su escofieta ceñida con una cinta color de lila, la Srta. Restaud se asemejaba á primera vista á una de esas buenas ayas inglesas, dulces, pacientes, y que regularmente han conocido ya, cuando se someten á su difícil cargo, todos los dolores del amor y de la maternidad.

Pero en cuanto hablaba la Srta. Teresa, no bien dejaba oír su voz áspera y chillona y su palabra helada é hiriente, ya se conocía que aquella mujer no había sido jamás ni esposa ni madre.

En fin, el quinto y último pesonaje, que ya conocemos con el nombre de Gustavo Blaye, y que se hallaba sentado con la esposa y la hermana del negociante, era un joven de diez y ocho años, gallardo, elegantemente vestido, y de una figura bastante bella, pero que no inspiraba la más leve simpatía.

Había en los negros ojos de aquel joven alguna cosa de amargo, de duro, de inquieto, permanente é incurable: cualquiera hubiera dicho que era hijo de Mlle. Restaud; y sin embargo, ningún parentesco lez unía: tal era la semejanza que entre

ellos reinaba, no en las facciones, sino en la expresión.

De cuando en cuando la solterona y el joven se dirigían una mirada de mutua y venenosa inteligencia.

En aquella mirada había algo de terrible.

—Veo con mucho disgusto, dijo el negociante dirigiéndose á su mujer, que tampoco hoy habéis ido á las carreras de caballos: todo Burdeos ha asistido; ¿qué ha impedido el que fuerais vosotras?

—Sofía tenía empeño en aprender con perfección su lección de gramática, amigo mío, respondió con dulzura Mme. Restaud, y yo no he querido privarla de ese gusto.

—¡Perdón, papá! la culpa ha sido mía, dijo la niña; y tomando la mano de su padre, la besó con ternura.

—El caso es, dijo éste, procurando en vano mantener su gravedad después de esta dulce caricia, el caso es, que no se os ve en ninguna parte: ¿qué dirán de mí? acaso que os tengo encerradas con una tiranía sin ejemplo! ¿pensáis que eso me hace mucho favor?

—Amigo mío, dijo Mme. Restaud, si he de decirte la verdad, ni tu hija ni yo nos divertimos, sabiendo que trabajas sin descanso; que mientras vamos en nuestro carruaje luciendo trajes y sombreros nuevos, tú estás inclinado sobre tus libros, calculando, y acaso ¡ay! padeciendo, al ver pérdidas inesperadas...

Mr. Restaud pasó la mano por su frente al oír estas palabras, y durante un segundo su semblante retrató una emoción tan profunda como dolorosa; pero muy pronto se repuso y formuló una sonrisa.

—¡Qué disparate! dijo; los negocios van bien.

—¡Lo que es á mí, no me engaña! dijo la solterona al oído de Gustavo: ¡los negocios van mal y muy mal!

—Esta noche váis al teatro, prosiguió Mr. Restaud; y no admito réplica.

—¡Edmundo! exclamó Mme. Restaud; yo creí que ya habías dejado el abono, según yo deseaba.

—Pues no lo he dejado.

—¿Y para qué conservarle?

—Para que vayáis.

—Oye, mi querido Edmundo, dijo Adela inclinándose con una gracia encantadora hacia su marido; nosotras estamos mejor en casa; nada hay comparable á las deliciosas horas que pasamos Sofía y yo, un rato leyendo, otro bordando y otro conversando; cuando Teresa y Gustavo nos hacen compañía, entonces la tertulia es completa; pero aun estando solas mi hija y yo, no podemos estar mejor.

—¡Gracias! dijo secamente la solterona.

Adela, sin reparar ó sin querer notar aquella palabra, prosiguió así:

—Tú vienes á las once entre nosotras: el tener preparado el té para esa hora, es otro de nuestros

más dulces cuidados; lo tomamos los tres: tu hija te da cuenta de sus adelantos; toca en el piano su más nueva melodía, para que tú la oigas; hablamos otra hora, y se pasó la noche: ¿tú crees que en el teatro podemos ni Sofía ni yo pasarla mejor? Alguna vez iremos; pero todas las noches, es un verdadero sacrificio: créeme!

—Irémos contigo, cuando tú puedas ir, papá, dijo Sofía.

—Teresa, Gustavo, vosotros podéis aprovechar lo que resta de abono, salvo las noches que á estas caprichosas les ocurra ir, dijo Mr. Restaud, sonriendo al cobijar bajo una tierna mirada á su mujer y á su hija.

—¡Por mi parte, gracias! repitió airada la solterona: no me gusta tanto el teatro, que pueda aprovechar el desdén por él de tu mujer.

—Siempre que voy, te invito á que me acompañes, dijo la esposa del banquero con dulce acento.

—De muy mala gana.

—A la verdad, querida Teresa, que tu compañía no es muy agradable, repuso Mme. Restaud; nada de lo que ves te agrada; constantemente estás molesta y fastidiada, y yo sufro de verte descontenta con todo, y temo que Sofía adquiera la fatal enfermedad del aburrimiento: no obstante, siempre que te invito á salir conmigo, es con la mejor voluntad: cada uno tiene su carácter, y tú eres la primera víctima del tuyo.

Dichas estas palabras con notable calma y dignidad, Mme. Restaud se levantó de la mesa, y todos la imitaron.

—Querido Gustavo, dijo aquélla á su sobrino, haz el favor de mandar que nos sirvan el café en el jardín; pasarémos un rato delicioso, pues van á venir Mr. y Mme. Lemonieau y sus dos hijas: vosotros seréis también de los nuestros, ¿no es verdad?

—Yo no, dijo la solterona: no me siento nada bien: el sollo me pone, siempre que lo como, en un estado deplorable.

—¿Por qué lo comes? preguntó riendo Mr. Restaud, ofreciendo el brazo á su mujer.

—¡Algo se ha de comer! repuso ella con acritud.

—¿Y no habrá otra cosa que sollo?

Adela y su esposo echaron á andar hacia el jardín; Sofía se apoyó con trabajo, á causa de su corta estatura, en el otro brazo de su padre: la solterona los siguió con una mirada envenenada.

II

Como unos quince días después de la escena que queda referida, una elegante silla de posta se detuvo á la puerta de uno de los grandes hoteles de Burdeos, donde la vida se pagaba ya entonces á peso de oro; bajó de la zaga un ayuda de cámara, y después saltó del fondo un joven y elegante caballero que echó hacia atrás el cuello de su sobretodo de entretiempo y dejó ver una figura deliciosa.

Los criados que se hallaban en el patio y en lo alto de la escalera preguntaron:

—¿Quién es?

—Mr. Augusto Cottin, banquero de París.

—¡Apenas tiene treinta años!

—¡Qué deliciosa figura!

—¡Qué interesante rostro!

—¡Qué elegancia!

—¡Un cuarto, el mejor del hotel! gritó el ayuda de cámara; ¡pronto, que el señor espera!

—¿Queréis un departamento completo? preguntó el maestro-sala.

—Sí; ¡pero al instante!

—¡Es que es caro!

Dichas estas palabras con notable calma y dignidad, Mme. Restaud se levantó de la mesa, y todos la imitaron.

—Querido Gustavo, dijo aquélla á su sobrino, haz el favor de mandar que nos sirvan el café en el jardín; pasarémos un rato delicioso, pues van á venir Mr. y Mme. Lemonieau y sus dos hijas: vosotros seréis también de los nuestros, ¿no es verdad?

—Yo no, dijo la solterona: no me siento nada bien: el sollo me pone, siempre que lo como, en un estado deplorable.

—¿Por qué lo comes? preguntó riendo Mr. Restaud, ofreciendo el brazo á su mujer.

—¡Algo se ha de comer! repuso ella con acritud.

—¿Y no habrá otra cosa que sollo?

Adela y su esposo echaron á andar hacia el jardín; Sofía se apoyó con trabajo, á causa de su corta estatura, en el otro brazo de su padre: la solterona los siguió con una mirada envenenada.

II

Como unos quince días después de la escena que queda referida, una elegante silla de posta se detuvo á la puerta de uno de los grandes hoteles de Burdeos, donde la vida se pagaba ya entonces á peso de oro; bajó de la zaga un ayuda de cámara, y después saltó del fondo un joven y elegante caballero que echó hacia atrás el cuello de su sobretodo de entretiempo y dejó ver una figura deliciosa.

Los criados que se hallaban en el patio y en lo alto de la escalera preguntaron:

—¿Quién es?

—Mr. Augusto Cottin, banquero de París.

—¡Apenas tiene treinta años!

—¡Qué deliciosa figura!

—¡Qué interesante rostro!

—¡Qué elegancia!

—¡Un cuarto, el mejor del hotel! gritó el ayuda de cámara; ¡pronto, que el señor espera!

—¿Queréis un departamento completo? preguntó el maestro-sala.

—Sí; ¡pero al instante!

—¡Es que es caro!

—¿Quién pregunta el precio? dijo el viajero; abrid uno, y pronto.

—Señor, dijo respetuosamente el ayuda de cámara, si me hubiérais permitido venir delante, no hubiérais tenido la molestia de esperar.

—Esto es también divertido, mi buen Santiago: no te apures, dijo el viajero: vamos, que ya van á abrir: mientras almuerzo prepararás todo para que yo pueda vestirme, y pedirás un carruaje decente para los dos.

Amo y criado subieron la escalera, seguidos de dos criados que llevaban las maletas.

El departamento se componía de un salón, de un cuarto de dormir y de trabajo, y de un gabinete de tocador, y estaba adornado con ese lujo ostentoso y de mal gusto que es el distintivo de las fondas.

Los dorados y el terciopelo lucían por todas partes su vanidoso aspecto; pero no se veía ni un bronce, ni un cuadro, ni un libro, ni nada de lo que habla á la inteligencia y al corazón.

El joven viajero echó alrededor de sí una mirada de disgusto, empapada de frialdad y de hastio; entró en seguida en el cuarto de tocador, y empezó á disponerse para el almuerzo.

Despojado de su traje de camino, su figura parecía mil veces más encantadora: era alto y esbelto; su talle, sus movimientos, así como todas sus facciones, tenían una elegancia natural é inimitable; su ayuda de cámara le fué dando su tra-

je de mañana, que él se vistió cantando delante del espejo.

Cuando se hubo vestido, bajó al comedor, y un instante después entró uno de los camareros de la fonda.

—¿Sabéis, señor Santiago, si la estancia aquí de vuestro amo va á ser larga? le preguntó.

—¡Hola! respondió el interpelado; ¿cómo es que sabéis mi nombre?

—Os oí nombrar á vuestro amo.

—¿Y para qué queréis saber si vamos á estar aquí mucho tiempo?

—Porque me tienen pedida esta habitación para un señor que tiene que llegar de París.

—Podéis, pues, prometerla para dentro de dos días, sin temor de que falte.

—¡Cómo! ¿tan poco tiempo váis á estar?

—Nada más que dos días, lo que me es muy sensible.

—Mil gracias, por la parte que me toca: tan cierto como que me llamo Juan, que he simpatizado con vos, señor Santiago, y que siento el que os vayáis tan pronto.

—Más lo siento yo: figuráos que en París llevamos la vida más endiablada de mujeres... Allí no hay sosiego para nada; y yo que soy el criado de confianza, sé lo que este empleo cuesta.

—¡También vale, amigo Santiago!

—No mucho, estimado Juan: las mujeres no dan nada.

—Pero vuestro amo os pagará bien.

—No puedo quejarme; mas es tanto el trabajo que me da... Figuráos, que como es tan delicado y caballero, sólo se fía de mí para asuntos de amor, y que yo no puedo acudir á todo!

—¿Tantas amadas tiene?

—Más de las que desea: un banquero de treinta años, con una bella figura, unos modales seductores, una galantería exquisita, una esplendidez que es en París proverbial, unos trenes que le envidian todos, ¿á qué no puede aspirar? Así es que hay Duquesas, Marquesas, Condesas, Baronesas, Vizcondesas, señoras del mundo financiero, artistas de los teatros, y en fin, toda clase de damas que dan que hacer.

—¿Y la favorita?

—¿La favorita? ¡oh! la favorita daría envidia á un Emperador!

—¿Tan linda es?

—Una encantadore niña de diez y seis años, actriz mimada del Odeón, donde declama, y canta cuando su papel lo exige.

—¿Y su nombre?

—Muy curioso sois, amigo Juan; pero nada me importa deciroslo, porque todo París lo sabe: la favorita de mi amo es Mlle. Eva Favart.

—¡Eva Favart! ¿esa famosa niña, tan hermosa, tan inteligente, que dicen tiene vuelto el juicio á todo París?

—La misma.

—¿Y es tan linda como aseguran?

—Juzgad vos: diez y seis años y medio; una estatura más bien alta que baja; delgada, como á su tierna edad conviene; unos ojos negros muy grandes, llenos de dulzura y de pasión: cabellos castaños dorados, que la cubren como un manto de seda, naturalmente rizados; boquita de coral y perlas; nariz griega; tez de nácar y rosa; manos y pies de niña: vestid á esta criatura de terciopelo y diamantes, y tendréis una idea, aun muy pálida, de Eva Favart.

—¡Pero esa niña costará á vuestro amo enormemente cara!

—Le ha gastado un millón en cinco meses.

—¿Y ella le ama?

—Con locura: es su primer amor.

—¿Con quién vive la señorita Eva?

—Sola, en un palacio encantador y rodeada de diez criados que paga mi amo.

—¿Os trae á Burdeos algún negocio?

—Sí; un negocio que tiene con un tal Mr. Restaud, comerciante.

—¡Hum! hizo Juan: tal vez no saldrá muy bien vuestro amo.

—¿Es un mal sujeto ese Mr. Restaud?

—¡Mal sujeto él! ¡Oh, no! es la misma probidad, y toda la ciudad le ama y le estima; pero dicen que desde hace poco tiempo van muy mal sus negocios y que ha tenido grandes pérdidas; sin embargo, si debe, pagará, aunque se quede arruinado.

Juan se interrumpió y se asomó á la ventana; á la puerta del hotel se había detenido el brioso trote de una silla de posta: el criado vió, inclinándose hacia fuera, parte de una falda de mujer y una mano pequeña y delgada cubierta con un guante exquisito.

—¡Eh! ¡entrad en el patio! gritó una voz fina y dulce, pero con acento imperativo; ¡no quiero bajar aquí!

—¡Santo Dios! ¡qué voz es esta! exclamó Santiago atónito.

—¿La habéis reconocido?

—¡Ya lo creo! ¡es la de Mlle. Eva Favart!

—¿Y á qué habrá venido?

—¡Claro está! ¡detrás de mi amo!

—¿Pero y su contrata?

—¡Buen cuidado le dará á ella!

Mientras departían los dos sirvientes, la silla de posta había entrado, en efecto, en el patio del hotel, y una joven saltó al suelo ligeramente y sin tocar al estribo.

Todos los huéspedes que se habían asomado á las ventanas para ver al nuevo viajero, dejaron escapar un grito de admiración al mirar la gentil figura que salió del coche: habían visto una estatura elegante, un traje de camino de cachemira oriental, de un gusto y un valor admirables, y bajo un sombrerito de castor gris, adornado de una larga pluma blanca, un rostro de ángel y una cascada de rizos sedosos y de un hermoso color castaño claro.

Una doncella acudió á ponerse á las órdenes de la viajera, y subió tras ella, tomando su capa y su bolsa de camino de marroquí verde con cerradura y borlas de plata.

—Avisad á Mr. Augusto Cottin, de París, que debe haber llegado hace dos horas, que ha llegado también la señorita Eva Favart, dijo la joven á la doncella.

En tanto que iban á cumplir esta orden, Eva se quitó el sombrero y sacudió su rizada cabeza, como una gatita que se acaba de levantar del sol.

Dió una vuelta por la estancia, que era un gabinete tapizado de damasco amarillo; se asomó á la ventana que daba á la calle; se rió en las narices de un vecino grueso y calvo que la miraba, y después se puso á pasear, ensayando un trino que debía valerle muchos aplausos, cuando dejase oírle en el escenario.

La puerta se abrió de repente, y una voz bien conocida y bien amada exclamó:

—¡Eva! ¡tú aquí!

—Yo aquí, respondió la Srta. Favart, echándose en los brazos que se le abrían.

—¿A qué has venido? preguntó Augusto.

—A verte; no podía vivir sin tí; no podía estudiar, ni comer, ni dormir; y como me faltan aún seis días para estar al corriente del nuevo papel que me han dado, me he venido contigo.

—Sea en buen hora, dijo riendo Mr. Cottin: sólo estaré aquí dos días, y llegaremos antes que tú

hagas falta; y ahora, querida mía, me permitirás que me vista y salga á mis negocios.

—Iré contigo, dijo la actriz: aquí sola me aburriré, y además he venido para no separarme de tí.

—Pero, Eva mía, objetó Augusto, ¿quieres venir tú á hablar de pagos y de vencimientos de letras? ¿no ves que esto es imposible? ¡Voy á tratar asuntos financieros, que son cosas muy formales!

—Me quedaré en el coche y allí te esperaré.

—¡Imposible, niña mía, imposible! podría verte alguna persona de la casa, y esto perjudicaría mucho á la gravedad de mi carácter y de mis negocios.

—¡Ah! ¡ya comprendo! exclamo Eva irritada y dando en el suelo con su lindo pié: ese comerciante tendrá hijas jóvenes y bonitas.

—Sólo tiene una que es una niña.

—¡Yo no soy aún otra cosa!

—Tiene menos años que tú.

—Tendrá ya los bastantes para agradarte.

Augusto soltó una carcajada tan franca y sincera, que las celosas aprensiones de la actriz se disiparon casi por completo; el banquero, sin dejar de reír, fué al cordón de la campanilla y tiró de él.

La doncella apareció al instante.

—¿Conocéis á la familia de Mr. Restaud? le preguntó Mr. Cottin.

—Sin duda, caballero, respondió la camarera.

—¿De qué personas consta?

—De su esposa, de su hermana, de su hija y de un sobrino.

—¿Qué edad tienen esas damas?

—Mme. Restaud, de treinta á treinta y dos años: Mlle. Teresa Restaud, cuarenta: la señorita Sofía debe tener unos doce.

—Basta, y gracias, dijo Mr. Cottin, despidiendo á la camarera.

—¿Es con Mme. Restaud, entonces, con quien tienes amores? dijo Eva haciendo un gesto de enojo; ¡una mujer á los treinta ó treinta y dos años es joven y puede ser bonita!

—Si, cuando ha sido hermosa como tú, repuso Mr. Cottin, dando un beso en la frente de la actriz.

—¿No me engañas? dijo Eva tiernamente, desarmada por aquella caricia.

—¿Y qué ganaría con hacerlo? ¿no sabes que te amo con todo mi corazón?

Eva guardó silencio, pero pareció convencida. después de algunos instantes dijo:

—¡Bah! no quiero tener sospechas injustas; prefiero creer en tí: voy á vestirme y bajaré al salón, donde tocaré un rato el piano en tanto que te espero.

—Hasta luego, pues, dijo Augusto, abrazando á Eva; volveré lo antes posible.

—Hasta luego, dijo Eva, enviándole el último beso con la punta de sus rosados dedos.

III

Augusto Cottin, elegantemente vestido, subió á su cupé y se dirigió á casa de Mr. Restaud.

El día estaba hermoso; un viento embalsamado agitaba los grandes árboles del parque y traía en sus alas los penetrantes perfumes de la primavera; ya había florecitas amarillas y azules entre la yerba, como las primeras galas de la bella estación: los pájaros entonaban un himno alegre, y las fuentes dejaban caer sus cristales con dulce y cadencioso rumor: el cupé de Augusto atravesó el parque y se detuvo á la puerta de la casa habitada por Mr. Restaud y su familia.

Se hizo anunciar, y se le introdujo en un salón que ya conocemos, por haberle visto á través de la ventana abierta.

Apenas se había sentado, oyó una voz pura, y cuyo timbre infantil era encantador y lleno de melodía, que recitaba admirablemente unos versos de Racine.

Mr. Cottin, que era muy instruido, y que poseía además una elevada inteligencia, escuchó encantado: la delicada voz parecía á su oído una música celeste: tal era la expresión que daba á los

versos, el admirable colorido que les imprimía la sensibilidad con que los recitaba.

Al terminar una estrofa, Augusto sintió llenarse sus ojos de lágrimas; y fué tal su entusiasmo, que exclamó:

—¡Bien! ¡admirable!

Una cortina de seda se levantó, y una mujer encantadora se asomó al umbral, dejando ver en su rostro la doble expresión de la gratitud y del asombro.

Era Mme. Restaud.

—Perdón, señora, dijo Augusto, levantándose é inclinándose profundamente; al oír esos versos tan admirablemente recitados, no he podido contener mi admiración.

—Vos hacéis demasiado favor á mi pobre Sofía, caballero, repuso Mme. Restaud: tiene una gran sensibilidad y nada más: y ahora ¿podré saber á quién tengo el honor de hablar?

—Me llamo Augusto Cottin, señora, repuso el banquero, y vengo de París para tratar con Mr. Restaud de un negocio comercial.

Palideció densamente Adela y se apoyó en el marco de la puerta; pero recobrándose casi al instante, dijo:

—¿Han avisado ya á mi marido?

—Creo que sí, señora.

Mme. Restaud guardó un triste silencio.

Conociase que estaba dotada de gran talento y que tenía mucha costumbre de mundo, pero que

alguna gran tristeza la abrumaba; el joven banquero tenía demasiada perspicacia para no comprenderlo así.

—¿No podré yo conocer á esa amable niña, de quien tenéis la dicha de ser madre? preguntó, deseando dar el giro más agradable posible á las ideas de Mme. Restaud.

—Ha bajado al jardín, caballero, respondió Adela, cuya triste preocupación no podía disiparse.

—¿Y he de irme sin verla? Después que termine con Mr. Restaud, ¿no podría saludarla?

—Bajarémos al jardín, si lo deseáis; no puedo ni quiero rehusar el honor que hacéis á mi Sofía.

—El señor espera á Mr. Augusto Cottin, dijo un criado vestido de negro.

—Hasta luego, señora, dijo el banquero, inclinándose graciosamente; no os perdono la promesa de hacerme conocer á Sofía.

Salió dicho esto. Adela se puso de rodillas, unió las manos, alzó al cielo sus ojos llenos de lágrimas, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Virgen Santísima! ¡tened piedad de nosotros!

Dejó caer el semblante entre las manos y permaneció llorando y sin dejar la humilde postura en que pedía el amparo del que es el padre de todos.

Entretanto Augusto había llegado al cuarto de Mr. Restaud: éste se hallaba de pié en la puerta

y le esperaba: estaba pálido como un cadáver; sus labios temblaban de un modo convulsivo; se inclinó delante de Augusto y le hizo pasar á su despacho.

—Ved aquí, caballero, le dijo el banquero, así que se hubo sentado, una letra de la casa Tompshon, de Londres, que vence dentro de dos días: no hubiera venido sólo por esto; pero tengo también otras contra vos, endosadas por el banquero israelita Monck, de Amsterdam, y en vísperas de hacer un gran negocio fabril uno de mis tíos, negocio del que depende toda su fortuna, quisiera adelantarle algunos fondos, y he venido á ver si puedo realizar todas estas sumas; decídmelo con franqueza; y si os sirve de mucha molestia tan crecido desembolso, yo os daré el plazo mayor posible.

—Caballero, repuso Mr. Restaud con una voz tan alterada á pesar de sus esfuerzos, que no hallaba salida á través de sus labios convulsos; puedo pagar en el acto el crédito de la casa Tompshon, de Londres: los de Amsterdam, lo confieso... me es imposible.

Augusto Cottin dirigió al negociante una mirada profunda: después la fijó sobre una mesa inmediata, y el terror se pintó en su semblante; bajo una gran cantidad de papeles colocados allí de propósito, se veía oscura y amenazadora una caja de pistolas.

—Amigo mío, repuso con dulzura, ni esos cré-

ditos de Londres, ni los de la casa Monck, son para mí de absoluta necesidad hoy... ni mañana... el comercio tiene sus contratiempos: pensad en vuestra esposa y en vuestra hija... y tomad el tiempo que gustéis.

Mr. Restaud se inclinó fríamente.

—Veamos la letra, caballero, dijo abriendo un gran mueble de hierro destinado evidentemente á guardar valores; y echando un mirada de fría desesperación sobre la letra, leyó:

—¡400.000 francos...! está bien.

Abrió un resorte oculto en el fondo del mueble, y empezó á sacar billetes de Banco con una calma terrible: los fué sacando todos: sólo uno quedó en el fondo del cajón.

—Caballero, dijo Augusto con voz alterada; esta letra es á dos días, y no á la vista... no quiero cobrarla ahora: no quiero llevar tanto dinero sobre mí... volveré pasado mañana... haced el favor de guardar esos valores.

—¿Qué más da ahora que dentro de dos días? dijo Mr. Restaud con amargura y con un acento que significaba:

—¿Qué más da que me vea arruinado hoy ó pasado mañana?

—Ya os lo he dicho, caballero: no quiero llevar ahora sobre mí tanto dinero... yo volveré pasado mañana.

—Aquí quedan los fondos á vuestra disposición, dijo el negociante, colocando los billetes en una

carpeta... En cuanto á los créditos de la casa Monck... concededme un plazo: he tenido dos negocios desgraciados, y....

—Fijad vos el plazo que gustéis.

—¿Os parece mucho dos meses?

—Un año os doy.

—¡Gracias! exclamó Mr. Restaud con efusión; ¡gracias por mi esposa y por mi hija! ¡á esa época, ellas podrán satisfaceros!

—Yo espero poder recibir esos valores de vuestra mano, dijo Augusto.

—Aunque yo hubiese muerto, siempre quedaría bastante activo en caja para que pudieran pagáros á esa época.

—Basta de dinero, dijo Augusto; permitidme que vaya á recordar á Mme. Restaud una promesa que me tiene hecha, y venid también á reclamar su cumplimiento.

—¿Una promesa? preguntó maquinalmente el negociante, que se hallaba muy dolorosamente preocupado para fijar la atención en lo que le decía Mr. Cottin.

—La promesa de presentarme á vuestra hija, respondió Augusto.

—¡Ah! ¡se trata de mi hija! exclamó Mr. Restaud, cuyo semblante se iluminó con una bella sonrisa; ¿y por que deseáis conocerla, mi querido amigo?

—La he oído recitar unos versos de Racine, y me ha encantado.

—¡Oh! ¡lo creo, lo creo! ¡y no solamente recita versos de una manera admirable, sino que los escribe!

—¿Los escribe?

—Tan admirablemente como los recita. Pero vamos á verla, y vos mismo os convenceréis.

Y Mr. Restaud, que había dado á sus ideas un giro más halagüeño, tomó el brazo del joven banquero y se dejó llevar por éste al jardín.

V

Sofía tenía una aya; era una señora inglesa, esposa y madre feliz en otro tiempo, y que había perdido todos los objetos de su cariño en la tierra. Misstris Rawlings era á la vez un ángel y una santa; la paciencia, la dulzura, la benevolencia eran en ella virtudes propias ó cualidades naturales; el más árduo sacrificio lo cumplía con la facilidad más grande; había en sus venas algunas gotas de la sangre de los antiguos mártires, y nada probaba mejor su admirable mansedumbre que la suave fortaleza que oponía á las persecuciones sordas y acres de Mlle. Restaud, que la detestaba como su antítesis.

No obstante, Misstris Rawlings era tan estimada de Mr. Restaud y tan amada de su esposa y de Sofía, que hallaba en aquel puro y tierno afecto la más dulce compensación.

Ella adoraba por su parte á su educanda; decía que Sofía reunía en sí misma todas las gracias de sus tres perdidas hijas; que era bonita como Miranda, dulce como Clarisa, poética como Rowena. Y en efecto, Sofía era el ideal de lo más bello que cabe en el humano entendimiento, no

tanto por sus gracias físicas, como por las de su ingenio y las de su carácter. Sofía era una niña encantadora, que tenía en el alma las melodías del ave y los perfumes de la flor.

En cuanto á las relaciones de Mme. Restaud con el aya, eran de tal clase, que se podían llamar muy bien una tierna amistad; ambas se entendían de la manera más completa y más admirable, y ambas amaban á Sofía con una ternura igual.

Misstris Rawlings comprendió muy pronto toda la ternura poética que encerraba el alma de Sofía, y lejos de ahogarla, se dedicó á su cultivo con un cuidado exquisito y una especie de tierno respeto: ella era la que le hacía aprender los versos de los mejores poetas franceses y la que se los hacía recitar para encantarse con las melodías de aquella voz argentina, y para hacerla comprender el sentido que el poeta había querido dar á su obra.

Sofía leía con igual perfección los poetas ingleses é italianos; pero Misstris Rawlings le hacía dar la preferencia á los franceses, por el hecho de ser el francés el idioma nativo de su educanda.

En la tarde en que Mr. Restaud, después de su penosa conferencia con el banquero, bajó al jardín en busca de Sofía, ésta se hallaba, en efecto, con su aya.

Sentada bajo la sombra que proyectaba un frondoso castaño de Indias, Misstris Rawlings se

ocupaba de una delicada obra de bordado: era una señora que ya llegaba á los sesenta años, y cuyos cabellos blancos salían en bellos y sedosos bucles de entre los encajes que guarnecían una cofia de rizada muselina; llevaba un traje de seda negro, que dibujaba á la perfección su talle un poco grueso; su rostro, blanco y dulcemente ovalado, estaba iluminado por dos grandes y bellos ojos de un color claro y sereno; respiraban todas sus facciones la melancolía, pero sin amargura y sin dureza. Cuando llegaron los dos hombres de negocios cerca del aya y de Sofía, la primera había dejado caer el bordado sobre sus rodillas y miraba á la segunda con una especie de enajenamiento.

Bien merecía Sofía la atención de que era objeto: una guirnalda de flores campestres ceñía su frente pura y daba á su fisonomía una expresión á la vez celeste é inspirada; recitaba los versos que le había ensayado su madre poco antes, y que eran los que el inmortal poeta ha puesto en boca de *Athalie* en el acto segundo de la tragedia de este nombre: una llama divina resplandecía en los ojos de Sofía; su pecho latía con impetu violento; un bello sonrosado teñía sus mejillas de nácar y su frente infantil.

—Quedémonos aquí, dijo Mr. Restaud; miradla ahora, y luego la hablaréis.

No era necesaria tal recomendación. Mr. Cottin no podía separar de la niña ni los ojos ni el

pensamiento; y á la verdad que no era extraño, pues Sofía era el bello ideal del arte unido á la inocencia, y del sentimiento que se ignora á sí mismo.

Misstris Rawlings vió á Mr. Restaud, y á la persona que le acompañaba; pero á la señal que le hizo el primero recomendándole el silencio, contestó ella con otra de inteligencia; y Sofía, que no advirtió nada, siguió tranquilamente declamando.

Cuando terminó, se dejó caer sentada en la yerba al lado de su aya, fatigada y palpitante.

Aquélla sacó su pañuelo de batista y enjugó la frente de la niña con maternal solicitud, dejando después en ella un tierno beso.

—Basta, hija mía, le dijo; estas emociones os hacen daño: ahora, así que descanséis...

—Os recitaré mi lección de gramática y de historia, dijo Sofía.

—No; dejaremos para la noche los estudios serios, observó el aya, dirigiendo una mirada á Mr. Restaud; y ahora cantaréis, acompañádoos con el arpa, la balada escocesa que últimamente habéis aprendido.

—¡Cómo! exclamó Sofía sorprendida; ¿no queréis oír ahora mis lecciones, aya mía?

—No, mi querida niña; os halláis muy conmovida, y yo también... Descansad ahora con la música.

—¡Muy triste es esa balada! observó Sofía.

—No es muy alegre; mas si lo fuera, tampoco os agradaría.

Levantóse la señorita Restaud, y fué á descolgar su arpa, que se hallaba pendiente de las verdes ramas de un tilo, como las de los antiguos bardos de los árboles del bosque: al pasar, dijo al jardinero, que trabajaba á poca distancia:

—Pedro, decid que avisen á mi madre.

—¿Va á cantar la señorita? preguntó Pedro, que había oído algo de la conversación.

—Sí, Pedro.

—Pues vuelvo corriendo para oírla.

—¿Te gusta oírme cantar?

—¡Ya lo creo! ¡más que á los ruseñores que anidan en esos árboles! ¡y no soy yo solo! á toda la gente de casa le sucede lo mismo. Juan golpeaba á su mujer, y desde un día que os oyó cantar, no ha vuelto á tocarla. Pascual se emborrachaba, y desde que os escuchó otra vez cantando en el coro de la iglesia, ha perdido tan feo vicio. En cuanto á mí, cuando tengo la dicha de oíros, me dan ganas de dos cosas.

—¿De qué, Pedro?

—De rezar y de llorar. Pero voy á avisar á la señora, para oíros cuanto antes.

Pedro se alejó.

Sofía se sentó y se puso á templar su arpa, que era de un tamaño proporcionado á su estatura.

Mme. Restaud no tardó en llegar: sus ojos, en-

carnados, decían las muchas lágrimas que había vertido; su hija, ocupada en templar su arpa, no reparó en ello; pero el aya, Mr. Restaud, y Mr. Cottin lo vieron perfectamente.

Cuando Sofía empezó á cantar, vió á su espalda á Pedro, á Juan y á Pascual, los dos últimos conducidos por el primero.

El canto que empezó era una melodía sencilla y dulce, que modulada por la argentina garganta de Sofía y expresada por su pura y melodiosa voz, tenía un encanto indecible; parecía que el alma se remontaba al cielo en las alas invisibles de aquellas armonías deliciosas, y que todas las sombrías realidades de la vida desaparecían como barridas por el aliento poderoso de la inspiración.

Cuando terminó Sofía, las caras de sus criados expresaban una especie de éxtasis; todos se hallaban mirándola, con las manos juntas; su madre dejaba correr por sus mejillas nuevas lágrimas.

En cuanto á Mr. Restaud, no fué dueño de contener el entusiasmo propio de su naturaleza de artista, y dejó oír estrepitosos y entusiastas aplausos.

Sofía se volvió cortada y sorprendida, y un vivo rubor coloreó su dulce é inocente rostro, donde aun radiaba la luz de la inspiración.

—¡Hija mía! dijo Mr. Restaud adelantándose dos pasos y llevando asido del brazo al banquero;

te presento á Mr. Cottin que deseaba conocerte.

Al oír este nombre, el aya hizo un movimiento de terror.

Sofía se inclinó graciosamente y dijo con su donaire infantil:

—Mil gracias, caballero, por ese deseo que tanto me honra.

—Permitidme, señorita, que os diga cuán ferviente admirador soy de vuestro talento, dijo Mr. Cottin, tomando y besando la pequeña mano de Sofía.

—Si alguno tengo, dijo ésta, lo debo á mi querida mamá y á mi buena aya.

—Sin embargo, el talento no se aprende, observó el banquero, y V., señorita, ha nacido muy pródigamente dotada por el cielo.

—Mi madre y mi aya me han educado, y ellas han desarrollado y elevado los dones que he debido al cielo: ¿de qué me serviría tener voz y oído, si no me hubieran enseñado la música? ¿de qué tener memoria, si no me hubieran enseñado á comprender y á decir los hermosos versos de Racine y Corneille?

—Tenéis razón, hija mía, dijo el aya; pero hay una cosa que no se enseña: el sentimiento: vos habéis heredado en vida de vuestra madre el organismo más artístico y más propio para admitir la cultura intelectual.

—Entonces, tampoco es mío el mérito, dijo Sofía, volviéndose para abrazar tiernamente á su madre.

Entonces fué cuando reparó en las huellas de lágrimas que se veían en los ojos de Mme. Restaud, y con la doble imprevisión de su edad y de su cariño, exclamó asustada:

—¡Dios mío! mamá... ¿qué tienes?

—¡Hija mía! respondió Adela acercando sus labios al oído de su hija y hablándole á media voz; cuando salga ese caballero, procura hablarle... á él... ¿Me entiendes...?

—Sí, mamá, respondió Sofía, mirando á Mme. Restaud con dolorosa admiración.

—Y díle...

La pobre madre se detuvo indecisa; le costaba mucho lo que iba á pedir á su hija.

—¡Habla, mamá! exclamó Sofía. ¿Qué debo decirle?

—Le dirás con acento suplicante, estas solas palabras...

Y Mme. Restaud se detuvo de nuevo.

—¿Qué palabras?

—¡No me atrevo! murmuró la pobre madre como hablando consigo misma; ¡no me atrevo!

—¡Habla por Dios, mamá!

—Pues bien, le dirás:—¡Caballero! ¡tened piedad de mi pobre papá y no le apuréis demasiado para los pagos!

Sofía palideció: con el instinto de su corazón comprendió que su padre estaba arruinado: aquel instinto era muy superior á su tierna edad.

Sin embargo, ni una sola exclamación salió de

sus labios, y desde aquel instante todo su pensamiento estuvo concentrado en buscar los medios de ver á Mr. Cottin á la salida:

Era imposible de todo punto lograrlo, á no ser saliendo del jardín, y así se disponía á hacerlo.

Mr. Cottin comprendió que se alejaba con una impresión de pena que á él mismo le parecía extraña: acercóse á ella, le tomó de nuevo la mano y volvió á besársela.

—Permitid, señorita, le dijo, que dé gracias á la suerte que me ha proporcionado la inestimable dicha de conoceros: y permitid, señora, añadió volviéndose á Mme. Restaud, que os dé mi parabién por tener tan adorable hija, á la vez que os dirijo una súplica.

—Espero oírla para acceder á ella, caballero, contestó con dulzura Adela.

—¡Mirad que os comprometéis á mucho! dijo el banquero sonriéndose.

—No importa.

—¿Váis á concederme lo que os pida?

—Sin duda.

—Es que también nosotras tenemos que pedir alguna cosa, dijo en voz baja Sofía.

Augusto la miró con sorpresa.

Pero al ver la mezcla de misterio y de tristeza que revelaba el rostro encantador de Sofía, no se atrevió á decir una sola palabra.

—Lo que tengo que pedir, señora, acaso os parecerá demasiado atrevido, dijo Mr. Cottin; sin

embargo, tengo vuestra promesa de concedérmelo.

—La tenéis.

—Pues bien, dentro de un año, empezado á contar desde hoy, deseo daros hospitalidad en mi casa de París, á vos, á vuestro esposo y á vuestra hija.

Mr. Restaud movió tristemente la cabeza; no esperaba ya pertenecer entonces al mundo de los vivos.

—Voy á casarme dentro de cuatro meses, prosiguió Augusto con un ligero tinte de tristeza.

—Qué, ¿váis á enajenar vuestra libertad? preguntó Mr. Restaud.

—Sí, caballero; me caso con la señorita Blanca de Flavigny.

—¿Con la hija del Marqués de este nombre? preguntó Mme. Restaud.

—Con la misma, señora.

—Esa joven ha sido educada por Misstris Rawlings, aquí presente, y es el mejor elogio que puedo hacer de ella; además, me han dicho que es muy hermosa y que cuenta con una fortuna considerable.

—Pasa, en efecto, por muy bella y muy rica... y sin embargo...

—¿No la amáis? preguntó con interés Adela, mirando al joven.

—No, señora.

—¡Oh! pues entonces, no os caseis! exclamó

Mme. Restaud con calor; vos merecéis ser dichoso, y el matrimonio sin amor es un martirio.

—Es la esposa que me ha elegido mi madre; así, pues, como dentro de cuatro meses habrá ya quien haga los honores de mi casa, yo os invito, señora, á que vengáis á pasar un mes en París.

—Yo invito igualmente á Mr. y Mme. Cottin á pasar un mes en Burdeos.

—Aceptado, dijo Augusto; y ahora, señora, permitid que me despida y que diga:

—Hasta la vista.

Sofía salió en aquel instante, y fué á esperar á que el banquero saliese á la puerta del salón.

Creía que su padre despediría á Mr. Cottin á la puerta del jardín; pero con gran temor los oyó venir hablando.

Entonces, rápida como el pensamiento, dejó el sitio donde esperaba y se metió en el cupé que debía llevarse á Mr. Cottin.

Ya á la puerta de la calle, se retiró el negociante, y el banquero subió al carruaje, haciendo un movimiento de sorpresa al ver en él á Sofía.

—Caballero, dijo la niña, cuya voz temblaba; caballero, he venido aquí, porque no sabía cómo deciros una cosa sin que nos oyeseis: ¡por Dios, que no eche á andar el carruaje! me voy á bajar al instante que os diga lo que tanto me interesa, lo que mamá me ha encargado que os diga...

—Hablad, señorita, dijo Augusto, que no podía separar sus ojos de aquel inocente y gracioso ros-

tro, á la sazón trastornado por la pena y el terror; hablad, y nada temáis.

—¡Pues bien, caballero...! ¡tened piedad de mi pobre papá, y no le apresuréis demasiado para los pagos...!

Sofía dijo esto con las manos juntas y con un acento tan penetrante de dulce y triste ruego, que Augusto sintió acudirle las lágrimas á los ojos.

Por un efecto del sentimiento, no vió á la niña alegre, bulliciosa y descuidada: vió á la hija que rogaba por su padre, sin acordarse de su edad.

—Y qué, señorita, le dijo con dulzura; ¿los negocios de vuestro papá van mal?

—Yo no sé nada, respondió Sofía: sólo sé que mamá le rogaba hace pocos días que dejase el abono que tenemos en el teatro y que suprimiese nuestro coche conservando sólo el suyo; pero papá no ha querido. Esto que os he dicho, caballero, me lo encargó mamá; y á la verdad que ha de ser muy triste la situación de papá, cuando ella me ha dado este encargo para vos, después de vacilar mucho.

—Rogad á vuestra madre, en mi nombre, que se tranquilice, dijo Mr. Cottin á Sofía: dentro de una hora recibiréis vos una carta mía.

—¿Yo? preguntó la niña muy admirada.

—Vos, sí: será para vos sola.

—Está bien: adiós, caballero, y creed que os quedo muy agradecida: estoy segura de que mi madre se tranquilizará con vuestras palabras, y

bien lo necesita, pues nunca la he visto tan afligida como hoy.

Sofía alargó su mano al banquero, que la volvió á besar con un tierno respeto y saltó al suelo, entrando ligeramente en su casa.

Augusto la siguió con los ojos, y cuando hubo desaparecido el último pliegue de su blanco traje, dijo al cochero:

—¡Al hotel!

Eva salió á su encuentro; se había aburrido mucho tocando el piano; había tomado dos ó tres libros, que había arrojado en seguida, y se había asomado á todas las ventanas que pertenecían á los cuartos que estaban abiertos.

Su carácter frívolo y su vida disipada se oponía á toda lectura ú ocupación seria.

—Déjame, mi querida niña, dijo Augusto: voy á escribir ahora mismo dos renglones, y al instante soy contigo.

—¿Es carta de negocio?

—Sí; y cuando te participe el resultado, te alegrarás mucho.

Mr. Cottin se sentó delante de un velador que contenía lo necesario para escribir, y trazó estas palabras en una hoja de papel:

«Señorita: Adjuntos son los créditos que tengo contra vuestro padre: llevan la cláusula de *recibidos* y mi firma; dádselos; y cuando os abraza, pensad en vuestro amigo

AUGUSTO COTTIN.»

El sobre se puso á Mlle. Sofia Restaud, y la carta se envió en seguida con el ayuda de cámara de Mr. Cottin.

—Y ahora, mi querida Eva, dijo Augusto cuando el criado hubo salido, ya soy libre, ya no me caso.

—¡Cómo! ¿y Mlle. de Flavigny?

—Buscará otro marido seguramente.

—¿Por qué?

—Yo he quedado casi pobre.

Eva arrugó un poco sus sedosas cejas.

—¡Pobre! repitió con una mezcla de hastío y de tristeza: ¿cómo es eso?

—He tenido aquí un negocio que me ha hecho perder más de la mitad de mi fortuna.

—¡Y á eso viniste!

—Pensé ganar en él.

—¿Y no estás desesperado, triste?

—¡No! ya lo ves: ¡antes estoy alegre!

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—Trabajaré.

—¡Horror!

—¿No trabajas tú?

—Eso es otra cosa: el trabajo que produce el entusiasmo de todo un público, es muy dulce.

—Yo trabajo también de buena gana en aquello á que me dedico, Eva.

—Yo no quiero que trabajes; entonces, ¿qué tiempo me dedicarás á mí?

—Menos que antes será; tienes razón.

—¡No te quejes, pues, si te hago traición!

—¿Porque soy desgraciado?

—No; porque eres pobre; porque trabajas: la pobreza me es antipática.

Eva giró sobre sus pies con una gracia de bailarina.

—¿Cuándo nos vamos? preguntó.

—Dentro de una hora.

—¿Ni siquiera me permites ver esta noche el teatro de la ciudad?

—Quédate si quieres; yo tengo que marcharme al instante.

—Pues yo me quedo.

—Si eso te complace, yo me alegro mucho.

Augusto llamó al criado de la fonda y le dió la orden de buscar caballos de posta.

Quería salir cuanto antes de Burdeos, para sustraerse á las manifestaciones de gratitud de la familia Restaud.

Eva se fué á su cuarto de muy mal humor, y Augusto se puso á pasear por su habitación en tanto que llegaba su criado.

Su cabeza estaba llena de mil pensamientos extraños para él: sentía que el día, que ya tocaba á su fin, debía tener gran influencia en el resto de su vida: hacia largo tiempo que, huérfano, libre y heredero de una brillante fortuna, se había abandonado, con todo el ardor de su naturaleza impetuosa, á los placeres de que París ofrece tan gran número y tanta variedad: como todos sus

amigos del gran mundo, Augusto había descendido rápidamente la pendiente que lleva al desorden: olvidó el pasado, el noble y previsor cariño que su padre le había tenido, la vida de trabajo de que le había dado ejemplo, y las tiernas recomendaciones que su madre le había dirigido en su lecho de muerte: olvidó el porvenir, en el cual podía llegar á la pobreza, y quizá al suicidio, ya que no á la deshonra: se aturdió, y se creyó dichoso.

Mas desde hacia dos horas, ya queda dicho, nuevas ideas se habían levantado en su alma: la vista de la familia Restaud, de los sufrimientos del negociante, noblemente soportados, y á los cuales había señalado por último término la muerte antes que afrontar la deshonra; la vista de su esposa, bella y dulce criatura llena de modestia, y que llevaba impreso en la frente el sello augusto de la virtud; la vista de aquella aya tan respetable y que llevaba con tan modesto orgullo el manto de la desgracia y de la pobreza; la vista, en fin, de Sofía, conjunto encantador de talento y de gracia, le hacían sentir al derredor de sí el vacío de su pasada existencia.

El amaba; amaba las ideas de deber, de virtud y de inocencia que aquella niña había evocado ante sus ojos: sentía dentro del alma un profundo disgusto por la vida que hasta entonces había llevado, y sentía á la vez un ardiente deseo de entrar en una vida regular, animada por el

trabajo y por las santas afecciones de la familia, y de la cual una joven esposa podría ser la compañera y el ornato más precioso.

Su ayuda de cámara interrumpió sus reflexiones, en las cuales Eva no salía con gran ventaja.

—¿Has entregado la carta? le preguntó Augusto vivamente.

—Sí, señor: la entró una doncella: un instante después oí dos gritos: uno como de una niña, otro de mujer.

—¿Y luego?

—Oí correr hacia las habitaciones interiores; y luego creí también oír sollozos y hablar de un modo entrecortado.

—Está bien: véte, y dispón todo lo necesario para nuestra marcha.

—Es que...

—¿Qué sucede? ¡habla!

—Oí una voz de hombre que decía:—«Voy ahora mismo á decirle que no puedo admitir tan inmenso favor.»

—Si viene á buscarme un caballero alto ú otra cualquiera persona, manda que le digan que he marchado ya: ¡pronto! ¡tal vez vendrá detrás de tí, y no puedo recibirle!

Santiago salió precipitadamente.

Augusto volvió á sus paseos y á sus reflexiones: la luz crecía en su alma; el sentimiento del bien que acababa de hacer la llenaba de una alegría deliciosa.

VI

La señorita Teresa Restaud se hallaba en su cuarto, según costumbre, en tanto que Mr. Cottin había tenido con el hermano de aquélla la breve conferencia que le puso al corriente del triste estado de los negocios de la casa.

Lo desapacible del carácter de la solterona se aumentaba de día en día: algunas veces, al pensar en el mal estado probable de los negocios de su hermano, una malvada alegría inundaba su alma, porque aquella alma era un desierto en el cual no crecía flor alguna, y en el que se habían secado todas las del amor y de la generosidad.

Teresa había amado; niña, profesaba á sus padres un cariño exclusivo y ardiente, un cariño celoso hasta del afecto que aquéllos dedicaban á su hermano Edmundo; los celos habían clavado desde muy temprano su dardo envenenado en el pecho de Teresa, y habían hecho de ella una presa que no debían soltar ya jamás.

Murió primero su padre, anciano y honrado armador, y todos los negocios de la casa quedaron en las manos de Edmundo, que profesaba á

su madre un amor apasionado y á su hermana un tierno afecto; pero si aquélla se lo pagaba con íntima ternura, ésta se lo recompensaba con una ingratitud sin ejemplo.

Teresa se quejaba de que su madre amaba á Edmundo más que á ella, y acaso tenía alguna razón; las madres dedican á sus hijos más cariño que á sus hijas, acaso por esa necesidad de protección y de energía que las mujeres necesitan en general, y que las madres y las ancianas anhelan en particular. Mme. Restaud adoraba á Edmundo, y por evitarle una hora de pesar hubiera ella aceptado los dolores más amargos. El generoso carácter de Edmundo justificaba, por otra parte, aquella ternura apasionada, y madre é hijo estaban unidos por los lazos del corazón más tiernos y más indisolubles.

Teresa, en vez de luchar con su hermano en cariño y en atenciones para con su madre, era cada vez más dura y más sombría; el mal aumentaba el mal: su padre la había adorado á ella, y su padre era el que Dios había llamado á sí!

Era, sin embargo, bastante bonita, á pesar de su carácter desapacible, para llamar la atención de alguno, y fijó, sin esperarlo y sin saberlo, la de un joven de la ciudad, hijo como ella de un rico negociante: al aspecto risueño del amor, Teresa vió el cielo abierto; tenía diez y ocho años, y la ternura y la indulgencia llegaron hasta su alma; se volvió casi buena; y viéndose amada, no sólo

correspondió al amor, sino que amó también todo cuanto la rodeaba.

Una risa fresca y juvenil empezó á resonar en la casa de la viuda Restaud; y era tal la fama de carácter duro que Teresa tenía, que al pasar por delante de su casa y al oirla reír, se detenían las gentes y se decían admiradas:

—¡Calla! ¿estará alegre Mlle. Restaud?

—¡Parece imposible!

—Sin embargo, es ella la que ríe.

De repente dejaron de oírse las risas, y á la vez se vió á Teresa de nuevo sombría y grave: el fugitivo carmin que había teñido sus mejillas, había desaparecido, reemplazándole la palidez que antes las vestía. ¡Teresa estaba triste! ¡Teresa era mala otra vez!

¿Qué había sucedido?

Lo siguiente:

El hombre que se había enamorado de Mlle. Restaud, halló aún en su carácter tantos lados hielos, que tuvo miedo de casarse con ella y empezó á buscar pretextos para romper los lazos de aquellos amores aun naciendo y que ya inundaban de sol y de alegría el alma de la pobre Teresa.

Si ésta hubiera hallado en su camino á un hombre superior, de seguro que se hubiera vuelto del todo buena; pero no fué así; el espíritu débil de su prometido se asustó ante la vehemencia de aquel carácter, ante lo fuerte de sus pasiones,

ante la expresión algo ruda del amor que le tenía.

Temió ser dominado, y huyó del yugo que aun de lejos le causaba ya un terror invencible. Teresa volvió á la soledad y á la desesperación.

El ciego es mil veces más infeliz, después de haber visto el sol, que lo era antes de conocerlo.

Herida con aquel desengaño, ya no quiso escuchar más palabras de amor.

Fué soltera á los veinte años, y fea á la edad en que la belleza ostenta su primera y más delicada flor.

Su espíritu rebelde y salvaje se revolvió contra la Providencia, á la que acusó de injusticia por haberle arrebatado á su padre y á su amante.

Puede juzgarse de la aversión con que recibiría á la esposa de su hermano, cuando éste casó con la bella pero pobre señorita Adela de Blaye, nacida y educada en París, y que era un modelo de dulzura, de distinción y de gracia.

Jamás solterona feroz ha detestado más íntimamente á una esposa joven y tierna.

Mme. Restaud recibió á la esposa de su hijo como una madre cariñosa.

—Bienvenida seáis á encantar esta casa, mi querida niña, le dijo abrazándola con efusión; os voy á deber, no sólo la dicha de mi hijo, sino también la mía: en cuanto á Teresa, es y será siempre infeliz.

—Yo deseo ser su amiga, y creo que lo conseguiré, dijo Adela con ternura; la amaré con todo

mi corazón, y espero que me pagará mi afecto.

—Esperáis mal, repuso amargamente Teresa; yo no puedo amar á nadie, según dicen mi madre y mi hermano, y si hiciera alguna excepción, no sería seguramente en favor de una extraña como vos.

—¡Teresa! dijo severamente Mme. Restaud, en tanto que Edmundo miraba á su hermana con una expresión de triste reproche.

—¿Qué queréis, señora? respondió ella mirando á su madre con desdén.

—¡Eres el ángel malo de la familia! exclamó la madre, enjugando una lágrima ardiente que la cólera le arrancaba; cuanto tocas, amargas y esterilizas: ¡retírate á tu cuarto! ¡librame del disgusto de tu presencia!

Teresa salió, llevando sobre los labios una sonrisa sardónica y más amarga que las lágrimas.

—¡Oh señora! exclamó Adela: ¡oh madre mía! ¡sed más dulce para mi pobre hermana! ¡así su carácter se hará cada día más amargo y más sombrío! ¡pensad en que debe ser muy desgraciada, para que sus maneras sean tan duras: mi madre dice que los dichosos son siempre buenos!

—No es esa la regla general, hija mía, dijo la viuda, que tenía también el carácter algo violento; Teresa no debía quejarse de su suerte, y si se queja, creedme, es sin razón: más la amariamos todos, si lo mereciera más; pero ¡qué queréis! es la mancha negra de nuestro cielo, y esto nos lastima: tal vez vos podréis más que su hermano y

yo, y conseguiréis igualar las sinuosidades de ese carácter fatal.

Desde aquel día Adela dirigió todos sus esfuerzos á captarse la buena voluntad de la hermana de su esposo: la prestaba mil pequeños servicios, buscaba su compañía, la probaba su cariño por todos los medios posibles; pero en vano: Teresa parecía tener el corazón de piedra, y ninguna muestra de cariño alcanzaba á ablandarla: era que la envidia como un feroz dragón guardaba la entrada y no dejaba penetrar ningún sentimiento dulce.

Así pasaron los años: la viuda Restaud murió, y Teresa quedó en la compañía de su hermano, que de buena gana la hubiera cedido al que la hubiera deseado.

Teresa tenía su dote intacto: era rica, y su hermano la propuso una vez emplear su dinero de modo que la fuese más productivo; pero ella rehusó de una manera dura y ofensiva, y su hermano no trató de insistir, herido en su delicadeza.

Ni aun Sofía pudo alcanzar nunca de su tía una sonrisa, ni una palabra de cariño. Adela, fatigada de luchar con aquella dura naturaleza, la había dejado en completa libertad, sin verse ella al abrigo de su censura; ¡el enemigo doméstico, el juez inflexible estaba allí siempre, helado, rígido, implacable!

Felizmente la llegada de Misstris Rawlings dió á Mme. Restaud una amiga tierna y fiel; con ella

partía sus penas y sus alegrías, y en ella hallaba una confidente segura, y una amable guía cuando vagaba en las soledades del dolor.

¿Quién no tiene penas en la tierra? Adela hubo de soportar la que le causó la ruina completa de su único hermano, que vivía en París de una modesta renta, y cuyos medios de fortuna fueron destruidos por especulaciones muy fatales. Mr. Blaye murió de pesar, y dejó en la miseria á su esposa y á cuatro hijos, de los cuales el mayor tenía diez y seis años: Mr. Restaud, cuyo carácter era noble, tierno y generoso, socorrió á la viuda y se encargó de la suerte de Gustavo, el mayor de los huérfanos, llevándole á su escritorio y señalándole un sueldo modesto que le prometió aumentar; la reconocida esposa no sabía cómo manifestar su gratitud al hombre generoso que tan vivamente se interesaba por los huérfanos de su hermano, y si hubiera sido posible, su amor por su esposo se hubiera aumentado todavía.

Para economizar lo que Gustavo gastaba, ella suprimió todos los gastos posibles en su tocador, y tomó para sí el cuidado de hacer los trajes de Sofía; ella era la que le daba lección de escritura, dibujo, retórica, poética y gramática; rehusaba, como se ha visto, todo gasto superfluo, y se avenía á una situación más modesta de lo que los recursos de su casa exigían.

Con gran sorpresa de sus tíos, Gustavo pareció captarse desde los primeros días el afecto de Te-

resa; ella que era con todos tan áspera y tan amarga, le hablaba casi con dulzura: Gustavo la acompañaba á paseo y á la iglesia; Gustavo la hacía compañía por la noche en su cuarto, y con Gustavo tenía expansiones que en toda su vida había tenido con nadie.

Adela veía con secreto terror aquella unión, que tenía algo de sombrío y de terrorífico: ¿qué lazo unía aquellas dos naturalezas, tan diferentes al parecer? ¿qué misteriosa simpatía aproximaba la solterona árida é irascible al joven amable, lleno de gratas y halagüeñas esperanzas?

Uno había, sin embargo; uno que la pureza y la inocencia de aquella mujer, modelo de esposas y de madres, no podía comprender.

Teresa y Gustavo estaban unidos por el negro lazo de la envidia.

La solterona envidiaba el lazo íntimo y tierno que unía á su hermano con su esposa é hija, las deferencias que se tenían entre sí, la perfecta armonía que entre aquellos tres seres reinaba.

Gustavo envidiaba la opulencia de la casa de su tío, las galas y los brillantes de la hermana de su padre, que había muerto en la miseria: comparaba su oscuro cuartito y su vida de trabajo con las habitaciones del resto de la familia, con el fausto y la comodidad de que disfrutaban; su vida consagrada al trabajo con la al parecer fácil existencia de su tío, y se decía con la tenaz insistencia de los espíritus rebeldes y egoístas:

—¿Por qué ha de ser esto? ¿por qué esta dura ley de la fortuna, que á los unos les da toda clase de goces y á los otros los condena á penas de toda clase?

Gustavo no sabía, sin embargo, cuántas más penas ocultaba la vida cómoda del negociante, que sus horas de trabajo.

No obstante, una dulce imagen se colocaba de continuo ante los amargos pensamientos de Gustavo: la gracia infantil, el candor, la delicada y pura figura de Sofía, estaban siempre ante sus ojos, y flotaban hasta en las nieblas de su sueño; aquel hombre, casi niño, se sentía invenciblemente atraído por aquella niña, que tenía ya toda la sensibilidad y todos los talentos de una mujer superior, sin haber perdido ninguno de los encantos de su edad.

Gustavo tenía defectos pequeños y miserables; Sofía... superiores talentos; y se veía en ella tal tendencia á todo lo bueno, noble y grande, que no se podía dudar de que resplandecería siempre en ella la más pura virtud.

—¡Oh! ¡si ella me amase! pensaba Gustavo, cuando en sus horas de descanso salía al campo para pensar más libremente en su prima: si ella me amase algún día, yo me elevaría por su amor, yo huiría de estos sombríos pensamientos que me asedian, y sería feliz hasta en medio de mi pobreza y de la de mi familia; pero ¡ay de mí! ella se casará con un hombre opulento que la llevará

á París, que la alejará de mí, y yo caeré en la noche eterna de mis malas pasiones.

Gustavo veía aún un rayo de luz: Teresa no veía más que en la negra sombra de su odio hacía todo lo que es bello, noble y bueno, y envolvía en su aversión á la misma inocente niña, que era el ídolo y el amor de todos los demás individuos de la familia.

No obstante, el dolor y el aislamiento unían á la solterona y al joven: éste sentía cierta lástima por Teresa; en cuanto á Teresa, cuando veía cerca de ella á aquel bello y melancólico joven, sentía en su corazón movimientos que á ella misma la asombraban, y que tenían alguna semejanza con los ímpetus de su primera, última y única pasión.

VII

Teresa, sentada en su cuarto y al lado de su ventana, que daba al jardín, había visto de lejos toda la escena que había tenido lugar entre su familia y el banquero de París Mr. Cottin: de buena gana hubiera bajado, llevada por su curiosidad, al ver ocultos á su hermano, y aquél, y á Sofía primero recitando, y cantando después; pero no quiso demostrar que se interesaba por nada, y se quedó inmóvil y devorando el enojo que le causaban, así el talento de su sobrina, como el entusiasmo de sus hermanos.

Vió retirarse á todos del jardín, vió ir cayendo la luz del sol que se ocultaba tras de los altos árboles del jardín, y quedó sumergida en aquella amarga atonía, que cuando no estaba poseída de la ira, era el estado habitual de su sér.

Ella amaba; pero en un principio aquel amor le había traído la tristeza, y entonces le traía la desesperación: cuanto más iba llenando su alma, tanto más veía la imposibilidad de ser dichosa, tanto más se veía condenada á la soledad del corazón.

Para que Gustavo la hubiera amado, necesi-

á París, que la alejará de mí, y yo caeré en la noche eterna de mis malas pasiones.

Gustavo veía aún un rayo de luz: Teresa no veía más que en la negra sombra de su odio hacía todo lo que es bello, noble y bueno, y envolvía en su aversión á la misma inocente niña, que era el ídolo y el amor de todos los demás individuos de la familia.

No obstante, el dolor y el aislamiento unían á la solterona y al joven: éste sentía cierta lástima por Teresa; en cuanto á Teresa, cuando veía cerca de ella á aquel bello y melancólico joven, sentía en su corazón movimientos que á ella misma la asombraban, y que tenían alguna semejanza con los ímpetus de su primera, última y única pasión.

VII

Teresa, sentada en su cuarto y al lado de su ventana, que daba al jardín, había visto de lejos toda la escena que había tenido lugar entre su familia y el banquero de París Mr. Cottin: de buena gana hubiera bajado, llevada por su curiosidad, á ver ocultos á su hermano, y aquél, y á Sofía primero recitando, y cantando después; pero no quiso demostrar que se interesaba por nada, y se quedó inmóvil y devorando el enojo que le causaban, así el talento de su sobrina, como el entusiasmo de sus hermanos.

Vió retirarse á todos del jardín, vió ir cayendo la luz del sol que se ocultaba tras de los altos árboles del jardín, y quedó sumergida en aquella amarga atonía, que cuando no estaba poseída de la ira, era el estado habitual de su ser.

Ella amaba; pero en un principio aquel amor le había traído la tristeza, y entonces le traía la desesperación: cuanto más iba llenando su alma, tanto más veía la imposibilidad de ser dichosa, tanto más se veía condenada á la soledad del corazón.

Para que Gustavo la hubiera amado, necesi-

taba ella ser todavía la bella niña que todos admiraban cuando tenía diez y seis años.

No era extraña, por cierto, aquella desgraciada pasión: los pocos jóvenes que iban á casa de Mr. Restaud, no reparaban en Teresa, ó la trataban como á una señora mayor: sólo Gustavo la atendía y usaba con ella de modales dulces y francos.

Por lo que hace al joven, no sospechaba la funesta pasión de que era objeto, y creía á Mlle. Restaud una persona muy desgraciada, así por las circunstancias de que estaba rodeada, como por su carácter sombrío y caviloso.

La puerta se abrió, y Teresa volvió la cabeza con un movimiento maquinal.

Cuando vió la persona que entraba, se estremeció violentamente, y un relámpago pasó por sus ojos; era la primera vez que Gustavo entraba en su cuarto; la luz era ya muy débil; la luna aparecía en el cielo llena de majestad; los perfumes embriagadores de la primavera subían hasta la ventana de Teresa; todo era belleza y poesía; y la esbelta figura de Gustavo Blaye estaba en perfecta armonía con aquella atmósfera de amor, empapada de perfumes y exuberante de armonía.

La pobre Teresa se creyó por un instante bella y joven; la imaginación ardiente y poco gastada, pues hasta entonces nunca había soñado, le fingía sueños peligrosos á la edad en que todas las mujeres gozan de la plenitud de su razón: un canto

subía desde su corazón á su cerebro con embriagadoras melodías.

—Mi querida señorita Teresa, perdón por venir á molestaros, dijo Gustavo tomando la mano que Teresa le alargaba y estrechándola con cariñosa cordialidad: vos quizá estaríais entregada á vuestras devociones, y yo vengo quizá á incomodaros.

Teresa fijó en el joven sus negros ojos, en los que brillaba una amorosa expresión; no se había dado cuenta de lo que la hablaba; la presencia de Gustavo allí estaba en armonía con sus pensamientos: lo que él decía no llegó á sus oídos más que como un sonido dulce y acariciador.

—El caso es tan grave, que he venido al instante á deciros lo que pasa, prosiguió el joven: mi tío y vuestro hermano estaba completamente arruinado.

—¡Arruinado! ¡luego mi dote corre peligro! exclamó Teresa, arrancada de repente á sus sueños; ¡arruinado! ¿es eso cierto?

—Lo era, repuso Gustavo: ¡pero ya no lo es!

—¿Qué queréis decir?

—Mr. Cottin, el banquero de París que ha llegado hoy, tenía créditos contra mi tío, que á exigir su cobro, le arruinaban; pero el banquero, por yo no sé qué inexplicable sentimiento de abnegación y casi de heroísmo, le ha eximido de los pagos y le ha enviado las letras como satisfechas.

—¿Luego ese Mr. Cottin es muy opulento?

—Lo fué su padre; mas la fortuna personal de

Mr. Augusto Cottin estaba muy disminuía por los gastos excesivos de su vida de fausto y de galantería: la cesión de esos créditos ha debido dejarle casi arruinado.

—Mi hermano es incapaz de haberle dicho la angustia en que se encontraba, observó la solterona; yo le conozco bien, y para su orgullo sería más fácil la muerte que semejante confesión.

—No la ha hecho, dijo Gustavo; mi tío se hallaba desesperado, y estoy casi por asegurar que estaba decidido á morir.

—¿De dónde inferís eso? preguntó Teresa con una frialdad que estremeció á Gustavo.

—Le vi sacar y preparar su caja de pistolas, y yo mismo fui á avisar á mi tía.

—¿Habrá hablado Adela á Mr. Cottin?

—Lo ignoro, señorita.

—¡Pues no puede ser otra cosa! exclamó Teresa con una explosión de júbilo; ella le ha interesado con sus coqueterías, y Mr. Cottin, hombre frívolo y galante, se ha enamorado de ella, ó á lo menos se ha decidido por pasatiempo á intentar su conquista.

Gustavo no contestó; hacia algunos minutos que parecía absorto en una preocupación profunda.

—¡Y mi pobre hermano sin sospechar nada! prosiguió Teresa, complaciéndose en aquel malvado pensamiento, que era el que halagaba más su rencor hacia la pobre Adela; ¡oh! yo se lo diré todo... yo le abriré los ojos...

—¡Oh! ¡vos estáis equivocada, señorita! dijo Gustavo, respondiendo más bien á su propio pensamiento que al malvado de la solterona; ¡si! vos no os ponéis en lo cierto; no, no; la extraña generosidad de ese hombre tiene otro motivo; estad segura de esto.

—¿Qué otro motivo puede ser?

—La admiración que Sofía le ha inspirado.

—Sofía es una niña, objetó Teresa con un violento gesto de incredulidad y de desdén; quien interesa al banquero, es Adela.

—No; os repito que no es mi tía la que ha salvado esta casa de la ruína: ¡ojalá fuera así!

—¿Que tenéis? exclamó Teresa; esa tristeza, ese abatimiento... ¿qué os pasa?

—Nada, no es nada; ó más bien, son sueños vanos, murmuró el joven; yo no sé lo que pasa en mí... Sofía es una niña, y sin embargo...

—¡Acabad...!

—¡La amo!

Un rayo que hubiera caído á los pies de Teresa, la hubiera dejado menos petrificada que aquella confesión; en sus sueños había creído que el pobre Gustavo Blaye, pobre y envidioso, aislado y de carácter silencioso y concentrado, la amaba á ella, llevado de esa imperiosa necesidad de afecciones que domina á la juventud; en aquella dulce ilusión se había mecido durante largo tiempo, con aquella dicha había soñado, y de repente se veía caída de la altura de sus sueños al espan-

toso desierto de su soledad, de su tristeza y de su duelo.

—¡La amáis! repitió con voz sorda y convulsiva.

—A pesar mío... pero con toda mi alma, respondió Gustavo, alzando al cielo sus negros y apasionados ojos como para tomarle por testigo de su afirmación. Cómo ha nacido este amor, no lo sé, ni podría por consiguiente explicarlo, señorita; pero él llena mi vida; y si busco la soledad, es sólo para soñar con él... ¡Ah! permitidme que os abra mi corazón, prosiguió el joven; permitidme que os diga cuáles son mis sueños de dicha, vos hacia quien me lleva la poderosa simpatía que une á todos los que son desdichados: porque vos, como yo, vivís aislada y sola en medio de esta familia feliz, y vos me escucharéis y me comprenderéis mejor que nadie!...

—¡Hablad! dijo Teresa con una calma aterradora y que hubiera estremecido á Gustavo si hubiera podido suponer la tempestad que se encerraba en aquella alma.

—Pues bien, cuando llegué aquí, Sofía me era agradable porque me recordaba á mis pobres hermanitas: luego, poco á poco, y sin saber cómo, se fué apoderando de mi voluntad, y sólo cerca de ella me hallaba bien y tranquilo; pero desde hace poco tiempo mi pensamiento fijo se encierra en buscar los medios de vivir con ella, de hacerla mi esposa, de unir mi vida á la suya para siempre: ¿no sería esto posible, señorita?

—No, respondió duramente la solterona.

—Yo puedo trabajar como hasta hoy al lado de mi tío, y hacerme una posición ventajosa en el comercio: mi cuna es igual á la de Sofía, y cuando ésta tenga tres ó cuatro años más, acaso sus padres preferirán á un esposo que no la separe de su lado, que á uno que la lleve á París ó al extranjero.

—Mi querido amiguito, dijo Teresa Restaud, levántandose rígida, helada, implacable; no alimentéis sueños vanos: mi sobrina no será jamás para vos: yo trataré de impedirlo: ¿quién os ha metido en la cabeza tanta vanidad y tan locas esperanzas? ¿Quién sois vos? Un pobre muchacho recogido por la caridad de mi hermano: idos de aquí y dejadme ya en paz. Los padres de Sofía tienen aspiraciones más altas, y no casarían á su hija única con un escribiente de su casa! No subáis soñando, porque os despeñaréis sin remedio... Vamos, volved de vuestro estúpido asombro y dejadme ya en paz! ¡bastante me habéis aburrido!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

VIII

No bien llegó á París Augusto Cottin, su primer cuidado fué escribir la siguiente carta:

«Sr. Marqués de Flavigny:—Un golpe imprevisto, debido á un negocio desgraciado, ha reducido á la mitad mi fortuna: creo de mi deber participároslo: decid á la señorita Blanca que, bien á pesar mío, la devuelvo su libertad y que yo me reservo sólo el derecho de ser su mejor amigo y el de V.

AUGUSTO COTTIN.»

Una hora después, un lacayo con librea entregaba á Santiago, el ayuda de cámara de Augusto, una deliciosa cartita, escrita en papel satinado, perfumada y cerrada cen el blasón de la casa de Flavigny, impreso en lacre color de lila muy claro.

Augusto se sonrió tristemente y leyó la carta, que encerraba estas palabras:

«No es el revés de fortuna que ha venido á heriros, lo que os hace renunciar á mi mano; es otro motivo, muy triste para mí, y que para vos no es nada honroso: ya sabéis que yo no os amo

por vuestra fortuna, sino sólo por vos, y que soy bastante rica para que no tema al porvenir, sea cualquiera la desgracia material que lamentéis.

»Lo que me abrume, lo que desgarrar mi corazón, es saber que lo que yo creía un capricho, ha llegado á ser en vos afición formal, aunque indigna, y que amáis verdaderamente á una actriz... bien sabéis, Augusto, que es el alma lo que yo buscaba en vos; pero acaso habéis dado también el alma á esa mujer, y acaso la suya sea digna de poseer la vuestra que tanto amaba yo.

»Sea como quiera, sabed, Augusto, que si á vos os es posible olvidar á esa mujer, yo me hallo dispuesta á perdonaros, y que jamás os recordaré que habéis renunciado voluntariamente á mí: yo he crecido amándoos: este cariño ha echado en mi alma muy hondas raíces para que quiera ó pueda desprenderme de él, y no os quiero ocultar que si no soy vuestra esposa, seré desgraciada toda mi vida.

BLANCA DE FLAVIGNY.»

Esta tierna carta trajo lágrimas á los ojos de Augusto: no se podía unir en un escrito, de una manera más encantadora, la pureza y el amor, la dignidad y la dulzura: aquella carta evocaba además una imagen de una hermosura ideal. Augusto había amado á Blanca con el entusiasmo engañoso del primer amor, entusiasmo que no por ser exagerado era menos verdadero.

—¡Oh! exclamó; ¡ojalá fuera el amor de Eva lo que me impidiese casarme contigo, mi pobre y querida Blanca! ¡si así fuera, no tendrías tú una rival muy peligrosa!... pero...

Detúvose aquí el joven sin atreverse á formular su pensamiento, y siguió midiendo la estancia con pasos desiguales.

Al día siguiente por la mañana, vino á sacarle de sus meditaciones un billete de Eva que contenía sólo algunos renglones:

«Estoy de vuelta—decía: he ido al teatro, donde he hecho *grande efecto*: como que llevaba preparado para eso un delicioso traje; sólo á mí han mirado los elegantes de Burdeos: te espero.

EVA.»

Augusto á pesar de esta carta, no salió de su casa en todo el día.

A las siete pidió la comida y se sentó solo á la mesa, lo que durante largo tiempo no le sucedía.

Terminada, se retiró á su cuarto de dormir, deliciosa habitación amueblada con rica y severa sencillez, y continuó sumergido en sus cavilaciones, que se iban haciendo cada vez más dolorosas.

¿Qué partido debería tomar?

¿Debería casarse con Blanca?

Esta le amaba y renunciaba á la fortuna que pudiera ofrecerla: le perdonaba las infidelidades

que sabía le había cometido, y se mostraba llena de generosidad.

Era además la esposa elegida por su madre, y la sola que se había prometido tener.

¿Debería dejar á Eva?

Todo lo temía del celoso despecho de la actriz, que estaba también, á pesar de su carácter frívolo, profundamente apasionada de él.

¿Sería más conveniente y más deseable para su felicidad, seguir en sus relaciones con Eva y dilatar su casamiento con la hija del Marqués de Flavigny?

Augusto no sabía qué decision tomar, porque ninguna satisfacía su corazón.

Entre aquellas dos mujeres, tan hermosas, tan codiciadas por todos los hombres del París elegante, se levantaba una sombra infantil, una niña con voz de sirena y rostro de ángel.

Era Sofía Restaud.

Dieron las nueve de la noche, y el sonido de la campanilla se dejó oír débil y medroso, en la puerta de la escalera.

Un instante después entró Santiago.

—Señor, dijo, una dama desea veros.

—¿Es la señorita Eva?

—No señor, respondió Santiago: viene cubierta con un velo.

Augusto se puso pálido.

—Condúcela aquí, dijo con voz cortada y trémula.

Atusó delante de un espejo los hermosos rizos de sus cabellos, y se acercó á la puerta para recibir á la incógnita, que apareció algunos instantes después.

Era una figura esbelta, fina, casi aérea; en el sonido de su vestido verde malva se conocía que era de rica seda; una manteleta con lazos de graciosa hechura, y un sombrerito oscuro con un velo, completaban su atavío. Un dulce perfume quedaba en pos de aquella mujer, que decía bien claro pertenecer á la más alta clase por la distinción de sus maneras y el aire de perfecta elegancia de toda su persona.

Entró con tanta timidez, que Augusto le alargó su mano con respeto y la condujo á un sillón cercano.

—Blanca, dijo al ver que ella, oprimida de turbación y de rubor, no acertaba á romper el silencio: mi querida, mi generosa Blanca, mi corazón os ha reconocido desde antes que os viera; mis ojos os reconocen ahora... yo debo daros gracias de rodillas por el honor que hacéis á esta casa, que desde hoy será un templo para mí: serenáos, Blanca, y pensad que en casa de vuestro hermano no estaríais con más seguridad que aquí...

La señorita de Flavigny alzó su velo y mostró á los ojos de Arturo un rostro de ángel, á la sazón profundamente pálido por una dolorosa emoción.

—No me culpéis por este paso indigno de mí, dijo con voz débil, y alzando tímidamente hasta

su prometido sus hermosos ojos oscuros, llenos de dulzura y de sensibilidad: os he escrito una carta, Augusto... ¿la habéis recibido, ó ha sufrido extravío, como temo?

—He recibido una carta vuestra, dijo Augusto con tristeza.

—¿La habéis leído?

—¡Sí!

—¿Y no habéis podido contestar á ella?

—Quería meditar antes mi respuesta.

—Nada tengo ya que hacer aquí, dijo Blanca levantándose con la energía de la desesperación; vuestro corazón está cerrado para mí.

Quiso dar un paso hacia la puerta, pero las fuerzas le faltaron, y hubo de apoyarse en el brazo de un sillón.

Era una frágil criatura que no llegaba á diez y nueve años, y cuyo carácter dulce y tímido no podía tomar ninguna resolución enérgica sin que su corazón se destrozase.

Blanca de Flavigny no tenía madre: educada por su padre con una ternura extrema, no conocía del mundo más que las flores, no había amado más que á Augusto, y aquel amor resumía para ella la vida entera.

—¡Blanca, por Dios, no me dejéis así! exclamó Mr. Cottin; esperad un instante... dejad que os abra mi corazón: ¡vos sois generosa y buena, estáis dotada de talento, y me comprenderéis...!

El ruido de la campanilla, que sonó nuevamen-

te, cortó la palabra á Augusto; pero aquella vez sonaba agitada por una mano fuerte y de una manera violenta.

Se oyó abrir á Santiago, y luego se le oyó hablar de una manera suplicante y contenida; una voz de mujer, delgada y musical, respondió en un diapasón bastante alto, y después se dejó oír á un tiempo un paso ligero, el roce de un traje de seda, y una arieta muy graciosa y muy en boga en aquella época, que salía de una garganta femenil.

Al oír toda aquella serie de sonidos, no fué la palidez lo que vistió las mejillas de Augusto, sino un subido carmín; encendiéndose en su mirada la llama del enojo, y rápido como el pensamiento, se dirigió á la puerta y echó el cerrojo por dentro.

Blanca se había quedado pálida é inmóvil.

Detúvose el rumor del traje al lado de la puerta cerrada, y una mano pequeña dió dos ó tres golpecitos suaves, al mismo tiempo que una dulce voz decía;

—¡Abre, Augusto!

Este permaneció de pie é inmóvil; Blanca, trémula y llena de espanto.

—Abre, repitió la voz; soy yo, Eva; tu Eva; sé que estás ahí... no te hagas el tonto.

—No puedo abrir ahora, dijo Mr. Cottin, sin saber lo que decía; véte, Eva, y yo iré á verte luego.

—¡No me iré sin hablarte...! ¡no faltaba más!

abre; estaré aquí un rato, y luego nos iremos juntos al teatro, donde trabajo á última hora.

—Ocultáos allí, en mi gabinete de tocador, Blanca! dijo Augusto con acento suplicante.

La señorita de Flavigny fijó en su prometido una mirada centelleante y en la que se veían unidas la expresión de un agudo dolor y la de un desdén profundo.

—¡Lo ridículo de la situación os afecta de tal suerte, que os extravia! dijo; ¡yo no sabría ni quiero ocultarme! ¡abrid esa puerta ahora mismo!

Blanca señaló con un ademán lleno de majestad á la puerta cerrada.

Augusto descorrió el cerrojo sin replicar una sola palabra, y recibió á Eva con una mirada furiosa.

Esta venía envuelta en una capa de terciopelo, para preservarse del fresco de la noche; una especie de turbante de gasa blanca cubría su cabeza, y por debajo salía su rubia cabellera en gruesos y espesos rizos: era imposible imaginar una aparición más bella; entre los aéreos pliegues de su prendido se veían los mil fuegos de una rosa de brillantes, y sus ricos pendientes, asimismo de brillantes, comunicaban á su rostro, un tanto pálido y blanco como una camelia, una belleza deslumbradora.

Sin embargo, la modesta gracia de Mlle. de Flavigny, y su pura belleza, nada desmerecían al lado de aquella hermosa criatura que se llamaba Eva Favart.

—¡Ah! ¡ya! ¡ya sé por qué no querías abrir la puerta! exclamó mirando con osadía á Blanca; parece que las señoritas de la alta clase se igualan ya con las actrices.

—¡Eva! exclamó con enojo creciente el banquero.

—No necesito de vuestra defensa, caballero, dijo Blanca con dolorosa dignidad, como no necesito de la de nadie, ni aun de la mía propia; excusándome con esta señorita, sería como únicamente podría bajar algún tanto á su nivel; así, pues, decidle vos que iba ya á salir cuando ella llegó, y que por lo mismo el campo queda por suyo.

Blanca se dirigió á la puerta con paso firme; al lado de aquella puerta estaba aún Eva de pie; Mlle. de Flavigny separó su traje con la mano, del mismo modo que hubiera hecho al pasar por el lado de una persona apestada, y empleó para esta acción tanto desdén, que la llama de la cólera subió al lindo rostro de la actriz.

Esta la siguió con una mirada de rencor. Augusto, absorto, siguió no obstante á Blanca, con intención de acompañarla hasta su coche; pero Mlle. de Flavigny le hizo con la mano una señal tan imperiosa, que se quedó clavado en su sitio.

Cuando el rumor del carruaje sacó á Augusto del estado de estupor en que se hallaba, volvió á su cuarto, donde Eva le esperaba muda, inmóvil y sombría.

—Mi querida niña, le dijo el banquero, todo ha concluído entre nosotros.

—¿Todo? repitió Eva.

—Todo... y para siempre.

Reinó un largo silencio.

—¿Qué te he hecho? preguntó Eva con voz alterada por las lágrimas.

—No te amo ya.

—¿Vas á casarte con Blanca de Flavigny?

—Voy á emprender mañana un viaje que durará tres años.

El silencio volvió á reinar.

Eva esperaba una mirada de Augusto; pero en vano la esperó durante un cuarto de hora.

—Adiós, pues... le dijo, ¡y sé dichoso!

—Adiós, repitió el banquero débilmente.

Eva salió.

Todo lazo quedaba roto entre aquellos dos seres, jóvenes, hermosos, halagados por la fortuna, y que habían vivido en tan dulce intimidad.

—Mañana salimos para un viaje muy largo, dijo Augusto á su ayuda de cámara, que había entrado á recibir sus órdenes: ahora véte y déjame que trate de reposar!

IX

Seis meses después, Mr. Restaud, sentado delante de su pupitre, escribía una larga carta; este trabajo parecía serle agradable, porque en su grave y simpático rostro se pintaba una tierna y profunda emoción.

Con el privilegio de narradores, la leeremos desde el primer renglón, para que la conozcan nuestros lectores.

Decía así:

«Hoy, mi noble y generoso amigo, he recibido vuestra carta, y no bien la he leído á mi mujer y á mi hija, tomo la pluma para contestarla atentamente.

»He visto por ella vuestro viaje á Alemania, emprendido, según me decís, para curar de una terrible enfermedad del ánimo: ¿cuál podéis padecer vos, tan bueno, tan generoso, dotado de un alma tan elevada y tierna?

»Si es verdad innegable que los que sienten mucho sufren más que las personas dotadas de un temperamento frío y egoísta, no es menos cierto que la rapidez y profundidad de sus sensaciones les proporcionan goces desconocidos para los

—Mi querida niña, le dijo el banquero, todo ha concluído entre nosotros.

—¿Todo? repitió Eva.

—Todo... y para siempre.

Reinó un largo silencio.

—¿Qué te he hecho? preguntó Eva con voz alterada por las lágrimas.

—No te amo ya.

—¿Vas á casarte con Blanca de Flavigny?

—Voy á emprender mañana un viaje que durará tres años.

El silencio volvió á reinar.

Eva esperaba una mirada de Augusto; pero en vano la esperó durante un cuarto de hora.

—Adiós, pues... le dijo, ¡y sé dichoso!

—Adiós, repitió el banquero débilmente.

Eva salió.

Todo lazo quedaba roto entre aquellos dos seres, jóvenes, hermosos, halagados por la fortuna, y que habían vivido en tan dulce intimidad.

—Mañana salimos para un viaje muy largo, dijo Augusto á su ayuda de cámara, que había entrado á recibir sus órdenes: ahora véte y déjame que trate de reposar!

IX

Seis meses después, Mr. Restaud, sentado delante de su pupitre, escribía una larga carta; este trabajo parecía serle agradable, porque en su grave y simpático rostro se pintaba una tierna y profunda emoción.

Con el privilegio de narradores, la leeremos desde el primer renglón, para que la conozcan nuestros lectores.

Decía así:

«Hoy, mi noble y generoso amigo, he recibido vuestra carta, y no bien la he leído á mi mujer y á mi hija, tomo la pluma para contestarla atentamente.

»He visto por ella vuestro viaje á Alemania, emprendido, según me decís, para curar de una terrible enfermedad del ánimo: ¿cuál podéis padecer vos, tan bueno, tan generoso, dotado de un alma tan elevada y tierna?

»Si es verdad innegable que los que sienten mucho sufren más que las personas dotadas de un temperamento frío y egoísta, no es menos cierto que la rapidez y profundidad de sus sensaciones les proporcionan goces desconocidos para los

demás: sea como quiera, y si sufrís, sirvaos de consuelo el saber que habéis dado la dicha á toda una familia, que os debe más que la vida, pues os debe el honor: ¡sí, amigo mío, sí, mi ángel tutelar! yo iba á morir el día que llegásteis á esta casa, y vuestra mano generosa cerró el abismo abierto ante mis pies, y en cuyo fondo estaba el suicidio para mí y la pobreza para mi esposa é hija! Que Dios os bendiga, como cada día desde entonces os bendecimos ellas y yo! ¡Que el cielo os guíe en todas vuestras empresas, y que por todas partes os sigan la dicha y la prosperidad! ¡yo tengo la certeza de que será así, y de que, aun en este mundo, hallaréis el premio concedido por la Providencia á los que son su imagen en la tierra!

»Dentro de un año espero poder pagaros la deuda material que con vos tengo contraída; ¡la del alma, no la pagaré jamás! Gracias á vuestro generoso desprendimiento, los negocios de mi casa han vuelto á tomar su giro ordinario, las operaciones han tenido ventajosos resultados, y mi ruina es ya imposible: soy rico otra vez, y rico llamo á no deber nada á nadie, á tener un crédito asegurado y á marchar con holgura en mis modestas especulaciones: todo esto os debo. Por los más pequeños detalles de nuestra felicidad material, de nuestra tranquilidad moral, os damos gracias los tres con las manos juntas y las lágrimas en los ojos, y á través del espacio nuestras almas se dirigen á vos como á una segunda Providencia, como

á un mensajero de la celeste que vela por todos nosotros.

»Sofía manifiesta cada día una vocación más decidida por la literatura; ha escrito una linda novelita que ha dedicado á su madre y que se llama *La rosa blanca*: á no ser porque temo que el vuelo de su imaginación la haga desdichada, la daría á la imprenta y repartiría los pocos ejemplares que se tirasen entre las familias de nuestra amistad en Burdeos; pero, amigo mío, yo creo que el medio de hacer á mi hija dichosa no es el ayudarla á que sea literata, sino hacerla vivir un poco más en las regiones de la prosa que en las de la poesía: se casará con su primo Gustavo, y será una buena madre de familia y una mujer distinguida en el término que es necesario á la felicidad de la mujer. Siento en el alma el que mi esposa, demasiado poética é idealista para ser dichosa, la haya transmitido en vida, como dice la buena Misstris Rawlings, la herencia de sus cualidades, y no seré yo quien procure formentarlas, á pesar de los ruegos de Adela, que pretende hacerme creer que Sofía ha nacido para ser grande.

»Dentro de seis meses cumpliré, según me encargáis, mi promesa á la madre y á la hija de llevarlas á París, si bien no será á vuestra casa: vos tenéis demasiado talento y mundo para que yo tenga necesidad de explicaros el motivo de esta determinación, y sabéis que no habiéndoos casado, como pensábais, la presencia de mi esposa é hija en vues-

tra casa de soltero sería extraña. Sofía, aunque sólo tiene trece años, está crecida, y acaso ha llegado ya á la estatura mediana que ha de tener: cuando volváis, amigo mío, la hallaréis, si no hermosa, á lo menos muy interesante; se parece á su madre, y para mí este es el más grande de sus méritos.

»Sólo me resta hablaros de Teresa: mi pobre hermana es hoy más desdichada que nunca: todo el lado derecho se la ha quedado completamente paralizado á consecuencia de no sé qué fuerte emoción experimentada el mismo día en que vos vinisteis á dar á esta casa el consuelo y la paz; eso asegura el médico; y á la verdad que en seis meses, aun no he vuelto en mí del asombro que me ha causado el saber á mi hermana capaz de emociones violentas: ello es que la infeliz Teresa se halla en un estado tal de exacerbación, que temo por su juicio, y creo no está lejos el día en que se ponga tan furiosa que maltrate todo aquello que esté al alcance de su mano, sin exceptuar ni aun á su familia; nada basta á calmarla, y la ternura de mi mujer, así como las caricias de Sofía, le han llegado á ser insoportables; así es que éstas le han tomado un terror invencible, y apenas se atreven á preguntarle por su salud desde una distancia respetable.

Esta pobre mujer constituye la mancha negra de nuestro cielo; hasta Gustavo es para nosotros un bien, pues desde que el humor acre y amargo de mi hermana le ha separado de ella, se ha ape-

gado á nosotros con un cariño más tierno y más puro; ama á Sofía, y este amor ha templado la amargura de la emulación que vivía en su alma al comparar su desgracia con lo que él llamaba mi fortuna.

»Ya sabéis, amigo mío, todo lo que nos sucede; ya sabéis cuál es el estado de toda esta familia: cada uno de nosotros, abriga un deseo que domina á todos los demás: ¡veros! ¡besar vuestra mano generosa! deciros todo lo que rehusásteis oír cuando después de habernos salvado de la deshonra y de la muerte, huísteis de esta ciudad, donde os busqué en vano; sed dichoso en esos lugares, pero no olvidéis que aquí os esperan tres corazones todos vuestros.

»Sofía dice que ahora temerá recitar versos delante de vos, porque habéis vivido en la patria de la poesía; os saluda y os envía, como su madre, un tierno apretón de manos: recibid de la madre y de la hija el eterno é invariable recuerdo, con el que os dedica vuestro siempre agradecido y apasionado amigo

EDMUNDO RESTAUD.»

Como unos cinco meses después, recibió el padre de Sofía la siguiente carta fechada en Irlanda:

«Mi querido amigo: Acercándose el tiempo en que debéis cumplirme la promesa de ir á París con Mme. y Mlle. Restaud, os ruego que dispongáis de mi casa, pues no estando yo en ella, no hay nin-

gún inconveniente: yo llegaré muy pronto; pero á la vez que he mandado á mis criados os esperen en la casa que váis á hacerme el honor de ocupar, he mandado también que me dispongan una habitación en un hotel cercano.

»Decid á Misstris Rawlings que no le perdono la visita; y á Gustavo, que si vos lo permitís y los negocios de la casa lo consienten, tendré un placer en que tome posesión de una habitación que he mandado también prepararle.

»Hasta la vista, amigo mío: mil recuerdos á Mme. Restaud y á Sofía, de las cuales soy, como vuestro, amigo afectísimo

Augusto Cottin.»

Veinte días después de recibir esta carta, Mr. y Mme. Restaud, acompañados de Sofía y de Misstris Rawlings, partieron para París y se instalaron en la linda habitación que ocupaba Augusto en la calle de Babilonia.

Teresa quedaba en Burdeos, culpando amargamente la conducta de su hermano, que llevaba á su esposa á la casa del hombre que la amaba, y á Adela, que había tenido la hipócrita maña de vencer á su marido de lo que ella deseaba.

Gustavo, desesperado con la marcha de Sofía, se encerró en el escritorio, á fin de hacer más cortos por medio de un trabajo asiduo los días que debía tardar en ir á París, según las órdenes de su tío, que le concedía también el que fuese á pasar unos días á su lado.

X

Era una helada noche del mes de Enero; el cielo sereno no estaba empañado por la más ligera nube; la luna brillaba con toda su bella claridad en medio del firmamento é iluminaba las fachadas de las casas de París, cuyos balcones estaban herméticamente cerrados.

A través de las puertas de cristales de las tiendas y los cafés se escapaban raudales de viva luz; pero muy pocas personas se veían transitar por las calles, á pesar de no ser más que las nueve, pues helaba á la sazón de esa manera intensa y amarga que hace pensar en los mendigos, en los desvalidos, y hasta en los pobres animalitos expuestos á la intemperie por descuido ó dureza de sus amos, ó acaso por carecer de ellos.

Una silla de posta, bien cerrada, y que rodaba con rapidez, entró en la calle de Babilonia: los postillones, envueltos en sus capotes forrados de pieles, detuvieron el soberbio tiro, y la gran puerta de encina de un palacio se abrió, apareciendo el conserje con su gorro en la mano.

El coche entró en el gran patio; la portezuela se abrió, y un hombre saltó al suelo.

—Buenas noches, Jolivet, dijo al conserje; cubrios la cabeza, que hace mucho frío.

gún inconveniente: yo llegaré muy pronto; pero á la vez que he mandado á mis criados os esperen en la casa que váis á hacerme el honor de ocupar, he mandado también que me dispongan una habitación en un hotel cercano.

»Decid á Misstris Rawlings que no le perdono la visita; y á Gustavo, que si vos lo permitís y los negocios de la casa lo consienten, tendré un placer en que tome posesión de una habitación que he mandado también prepararle.

»Hasta la vista, amigo mío: mil recuerdos á Mme. Restaud y á Sofía, de las cuales soy, como vuestro, amigo afectísimo

Augusto Cottin.»

Veinte días después de recibir esta carta, Mr. y Mme. Restaud, acompañados de Sofía y de Misstris Rawlings, partieron para París y se instalaron en la linda habitación que ocupaba Augusto en la calle de Babilonia.

Teresa quedaba en Burdeos, culpando amargamente la conducta de su hermano, que llevaba á su esposa á la casa del hombre que la amaba, y á Adela, que había tenido la hipócrita maña de vencer á su marido de lo que ella deseaba.

Gustavo, desesperado con la marcha de Sofía, se encerró en el escritorio, á fin de hacer más cortos por medio de un trabajo asiduo los días que debía tardar en ir á París, según las órdenes de su tío, que le concedía también el que fuese á pasar unos días á su lado.

X

Era una helada noche del mes de Enero; el cielo sereno no estaba empañado por la más ligera nube; la luna brillaba con toda su bella claridad en medio del firmamento é iluminaba las fachadas de las casas de París, cuyos balcones estaban herméticamente cerrados.

A través de las puertas de cristales de las tiendas y los cafés se escapaban raudales de viva luz; pero muy pocas personas se veían transitar por las calles, á pesar de no ser más que las nueve, pues helaba á la sazón de esa manera intensa y amarga que hace pensar en los mendigos, en los desvalidos, y hasta en los pobres animalitos expuestos á la intemperie por descuido ó dureza de sus amos, ó acaso por carecer de ellos.

Una silla de posta, bien cerrada, y que rodaba con rapidez, entró en la calle de Babilonia: los postillones, envueltos en sus capotes forrados de pieles, detuvieron el soberbio tiro, y la gran puerta de encina de un palacio se abrió, apareciendo el conserje con su gorro en la mano.

El coche entró en el gran patio; la portezuela se abrió, y un hombre saltó al suelo.

—Buenas noches, Jolivet, dijo al conserje; cubrios la cabeza, que hace mucho frío.

—¿Llega el señor con buena salud? preguntó Jolivet; con respetuoso interés.

—Excelente, pero molido del viaje: ea, retiráos; ya hay luces arriba; Santiago, sube delante, y que abran mi cuarto sin ruido; no quiero molestar á los señores Restaud, si tienen gente ó están en familia; me servirás algún fiambre y me acostaré al instante.

En tanto que el viajero hablaba así, algunos criados con luces habian ido apostándose en la escalera: los postillones desengancharon, metieron el tiro en la caballeriza y proveyeron á su cansancio y á la reparación de sus fuerzas.

Los criados recibieron á Augusto con mil demostraciones de afecto: él los saludó asimismo con la dulce benevolencia que formaba el fondo de su carácter, y entró en su cuarto, despojándose al instante de su redingote de viaje.

—Los señores de Restaud, ¿se hallan en casa? preguntó á su segundo ayuda de cámara.

—No señor, respondió éste; Mr. y Mme. Restaud han ido al teatro; la señorita se ha quedado en casa con su aya.

Un rayo de alegría brilló en los ojos del banquero, pero guardó silencio.

—¿Está enferma la señorita Restaud? preguntó al cabo de algunos instantes.

—Se quejaba de la cabeza, según me ha dicho la doncella de Mme. Restaud.

—¿Se halla acostada?

—Creo que sí, señor.

—Está bien: servidme sin ruido algo en el comedor; y tú Santiago, vé á avisar al hotel Inglés, que voy dentro de una hora.

—¿No duerme ya aquí el señor esta noche?

—¡No! he pensado otra cosa: mi habitación debe estar allí dispuesta, y no quiero esperar á mañana: vé tú y espérame.

Santiago salió de mala gana.

Su amo, sin despojarse de su traje, se puso á pasear con aire pensativo por el aposento.

A la tercera vuelta, apareció su segundo ayuda de cámara y dijo:

—El señor está servido.

Mr. Cottin se dirigió al comedor: antes de llegar á éste se hallaba una salita donde Augusto tenía una pequeña biblioteca, que usaba más que la grande, colocada á la espalda de su cuarto de trabajo: por la puerta entreabierta de aquella sala se escapaba un rayo de luz. Augusto acercó á ella su cabeza, y ahogó un grito de sorpresa que acudió á sus labios.

Acostada graciosamente en un diván de seda dormía una jovencita que su corazón reconoció al instante: era Sofía: su peregrina cabeza rubia estaba reclinada en un almohadón moruno, y algunos largos rizos desprendidos del peine de concha que sujetaba sus cabellos se extendían por su espalda y hombros.

Sobre una mesa redonda colocada delante del

diván se veía un libro abierto, donde había leído, á no dudar, Sofía antes de entregarse al sueño; una lámpara de plata ardía sobre la misma mesa. Sofía estaba vestida con un traje de abrigo, de colores vivos á grandes flores; la manga hueca del hombro prestaba á la forma infantil de su espalda una graciosa anchura, y bajaba hasta ceñir con una sencillez enteramente virginal su preciosa mano: por debajo de los pliegues de la falda salían sus pies, calzados con brodequines de raso azul oscuro, más pequeños que los de una niña de nueve años; una gola de batista, alta por detrás, se abría graciosamente por delante para dejar ver su garganta, ceñida con una cinta de terciopelo negro, de la que pendía una cruz de oro semejante á las de las jóvenes neerlandesas, y un cinturón también negro, abrochado con una grande hebilla de oro, ajustaba su talle fino, pero no excesivamente delgado.

Sofía estaba verdaderamente hermosa; su pura frente, blanca como el nácar y guarnecida de cabellos rubios y rizados; sus grandes ojos azules cerrados, y guarnecidos de seda oscura; su nariz fina y pequeña, y su boca que se asemejaba á un arco de coral rosa húmedo y caprichoso, formaba un conjunto tan atractivo, que era imposible defenderse de su encanto.

Dormía con la inocencia y el abandono de su cercana infancia, con la gracia natural de su presente adolescencia; y cerca de ella, sepultada en

un ancho sillón, dormía también con profundo sueño Misstris Rawlings, vestida con su invariable traje negro y su nevada papalina.

Augusto sintió en su corazón una emoción deliciosa al ver á Sofía: aquella niña, hacía un año que vivía dentro de él; en sus viajes, en sus distracciones, la imagen de Sofía flotaba siempre y sobre todo, luminosa y pura: arrodillóse al lado del sofá, y tomó con cuidado la mano que la niña tenía caída, llevándola apasionadamente á sus labios: á aquella presión Sofía hizo un movimiento y llevó á la frente la otra mano, dejando escapar un ¡ay! de dolor: era evidente que padecía y que ni aun en el sueño hallaba alivio: Augusto conservó entre las suyas la mano de Sofía, y la contempló durante algunos instantes en mudo arrobamiento.

El tiempo pasaba sin que el banquero se apercibiese de ello; de repente, un dolor más agudo que los otros azotó las sienes de Sofía, y abrió los ojos, dando otro quejido.

Su primera mirada se fijó en el hombre que se hallaba arrodillado á sus pies y que tenía su mano; pero ni el temor ni el asombro se pintaron en sus ojos: la gratitud inundó su alma como un torrente impetuoso, y dejando escapar un grito de alegría, se incorporó y echó ambos brazos al cuello de Augusto.

—¡Ah! exclamó; ¡Dios mío, Dios mío! ¡sois vos, bienhechor de mi padre! ¡vos, vos aquí! ¡y papa

y mamá que están en el teatro! ¡aya, aya mía, que vayan al instante á buscarlos!

Sofía se había levantado y estaba sentada y abrazada á Mr. Cottin, como la hiedra al olmo: nada había en aquel extremo lleno de ternura, que ofendiese á la más pura moral: el agradecimiento desbordaba de aquel corazón infantil; la santa alegría del que halla lo que durante largo tiempo ha buscado, brillaba en los ojos de Sofía, que lanzaban rayos de ternura y derramaban esas menudas lágrimas, brillantes como gotas de rocío que salen de los ojos infantiles y que se convierten en gruesas y opacas como las gotas de la tempestad cuando se llega á la edad madura: con la cabeza echada hacia atrás y la frente coronada de rubios rizos y brillando de entusiasmo, Sofía presentaba el más bello ideal del sentimiento y de la gratitud.

Deshizose por fin el amante lazo que sus brazos habían echado al cuello de Mr. Cottin: el dolor fijo en su cabeza creció con la fuerte conmoción que había experimentado, y cayó, lanzando un gemido, en los brazos de Misstris Rawlings, que había acudido á sostenerla.

Augusto besó la pequeña mano de Sofía, que abrasaba, y salió de su casa, dirigiéndose al hotel Inglés y dejando á Mlle. Restaud entregada á los inteligentes cuidados de su aya, seguro de que el reposo aliviaría su dolencia.

XI

Una aguda fiebre atacó á Sofía aquella misma noche: la jaqueca nerviosa, aumentada con la fuerte conmoción que le produjo la inopinada vista de Augusto, encendieron en su sangre, rica de vida y de fuerza, un fuego devorador: sus padres se situaron á la cabecera de su lecho, y el mismo Augusto sólo iba al hotel á dormir, volviendo al instante al lado de la joven enferma.

Al lado de aquel lecho creció y se robusteció el amor que desde hacía tanto tiempo profesaba á aquella frágil criatura: en sus viajes, en medio de sus diversiones, lo mismo que de sus dolores, la imagen delicada y graciosa de aquella niña se hallaba siempre delante de sus ojos, y más de una vez, al ir á caer en los desórdenes de la orgía y del juego, la imagen de Sofía había venido á libertarle de ellos.

Gustavo llegó á París, no bien tuvo noticia de la enfermedad de su prima: casi se alegró de esta dolencia, que justificaba su salida de Burdeos antes de recibir, para verificarlo, las órdenes de su tío: amaba profundamente á la hija de la casta, la noble, la dulce Adela de Blaye, hermana de su

y mamá que están en el teatro! ¡aya, aya mía, que vayan al instante á buscarlos!

Sofía se había levantado y estaba sentada y abrazada á Mr. Cottin, como la hiedra al olmo: nada había en aquel extremo lleno de ternura, que ofendiese á la más pura moral: el agradecimiento desbordaba de aquel corazón infantil; la santa alegría del que halla lo que durante largo tiempo ha buscado, brillaba en los ojos de Sofía, que lanzaban rayos de ternura y derramaban esas menudas lágrimas, brillantes como gotas de rocío que salen de los ojos infantiles y que se convierten en gruesas y opacas como las gotas de la tempestad cuando se llega á la edad madura: con la cabeza echada hacia atrás y la frente coronada de rubios rizos y brillando de entusiasmo, Sofía presentaba el más bello ideal del sentimiento y de la gratitud.

Deshizose por fin el amante lazo que sus brazos habían echado al cuello de Mr. Cottin: el dolor fijo en su cabeza creció con la fuerte conmoción que había experimentado, y cayó, lanzando un gemido, en los brazos de Misstris Rawlings, que había acudido á sostenerla.

Augusto besó la pequeña mano de Sofía, que abrasaba, y salió de su casa, dirigiéndose al hotel Inglés y dejando á Mlle. Restaud entregada á los inteligentes cuidados de su aya, seguro de que el reposo aliviaría su dolencia.

XI

Una aguda fiebre atacó á Sofía aquella misma noche: la jaqueca nerviosa, aumentada con la fuerte conmoción que le produjo la inopinada vista de Augusto, encendieron en su sangre, rica de vida y de fuerza, un fuego devorador: sus padres se situaron á la cabecera de su lecho, y el mismo Augusto sólo iba al hotel á dormir, volviendo al instante al lado de la joven enferma.

Al lado de aquel lecho creció y se robusteció el amor que desde hacía tanto tiempo profesaba á aquella frágil criatura: en sus viajes, en medio de sus diversiones, lo mismo que de sus dolores, la imagen delicada y graciosa de aquella niña se hallaba siempre delante de sus ojos, y más de una vez, al ir á caer en los desórdenes de la orgía y del juego, la imagen de Sofía había venido á libertarle de ellos.

Gustavo llegó á París, no bien tuvo noticia de la enfermedad de su prima: casi se alegró de esta dolencia, que justificaba su salida de Burdeos antes de recibir, para verificarlo, las órdenes de su tío: amaba profundamente á la hija de la casta, la noble, la dulce Adela de Blaye, hermana de su

padre y ligada á él con los estrechos lazos de la sangre.

La juventud y la buena constitución de Mlle. Restaud triunfaron de la enfermedad: sus mejillas se vistieron de la dulce palidez de la convalecencia al despojarse del fatídico arrebol de la fiebre: su primera mirada fué para sus padres: la segunda, para Augusto; después dirigió una afectuosa sonrisa á su primo.

El día que se levantó, sus padres la condujeron á un ancho sillón y cada uno se sentó á su lado: Mr. Cottin, de pie, se apoyaba en la meseta de la chimenea, y Gustavo, sentado enfrente del grupo, miraba á unos y á otros con indecible ansiedad, seguro de que allí pasaba alguna cosa grave.

Su corazón se oprimía y le decía claramente que alguna cosa triste iba á pasar en su vida, y que acaso se iba á decidir para siempre de su destino.

—Hija mía, dijo Mr. Restaud, rompiendo el silencio y tomando la mano de Sofía; libre ya del peligro que amenazaba tu vida, convaleciente de la enfermedad que tan amargas horas nos ha hecho pasar, tengo el deber de complacer á nuestro amigo y bienhechor, que me insta para que te hable de un asunto que es para él muy interesante.

Sofía miró á su padre con sorpresa.

—Mr. Cottin quiere casarse; y es á ti á quien desea para esposa, prosiguió el negociante; ni tu ma-

dre ni yo podemos negarle nada; pero antes que toda otra consideración está la de tu dicha: ¿le darías tú contenta tu mano dentro de un año?

—¿Qué te sucede, Gustavo? exclamó Mme. Restaud al ver la palidez de su sobrino; ¿te sientes malo? ¿qué tienes?

—Nada, tía mía... respondió el joven; un vahido... un mareo... no es nada; necesito aire y nada más...

Gustavo salió tambaleándose, en tanto que Mr. Cottin le seguía con una mirada de compasión profunda.

—Habla, Sofía, dijo Adela; ¿te casarás contenta dentro de un año con nuestro amigo?

—¿Casarme yo, mamá? ¿á mi edad? exclamó la niña atónita.

—Vas á cumplir catorce años, y te casarás cuando hayas cumplido quince.

—¿Sentiréis hacia mí antipatía, Sofía? preguntó tristemente Mr. Cottin; ¿sería tan desgraciado?

—No, amigo mío, respondió Mlle. Restaud; yo no sé si os quiero con amor; sólo sé que os quiero, y que después de mis padres, sois la persona que me es más cara en este mundo; así, pues, me tendré por dichosa siendo esposa vuestra. Pero ahora recuerdo que hace un año oí decir que os íbais á casar con una joven muy bella y muy rica.

—Deshice aquel casamiento.

—¿Y por qué?

—Porque os amaba desde que os vi.

—¿Y me dejaréis escribir versos?

—Cuantos queráis.

—¿Y novelas?

—Seguramente.

—¡Oh! entonces, no digáis más: me casaré con vos.

—Sois, pues, mi prometida esposa, dijo el banquero, tomando entre las suyas las manos de la niña, y yo el más dichoso de los hombres; no habrá en la tierra criatura más adorada que vos.

Aquella noche, Gustavo, herido de muerte, partió para Burdeos.

Cuando llegó, corrió al cuarto de Teresa.

—¿Sabéis lo que sucede? exclamó, entrando con las facciones desencajadas y los ojos echando fuego; ¿que se casa!

—¿De quién habláis? ¡mirad que no estoy para adivinar logogrifos! exclamó la solterona.

—¡Os digo que Sofía se casa!

—¿Con quién?

—¡Con Mr. Cottin!

—¿Con el banquero?

—¡Con el mismo, que puede ser padre de Sofía!

—¿Conque os la quitan?

—¡Ya lo véis!

—¿Y qué váis á hacer?

—¡Matarme!

—¡Más vale que matéis! dijo sordamente la solterona.

Gustavo la miró con asombro: aquellas dos fa-

tidicas miradas se cruzaron y se comprendieron; todos los buenos instintos que durante algunos meses se habían levantado en el alma de Gustavo, volvieron á hundirse en la noche de sus malas pasiones: todo lo que había en él de noble, de honrado, de fuerte, desapareció de nuevo.

Quedaba la infeliz criatura de naturaleza baja y cruel; el envidioso, el réprobo, en una palabra.

—Escuchad, Gustavo, dijo Teresa Restaud, asiendo con la única mano que tenía libre, y que se asemejaba á una tenaza de hierro, el brazo del joven; vos os asombraréis del odio que se alberga en mi alma; pero ¡ay! no sabéis hasta qué punto he nacido maldita y desgraciada; yo no he contado con otro amor sobre la tierra que el de mi padre, y mi padre murió; mi madre dedicó á mi hermano toda su ternura, y yo era para ella casi indiferente: llegué á columbrar el amor, y fué sólo el soplo de la felicidad que pasó rozando mi frente, porque el amor no llegó hasta mí más que para mostrarme sus resplandores; fui abandonada por aquel hombre, al cual hubiera dado mil vidas que hubiera tenido; por muchos años viví como una pobre pária, desheredada de toda afección, sola sobre la tierra; y ya cercana á los días de la vejez, volví á amar...

Detuvóse aquí la desdichada para tomar aliento: su pecho estaba jadeante y oprimido; su voz era opaca y ronca; un temblor convulsivo la agitaba, y de sus grandes ojos negros, donde parecía ha-

berse refugiado toda su vida, brotaba una llama fatídica.

Gustavo Blaye no rompió el silencio ocasionado por el descanso que Teresa daba á su triste peroración; oía sus palabras como un eco fúnebre, pero monótono, sin comprenderlas: hubiérase dicho que era el toque de una campana de agonía; con la cabeza oculta entre las manos, se hallaba entregado á una desesperación muda y profunda. La solterona prosiguió:

—Como una burla del cielo, el amor apareció de nuevo para mí: llegásteis vos, y yo os dediqué el más ardiente cariño de mi vida; de repente me creí de nuevo joven y bella; la naturaleza entera se vistió de preciosas galas; ví el cielo esplendente, el sol bello y vivificante, la naturaleza cubierta de flores, como lo estaba mi pobre corazón... llevaba yo el cielo en el alma, y lo veía en el mundo... ¡yo os amaba, Gustavo!

El joven no se movió; se hallaba sentado junto á Teresa y sumergido en una desesperación muda y helada; la solterona le sacudió con fuerza el brazo y le dijo:

—¿No me oís?

—Sí, respondió él: os oigo.

—Os he dicho que os amaba... ¡que os amo!

—¿A mí?

—¡A vos! Una noche, hace ya de esto más de un año, entrásteis aquí, en este cuarto: yo pensé que veníais á verme, á hablarme de amor, y mi

corazón palpitó como si tuviera quince años... de repente me dijísteis que amábais á mi sobrina... yo caí en una negra desesperación y me enfurecí... os arrojé de mi presencia... os llené de injurias... tres horas después estaba paralítica...

—¡Ved, prosiguió la solterona, ved si tengo motivos para estar desesperada, para aborrecer á toda esta familia...! ¡mi hermano me robó el amor de mi madre...! ¡Adela me ha robado la débil parte de afecto que su marido me dedicaba! ¡Sofía me ha robado vuestro amor...! ¡perezcan todos, pues, y caigamos vos y yo envueltos en las ruinas de esta casa maldita...! ¡llevadme delante de cada uno de ellos! ¡poned un hierro en mi mano, y todos morirán! ¡ahora idos y pensad en vuestra venganza... y en la mía!

Gustavo se levantó; se dirigió á la puerta como si estuviera ebrio, y salió sin pronunciar una palabra.

De cuanto había oído, sólo resonaba en su oído esta palabra:

¡Venganza!

XII

La familia Restaud regresó de París, después de dejar su palabra á Mr. Cottin de que sería el esposo de Sofia.

Entendíase esta promesa, sin embargo, contando con que la joven no demostraría repugnancia alguna, sino que se sentiría inclinada por una tierna afición á su prometido esposo.

Contaba aún tan pocos años, que una mudanza podía llegar, sin que ella misma se apercibiese del cambio de sus sentimientos.

Todavía no sabía nadie si Sofia amaba á Augusto Cottin, y acaso la misma Sofia lo ignoraba.

Gustavo recibió á sus tíos y á su prima con aspecto severo y tranquilo; sin embargo, su palidez era espantosa; un observador inteligente se hubiera asustado de ver el círculo negro que rodeaba sus ojos y la llama fatídica que en aquellos ojos ardía.

Su tío le reconvino dulcemente por su precipitada salida de París, y su tía la achacó á alguna carta de amor que había recibido, y en la cual se le ordenaba, á no dudarlo, que fuese inmediata-

mente al lado del objeto amado, que le acusaba tal vez de infidelidad.

—Si tienes novia, primo, te puedes casar el mismo día que yo, dijo Sofía graciosamente; porque ya sabes que me caso.

—Lo sé, dijo Gustavo haciendo un heroico esfuerzo para manifestar tranquilidad.

—¿Te agrada mi prometido?

—¡Le he hablado tan pocas veces!

—¡Oh! ¡basta con una para amarlo!

—¿Le amas tú?

—Con todo mi corazón.

—Acaso como amabas hace poco tiempo á tus muñecas.

—No, primo mío, respondió la joven con dulce gravedad: ¡yo amo á Mr. Cottin con todo mi corazón! le amo así desde que salvó á mi padre de una muerte cierta y del suicidio; porque mamá me ha dicho que papá se hallaba decidido á morir.

Sofía echó los brazos al cuello de Mr. Restaud, y le abrazó convulsivamente, como si hubiera temido aún que la suerte se lo robase.

—No era posible hallar á mi amor de padre un esposo más digno de tí, dijo el negociante; casándote con él, hija mía, tu madre y yo estamos seguros de tu felicidad.

Augusto corrió á Burdeos, no bien hubo dejado sus negocios en actitud de caminar por sí mismos; su alma vivía más que nunca al lado de

Sofía; su amor, niño al principio como la adorable criatura que lo inspiraba, había crecido con aquélla, y el tiempo lo había robustecido con generoso cuidado. Cuando sus negocios volvieron á llamarle á París, se despidió para volver lo antes posible, y cada día una larga carta á Sofía aliviaba los dolores de la ausencia.

Sofía esperaba todos los días aquella carta, asomada á una ventana del salón; desde lejos distinguía al cartero, y su corazón palpitaba con violencia; cuando terminaba la lectura, lágrimas de alegría corrían de sus ojos é iba á llevarla á su padre, á su madre y á Misstris Rawlings, que la leían reunidos.

Un año pasa muy pronto cuando se compone de días felices y cuando la esperanza le lleva sobre sus alas: la época prefijada para la boda de Sofía llegó, y algunos días antes del señalado para la firma de los contratos llegó Mr. Cottin, lleno de alegría y de felicidad.

—¿Por qué estás tan triste, Gustavo? preguntaba una tarde Sofía á su primo, hallándose á solas con él.

—Estoy triste porque te amo y había pensado casarme contigo.

—Creo que mi padre lo pensó también; pero como luego pidió mi mano Augusto...

—Al que tú no amas.

—¡Te equivocas! yo le amo con todo mi corazón; él es mi primero y será mi último amor.

—¿Qué sabes tú lo que es amor? Te casas con él nada más que por gratitud.

—Acaso tengas razón; acaso no sepa yo lo que es el amor; pero sé lo que siento hacia Augusto, y lo que siento me basta para ser dichosa; yo ansío la hora de verle, y temo como á un mal irremediable la que me separa de él.

—¿Y por mí nunca han sentido nada?

—Nada semejante á lo que siento por Augusto: te quiero como á un hermano y nada más.

—¿Y si nos hubiéramos casado?

—Yo hubiera sido desgraciada: no te amaba como mamá ama á papá, y creo que esto es preciso para ser dichosos en el matrimonio.

Llegó el día del casamiento. Sofia, sencillamente vestida de blanco, entró en el salón apoyada en el brazo de su madre: la casa se hallaba iluminada desde la escalera y adornada con macetas de flores; el salón, resplandeciente con la luz de mil bujías, estaba ocupado por las damas de la alta sociedad de Burdeos, que habían acudido para honrar al novio, uno de los hombres más á la moda de París; el mundo financiero se hallaba allí también por sus relaciones con la familia Restaud.

Se procedió á la firma de los contratos, y en seguida debía tener lugar la ceremonia del casamiento. Augusto Cottin había rehusado todo dote para su esposa.

—Si un día me veo en algún apuro grave, vos me sacaréis de él á vuestra vez, había dicho á

Mr. Restaud al hablarle de la fortuna de Sofia; y os pediré vuestra ayuda; pero á vuestra hija la quiero sin nada, y tampoco quiero que penséis en que me debéis algo por el placer que tuve en servirlos hace un año.

La ceremonia se celebró en el gabinete de Mme. Restaud, convertido en capilla: habíase elevado un altar rodeado de flores; la madre selva se enlazaba con las rosas blancas en graciosos festones; el heliotropo, las celindas, todas las graciosas flores del mediodía exhalaban allí sus perfumes á los pies de una bella imagen de María.

Algunas lámparas de plata iluminaban la cámara; dos ricos almohadones de raso blanco estaban preparados para los desposados delante del altar.

Sofia llevaba un vestido de gasa de seda blanca y un velo de encaje prendido con una diadema de perlas y brillantes; su pura belleza parecía mucho más encantadora, alumbrada con los rayos de su próxima dicha. Augusto, vestido de negro, estaba en pie al lado de Mme. Restaud, que estaba pálida y conmovida al pensar que iba á separarse de su hija: cuando entró la graciosa adolescente que se iba á desposar, un murmullo lisonjero acogió su aparición, y Augusto se adelantó á recibirla con el corazón palpitante de alegría. Firmáronse los contratos, y en seguida pasaron al gabinete donde debía tener lugar la ceremonia del casamiento.

En el momento en que la bendición del sacerdote unía para siempre á Sofía Restaud con Augusto Cottin, se oyó en el interior de la casa un gran ruido, entre el cual se percibían también algunos gritos ahogados.

Los esposos se levantaron; estaban unidos para siempre.

Mr. Restaud se lanzó á la puerta; su esposa, enteramente entregada á su pena, se abrazó á Sofía y cubrió su frente y sus mejillas de besos y de lágrimas.

De repente se oyó este grito funesto:

—¡Fuego!

—¡Augusto, salvad á mi mujer y á mi hija! ¡la casa está ardiendo por todas partes! gritó Mr. Restaud, que apareció lívido y con el cabello herizado. ¡Huid, huid!

Todos los convidados se lanzaron hacia las puertas de salida; los gritos, los sollozos se sucedían por todas partes; las mujeres caían desmayadas; otras gritaban. Augusto Cottin tomó á Sofía en los brazos y corrió á la escalera.

Uno de los convidados tomó también en los brazos á Mme. Restaud; mas antes de que diese algunos pasos, llegó el esposo que venía en busca de la esposa.

—¿Y Sofía? preguntó.

—Debe hallarse ya en salvo, respondió el que iba á salir con Adela; Mr. Cottin la ha conducido fuera de aquí.

—¡Salgamos nosotros! dijo Mr. Restaud, tomando de nuevo á su mujer en los brazos; todo está perdido; estamos arruinados; salvemos á lo menos la vida.

—¿Y Teresa? preguntó Mme. Restaud débilmente.

—¡Agonizando! respondió con voz sorda el negociante: ¡paga con la vida su delito!

Adela no comprendió el sentido de estas palabras; el terror embargaba todas sus potencias; e humo los ahogaba ya; las llamas los envolvían por todas partes. Mr. Restaud, llevando á su esposa en los brazos, y el amigo generoso que iba á salvarla, dejaron el edificio, que se desplomó á los pocos instantes.

Mr. y Mme. Restaud, Augusto y Sofía se reunieron en el hotel Inglés; los padres lo habían perdido todo; la casa era escombros, y cuanto poseían había quedado bajo sus ruinas.

—¡Yo tengo para todos! exclamó con generoso arranque Mr. Cottin. ¡Padre mío, no os allijáis!

—¡Ah! exclamó dolorosamente Mr. Restaud; ¿por qué no habéis tomado, querido Augusto, no solo el dote de Sofía, sino también lo que yo os adeudaba? Eso á lo menos se hubiera salvado del odio de esos infames.

—¿De quiénes habláis?

—Teresa y Gustavo son los autores de nuestra ruina, dijo sordamente Mr. Restaud; oid lo que he visto. Entraba yo en la habitación de mi herma-

na para salvarla de las llamas, puesto que el incendio empezaba en aquella parte; Teresa estaba en su cuarto, de pié, rígida é inmóvil, apoyada en su sillón, con las mejillas lívidas y los ojos brillando con una luz sombría; al verme, soltó una carcajada amarga y helada como el filo de un puñal: yo creí que su juicio se había extraviado, y la quise sacar de allí.

—Déjame, me dijo; este incendio es obra mía: yo he encendido la llama del odio en el alma de Gustavo, y le he hecho instrumento de mi venganza... ¡yo os aborrezco á todos! él amaba á tu hija, y el odio y el amor unidos han dado el mismo resultado.

Yo lancé un grito de horror y sepulté el rostro entre las manos, lleno de angustia; mi hermana había consumado nuestra ruina... tal monstruosidad no cabía en mi entendimiento.

Entretanto las llamas avanzaban rápidamente; Teresa, sofocada ya por el humo, se dejó caer en su sillón, y en su rostro apareció la horrible satisfacción de la venganza cumplida; faltóle la respiración, y quedó presa de un letargo mortal, murmurando sordamente esta palabra:

—¡Venganza!

Me acerqué á ella: su pecho apenas latía; sólo había en aquel cuerpo débil un átomo de vida: indeciso acerca de lo que había de hacer con aquel monstruo que era mi hermana, pero que se moría, me acerqué á la ventana en busca de un poco de

aire. Gustavo, de pie en el jardín con los brazos cruzados sobre el pecho, y semejante á la estatua de la venganza, miraba avanzar las llamas: estaba pálido, y tenía, nuevo Judas, el cabello herizado sobre la frente.

—¡Monstruo de ingratitud! grité: ¡la justicia celestial te perseguirá y se encargará de mi venganza! ¡Vé, nuevo Cain! ¡cruza la extensión de la tierra! ¡el remordimiento de tu culpa irá siempre contigo!

Gustavo, al oír mi voz, huyó despavorido; no pudo llegar siquiera á la puerta del jardín, sino que saltó la ancha cerca y se lanzó al camino.

Me volví hacia Teresa... estaba muerta, impenitente y con el grito de la venganza en los labios.

—¡A París! dijo Mr. Cottin: mañana saldremos; yo trabajaré por todos, y Dios me ayudará: compadezcamos á los criminales, y dejemos al cielo el castigo de ese infeliz, al que no puedo menos de perdonar porque amaba á mi Sofía con toda su alma.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

XIII

La terrible sacudida que había experimentado al ver perdida para siempre toda su fortuna, al saber el negro crimen del hijo de su hermano, y al separarse moralmente de su hija con el casamiento de ésta, arruinaron para siempre la salud de Mme. Restaud: aquella tierna y generosa naturaleza no volvió jamás á estar en su centro; un temblor nervioso la agitaba de continuo; una amarga melancolía la aquejaba, y en vano su esposo y sus hijos—pues como á una madre la amaba Augusto Cottin,—en vano procuraban calmarla y consolarla por todos los medios posibles. Adela disimulaba y aparentaba una tranquilidad casi completa; pero en el fondo de su alma velaba incesantemente un dolor profundo.

Mr. Cottin, quiso presentar á su joven esposa en el gran mundo, y Sofía fué admirada en él por las gracias de su persona y por sus elegantes y dulces maneras; pero en cuanto á la profundidad de su talento, nadie la sospechó, y el mismo Augusto quedó muy defraudado en las esperanzas

que había concebido respecto al brillante papel que Sofía debía representar en el mundo.

La joven, que en la soledad de la casa paterna, y teniendo sólo por auditorio á sus padres y á su aya, parecía estar dotada del entusiasmo del genio, se vió sobrecogida de una timidez invencible al entrar en el gran mundo: además, y como cualidad sobresaliente, descubrió una modestia tal, que nadie la esperaba en ella; pues aunque escribía cada día algunas horas, ó rompía sus manuscritos, ó los encerraba bajo llave, ocultándolos hasta á la vista de su familia, á pesar de los ruegos de ésta.

Tanto gusto como en cultivar la literatura, manifestaba en estudiar, y se pasaba largas horas inclinada sobre sus libros, adquiriendo una sólida y vastísima instrucción.

Su anciana amiga Misstris Rawlings, que no se había separado de la familia, y á la que Mr. Cottin dió, como á los demás, una cariñosa acogida, reprendía algunas veces á Sofía por su empeño en ocultarse.

Una tarde que se hallaban las dos sentadas en el saloncito de labor de Sofía, y que ésta leía á su aya un volumen de poesías inglesas, Misstris Rawlings se aprovechó del descanso que hacía la joven, y le dijo para traer la conversación á su terreno favorito:

—Habéis leído esos versos, hija mía, de la manera más bella que los he escuchado jamás, y esta noche que recibís, debéis leerlos á vuestros

amigos: ya sabéis que la Condesa de Cutraygues desea mucho oíros.

—No, respondió Sofía, meciendo dulcemente su linda cabecita rubia cubierta de rizos; no me atreveré jamás á leer á Tomás Moore en presencia de personas extrañas.

—Leed entonces algo de lo que escribís.

—¡Menos!

—¿De qué os sirven, pues, vuestro talento é instrucción?

—Para mí y para mi familia: una mujer debe emplear tanto esmero en adquirir muchos conocimientos, como cuidado en no hacer ostentación de ellos.

—Pero de hacer ostentación á demostrar que se tienen cuando llega la ocasión, hay una gran diferencia: vos, hija mía, podríais ser uno de los más bellos ornatos de la sociedad, y rehusáis serlo; ¿por qué no imitáis á Mme. de Stael?

—Esa señora ha nacido en una alta clase, y en ella permanece por su casamiento: tiene, pues, el derecho de brillar.

—En la misma clase estáis colocada vos por vuestro enlace.

—Se buscaría mi modesto origen y me expondría á la crítica.

—¿Quién os lo ha dicho? ¿sois acaso la hija de algún menestral?

—Soy hija de un negociante arruinado.

—¡Por la desgracia!

—¡Pero arruinado! Además, aya mía, Mme. Stael

tiene otro carácter que yo: es atrevida, porque tiene la augusta serenidad del genio.

—La única razón verdadera que hay, es que esa dama se atreve á todo lo que debe atreverse, y vos no os atrevéis á nada: esto, hija mía, os perjudica: vos debíais tener otro lugar más elevado y más brillante en el mundo; y yo, añadió la buena señora bajando la voz, he llegado ya á abrigar un temor...

—¡Hablad! dijo Sofía tomando la mano de Miss-tris Rawlings: ¡hablad, aya mía! ¡me asustáis...!

—¡Pues bien! temo, y casi veo que Mr. Cottin está disgustado de vuestro empeño en huir todo brillo, todo triunfo.

—¡Dios mío! exclamó Sofía palideciendo; ¿qué decis? ¿Llegaré yo á perder el amor de mi marido? ¿se habrá entibiado ya su afecto hacia mí? ¿habrá dejado de amarme acaso?

—Vuestra imaginación es de poeta, dijo sonriendo el aya; no, hija mía; vuestro esposo os ama con pasión; pero oidme: en el amor de los hombres entra también por mucho la vanidad, y seréis más amada de vuestro esposo si puede envanecerse de vos, que si sóis solamente una mujer vulgar y que en nada sobresale de la multitud: mujeres bonitas, hay muchas; mujeres cuyo talento llene y admire el mundo, hay muy pocas: él quisiera que fuérais de este escaso número, y esperándolo así se casó con vos: lo que más le enamora es vuestro talento, y quisiera mostrarlo como una gala que le pertenece.

—No olvidéis, aya mía, que mi padre es más de mis ideas de retiro y modestia, que de las de triunfo y gloria.

—No olvidéis vos, mi amada niña, que vuestro esposo es el más generoso de los hombres; que es la Providencia de vuestros padres, y hasta la mía; no olvidéis que tenéis con él inmensas obligaciones, y que el complacerle y hacerle dichoso debe ser el objeto constante de vuestra vida; podéis tener gloria; adquiridla, y vuestro padre, creedme, no será el menos dichoso de todos nosotros.

El aya salió, dichas estas palabras, y dejó á Mme. Cottin entregada á sus reflexiones.

Después de un rato de inmovilidad, la joven se levantó, y fué al cuarto de su marido, que se hallaba entregado á un trabajo asiduo.

—¡Siempre atareado, mi pobre y querido Augusto! dijo la joven esposa, echándole los brazos al cuello; ¡ah! ¡cuán cara te cuesta mi posesión! ¡ahora tienes que trabajar solo para todos nosotros!

—¡Tu posesión la hubiera yo comprado con la mitad de mi vida! dijo Mr. Cottin, sentando á su esposa sobre sus rodillas; y para tranquilizarte, te diré que yo he amado siempre el trabajo y que toda mi vida me he entregado á él.

—Tú eras, sin embargo, uno de los hombres más galantes de París, y uno de los que más asistían á las fiestas del gran mundo.

—¡No lo niego! mas desde que te conocí, sólo en tí he pensado.

—Ya lo sé; y quiero pagarte de la manera que me es posible.

—Págame queriéndome mucho.

—Ya lo hago; y además complaciéndote en todo lo posible; esta noche voy á leer á los amigos que vienen á acompañarnos todos los sábados, el principio de una novela que estoy escribiendo desde hace algunos días.

Una viva alegría iluminó el semblante de Mr. Cottin, que abrazó tiernamente á su mujer.

—¿Cómo se llama esa novela? preguntó.

—*Clara de Alba*: está en cartas, y leeré las dos primeras; cuando la haya terminado, si te agrada, se imprimirá.

—¡Oh! ¡qué dichoso seré yo si veo tu libro en todos los salones, en las vidrieras de todos los libreros de París! ¡Oh mi Sofía! ¡ese es mi más hermoso sueño! Mira, hay muchas mujeres á las que yo he desdeñado, que te niegan todas las ventajas: la hermosura, el nacimiento y la riqueza... ¡Oh! ¡deja que vean en tus sienes la deslumbrante corona del talento! ¡deja que te vean sentada en un trono de gloria! ¡esa gloria reflejará en mí, y la Francia entera envidiará á tu feliz esposo!

—¡Mi aya conoce perfectamente el corazón del hombre! se dijo Sofía al salir de la estancia de su marido; ¡en el amor del sexo fuerte entra por mucho la vanidad!

XIV

La velada en casa de Mr. y Mme. Cottin fué brillantísima y animada: de cincuenta á sesenta personas de la sociedad más escogida de París escucharon las tres admirables cartas primeras del libro inmortal que todos los amantes de lo bello y de lo bueno conocemos con el título de *Clara de Alba*. Idilio encantador donde el amor hace el principal papel, y donde el amor por su misma grandeza es mártir del deber y se inmola generosamente.

El auditorio, en su mayor parte inteligente, quedó á la vez encantado y lleno de asombro: por la primera vez, después de la catástrofe que había arruinado su casa, el semblante de Mme. Restaud reflejó una viva alegría, y el padre mismo de Sofía no pudo resistir á la emoción que le causó el talento de su hija.

Mme. Cottin leyó después de su prosa algunos trozos de Sakespeare y una escena de Racine, con tal inteligencia y sentimiento, que las lágrimas llegaron á los ojos de todos los oyentes.

—¡No lo niego! mas desde que te conocí, sólo en tí he pensado.

—Ya lo sé; y quiero pagarte de la manera que me es posible.

—Págame queriéndome mucho.

—Ya lo hago; y además complaciéndote en todo lo posible; esta noche voy á leer á los amigos que vienen á acompañarnos todos los sábados, el principio de una novela que estoy escribiendo desde hace algunos días.

Una viva alegría iluminó el semblante de Mr. Cottin, que abrazó tiernamente á su mujer.

—¿Cómo se llama esa novela? preguntó.

—*Clara de Alba*: está en cartas, y leeré las dos primeras; cuando la haya terminado, si te agrada, se imprimirá.

—¡Oh! ¡qué dichoso seré yo si veo tu libro en todos los salones, en las vidrieras de todos los libreros de París! ¡Oh mi Sofía! ¡ese es mi más hermoso sueño! Mira, hay muchas mujeres á las que yo he desdeñado, que te niegan todas las ventajas: la hermosura, el nacimiento y la riqueza... ¡Oh! ¡deja que vean en tus sienes la deslumbrante corona del talento! ¡deja que te vean sentada en un trono de gloria! ¡esa gloria reflejará en mí, y la Francia entera envidiará á tu feliz esposo!

—¡Mi aya conoce perfectamente el corazón del hombre! se dijo Sofía al salir de la estancia de su marido; ¡en el amor del sexo fuerte entra por mucho la vanidad!

XIV

La velada en casa de Mr. y Mme. Cottin fué brillantísima y animada: de cincuenta á sesenta personas de la sociedad más escogida de París escucharon las tres admirables cartas primeras del libro inmortal que todos los amantes de lo bello y de lo bueno conocemos con el título de *Clara de Alba*. Idilio encantador donde el amor hace el principal papel, y donde el amor por su misma grandeza es mártir del deber y se inmola generosamente.

El auditorio, en su mayor parte inteligente, quedó á la vez encantado y lleno de asombro: por la primera vez, después de la catástrofe que había arruinado su casa, el semblante de Mme. Restaud reflejó una viva alegría, y el padre mismo de Sofía no pudo resistir á la emoción que le causó el talento de su hija.

Mme. Cottin leyó después de su prosa algunos trozos de Sakespeare y una escena de Racine, con tal inteligencia y sentimiento, que las lágrimas llegaron á los ojos de todos los oyentes.

En fin, se la hizo cantar, y el entusiasmo no conoció límites.

A lo menos en aquel círculo escogido, Sofía Restaud de Cottin quedaba reconocida como una mujer que debía dar á su patria muchos días de gloria.

Mas como si el cielo no hubiera aún señalado para aquella época los días de su triunfo, el estado doliente de Mme. Restaud se agravó de tal suerte, que toda la familia se dedicó completamente á su cuidado y alivio.

Adela de Blaye, joven aún, hermosa, adorada de su esposo, de su hija y de todos los que la conocían, bajaba al sepulcro rápidamente; la viuda de su hermano, la madre de Gustavo, al saber el crimen de aquél, su huida, su desaparición completa, no pudo resistir á tantos pesares, y murió, dejando en la orfandad y en la miseria á todos sus demás hijos.

Mr. Cottin se hizo cargo de los cuatro huérfanos; las niñas fueron colocadas en colegios, y el varón entró en el estudio de un pintor, pues había manifestado una vocación decidida por aquel arte.

La revolución empezaba á rugir, amenazando las vidas y las fortunas: cada familia temblaba en el fondo de su hogar; la de Mr. Cottin se preocupaba solamente del estado de la pobre Adela: había declarado una enfermedad de consunción que devoraba con una rapidez espantosa la fresca savia de aquella rica y pura naturaleza: sentada al

derredor del gran sillón en que sufría y moría aquel sér adorable y adorado, la familia encubría su profunda desolación bajo las muestras del más tierno interés: Mme. Cottin leía á su madre algunos ratos; su esposo y su padre, en las horas en que los dejaban libres los áridos trabajos del escritorio, la hablaban y distraían por todos los medios posibles; Misstris Rawlings, ardiente católica, rezaba algunos ratos con la pobre enferma y hablaba con ella de asuntos piadosos.

—Si yo muero, le decía Adela, vos seréis la madre de mi Sofía, vos la sostendréis en las rudas pruebas que la esperan: tampoco tendrá padre durante largo tiempo; el golpe que me ha herido le ha aniquilado también; lo veo con los ojos del alma, como le veo envejecer con los del cuerpo. Sofía quedará sola con su esposo, y yo os suplico que no os separéis jamás de ella.

Mme. Restaud tenía razón: su esposo, á pesar del afecto filial de Augusto Cottin, á pesar de la rara generosidad con que les había abierto su casa, á pesar de ver que su trabajo, unido al de su yerno, hacía prosperar todos sus negocios, estaba herido de una desesperación incurable: á su edad, cuando ya veía tras largas y amargas luchas asegurada su fortuna y la tranquilidad de su vejez, se veía pobre y dependiente del esposo de su hija.

Un trabajo asiduo hubiera, á no dudar, levantado de nuevo el edificio de su prosperidad; pero no tenía el valor necesario para tanto: cuando se

ha trabajado con fe durante largos años, la fe se extingue en el momento en que todo el edificio con tanta pena construido se viene al suelo, demolido por el terrible soplo de la desgracia.

Una noche se halló aletargada en su sillón á Mme. Restaud: las caricias y las lágrimas de su hija, ni los cuidados de su esposo, no consiguieron volverla en sí: después de todo un día de expectativa angustiosa, abrió sus bellos ojos, en los que brillaba una apasionada ternura y una inefable serenidad, y los fijó en los objetos de su cariño.

—No os asustéis, les dijo con una dulce sonrisa; aun estoy entre vosotros, pero no será por largo tiempo: mi alma volará en breve á las regiones eternas, y en las comarcas donde la luz no se oculta jamás, y donde el día es sin sombras y sin fin, os esperaré, y os amaré como aquí!

—Tú te reunirás pronto á mí, prosiguió alargando á su marido su pálida y enflaquecida mano: no se vive en la íntima y dulce unión que nosotros hemos tenido, sin romperse los hilos de la existencia cuando llega la hora de la separación: ¡sí, amigo mío! yo te espero, y no te diré:—adiós, sino—hasta muy pronto. En efecto; no parecía posible que Mr. Restaud pudiera sobrevivir á su esposa, á la amable y amada compañera que había dividido con él todos sus pesares y alegrías: con profunda amargura contemplaba los estragos de la enfermedad, y no podía separarse del lado de su adorada enferma.

Aquella suave luz se apagó al fin, dulce y como insensiblemente; el alma voló á las regiones de la eterna luz después de una corta y dulce agonía, y Sofía perdió á la vez la mejor de las madres y la más tierna é indulgente amiga.

¿Quién podrá pintar el dolor de Mme. Cottin y el de toda su familia?

Augusto y Misstris Rawlings se hallaban tan inconsolables como el esposo y la hija, y el vacío que Adela dejaba entre los suyos no pudo ya llenarse con nada.

Mr. Restaud, presa de un malestar físico ocasionado por el mortal dolor que le impedía el gustar ningún reposo, hubo de renunciar á todo trabajo; una fiebre aguda se apoderó de él; el insomnio llegó á ser su habitual estado; en vano Sofía, que temía otra catástrofe, procuraba distraerle; en vano su esposo se esforzaba para el mismo fin; el desgraciado se inclinaba hacia el sepulcro; los médicos ordenaron como remedio supremo el que fuese á respirar las dulces auras de su país natal, asegurando que la saludable influencia de aquellas era su única esperanza, y Sofía obtuvo de su marido el permiso de acompañar á su padre, que no podía pasarse sin sus cuidados y tierna asistencia.

XV

La vista de sus amigos y de los sitios en que se habían pasado su infancia y juventud parecieron, en efecto, ejercer en el padre de Sofía una influencia saludable; la joven le vió volver poco á poco á la vida, y su alegría fué tan grande, que dió por bien empleada la separación de su marido, aunque apenas llevaba dos años de casada.

No así Mr. Cottin: su generoso proceder consintiendo en separarse de su joven esposa, le parecía absurdo; algunos meses después de hallarse Sofía en Burdeos, decíase con el egoísmo de la pasión, que él se había casado para ser el dueño absoluto de Sofía, y no para cederla, y le parecían ya demasiadas las concesiones y beneficios que á la familia había hecho, para haber cedido á la para él más dolorosa de todas las exigencias.

Todas sus cartas á Sofía empezaron á resentirse de la amargura de sus pensamientos; la pobre joven comprendía la tormenta que rugía y la amenazaba, y no sabía qué hacer: dejar á su padre, era imposible, atendido el estado de su salud; dejar de acudir al lado de su esposo, ofrecía grave riesgo, pues Mr. Cottin, irritado con la

insistencia de su mujer en permanecer en Burdeos, la acusaba ya hasta de serle infiel y de haber hallado en su ciudad natal antiguos lazos de afecto.

La infeliz Sofia se hallaba en una cruel tortura: escribió á su marido muchas cartas llenas de ternura, rogándole que fuese á pasar algunos días á su lado, para que se disipasen todas sus sospechas; pero el esposo se negó duramente y le exigió que inmediatamente saliese para París.

Mr. Restaud alentó á su hija para que le dejase y cumplierse con su deber de esposa.

—Yo tengo aquí buenos amigos, le dijo, y ellos me acompañarán en tanto que tú estas lejos de mí; si me siento mal de salud, te llamaré; entre tanto, hija mía, envíame á la buena Misstris Rawlings para que te reemplace en los cuidados materiales.

Sofia partió llorando; en su interior acusaba á su esposo de injusticia, y no concedía que era un exceso de cariño lo que le hacía llamarla á su lado.

Mr. Cottin recibió á su esposa con profunda gratitud; pero ésta no vió en sus extremos más que la alegría de ver su voluntad omnipotente obedecida: recibió sus caricias con frialdad, y Mme. Cottin adquirió la certidumbre del egoísmo de su marido.

El primer grano de arena había caído en el lago azul del matrimonio: ¿quién lo había arroja-

do? No era ciertamente Sofia; pero ¿acaso había agitado aquella tranquila superficie la mano de su marido? Fuerza es confesar que no era Augusto el autor del malestar de los esposos.

Los acontecimientos se encargan de destruir los edificios de dicha que más sólidos parecen: mil pequeñeces aglomeradas suelen formar la nube que envuelve la felicidad más pura y más serena.

Una enfermedad aguda, y que sólo esperaba la ocasión de mostrarse, se desarrolló en el temperamento nervioso é impresionable de Mr. Cottin; fué atacado de una dolencia al hígado, que le sujetó á crueles sufrimientos materiales; toda su belleza, toda su elegancia se fundieron en una extrema y horrible languidez; sin embargo, era tanto lo que amaba á su esposa, que procuró disimular los estragos del mal, y sobre todo, el negro humor que le ocasionaba.

La pobre Sofia se halló á los diez y siete años colocada entre un padre casi moribundo y un esposo gravemente enfermo; á no ser por la buena Misstris Rawlings, es indudable que hubiera muerto; aquella anciana, ilustre por su piedad y sus virtudes, acudía á aquel de los dos enfermos que se hallaba lejos de Sofia; amaba á ésta con una ternura verdaderamente maternal, y nada le parecía duro para aliviarla.

Mr. Restaud fué el primero que falleció; un invierno riguroso agravó su mal; y su hija, que á

la sazón estaba al lado de su esposo, llegó con el tiempo preciso para recoger su último suspiro.

Entretanto que Sofía cumplía con los deberes de la piedad filial, Blanca de Flavigny, que se había conservado fiel á su primer amor, se atravesó como un rayo de luz en la vida de Augusto. Sofía ausente, Sofía acusada de ingratitud por su marido egoísta y descontentadizo que la contaba como una culpa el que hubiera ido á recoger el último suspiro de su padre, no podía contrarrestar el mal. Mr. Cottin se dejó seducir por el encanto de Blanca de Flavigny, que le amaba aún, que le compadecía, que era la beldad á la moda de la alta sociedad parisiense. Cuando Mme. Cottin regresó, el ruido de aquellos amores llegó á sus oídos: nada dijo á su marido; no profirió una queja; mas al retirarse á su cuarto caía de rodillas, anegada en llanto, cada noche, y decía, elevando al cielo los ojos y el corazón:

—¿Será posible, Dios mío, que me castigúis por haber amado á mi padre?

XVI

La revolución estalló al fin y se llevó las vidas y las fortunas; el Marqués de Flavigny, acusado de realista, subió al cadalso, y su hija, encerrada en la Conserjería, esperó resignada la hora de seguirle.

Era Blanca una noble y dulce criatura, toda sentimiento, y que perdido el amor que había llenado su alma, miraba la vida con extrema indiferencia; profundamente piadosa, lloraba el no poder vencer la pasión que la encadenaba á Augusto Cottin, y deseaba la muerte, que la libraba de aquel sentimiento culpable que no podía dominar.

Augusto, cuya enfermedad avanzaba rápidamente, hizo tales esfuerzos para salvar la vida de la Mlle. de Flavigny, que él mismo se dió el título de sospechoso y le fueron confiscados todos sus bienes.

Sofía siguió en su noble silencio; el que hubiera sabido lo que pasaba en aquel corazón de diez y nueve años, oculto bajo el cándido y gracioso rostro de un ángel, hubiera sentido una pro-

la sazón estaba al lado de su esposo, llegó con el tiempo preciso para recoger su último suspiro.

Entretanto que Sofía cumplía con los deberes de la piedad filial, Blanca de Flavigny, que se había conservado fiel á su primer amor, se atravesó como un rayo de luz en la vida de Augusto. Sofía ausente, Sofía acusada de ingratitud por su marido egoísta y descontentadizo que la contaba como una culpa el que hubiera ido á recoger el último suspiro de su padre, no podía contrarrestar el mal. Mr. Cottin se dejó seducir por el encanto de Blanca de Flavigny, que le amaba aún, que le compadecía, que era la beldad á la moda de la alta sociedad parisiense. Cuando Mme. Cottin regresó, el ruido de aquellos amores llegó á sus oídos: nada dijo á su marido; no profirió una queja; mas al retirarse á su cuarto caía de rodillas, anegada en llanto, cada noche, y decía, elevando al cielo los ojos y el corazón:

—¿Será posible, Dios mío, que me castigúis por haber amado á mi padre?

XVI

La revolución estalló al fin y se llevó las vidas y las fortunas; el Marqués de Flavigny, acusado de realista, subió al cadalso, y su hija, encerrada en la Conserjería, esperó resignada la hora de seguirle.

Era Blanca una noble y dulce criatura, toda sentimiento, y que perdido el amor que había llenado su alma, miraba la vida con extrema indiferencia; profundamente piadosa, lloraba el no poder vencer la pasión que la encadenaba á Augusto Cottin, y deseaba la muerte, que la libraba de aquel sentimiento culpable que no podía dominar.

Augusto, cuya enfermedad avanzaba rápidamente, hizo tales esfuerzos para salvar la vida de la Mlle. de Flavigny, que él mismo se dió el título de sospechoso y le fueron confiscados todos sus bienes.

Sofía siguió en su noble silencio; el que hubiera sabido lo que pasaba en aquel corazón de diez y nueve años, oculto bajo el cándido y gracioso rostro de un ángel, hubiera sentido una pro-

funda compasión por aquella criatura sola y huérfana en medio de las soledades del dolor.

Mme. Cottin dedicaba á su esposo la misma noble y profunda pasión que Blanca de Flavigny: no podía acusarle, sino compadecerle, y asimismo compadecía á la prisionera que ocupaba el calabozo de la Conserjería, y que esperaba la hora de subir al cadalso.

Decretóse, al fin, la sentencia para la joven y opulenta heredera de la noble casa de Flavigny; fué condenada á muerte sin haber vivido más que veintitrés años.

La víspera de la ejecución se abrió la puerta del calabozo de Blanca, y una mujer vestida de negro y cubierta con un velo entró en él. La sentenciada, vestida con un traje de diáfana muselina, leía en un libro de oraciones, sentada al lado de una mesilla donde ardía una pequeña lámpara.

—¿Quién sois, señorita, y qué me queréis? preguntó dulcemente Blanca, levantándose con perfecta cortesía y acercando otra silla para la persona que la visitaba.

—Soy, respondió aquélla con timidez, Mme. Cottin, que viene á ver si puede seros útil en algo, y que os compadece y os perdona.

—¡Perdonarme! repitió Blanca irguiéndose con altivez; ¿y de qué?

—¡Me habéis robado el amor de mi marido!

—¡Vuestro marido no os amó jamás!

—¿Quién os lo ha dicho? exclamó Sofía.

—Yo lo sé; el capricho que le llevó á casarse con vos, no se parece en nada al amor.

Esta brusca respuesta encendió la cólera en el corazón de Sofía; pero pensando en que la que se la daba iba á morir dentro de pocas horas, el enojo dejó paso muy pronto á una compasión profunda y dolorosa.

—Y bien; ¡si él no me amaba, yo le amo á él, y me duele el que él os ame á vos! dijo con dulzura; mas á pesar de todo, ya os lo he dicho, me da lástima el que os hagan morir tan joven.

Blanca de Flavigny atrajo hacia sí la rubia cabecita de Sofía, y le dijo besándola en la frente:

—Sois una niña muy bella y muy buena, y por lo mismo digna de mejor suerte; yo os doy gracias por la simpatía que me manifestáis, y os aseguro que no siento morir; era desdichada y nada esperaba de la vida; en la otra me hallaré mejor. Augusto me seguirá, y vos os quedaréis en libertad; entonces os casaréis con otras condiciones y con más elementos de dicha que la primera vez.

—No lo creáis, respondió Sofía con voz alterada por las lágrimas: yo amo á mi marido con toda el alma, y no volveré á querer así á ningún hombre.

—¿A pesar de no haberos hecho feliz?

—¿Quién os dice que no lo he sido? Es más dichoso el que ama que el que es amado; si á costa de mi vida pudiera yo alargar los días de la suya

y vivir á su lado sólo algunos meses, lo haría, no lo dudéis, y cuando llegara mi muerte, la recibiría sin pena y rogándoos sólo que le hiciérais dichoso.

—¡Oh señora! ¡sois un ángel! exclamó la señora de Flavigny abrazando á Sofía; tanta virtud y tanta gracia reunidas, tanta ternura y tanta dignidad, os prestan un encanto que me domina y me subyuga: ¡ah! ¡vos merecéis ser dichosa, y lo seréis!

—¡No lo espero en este mundo! repuso Mme. Cottin, sacudiendo su linda cabeza; ¡he perdido á mis padres y voy á perder á mi esposo! ¿Qué felicidad es ya posible para mí?

—Yo rogaré por vos allá arriba; y ahora, amiga mía, salid de aquí; más larga estancia os haría sospechosa y os perdería sin salvarme: recibid mi abrazo de despedida y la expresión de mi ardiente gratitud.

Blanca de Flavigny abrió los brazos á Sofía Cottin, y aquellas dos hermosas cabezas rubias se unieron, uniéndose también sus corazones en una presión tan leal como cariñosa.

Blanca subió al cadalso algunas horas después: veintiocho nobles de ambos sexos fueron inmolados con ella: la feroz guillotina segaba lo mismo las cabezas blancas que las que ostentan la corona le ébano ó de oro de la juventud.

La heredera de uno de los nombres más ilustres y de una de las más ricas fortunas de Fran-

cia murió tranquila, contenta y resignada, esperando una patria mejor.

Augusto Cottin fué á presenciar la ejecución; volvió á su casa lívido, convulso y presa de una fiebre ardiente.

Su esposa y Misstris Rawlings le hicieron acostar y le prodigaron los más exquisitos cuidados; pero el delirio sobrevino, y los médicos declararon que aquella vida se apagaba rápidamente.

Todavía vivió ocho meses, todavía pudo apreciar la abnegación y el generoso amor de su esposa; murió bendiciéndola, con la cabeza apoyada en el pecho de aquélla, y dejó el último suspiro en un tierno beso que estampó en la triste y pura frente de Sofía.

XVII

Once meses después de los sucesos referidos, un caballero anciano y pobremente vestido se acercaba con aire cortado y temeroso á una portera que se hallaba sentada detrás de las puertas de cristales de su nicho, como llaman los porteros de París al asilo, muchas veces muy cómodo, que el dueño de la casa les concede.

Mme. La Roquette era viuda y tenía una hija que acababa de cumplir quince años. Julieta, que este era su nombre, era una perla: la madre era una especie de dragón, gruesa, negra, adornada de grandes mostachos negros, con dos ojos saltones llenos de severidad, bajo una frente estrecha y deprimida. Mme. La Roquette daba miedo á todas las porteras del barrio, aunque no se desdenaba de hacerles un favor cuando la ocasión lo exigía.

La señora Anastasia La Roquette lo pasaba muy bien. Julieta ganaba un franco diario en el almacén de lencería de la calle Poissoniere, situado enfrente de la morada maternal: su esposo, el honorable Jacobo La Roquette, había sido sastre y le había dejado algunos ahorros: la portería producía al mes una pequeña suma y le daba casa; y

Mme. Anastasia prestaba cantidades cortas con un interés crecido, lo que hacía aumentar cada día su peculio, destinado todo á la linda Julieta, ídolo de su madre, aunque en la apariencia la educaba severamente, como ella decía.

Mme. Anastasia veía desde su trono de portera á la señorita La Roquette que cosía ó bordaba en su almacén, y que de cuando en cuando enviaba á su gruesa y presuntuosa mamá una mirada dulce y una cariñosa sonrisa.

No había cuidado de que ningún pisaverde de los que pasaban por delante del almacén obtuviese una mirada siquiera de Julieta: aunque ella hubiera querido, los ojos terribles de su madre, siempre fijos en ella, helaban todo deseo de coquetearías.

Desde que Julieta, hija ya de la vejez de Anastasia, contaba seis años, sus padres habían estado pretendiendo para ella una plaza en aquel taller de lencería, plaza que permitía á la niña trabajar á la vista de sus padres.

Así que cumplió doce años, la obtuvo: los dueños del almacén conocían la honradez de los esposos La Roquette, su espíritu de orden, su intachable moralidad y su amor al trabajo y á la economía.

En la época en que doy á conocer á mis lectores á la madre y á la hija, Mlle. La Roquette va ya á obtener medio franco más de retribución diaria por su primorosa manera de confeccionar

escofietas, canesús y otras prendas delicadas del bello y limpio ramo de lencería.

El día que el caballero anciano que he nombrado más arriba se llegó á la cancela de la portería, Mme. Anastasia se hallaba sentada detrás de los cristales en un alto sillón que Julieta llamaba *el trono de mamá*, y que era, en efecto, muy parecido á un trono.

Era un día de Febrero, bastante frío; sin embargo, Mme. Anastasia estaba elegantemente vestida con un traje de seda color de hoja seca, comprado en el Temple por un exiguo precio, y arreglado á su obeso cuerpo por la costurera de la boardilla.

Una escofieta, sujeta con una cinta de color de rosa cubría sus cabellos, teñidos de un negro bello y lustroso.

Sus gruesas y morenas manos agitaban con cadencioso movimiento las agujas de acero de una calceta de hilo muy fino, destinada á cubrir la graciosa pierna y el pié infantil de Julieta.

—Mi buena señora, dijo el caballero que se había acercado á los cristales, ¿podéis oír dos palabras que deseo deciros?

Anastasia abrió una de las vidrieras y dijo gravemente:

—Podéis expresar lo que queráis, caballero.

—Deseo saber si vive aquí una señora joven y viuda.

—Dos viven en esta hermosa casa: en el cuarto

principal la Sra. Condesa de..., hermosa dama que no ha cumplido treinta años.

—Todavía es más joven la que yo busco; se llama Mme. Cottin.

—Esa señora vive en el cuarto quinto.

—¡Dios mío! entonces, debe estar pobre.

—Creo que sí, caballero.

—¿Se halla ahora en casa?

—No, caballero; ni ella ni Misstris Rawlings.

—¿Vive aún con ella su aya?

—Sí señor; y las sirve á las dos, más de estorbo que de otra cosa, una vieja que tiene un genio como una arpía; se llama Mariana; ha sido nodriza de Mme. Cottin, y ésta la llamó á su lado después de viuda; pero yo os digo que es una especie de furia; y así, no subáis, porque no os abrirá.

—¡Y qué haré, santo Dios! yo no puedo volver á la calle! exclamó el caballero consternado.

—¿Que no podéis volver á la calle? ¿sois acaso alguno de los perseguidos? exclamó Mme. Anastasia, mirando con desconfianza al anciano, cuya suave y noble fisonomía la había interesado.

—No, señora... no... sino que vivo muy lejos de aquí y estoy enfermo..., dijo con voz que procuró hacer tranquila el anciano; y luego añadió:

—¡Si me permitiérais esperar aquí á Mme. Cottin, ya que decís que su sirvienta no ha de abrirme la puerta!

—Os respondo de que no abrirá; entrad si gus-

táis; son las cinco, y mi Julieta va á venir á comer, por lo que podréis conocerla.

Abrióse la puerta, y el anciano entró en la habitación de Mme. Anastasia.

Constaba de una salita cuadrada, en la que se veía una cómoda de nogal, un armario de lo mismo, algunas sillas de paja y una mesa para labor.

La alcoba contenía los lechos de la madre y de la hija, un antiguo buró donde la señora Anastasia guardaba su modesta fortuna, y un tocador que reflejaba cada día el rostro abotagado y severo de la madre y el rostro fresco y encantador de Julieta.

Todo respiraba allí cierto lujo y un bienestar relativo. el reloj que había sobre la chimenea era de bronce; sobre la mesa de tocador había un peine de concha y otro de marfil; la pomada y el jabón para las manos eran exquisitos; un precioso frasco lleno de agua de Colonia respondía de los hábitos elegantes de Mme. Anastasia y de su hija; en la chimenea ardía un buen fuego, y un perol pequeño dejaba ver en su fondo un apetitoso potaje, en tanto que atravesada en un asador daba vueltas un ave.

—Sentáos, caballero, dijo Mme. Anastasia; siento que el olor de la comida os sea molesto; pero no tenemos otra parte donde confeccionarla, y el comer de fonda es cosa cara para todos los días.

El anciano echó una mirada sobre la comida

preparada, en la que las angustias del hambre se traslucían con una dolorosa claridad.

Contaba ya aquel hombre sesenta años; su calzón de seda negro, su casaca de la misma tela con botones de acero, y sus medias de seda blancas decían que pertenecía á una clase elevada, por el alto precio que debían haber tenido aquellas prendas y por el corte á la vez severo y elegante de las mismas; una corbata blanca de batista y encajes prestaba á la noble fisonomía de aquel anciano un reflejo suave y armonioso, que se avenía de una manera maravillosa con sus grandes ojos azules, llenos á la vez de dignidad y de dulzura.

Su nariz corva y algo larga, su boca de labios gruesos, su calva frente, en torno de la cual se agitaban algunos cabellos castaños ya plateados por la edad, pero de una finura admirable, decían bien claro que todas las aristocracias se habían reunido en aquel hombre, y que aun quedaba la imborrable de una alta é ilustre cuna y la gloriosa é inmortal de un talento profundo.

Cuando con su mano blanca, delicada, de una forma exquisita, se quitó el sombrero al hallarse en la habitación de la portera, ésta sintió un involuntario respeto.

Cierto secreto instinto le avisó que se hallaba delante de la más alta nobleza y de la más completa desgracia.

—¿Conque es á Mme. Cottin á quien deseáis

ver? dijo Mme. Anastasia. Os felicito por conocerla; ¿hace mucho tiempo que no la véis?

—Diez años, señora; era entonces una niña muy bonita y muy buena.

—No es ahora otra cosa que una niña; aun no tiene veinte años; y en cuanto á buena y bonita, os dirá si lo es el apodo que le damos.

—¿Cuál es, señora?

—La llamamos *el ángel de la casa*.

—¿Y quién la llama así?

—Yo, mi hija y los pobres vecinos de las guardillas; figuráos que á mi Julieta le da lección de música por las noches; al hijo de la costurera le da lección de dibujo, y es un muchachón grosero y horrible, y á un pobre jorobado, hijo de una lavandera, le enseña el inglés y el italiano, para que pueda dar lecciones, lo que ya hará dentro de dos meses.

—Y ella ¿de qué vive?

—De una pequeña pensión que le ha quedado, de los bordados que le ha proporcionado mi Julieta, que trabaja ahí enfrente, y de las lecciones que da Misstris Rawlings, la que tiene cuatro discípulos de inglés y de pintura.

—¡Buena y querida niña! murmuró el anciano, enjugando una lágrima.

—Y no es eso solo, prosiguió Mme. La Roquette; ¿hay un enfermo en la casa? Mme. Cottin le cuida y le asiste; dos pobres viejas del cuarto sexto se visten de lo que ella les da; en su casa se les ha-

ce la comida, pues ellas van á cardar lana á un almacén lejos de aquí; la baratera de la esquina estuvo con viruelas, y *el ángel de esta casa* no se separó de su lecho, cuidándola noche y día; así es que todos la adoramos y todos nos dejaríamos matar por ella.

En aquel instante se abrió la puerta, y una criatura deliciosa penetró en la estancia. Era Julieta.

Ligera, esbelta, blanca, rosada, flexible, Mlle. La Roquette se asemejaba más bien á una hada que á una mujer; tenía una carita pura, fresca y delicada como un camafeo, alumbrada por dos grandes, vivaces y dulces ojos negros; sus cabellos, de un castaño claro y armonioso, se rizaban en su frente en numerosos y elásticos bucles; su boca era una flor de coral y perlas; su nariz griega, su cuello un poco largo, su delicado y gracioso talle, hacían de Julieta La Roquette una niña de una belleza admirable.

Llevaba un traje de color de castaña, de lana, corto, según la moda de la época, hasta dejar ver sus piecitos enanos, calzados con unos botines de marroquí verde que se veían completamente, así como dos dedos de una media fina y blanca, tejida por las manos de Mme. Anastasia: el vestido estaba adornado asimismo con alamares de seda verde con un buen gusto notable; las mangas, ahuecadas de arriba, daban á sus hombros infantiles un gracioso ensanche, y á su cintura una finura admirable; las espesas trenzas de sus

cabellos castaños se hallaban prendidas con una larga aguja de oro, y un canesú blanco de muselina, prendido con un lazo de cinta verde, completaba su modesto y gracioso atavío.

—Buenas tardes, mamá mía, dijo corriendo hacia la portera y uniendo con un tierno beso su preciosa y alabastrina carita al rostro abotagado de su madre.

Viendo después al anciano, se hizo un paso atrás y le saludó con una graciosa cortesía.

—Vamos á comer, que traerás apetito, dijo gravemente Mme. La Roquette; cubre la mesa.

La niña sacó de un rincón una mesita cuadrada; de la parte baja del armario de nogal, un cesto que contenía un mantel y cubiertos y una bandeja con vasos; en seguida cubrió la mesa, fué á la chimenea y echó en una fuente el potaje.

—A comer, mamá, dijo; veo que hoy tenemos banquete... ¡Cáspita! ¡peras cocidas con azúcar, nueces y almendras!

—Las peras son porque tú toses.

—¡Una sola vez anoche! Figuráos, caballero, prosiguió dirigiéndose al anciano, que mi madre cree que por todo me voy á morir, y soy más fuerte que un roble; anoche tosi un poco, y ya me hace comer hoy peras con azúcar. Al hablar así Julieta, y extrañando que no la contestasen, miró al que la escuchaba; instantáneamente se pintó en su cándido rostro una expresión de piedad profunda, y una lágrima asomó á sus ojos.

El anciano miraba con la dolorosa avidez del hambre, el humeante potaje, colocado en el centro de la mesa.

—Sentáos á comer con nosotras, señor, dijo la niña con una adorable timidez y un tierno respeto, y perdonad que me atreva á pedir os esta merced: ¡nuestra comida es muy pobre...! acaso la hallaréis indigna de vos... pero yo os estimaré como un gran favor el que participéis de ella.

—Sí, caballero, yo tendré el mayor placer en que aceptéis el convite de Julieta... creed que está hecho con la mejor voluntad.

—¡Gracias, señora...! ¡gracias, hija mía! acepto... con todo corazón.

Y el anciano acercó su silla á la mesa. Apenas Mme. Anastasia le hubo hecho plato, el desconocido se puso á devorar el contenido con una ansia febril.

—Cualquiera diría que tiene hambre, pensó Mme. Anastasia, que le observaba sorprendida.

—¡Qué hambre tiene! se dijo dolorosamente Julieta, que no se atrevía á mirarle.

Cuando la comida hubo terminado, el anciano se levantó, se acercó á Julieta, tomó su mano y metiendo en el pecho la que le quedaba á él libre, sacó un objeto.

—Mi querida niña, le dijo, hoy habéis practicado una de las obras de misericordia, *dando de comer al hambriento*: hacía treinta horas que no probaba yo alimento alguno... ni sabía cuándo po-

dría tomarlo... ahora, gracias á vos que habéis adivinado mi desgraciada situación, gracias á vuestra madre, ya tengo segura la vida durante algunas horas más... yo os doy de nuevo las gracias... y para que os acordéis de vuestra caridad en este día, quiero dejaros la única cosa de valor que he podido conservar.

Y diciendo estas palabras, puso en el dedo de Julieta una sortija de sellar, en cuyo centro, y esculpido en malaquita, se veía un blasón con cuatro cuarteles; el aro era de oro liso, de gran sencillez y riqueza.

Julieta miró asombrada el precioso regalo: la sortija, hecha, á no dudar, para el dedo delgado de una mano fina, venía casi justa al suyo; pero antes de que hubiera podido expresar su gratitud, el anciano dió un grito de alegría.

Una figura de mujer, esbelta y vestida de luto, atravesaba el patio.

—¡Es ella! ¡es Sofía! he conocido su hermosa cabellera rubia y sus grandes ojos azules, exclamó el desconocido; quedad con Dios, amigas mías, quedad con Dios.

El anciano salió de la portería y empezó á subir la escalera siguiendo á Mme Cottin.

—Ese hombre debe de haber robado la alhaja que acaba de darte, niña, dijo la portera; él tiene casi la traza de un mendigo.

—Mamá, repuso Julieta, yo que estoy siempre trabajando en encajes, os puedo asegurar que los

de su corbata, aunque usados, son magníficos: eso lo conocí al entrar.

—La corbata será robada también.

—¡Oh mamá! ¡tiene ese señor una fisonomía tan noble y tan dulce! Pero callad... alderredor de este blasón hay letras, y debe ser su nombre. Sí, no hay duda...

—¿Qué dice esa inscripción?

—Dice... ¡El Marqués de Caudillac!

—Es un noble perseguido, no ha robado la sortija, dijo reposadamente Mme. Anastasia; y volvió á tomar su calceta.

XVIII

El anciano subió la escalera despacio, para no llegar antes que Sofía ni al mismo tiempo que ésta; mas un instante después de haberse cerrado la puerta de la habitación, llamó él.

Una voz cascada preguntó con acento desapacible:

—¿Quién llama?

—Una persona que desea ver á Mme. Cottin, respondió el Marqués, pues ya podemos llamar así al anciano.

Abrióse la puerta, y Mariana, anciana seca y de aspecto muy poco agradable, introdujo al Marqués en un saloncito pobremente amueblado.

Veíanse en él, sin embargo, dos objetos de valor: una arpa y un piano.

Lo demás del mueblaje consistía en sillas ya pasadas de moda, en un reloj de poco precio, colocado sobre la chimenea, y un velador cargado de papeles y de libros.

Delante de las dos ventanas caían anchas cortinas de tela de lana verde.

Cuando entró el Marqués, Sofía acababa de despojarse de su sombrero: era la misma encan-

de su corbata, aunque usados, son magníficos: eso lo conocí al entrar.

—La corbata será robada también.

—¡Oh mamá! ¡tiene ese señor una fisonomía tan noble y tan dulce! Pero callad... alderredor de este blasón hay letras, y debe ser su nombre. Sí, no hay duda...

—¿Qué dice esa inscripción?

—Dice... ¡El Marqués de Caudillac!

—Es un noble perseguido, no ha robado la sortija, dijo reposadamente Mme. Anastasia; y volvió á tomar su calceta.

XVIII

El anciano subió la escalera despacio, para no llegar antes que Sofía ni al mismo tiempo que ésta; mas un instante después de haberse cerrado la puerta de la habitación, llamó él.

Una voz cascada preguntó con acento desapacible:

—¿Quién llama?

—Una persona que desea ver á Mme. Cottin, respondió el Marqués, pues ya podemos llamar así al anciano.

Abrióse la puerta, y Mariana, anciana seca y de aspecto muy poco agradable, introdujo al Marqués en un saloncito pobremente amueblado.

Veíanse en él, sin embargo, dos objetos de valor: una arpa y un piano.

Lo demás del mueblaje consistía en sillas ya pasadas de moda, en un reloj de poco precio, colocado sobre la chimenea, y un velador cargado de papeles y de libros.

Delante de las dos ventanas caían anchas cortinas de tela de lana verde.

Cuando entró el Marqués, Sofía acababa de despojarse de su sombrero: era la misma encan-

tadora joven que hemos conocido; su estatura, que apenas llegaba á mediana, era flexible y elegante; la diosa de la juventud hubiera envidiado su talle delicado y lleno de gracia; un bosque de cabellos rubios, finos y ensortijados, guarnecían su frente, blanca y pura como la de una niña; sus grandes ojos azules, llenos de luz y de ternura, hablaban y reían á la par de su boca: tal era su expresión.

Un vestido de seda negro y una manteleta de la misma tela componían todo el atavío de Mme. Cottin: la gracia de los veinte años se veía en aquella gentil figura, en la que el dolor, á pesar de los sinsabores sufridos, no había podido hacer su presa; la alegría de una conciencia tranquila brillaba en aquella blanca frente, en aquella boca dulce y fresca como una flor de primavera.

—Sofía, dijo la vieja nodriza, aquí hay un señor que desea verte,

La joven se volvió; pero su memoria no le recordó aquella figura noble y venerable; saludóle con respeto y le señaló un asiento, ocupando ella otro.

—Permitid, hija mía, que ante todo me dé á conocer á vos, dijo el anciano; los instantes son preciosos y me hallo en una angustia mortal.

—Hablad, caballero, dijo Sofía, sorprendida al ver la palidez y la agitación del anciano; hablad...

—Soy el Marqués de Caudillac.

—¡El amigo de mi padre! gritó Sofía, cuya memoria era muy fiel cuando se trataba de los afec-

tos. ¡Ah señor! ¡ahora os reconozco! ¡vos y vuestra esposa me habéis colmado de caricias en otro tiempo, cuando yo era niña y feliz!

—No os llaméis desdichada, hija mía, dijo el anciano. ¡Yo he perdido todo lo que amaba! ¡mi esposa, mis hijos, duermen hace ya algunos años el eterno sueño!

—¡Yo también estoy sola en el mundo!

—Y bien, hija mía, yo necesito de vos... dijo el Marqués con una dolorosa cortedad.

—Hablad, hablad, Sr. Marqués, dijo Sofía; yo soy pobre, huérfana, viuda; la revolución me ha arrebatado todo lo que poseía... pero mi buena voluntad, mi afecto hacia vos existen... ¿qué puedo hacer?

—Prestarme tres mil francos para pasar á las colonias, dijo el Marqués; si no los tenéis, estoy perdido; los satélites del terror me persiguen... pronto llegarán aquí... hace tres días que he llegado de Tours, donde mi casa ha sido saqueada y entregada á las llamas; huí, y al llegar aquí os busqué... nada pude sacar de la morada de mis padres, y llegué aquí sin dinero alguno; á no ser por vuestra portera, que me ha dado de comer por caridad, ya el hambre agotaba mis fuerzas; hija mía, si no podéis favorecerme... saldré de aquí, para que no me hallen en vuestra casa, y me dejaré prender y llevar á la guillotina... aun está levantada para los desgraciados restos de la nobleza de Francia.

—¡Dios mío! exclamó Sofía; ¡qué desgraciada soy! sólo tengo en mi poder ocho ó diez francos, y no poseo ya alhajas ni nada de valor; todo lo he vendido para atender á una enfermedad de mi pobre aya... ¡Oh! ¡qué infeliz soy! ¿qué hacer, Dios mío, qué hacer?

Un violento golpe que sonó en la puerta de la habitación cortó la palabra de la joven.

Mariana preguntó quién llamaba.

—¡Abrid á la República! gritó una voz estentórea.

Sofía palideció espantosamente.

El Marqués alzó al cielo los ojos, enviándole la oferta de su vida.

Pero de repente Mme Cottin se enderezó con la mirada radiante de una inspiración repentina; tomó el brazo del Marqués, y le dijo levantando con la otra mano las pesadas cortinas de lana de la ventana:

—¡Ocultáos aquí!

El anciano, llevado por ese amor innato de la propia conservación, que sobrevive á todas las desgracias, obedeció á Sofía.

—Abre la puerta, Mariana, dijo aquélla con voz al parecer firme y serena.

Algunos individuos de la Guardia nacional, armados de fusiles, entraron en la habitación: el que venía al frente traía, además del arma, ceñida una faja encarnada que remataba en dos grandes borlas.

—Cuidadana Cottin, dijo con voz vinosa y ronca; vamos buscando un hombre que nos han dicho se oculta aquí.

—¿Un hombre aquí? exclamó Sofía con la risa más franca y más natural del mundo; desde que perdí á mi marido, ninguno ha entrado en mi casa.

—Sin embargo, tenemos que buscarle.

—Buscad, pues: yo tengo que hacer, y me permitiréis que os deje dueños de la casa.

Mme. Cottin tomó tranquilamente una silla y se sentó delante de la cortina que ocultaba á Mr. de Caudillac, abriendo un grueso volumen, en el que se puso á leer atentamente.

Sin embargo, su corazón palpitaba con violencia, y su rostro estaba pálido como las hojas de una camelia.

Los emisarios del Gobierno entraron en el gabinete de Sofía, y ésta pareció no hacer caso alguno de ellos.

Mariana, la irascible Mariana, parecía sujeta á una timidez dolorosa: juntó las manos y miró á su ama con un terror indecible.

Sofía le hizo una señal imperiosa para que guardase silencio.

Los guardias salieron de la habitación que habían registrado y pasaron á otra.

Sofía no levantó los ojos de su libro.

Cinco minutos después volvieron á entrar en el salón, que recorrieron con una mirada investigadora.

—No hay nada, dijo el jefe; sin embargo, nos han asegurado que le han visto entrar aquí.

—¿Y quién es ese mal sujeto que buscáis? preguntó Mme. Cottin.

—Un noble, un racimo de la guillotina.

—Por cierto, dijo Sofía, que ese pobre noble venía á dar en un asilo muy poco seguro; odio á los nobles.

—Sin embargo, tú tenías un palacio en la calle de Babilonia hará apenas un año, ciudadana; como que te fué ocupado con todos sus muebles por el Gobierno provisional.

—Mi casa era la de un plebeyo; mi padre era un modesto negociante de Burdeos, que vivía de su trabajo; mi marido pertenecía también al mundo financiero; por mi parte, he detestado á los aristócratas toda la vida.

—Vámonos, muchachos, dijo el guardia; si ese lobo ha hallado guarida en esta casa, debe ser en otra habitación de las que ocupan esos nobles extranjeros.

—La bruja de la portera dice, sin embargo, que no ha visto pasar á nadie.

—¡Debo la vida á mi sortijal pensó el Marqués, que se hallaba oprimido por la silla de Sofía.

—Mariana, enciende una bujía, dijo Mme. Cottin; ya no veo á estudiar; y además estos señores pueden volver á registrar la casa con luz, para mayor seguridad.

—No hay para qué, buena vieja; miraremos en

las otras habitaciones; pensándolo bien, un Marqués no puede haberse ocultado aquí.

La fiera turba salió.

Sofía lanzó un largo suspiro, dejó caer el volumen que tenía en la mano, y se echó hacia atrás, privada de color y de voz.

La emoción había sido demasiado fuerte para su delicado organismo.

Los socorros del Marqués y de Mariana la hicieron volver en sí.

—¡Qué miedo he pasado! exclamó. ¡Oh amigo mío! es preciso que acabe de salvaros, y lo haré; no lo dudéis. Mariana, vamos á comer, que voy á salir.

—¿Qué váis á hacer, querida hija mía? exclamó el Marqués.

—La única cosa que puedo hacer por vos; tengo un manuscrito, cuyas primeras hojas decían que valían algo; lo he terminado, y voy á venderlo.

—¿Pero esta misma noche? exclamó Mariana de mal humor; hará una noche cruel, pues empieza á llover de tempestad.

—No importa; Sr. Marqués, antes de amanecer tenéis que salir de París; vuestra vida está en grave peligro: no es probable que me den tres mil francos por mi manuscrito; pero os iréis con lo que me den; yo os remitiré luego más dinero.

Mientras hablaba así Mme. Cottin, Mariana había cubierto la mesa en el comedor: el Marqués y Sofía pasaron á él, y el anciano sirvió con mano

firme á la joven un poco de sopa muy caliente.

Mme. Cottin no pudo tomar nada más: al terminar, llegó Misstris Rawlings, que volvía de dar sus lecciones.

—Mi querida aya, le dijo Sofia, os confío la vida del mejor amigo de mi padre: yo voy á salir, y os encomiendo su custodia y seguridad hasta que vuelva.

—Idos descansada, hija mia, dijo el aya: ya estoy yo aquí, y si llamasen sus perseguidores, yo sabría responderles.

Sofia entró en su cuarto abrió el cajón de su escritorio y tomó un paquete de papeles manuscritos atados con una cinta.

—¡Dios mío! si es que me habéis dado algún talento, hacedle valer ahora, dijo la joven, elevando al cielo una mirada de ardoroso ruego; ¡que yo pueda salvar á este anciano! era el amigo de mi padre, y me parece que es por mi padre por quien trabajo; todos los ancianos me recuerdan aquel sér querido.

Sofia se puso su manteleta y su sombrero, que se había quitado poco antes; tomó sus papeles, y estrechando la mano del Marqués, salió acompañada de Mariana.

La noche había cerrado, fría, oscura, lluviosa. Sofia, al llegar á la puerta de la casa, se detuvo confusa y aturdida; no sabía á dónde ir; á ningún librero conocía, y permanecía inmóvil, resguardando bajo su manteleta el lío de papeles que

contenia *Clara de Alba*, para que no se mojase con la lluvia que empezaba á caer copiosamente.

—¿Qué hacemos? preguntó con impaciencia la vieja nodriza; nos estamos mojando hasta los huesos, y es una tontería el que por servir á ese viejo orgulloso nos exponamos á coger una enfermedad.

—¡Ah Mariana! repuso Sofia con la paciente dulzura que formaba el fondo de su carácter; ese anciano respetable es uno de los mejores amigos de mi padre; yo quisiera ayudarle, aun á costa de mi vida... pero no sé cómo... en fin, tengo fe y confianza en Dios... aquí, en esta misma calle hay un librero... sígueme, y vamos á verle antes de que cierre.

—¡Es una esperanza bien necia la de sacar dinero de esos papelotes! refunfuñó Mariana, cuyo humor acre y sombrío era el más á propósito para desolar á la pobre Sofia, ya de suyo tímida y sensible hasta el extremo.

La puerta de la librería estaba abierta; era una tienda antiquísima, pequeña y débilmente alumbrada por un quinqué humoso y negro, que pendía del techo; detrás del mostrador, viejo y ennegrecido por los años, se hallaba sentado un hombre de aspecto desapacible y huraño, en quien lo avanzado de la edad no imponía ningún respeto.

Vestía un raído traje negro, compuesto de calzón y chupa de seda, y un gorro alto y puntiagudo, asimismo de seda, que cubría su cráneo cal-

vo, y que dejaba ver en sus sienes algunos cabellos blancos.

—Dios os guarde, caballero, dijo tímidamente Mme. Cottin y con acento dulce: yo venía á...

—Si venís á comprar libros, podéis volver mañana, señorita, dijo el librero, engañado acerca del estado de Sofía, por su aspecto gracioso y juvenil: hoy no estoy de humor de buscar ya más volúmenes.

—Yo no vengo á comprar libros, caballero; al contrario, repuso Sofía; vengo á vender uno, si es que lo queréis comprar.

—¿Qué vais á vender?

—Un manuscrito: se llama *Clara de Alba*; es una novela; me veo en un apuro muy grande; ¡ah! ¡comprádmelo, caballero!

La pobre joven dijo todo esto de una tirada y como temiendo que le faltase el valor; el librero arrugó la frente y preguntó:

—¿Decís que es una novela?

—Sí, caballero.

—¿Y quién la ha escrito?

—Yo.

—¿Cómo os llamáis?

—Sofía Restaud, viuda de Cottin.

—No conozco ese nombre, dijo el librero encogiéndose de hombros, y por lo mismo no puedo quedarme con ese manuscrito: si os llamáis Mme. Stael, sería otra cosa. ¡Oh! ¡esa dama tiene gran talento!

—Pero, caballero, observó Sofía sin perder nada de su angélica dulzura; alguna será la primera novela que Mme. Stael haya escrito!

—Sí por cierto, respondió el librero; pero Mme. Stael fué á ofrecer su primer libro en un carruaje soberbio, ó más bien, fué á citar á su palacio al librero, que se apresuró á complacerla; Mme. Stael es hija de un Ministro y esposa de un Embajador.

—Yo soy pobre, repuso Sofía humildemente, y ni me avergüenzo de mi pobreza, ni la quiero negar; creo que esta pobreza debiera ser un motivo para que consintiéseis en ver mi manuscrito.

—Imposible, señora; vuestro nombre no es conocido de nadie.

—Quedad con Dios, dijo Mme. Cottin, y quiera el cielo que mi obra valga lo bastante para que os arrepintáis de haberla rechazado.

Mme. Cottin salió de la tienda después de enjugar una lágrima. Siguió á lo largo de la calle, y volvió á la derecha, donde se acordaba de haber visto otra librería.

Hallábase en la tienda un hombre de mediana edad y de aspecto dulce y afable, tanto como el otro lo tenía desapacible.

Un rayo de esperanza penetró en el alma de Sofía, que entró modestamente y se dirigió al mostrador.

—¿Qué se os ofrece, señora? preguntó el librero levantándose cortésmente.

—Deseo, dijo Sofía, que os dignéis leer y ver si os conviene comprar este manuscrito.

—¿Cómo os llamáis?

—Sofía Restaud de Cottin.

—No conozco ese nombre, señora.

—Lo creo muy bien; es lo primero que he escrito, dijo la pobre Sofía, que ya empezaba á temblar.

—Entonces, señora, perdonad; no puedo publicarlo.

—¿No podéis?

—No: sólo imprimo obras de personas conocidas ya y estimadas del público.

—¡La canción del otro! murmuró Mariana; según se ve, esta gente quiere que ya se nazca con celebridad.

—¡Ah caballero! exclamó Sofía; si todos me dicen lo que vos, no llegará el caso de que me conozca nadie! Alguna obra mía ha de ser la primera que vea la luz; ¿ó es que solamente queréis dar gloria á las personas ricas?

—Señora, no puedo deciros más sino que siento de todo corazón el no poder aceptar vuestro manuscrito, que indudablemente será muy bello; y tanto lo creo, que á no tener mucho original comprado, á pesar de lo completamente desconocido de vuestro nombre, haría un esfuerzo y lo adquiriría; pero he comprado seis obras en pocos días, y me es de todo punto imposible. Soy vuestro más humilde servidor.

Sofía salió de la tienda con el corazón oprimido. Su abatimiento era profundo. Mariana ya no regañaba; á pesar de su aspereza de carácter, amaba tiernamente á Sofía y le dolían todas sus penas.

—Vamos á los muelles, Mariana, dijo la joven; allí me darán menos, si es que consigo vender esto, pero estoy más segura de que me lo compren.

Pasaron el puente de las Artes, y se hallaron delante de una larga fila de tiendecitas oscuras y pobres.

La mayor parte eran de libros y de estampas y estaban débilmente alumbradas.

La lluvia caía sin cesar; el casi pobre vestido de Sofía se hallaba completamente empapado en agua, lo mismo que su sombrero y su manteleta; pero la pobre joven no pensaba en eso; temblaba ante la idea de que podían volver á buscar al Marqués; no sentía el frío que su ropa mojada transmitía á su débil cuerpo, que se agitaba con sacudidas nerviosas; pensaba en la para ella imprescindible necesidad de vender su manuscrito.

Llegóse á dos tiendas sucesivas sin atreverse á entrar; mas al acercarse á la tercera, divisó á una mujer sentada detrás del pequeño mostrador.

—Una mujer debe tener el corazón más compasivo que los hombres, pensó Sofía; cuando la caridad no podía alcanzar de mi padre lo que necesitaba, acudía á mi madre y lo conseguía siempre.

Abrió la puerta y se halló delante de la persona que le había inspirado alguna confianza.

Era una mujer joven aún y que debía haber sido extremadamente bella; pero á la sazón estaba pálida, delgada, triste y cubierta de riguroso luto.

Sentada á su lado leía una bella niña que podría contar de doce á trece años; otro niño de cinco ó seis dormía sentado en una banqueta, con la cabecita apoyada en las rodillas de su madre, y otro que aparentaba ocho se divertía en mirar las estampas de un gran libro viejo.

—¿Qué se os ofrece, señora? preguntó la mujer de luto, queriendo levantarse y no atreviéndose á hacerlo por no despertar á su hijo; ¿en qué puedo servirlos?

—Señora, respondió Sofía, deseo vender este manuscrito; si os conviniera...

—La casa Morin, que es ésta, señora, sólo publica libros de Derecho y de Medicina, y presumo que ese manuscrito no será ni una ni otra cosa de estas dos.

—Es una novela.

—Cuando mi marido vivía, compraba alguna también; desde que he quedado viuda he tenido que ir simplificando mucho los negocios.

Aquí la viuda Morin llevó á los ojos su pañuelo, pues de ellos se deslizaban algunas lágrimas; después, como si su propio dolor la hubiera llevado á pensar en los de los demás, miró á Sofía con interés y exclamó:

—¡Válgame Dios, hija mía! ¡porque ahora que os miro con cuidado, veo que sois muy joven! estáis calada por la lluvia... y esa buena señora que os acompaña, también. Entrad aquí las dos y calentáos, que la estufa arde bien.

—Gracias, señora; tengo mucha prisa por volver á mi casa.

—¿Vivís lejos?

—Sí, señora; al otro lado de los puentes.

—¿Tenéis padres?

—Ya los perdí... y además soy viuda.

—¡Pobre niña! ¡como yo! ¡y tan joven!

—Acabo de cumplir veinte años.

—¿Tenéis hijos?

—No, señora.

—¡Os compadezco! ¡já mí me han quedado cinco; á no ser por ellos, acaso hubiera muerto de pena cuando perdí á mi querido Morin! ¡Era tan bueno! ¡Ah! ¡de seguro que os hubiera comprado vuestro manuscrito! Pero veamos... lo que él hubiera hecho, quiero probar á hacerlo yo; vos no sois rica, ¿verdad, hija mía?

—Soy muy pobre, señora.

—No os ofenda esta pregunta; si fuérais rica, no me metería en este negocio; pero si necesitáis dinero, voy á daros por estos papeles la cantidad de que puedo disponer.

—¡Ah señora! ¡os deberé más que la vida!

—Mi hermano mayor, que es el tutor de mis hijos y el que dirige los negocios de la casa, es un

hombre instruído, casi un sabio, y además un hombre de bien; yo por mí, y porque al veros no se puede dudar de que la obra será buena, á lo menos bajo el punto de vista de la moral, os la compro; él revisará mañana el manuscrito, y si, como creo, vale, se dará al instante á la imprenta, y en seguida se pondrá á la venta; y con tal que no perdamos, os compraremos los que queráis escribir para nuestra casa.

—¡Ah señora! ¡cómo podré yo explicaros mi gratitud! exclamó Sofía; ¿qué he hecho para interaros?

—Sois mujer y desvalida; esto me basta. Levántate, Roger, para que yo pueda moverme.

La madre levantó suavemente al niño que dormía apoyado en su regazo, y abrió el cajón del mostrador.

—No os puedo dar en este momento más que seiscientos francos, dijo Mme. Morin á Sofía; pero volved mañana por la noche, ó enviad á una persona de vuestra confianza; mi hermano habrá ya leído el manuscrito, y os completaré la suma que él me indique: fíad en su probidad; el talento le enamora, y la desgracia tiene derecho á todas sus simpatías; no quedaréis, pues, descontenta.

La viuda tomó el lio de papeles que le alargaba Sofía; contó seiscientos francos, que le dió, y que la joven puso en su bolsillo, y le dijo afectuosamente:

—Si no queréis calentaros aquí, idos á vuestra

casa, hija mía; esta humedad os puede ser muy nociva; tenéis la cabeza ardiendo, según veo en lo encendido de vuestras mejillas, y además se conoce que estáis temblando de frío; idos, y que os den al instante una bebida caliente.

—¿No queréis saber mi nombre? preguntó Sofía á la viuda.

—¿No está al frente de la novela?

—No, señora.

—Sois modesta en demasía; decidlo, y tú, Evelina, escríbelo.

La niña que leía en el mostrador escribió el nombre que le indicó la autora, y dió el papel á su madre, que lo puso en el manuscrito de la novela.

Sofía salió de la tienda con el corazón aliviado de un enorme peso; no llevaba todo el dinero que le era necesario, pero sí el bastante para que el Marqués se pusiera en salvo; el resto, ella se lo enviaría al sitio en que conviniesen.

Ni por un instante pensó Sofía en sí misma, aunque estaba necesitada de todo.

XIX

Cuando la joven llegó á su casa, era ya muy tarde; Misstris Rawlings vino á abrir la puerta y le dijo para tranquilizarla:

—No temáis nada, hija mía; nadie ha venido á buscar á vuestro amigo.

Mme. Cottin entró en el salón; allí se hallaba el Marqués, pálido, pero tranquilo, y al parecer resignado á todo.

—No traigo la suma que os es precisa para pasar á la India, amigo mío, dijo Sofía; pero sí la necesaria para que salgáis de Paris dentro de una hora; mañana os enviaré más dinero: he vendido mi manuscrito, aun no sé por qué suma; mas por lo pronto me han dado seiscientos francos: ¡tomadlos y huid!; donde quiera que os detengáis, enviadme escrito con lápiz en un pedazo de papel el nombre del sitio, y ponedlo en el correo con mis señas: basta por esta noche, con que salgáis de Paris. Mariana, vé al instante á buscar un coche.

—¡Que el cielo os recompense el bien que me hacéis, hija mía! exclamó el Marqués de Caudi-

llac estrechando las manos de Sofía, á la vez que tomaba el pequeño paquete de monedas que ésta le presentaba, ¡y el cielo os lo pagará, no lo dudéis! me lo dice el corazón... No puedo, sin embargo, admitir toda esta suma...; vos estáis sin dinero; tomad parte de éste.

—¡No, no! ¡ni un sueldo! dijo Sofía; todo esto, y todo lo que reciba mañana, es para vos; ¡idos, señor, idos! ¡ponéos en salvo lo antes posible! ¡tiemblo por vuestra vida!

El Marqués abrazó á Sofía, saludó á su aya, y salió precipitadamente para tomar el carruaje que Mariana había hecho venir.

Eran las doce de la noche.

Cuando el ruido del coche hizo comprender que el anciano estaba en salvo, Sofía cayó de rodillas y dió gracias á Dios fervorosamente.

La joven apenas pudo dormir aquella noche, pensando, ya en el amigo de su padre, al que milagrosamente había salvado la vida, ya en que su novela iba á ver la luz pública.

¡Su nombre en letras de imprenta!

Al pensar en esto, sentía Sofía apoderarse de todo su ser un sentimiento extraordinario, mitad alegría, mitad terror, y que ella misma no hubiera sabido definir; la vocación literaria se despertaba en ella con una fuerza inusitada, y el amor á la gloria cantaba dentro de su alma un himno de triunfo, á la vez que experimentaba un temor invencible al fallo del público.

El día la halló despierta y vestida; en toda la noche había podido conciliar el sueño.

Con ansia indescribible empezó á contar las horas que la separaban de las cuatro de la tarde, que era cuando pensaba enviar á Mariana á cobrar el resto de lo que habían de darle por su obra: anhelaba también saber el parecer del librero.

—¡Si le habrá desagradado! se decía temblando ante esta idea; en ese caso tendría que devolver los seiscientos francos que me han dado... ¿y cómo? ¡Dios mío! ¡ya no están en mi poder, ni sé cuándo podría reunirlos de nuevo!

Dios, todo justo y misericordioso, no podía dejar de proteger á Sofía en la buena obra que había emprendido.

Mariana salió á las cuatro y volvió á las cinco con otro paquete de dinero y una carta que decía así:

«He leído, señora, con el más vivo placer el manuscrito que ayer adquirió mi hermana, y que es obra de vuestro eminente cuanto delicado talento: debo confesaros que su lectura me ha encantado, y tengo el mayor placer en ser el primero en aseguraros una brillante reputación literaria, que *Clara de Alba* inaugurará sin duda, y que crecerá más á cada obra que déis al público.

Os remito otros seiscientos francos, que con los que anoche os entregó mi hermana, hacen mil doscientos; es cuanto puedo dar por el manuscrito, hasta ver cómo le recibe el público, el que sin

duda le juzgará como el que es para siempre vuestro admirador respetuoso

E. MORIN.»

Sofía elevó al cielo los ojos, las manos y el corazón, dándole gracias con una plegaria muda y fervorosa.

No podía dar á Mr. de Caudillac por sí misma más que mil doscientos francos: pero su corazón le aseguraba que hallaría el resto.

—¿No me habéis asegurado, aya mía, dijo volviéndose á Misstris Rawlings, que Lady Morgan desea conocerme?

—Si por cierto: yo he enseñado de memoria á su hija vuestra bella poesia *Los Niños*, y así por el mérito de estos versos como por lo que de vos le he dicho, desea conoceros, y cada día me encarga os suplique que la recibáis.

—Vamos á verla ahora mismo.

—¿Queréis ir vos?

—Sí, por cierto; he de pedirle un favor.

—¡Ah! ¿se trata del dinero que os falta para ese pobre caballero?

—Precisamente: ¿no hay muchas damas ricas que piden para los pobres? Yo que soy pobre también, pediré para un hombre que ha sido rico y poderoso, y á quien la desgracia persigue.

—¡Tenéis un alma de ángel! exclamó Misstris Rawlings; vamos, hija mía, y desde ahora os aseguro que Lady Morgan os complacerá.

Las dos mujeres salieron; al llegar al patio, Julieta entraba corriendo.

—A vuestro cuarto iba, señora, dijo á Sofía; un hombre desconocido me acaba de entregar este billete, y me ha dicho: para que lo déis en mano propia á Mme. Cottin.

Sofía tomó y abrió el papel, que decía así:

«Estoy en Belle-Isle, á tres leguas de París: sólo espero vuestra carta, para salir: que la entreguen al cura en el presbiterio, y no le pongáis sobre alguno. ¡Adiós, hija mía! ¡hasta que el cielo envíe á la Francia días más serenos!»

—Gracias, Julieta, dijo Sofía; y salió apresuradamente, seguida de su aya.

XX

Ya cerraba la noche cuando Mme. Cottin y Misstris Rawlings llegaron á casa de Lady Morgan.

Habitaba esta dama uno de esos pequeños y primorosos palacios que ya en aquella época ocupaban la calle de Rívoli; una hija y tres hijos eran toda su compañía y su encanto durante los largos viajes de su marido, que la amaba y hacía justicia á las altas cualidades de su carácter y á las bellas de su corazón.

Aun era joven y muy hermosa; cuando llegó Sofía, se hallaba tomando el té en su elegante salón con sus hijos y dos amigos de su mayor confianza.

Misstris Rawlings enseñaba á los niños el italiano y el dibujo; y si no estaba en la casa como institutriz, era porque no quería abandonar á su querida Sofía, que la amaba como á una madre.

Lady Morgan era delgada y blanca como el alabastro; su hermosa frente estaba coronada por una abundante y sedosa cabellera rubia que caía en largos rizos.

Cuando vió entrar á Misstris Rawlings, se le-

vantó para recibirla, y adivinó al instante quién era la graciosa persona que la acompañaba.

Sofía llevaba un traje modesto, pero hecho con suma elegancia, de seda de color de café con canesú blanco, y un sombrerito de paja adornado con flores del campo.

Misstris Rawlings presentó á la joven, á la que Lady Morgan abrazó afectuosamente, explicándole cuánto se alegraba de recibirla en su casa.

—Mis hijos y yo os amamos, mi querida señora, le dijo; y yo no he ido á visitaros por temor de causaros molestia en vuestras continuas ocupaciones.

—Esta visita mía es interesada, señora, repuso Sofía, y así, no puedo permitir que me la agradezcáis; vengo á pedir os vuestra protección para un desgraciado que la necesita, para un amigo de mi padre.

Lady Morgan miró á Sofía, no sólo sin enojo, sino también sin asombro.

—No quiero ni aun saber su nombre, dijo; cuando vos os interesáis por él, debe merecerlo; ¿son recomendaciones lo que necesita? ¿es preciso que yo vea á alguna persona?

—No, señora; necesita una cantidad de dinero, que os devolverá así que le sea posible.

—¿Cuánto?

—Mil ochocientos francos.

—¿Nada más? ¿qué puede hacer con cantidad tan pequeña ese desgraciado?

—Yo le he dado ya mil doscientos, que es lo que han pagado por un manuscrito mío; con los mil ochocientos que vengo á pedir os, Milady, hacen tres mil, que es lo que me ha dicho necesita.

—¡Y qué, amiga mía! ya que os habéis decidido á vender vuestra novela, ¿habéis de dedicar todo su importe á una buena obra? ¿No puedo consentirlo! Permitid que os facilite yo los tres mil francos.

—No puedo, señora; creería que mi obra iba á ser desgraciada, si no emplease yo su importe en lo que había pensado.

Lady Morgan hizo una seña á Sofía para que la siguiera, y se dirigió á su cuarto; allí abrió un buró, y tomó dos mil francos en dos billetes que presentó á Sofía.

—Sobran aquí doscientos francos, señora, y no tengo para devolverlos, dijo Sofía sin encogimiento y sin rubor.

Lady Morgan iba á replicar, pero su nativa delicadeza la contuvo; contando ochocientos francos en oro, los dió á Sofía con el billete de mil.

—Ahora, Milady, dijo la joven con los ojos radiantes de alegría, permitidme que os deje; este dinero es la vida de un desgraciado anciano: él ó yo os lo devolverémos, y espero que sea en breve: mañana volveré á veros y á daros las gracias como debo: hoy me sería imposible.

Sofía salió, se reunió con su aya, y dejó precipitadamente la casa de Lady Morgan.

Llegó á la suya, tomó el dinero que tenía, lo unió al que le había dado la caritativa inglesa, y sin tomar un instante de descanso, sin comer siquiera, subió á un coche de alquiler con Misstris Rawlings y se dirigió á Belle-Isle. Fué al presbiterio, al que llegaron al amanecer, y depositó en manos del cura la cantidad completa, volviéndose á París sin nombrarse y sin solicitar ver al Marqués: tal era el temor que inspiraba entonces la suerte de los desgraciados nobles, para los cuales estaba preparada siempre la guillotina.

Cuando Sofía volvió á su casa, tenía dos francos; el precio de su primera obra literaria, el fruto de la beneficencia de Lady Morgan, habían sido para salvar al Marqués.

El poco dinero que ella poseía, lo había gastado en pagar el coche que la había conducido á Belle-Isle.

Nada le quedaba... ¡pero su corazón estaba lleno de una felicidad celeste!

XXI

Clara de Alba apareció quince días después de haberla adquirido el librero, y sorprendió al mundo literario de una manera superior á todo encarecimiento.

Sin embargo, no llevaba al frente el nombre de la autora; Sofía, una vez terminado el negocio caritativo que la había ocupado tan completamente, sólo tuvo un pensamiento: impedir que su nombre saliese al público; aterrábala el ruido, y ni aun el de la gloria le parecía soportable, por aquella rara modestia que formaba la base principal de su carácter.

—Si esta obra merece la aprobación general, dijo ella al librero, daré mi nombre para la segunda que publique.

La curiosidad fué grande, pues, al aparecer aquel libro encantador; nadie sabía dar razón de la persona que lo había escrito: Mme. Stael le tenía sobre su velador una noche, y la conversación de las personas que se hallaban en su salón recayó en la novedad del día.

—¿Vos tampoco sabéis quién ha escrito este libro, señora? le preguntó uno de sus amigos.

Llegó á la suya, tomó el dinero que tenía, lo unió al que le había dado la caritativa inglesa, y sin tomar un instante de descanso, sin comer siquiera, subió á un coche de alquiler con Misstris Rawlings y se dirigió á Belle-Isle. Fué al presbiterio, al que llegaron al amanecer, y depositó en manos del cura la cantidad completa, volviéndose á París sin nombrarse y sin solicitar ver al Marqués: tal era el temor que inspiraba entonces la suerte de los desgraciados nobles, para los cuales estaba preparada siempre la guillotina.

Cuando Sofía volvió á su casa, tenía dos francos; el precio de su primera obra literaria, el fruto de la beneficencia de Lady Morgan, habían sido para salvar al Marqués.

El poco dinero que ella poseía, lo había gastado en pagar el coche que la había conducido á Belle-Isle.

Nada le quedaba... ¡pero su corazón estaba lleno de una felicidad celeste!

XXI

Clara de Alba apareció quince días después de haberla adquirido el librero, y sorprendió al mundo literario de una manera superior á todo encarecimiento.

Sin embargo, no llevaba al frente el nombre de la autora; Sofía, una vez terminado el negocio caritativo que la había ocupado tan completamente, sólo tuvo un pensamiento: impedir que su nombre saliese al público; aterrábala el ruido, y ni aun el de la gloria le parecía soportable, por aquella rara modestia que formaba la base principal de su carácter.

—Si esta obra merece la aprobación general, dijo ella al librero, daré mi nombre para la segunda que publique.

La curiosidad fué grande, pues, al aparecer aquel libro encantador; nadie sabía dar razón de la persona que lo había escrito: Mme. Stael le tenía sobre su velador una noche, y la conversación de las personas que se hallaban en su salón recayó en la novedad del día.

—¿Vos tampoco sabéis quién ha escrito este libro, señora? le preguntó uno de sus amigos.

—No, contestó la ilustre autora de *Las Pasiones*; mas aunque no conozco al autor, y hasta ignoro quién sea, puedo aseguraros una cosa.

—¿Qué?

—Que lo ha escrito una mujer.

—Entonces, tiene ese libro una falta imperdonable, dijo otro de los amigos de Mme. Stael.

—En efecto, repuso aquélla sonriendo; le encuentro el defecto de ser demasiado pequeño.

—En ese caso, tiene dos.

—Decid el otro; yo no le hallo más que el que he dicho.

—Una mujer no debe escribir hoy un libro sin dedicárselo.

Ana Necker, Baronesa de Stael, alzó los hombros con un gracioso movimiento de desdén.

—La autora de ese libro no ha querido adularme, respondió, y yo se lo agradezco, porque detesto la adulación.

—La dedicatoria de todo libro femenino se os debe de justicia.

—No hay tal cosa; yo os aseguro que *Clara de Alba* vale tanto como cualquiera de mis obras; la autora tiene sobrado talento para comprenderlo así; siendo igual á mí, ¿por qué había de rendirme ese homenaje? Yo seré quien vaya á verla para felicitarla, tan pronto como sepa quién es.

Dos meses después, todo París supo en un mismo día que la autora de *Clara de Alba*, de la que ya se estaba haciendo tercera edición, era Sofía

Cottin, joven viuda, pobre y arruinada por desgracias de familia y después por la revolución.

Un comunicado suscrito por *Un antiguo amigo de la autora*, y fechado en Londres, apareció en dos periódicos, diciendo, no sólo quién había escrito *Clara*, sino que se había vendido para llevar á cabo una obra benéfica, sin lo cual, acaso jamás se hubiera decidido su modesta autora á darla á la imprenta.

Todos los literatos de París fueron á visitar á Sofía, á ofrecerse como sus amigos, á felicitarla. Entonces escribía *Malvina*, obra maestra de sentimiento, pura y delicada flor del ingenio femenino, en la cual se reúne la más escrupulosa moralidad á la más apasionada ternura.

Mme. Cottin no podía dedicarse por completo á escribir, pues necesitaba recursos del momento; así era que de día bordaba, y sólo la velada dedicaba al trabajo mental.

No obstante, así que su talento fué conocido, las primeras damas de la nobleza, y más que todas Lady Morgan, hicieron formal empeño en proporcionarle los medios de vivir sin angustias. Sofía era el único sostén de dos ancianas, Misstris Rawlings, que ya necesitaba de descanso en su avanzada edad, y Mariana. Ni una ni otra tenían en la tierra otro apoyo que la joven; y haciendo presentes estas razones á Sofía, fué como pudieron hacerla aceptar una inscripción de renta vitalicia de cuatro mil francos; suma modesta, que,

unida al fruto de su trabajo, podía proporcionarle una vida tranquila.

Mme. Cottin cambió de habitación, y fué á ocupar un piso segundo, de no gran precio, pero elegante y cómodo. Tomó una doncella ó camarrera, más para que atendiese á su aya que para sí misma, y dejó á Mariana el solo cuidado de la cocina.

Un salón vestido con tela de tisú gris claro con ramas de lilas se dispuso para recibir por la noche á las muchas personas que acudían á visitarla. Sofía se había educado con opulencia y rodeada de objetos artísticos y de buen gusto; se había casado después con un hombre muy á la moda, y su salón había sido uno de los más elegantes de París. Misstris Rawlings poseía ese exquisito buen gusto inglés, tan delicado y tan puro, y la casa de Sofía tuvo bien pronto impreso el sello de la más exquisita distinción en medio de su modestia.

Sofía, pobre y oscurecida durante algún tiempo, se vió muy pronto rodeada de una corte de adoradores, de admiradores y de aduladores. Su belleza, sin ser notable, era de un género tal, que se prefería á la hermosura más acabada. Lo que sobresalía en ella, era la gracia exquisita que nace de la inteligencia, y que se refleja en la sonrisa, en la mirada, en los modales y en el aire entero de la persona.

Su traje era siempre muy sencillo; pero aquella joven de veintiún años, que ocupaba ya, y

por solo su primera obra, uno de los sitios más elevados en la literatura francesa, necesitaba de pocos adornos para brillar, pues tenía los mejores en su juventud y en su talento.

Su conversación era agradable, amena, modesta; rodeada de personas eminentes, le parecía que ella no tenía mérito alguno; Mme. de Stael fué á verla, según había ofrecido, pero llevaba ya el corazón herido de muerte: un hombre á quien ella amaba, la había abandonado por Sofía. El Conde Mauricio Denisart era un modelo de belleza varonil, de talento y de elegancia. Mme. de Stael, mal comprendida por su marido y desdichada en su enlace, se había dejado enternecer por las muestras de cariño del Conde, y le había amado, por esa necesidad de afectos que sienten las almas tiernas y apasionadas.

Mauricio Denisart experimentó, como la mayor parte de la juventud parisiense, un vivísimo deseo de conocer á Sofía Cottin; verla, admirarla y amarla, fué para él la misma cosa: verdaderamente, el género de belleza de Sofía era más seductor que el rostro moreno, apasionado y un tanto varonil de la Baronesa Stael; las mujeres muy débiles y muy dulces son las que apasionan verdaderamente á los hombres fuertes.

Sofía no correspondió al amor del Conde; parecía que las fuentes del sentimiento se habían secado en ella desde que su marido le había hecho sufrir tanto, no sólo al reanudar sus amores con

Blanca de Flavigny, sino con la enfermedad y la muerte que la pérdida de aquella le causó. La joven autora de *Clara* prometió á Mauricio toda su estimación y amistad, pero á condición de no hablarle jamás de su amor.



XXII

La pasión correspondida y participada puede cansarse, y hasta es lo probable que así suceda; pero el amor desdeñado, que á la vez se embriaga diariamente con la vista del objeto querido, es irresistible é incurable.

Mme. Cottin pecaba á la vez de inhumanidad y de candidez con el Conde Denisart; al cerrarle la puerta de su corazón, debió cerrarle también la de su casa; pero no lo hizo así, y el resultado debía ser funesto.

El Conde ofreció la calma, la resignación, el silencio; quizá pensó en que podría hacerse superior á su pena, pues de lo contrario no lo hubiera prometido; pero la vista de Sofía, tan buena, tan amable, tan dulce, tan llena de gracia, encendía cada día más en su pecho el fuego de aquel amor fatal, que ninguna esperanza venía á calmar, y que se irritaba con el obstáculo.

De pie en un ángulo del salón, contemplaba con enajenamiento á aquella joven rubia y delicada como Eva, apacible y cándida como la Venus de Arlés, y más seductora por su aspecto dulce que por su misma belleza.

Blanca de Flavigny, sino con la enfermedad y la muerte que la pérdida de aquella le causó. La joven autora de *Clara* prometió á Mauricio toda su estimación y amistad, pero á condición de no hablarle jamás de su amor.

XXII

La pasión correspondida y participada puede cansarse, y hasta es lo probable que así suceda; pero el amor desdeñado, que á la vez se embriaga diariamente con la vista del objeto querido, es irresistible é incurable.

Mme. Cottin pecaba á la vez de inhumanidad y de candidez con el Conde Denisart; al cerrarle la puerta de su corazón, debió cerrarle también la de su casa; pero no lo hizo así, y el resultado debía ser funesto.

El Conde ofreció la calma, la resignación, el silencio; quizá pensó en que podría hacerse superior á su pena, pues de lo contrario no lo hubiera prometido; pero la vista de Sofía, tan buena, tan amable, tan dulce, tan llena de gracia, encendía cada día más en su pecho el fuego de aquel amor fatal, que ninguna esperanza venía á calmar, y que se irritaba con el obstáculo.

De pie en un ángulo del salón, contemplaba con enajenamiento á aquella joven rubia y delicada como Eva, apacible y cándida como la Venus de Arlés, y más seductora por su aspecto dulce que por su misma belleza.

No es un exterior apasionado y atrevido lo que enciende y conserva las grandes pasiones de la vida; la avalancha no enamora lo que la calma de una bella tarde de primavera; nada hay más seductor en la mujer, que un aspecto decente, que un exterior dulce y tranquilo, que unas maneras benévolas y elegantes.

Sofía Cottin era una criatura peligrosa; sin saberlo ella misma, y aun sin quererlo, despertaba pasiones grandes y volcánicas. *Malvina* hizo su triunfante aparición, y siendo de un mérito infinitamente mayor que *Clara de Alba*, elevó su fama á una altura prodigiosa.

¡*Malvina*! ¿Quién no conoce y ama ese bello idilio del amor, ese himno santo al deber, esa epopeya del lazo conyugal? Desde que se columbra á *Malvina*, se la ve hermosa, pura, tierna, llena de abnegación; ni por un momento desciende ese carácter admirable, ni por un instante se pone al nivel de las demás mujeres; y no obstante, ni sus alegrías ni sus penas salen del límite de las afeciones domésticas y del retiro del hogar.

Si *Clara de Alba* hizo célebre el nombre de Sofía Restaud de Cottin, *Malvina* le hizo ilustre; la obra fué aclamada, arrebatada de las manos del editor, y el primer año se hicieron de ella siete ediciones: Sofía cobró seis mil francos, y esta fué la base de su pequeña fortuna.

Otro adorador surgió de la corte de sus admiradores; era un hombre de mucho mérito y que

contaba ya cerca de sesenta años: con éste fué Sofía más explícita y más dura que con el Conde.

—Ya me habéis oído decir, respondió á su declaración, que no quiero ni pienso tener amores con nadie. Mi marido fué mi primero y será mi último amor.

—Abrigo esperanzas de que variaréis, señora, repuso Mr. de Menewille, que era el pretendiente, inclinándose profundamente para disimular su dolor.

—Desechadlas, pues, repuso Sofía, porque no variaré, os lo aseguro.

Y en efecto, no varió: aquella alma tan dulce y tan delicada para compadecer el infortunio, estaba completamente cerrada al amor.

Lo más extraño para Mme. Cottin fué la estrecha amistad que Mr. de Menewille contrajo con el Conde Mauricio Denisart: apenas se separaban, y se iban á dar juntos largos paseos solitarios: un mismo dolor unía, identificándolos, al anciano y al joven, á pesar de la diferencia de su edad y de sus gustos.

Sofía hubiera querido amar, y amando, su vida hubiera sido, si no más dichosa, á lo menos más animada y más llena de emociones; pero en vano lo intentó varias veces, y esta es una anomalía de la que ni aun sus más íntimas amigas podían darse cuenta.

El objeto de todas las novelas de Mme. Cottin es el amor: parecía haber agotado ya todo su ta-

lento al pintarle en *Clara de Alba* y en *Malvina*; sin embargo, dos años después publicó su tercer novela, titulada *Amelia de Mansfield*, y el amor fué también el asunto de esta obra, pintándole con nuevo y más bello colorido; en fin, al cabo de otros dos años de trabajo publicó su obra maestra, *Matilde, ó las Cruzadas*. Este cuadro tan fresco, tan original, tan enérgico y tan apasionado, probó—como dice Mr. de Monglave—hasta dónde es capaz de llegar el verdadero talento, ingenioso siempre para reproducirse.

A los que hayan leído *Matilde*, nada les decimos: á los que no la conozcan, les recomendamos su lectura, en la seguridad de que nada pueden hallar más delicioso.

Cuando la reputación de Sofía se elevaba al más alto grado; cuando llegaba al apogeo de su gloria, una espantosa catástrofe vino á desgarrar su corazón.

Los dos hombres que la amaban se suicidaron en el mismo día.

El Conde Mauricio Denisart se mató de un pistoletazo.

Mr. de Menewille tomó un veneno tan activo, que le quitó la vida en dos horas.

XXIII

La vida de Sofía Restaud de Cottin ofreció, desde que empezó á darse á conocer como escritora, muy pocas peripecias. Aquella existencia tranquila se asemejaba al arroyuelo trasparente que corre silencioso retratando en su fondo el azul del cielo y se va á perder con blando murmullo en la espesura de la fresca arboleda.

Las pérdidas sucesivas de su aya, la buena y anciana inglesa que había sido la amiga de toda su vida, y de Mariana, fueron los dos más grandes dolores que Sofía tuvo que lamentar; amaba á Misstris Rawlings casi tanto como había amado á su madre, y su pérdida la dejó inconsolable durante largo tiempo.

A pesar de no haber querido nunca dar oídos á declaraciones amorosas, Sofía sintió también amargamente la muerte del Conde Denisart y de Mr. de Menewille. Hubiera deseado mejor mil veces no ser amada de nadie, que serlo hasta tan deplorable extremo, y tanto más, cuanto que ella no podía pagar el amor exclusivo que inspiraba.

Un año después de *Matilde, ó las Cruzadas*, se dió al público la preciosa novela de Mme. Cottin,

que lleva por título *Isabel, ó los desterrados á la Siberia*, en la que el amor filial está pintado con el más vivo y tierno colorido; y casi seguidamente dió á la prensa *La toma de Jericó*, que vió la luz en la *Miscelánea de literatura* de Mr. Suard.

De las seis únicas novelas de Mme. Cottin, las cinco tienen por título un nombre de mujer, particularidad que es digna de notarse. Estos cinco nombres *Clara, Malvina, Amelia, Matilde é Isabel*, se pusieron muy de moda en la sociedad francesa, y aun hoy disfrutan de gran favor.

Los más ilustres literatos de la época elogiaron á porfía las obras de Mme. Cottin; hubo también quien se tomó el trabajo de criticarlas; pero por mucha que sea la dureza de la emulación, era imposible emplearla en aquellas páginas llenas de dulzura, de gracia, de verdad y de sentimiento; la autora, por su parte, se aprovechaba de las censuras, sin que jamás se incomodase por ellas, sin alcanzar los elogios á envanecerla ni á alterar la celestial tranquilidad de su modestia.

Cuando quedó sola en el mundo, cuando sus dos ancianas compañeras pasaron á una vida mejor, un criado de edad madura, una camarera y otra criada componían su servidumbre, continuando ella en la apacible vida que se había trazado, y que no quería abandonar por las agitaciones del amor.

¿Sería que no hallaba en la tierra quien llenase las aspiraciones de su corazón? ¿Sería que su

corazón quedase profundamente herido con los sufrimientos que tuvo que soportar en su matrimonio?

No es imposible que esto último fuese la causa que impidiese á la célebre autora de *Malvina* y de *Matilde* el amar de nuevo.

Fué al altar con todas las ilusiones de su alma, y sin embargo, su marido dejó de amarla sin motivo alguno, y cuando ella sólo vivía por aquel amor. La caridad, empero, llenó su noble corazón; la caridad, fuego sagrado que anima á las naturalezas amantes y generosas.

El producto de *Matilde* lo dedicó á aliviar la suerte de una desgraciada viuda, madre de tres hijos, de los cuales costó la educación.

La amistad tuvo también un gran lugar en aquella existencia pacífica y dichosa. Lady Morgan y sus hijos la profesaron siempre el más tierno afecto; poco exigente en cuanto al talento, Sofía trataba á varias personas que lo tenían menos que mediano, y parecía ignorar por completo su gran superioridad; si la hubiera conocido, acaso le hubiera causado gran embarazo y confusión.

Los extranjeros, intimidados por su glorioso nombre literario, temían hallarla altiva cuando le eran presentados; pero muy pronto cobraban ánimo al ver su dulzura angelical, la suavidad de sus maneras y la gran benevolencia de su lenguaje, admirando que tan encantadora sencillez pudiera aliarse á tan grande talento.

Sofía había empezado á escribir dos obras importantes, á su juicio, y de las cuales—según decía—esperaba la única gloria á la que debe aspirar la mujer; eran un libro sobre la religión cristiana, y una novela acerca de la educación de la mujer.

Tenía entonces treinta y un años, y empezaba á sentir los primeros síntomas del mal que debía conducirla al sepulcro.

Violentos dolores de estómago, digestiones penosas y absoluta inapetencia fueron la señal de los primeros ataques: llegó en seguida el insomnio, y los médicos consultados declararon al cabo de un año que tenía un cáncer en el estómago.

Durante este largo período, Sofía se hallaba más debilitada con los remedios que le daban que con los dolores de su enfermedad: se la trató desde el primer día con todo el rigor que la ciencia aconsejaba entonces en los casos extremos; y exacerbado el mal hasta el punto de hacerle sufrir dolores horribles, la aconsejaron que fuese á tomar las aguas de Spá.

La llegada de aquella joven pálida y doliente, tan elegante, tan graciosa á pesar de su enfermedad, tan encantadora, hizo gran sensación en Spá, y bien pronto la ilustre escritora tuvo en derredor suyo á las damas más elegantes y á los hombres más á la moda.

Ella hablaba y sonreía los ratos en que su mal le dejaba alguna libertad de espíritu; pero á veces

pedía con insistencia el silencio y el reposo, y oraba fervorosamente, pidiendo á Dios valor para soportar los agudos sufrimientos que la devoraban.

Terminada la estación de las aguas, Sofía Cottin volvió á París, acompañada de gran número de sus amigos; pero ya no era más que su sombra: al verla, Lady Morgan dejó escapar un grito de terror. Miss Morgan se arrojó á su cuello y exclamó llorosa:

—¡Oh, mi querida Sofía! ¿Por qué os habéis alejado de nosotras? ¿Cómo venís! ¿Por qué hemos permitido que os alejáseis de nuestro lado?

—La muerte, querida mía, respondió Mme. Cottin, me hubiera alcanzado lo mismo aquí que allí: ¡ya siento su dedo helado apoyarse sobre mi corazón!

Sofía se dedicó por completo, en los últimos meses de su vida, á implorar la clemencia del cielo: cuando sus crueles sufrimientos se lo permitían, leía ó escribía algún rato; apenas la veía nadie, y sólo alguna de sus más íntimas amigas tenía entrada en su cuarto.

Julieta La Roquette, la hija de su antigua portera Mme. Anastasia, le pagó en cuidados filiales y llenos de ternura cuanto le debía de lecciones y cariñosa instrucción: todos los ratos que tenía libres, corría al lado de Sofía, y pasaba el tiempo leyéndole sus libros preferidos y rezando con ella.

Cuando preguntaban á la ilustre enferma por qué oraba tanto, siendo su vida tan ejemplar y tan pura, contestaba sencillamente:

—A la verdad, no creo que tengo ni muchos ni graves pecados que hacerme perdonar; pero hallo un placer indecible en conversar con Dios por medio de la oración: yo que tan poco he amado en este mundo, adoro al divino Jesús, y con él hablo, y á él le pido que me lleve á su lado cuando se apague el soplo de vida que me resta. Él desceñirá de mi frente los velos de la viudez, que ningún mortal ha sabido quitarme, y me pondrá en las sienes la corona de mi eterna unión con Él.

Sofía había hecho colocar enfrente de su lecho un magnífico cuadro, obra de un gran pintor: representaba *La oración del huerto*; cuando se quedaba sola, fijaba los ojos en aquella dulce imagen del sufrimiento y del amor mártir, y decía con Jesús:

—¡Padre mío! ¡si es posible, pase de mí este cáliz de dolor!

Jesús llegó á ser su verdadero, su único amor; y cuando ya la enfermedad hubo agotado por completo sus fuerzas, cuando ya estaba pálida y trasparente como una sombra, toda la vida se hallaba refugiada en sus ojos, que se fijaban con inefable delicia en la adorable cabeza del Salvador.

Apagóse, por fin, aquella luz radiosa que había iluminado la Francia con tan dulces y bellos resplandores; al cabo de tres años de padecimien-

tos heroicamente soportados, Sofía Cottin se durmió apaciblemente en el seno del Señor.

Nada quedaba ya en ella de material y de terrestre, y más que muerte, su salida de este mundo fué un tránsito dichoso.

Dejó tras sí ese rastro dulce que dejan las naturalezas buenas y amorosas; fué mucho y muy largo tiempo llorada, porque jamás tuvo hostilidad para nadie, y la misma envidia se hallaba desarmada en su presencia.

Lo más notable del carácter de aquella amable criatura fué una completa abnegación de sí misma; cuidaba constantemente de los demás, y nunca de ella; su desinterés no conocía límites; su dulzura era inalterable; daba mucho, y nada exigía en cambio; y siendo muy indulgente con los defectos ajenos, evitaba cuidadosamente cuanto podía desagradar á sus amigos.

Los que la observaban, veían que en las concurrencias numerosas, no sólo hablaba poco, sino que atendía rara vez á la conversación de los demás; Sofía estaba siempre distraída, preocupada, sola, por decirlo así, en medio de los salones más concurridos. Pero cuando se hallaba en el reducido círculo de sus amigos, sus ojos se animaban, sus razonamientos eran enérgicos, y brotaba de su palabra aquella elocuencia del corazón, aquella profunda sensibilidad que tanto resaltan en sus obras y que las harán inmortales.

Sofía Cottin amó una sola vez, y ésta fué á su

marido; es de creer que desde la infidelidad de éste cuando volvió á amar á Blanca de Flavigny, tan desgraciadamente muerta en el cadalso, es de creer que desde entonces Sofía llevó siempre en su alma un dolor mortal. Así lo hace suponer la admirable manera con que pintó el dolor de los celos en *Malvina*; celos que ocasionaron la muerte de la desdichada, que los sentía después de haber alterado su razón.

Según el pobre parecer de la que esto escribe, debe haber tal analogía entre el carácter de *Malvina* y el de su autora, que basta con leer aquélla para conocer á ésta perfectamente. Sofía Cottin ha debido retratarse al natural en esta obra; y si es verdad que todas las escritoras dejamos en nuestras obras una parte de nosotras mismas, es indudable que la autora ha dejado en *Malvina* su alma entera, pura, radiosa, inmortal.

Yo he visitado en París, y en el magnífico cementerio del Padre Lachaise, la bella y sencilla tumba elevada á la memoria de Sofía Cottin; en ella he cogido algunas flores, que conservo.

Lady Morgan hizo rodear el sepulcro de su dulce amiga de árboles y de rosales; y los guardianes de sus cenizas en el palacio de la muerte han conservado cuidadosamente esta pompa sencilla, á la que ayuda sonriendo la naturaleza misma.

Los admiradores de sus obras ponen constantemente sobre su sepulcro coronas de siemprevi-

vas y de laurel, y Julieta La Roquette, casada con un rico comerciante, va todavía, acompañada de sus hijos y nietos, á poner un ramillete todos los domingos, dedicado á la memoria de la ilustre escritora Sofía Restaud de Cottin.

FIN

Esta novela es un arreglo del francés, y refiriéndose en parte á hechos históricos, la autora le ha conservado el tratamiento de Vos, propio del idioma de que ha tomado los apuntes necesarios.

